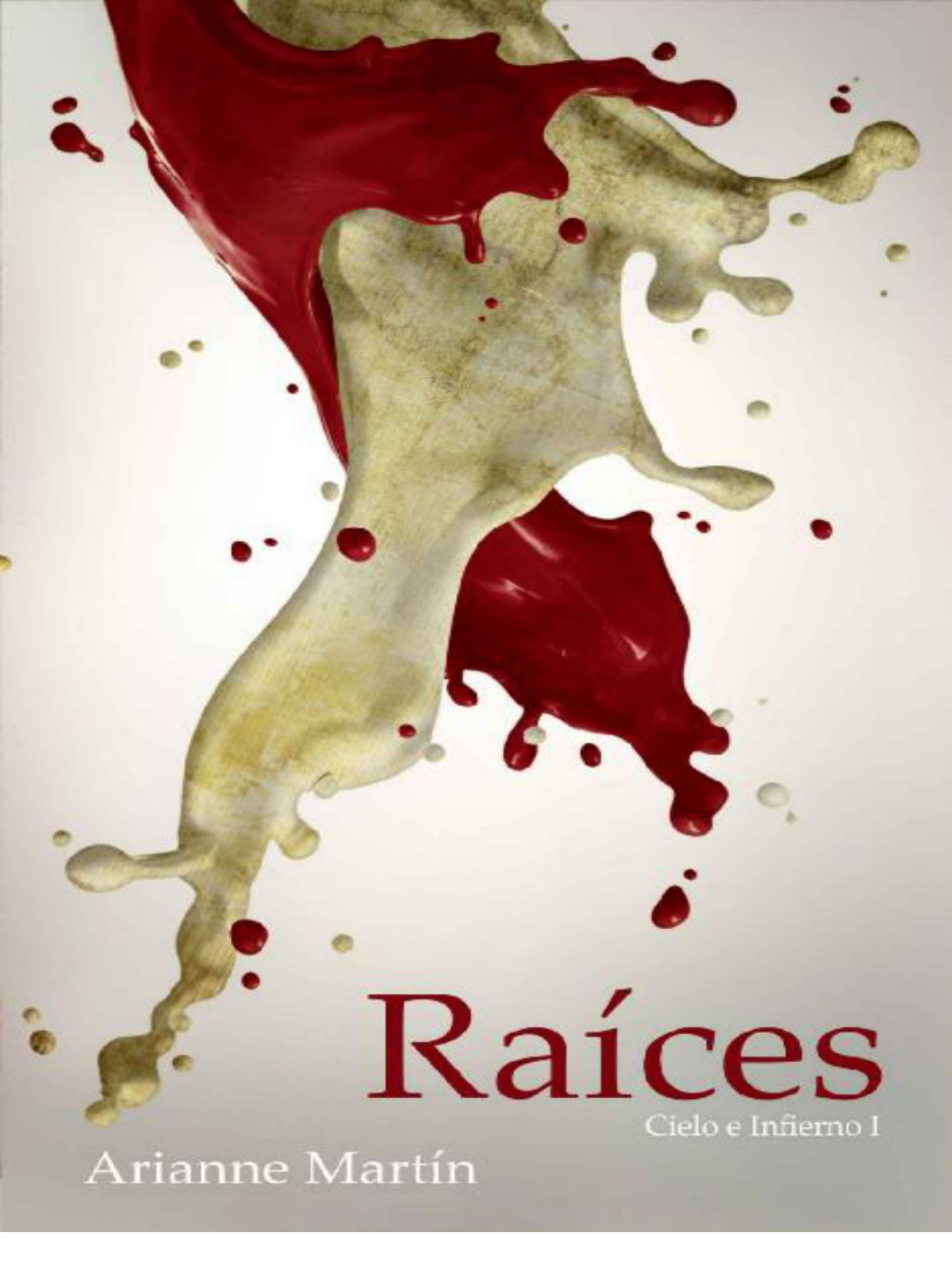

Raíces
Cielo e Infierno I
Arianne Martín

CIELO E INFIERNO

RAÍCES

Arianne Martín Alonso

Autor:

Arianne Martín Alonso

Portada:

Gloria Pinuaga Cascales

que-bonito.es

Para Lander, Alain y Judith,

por ser la luz que ilumina los

rincones más oscuros de mi alma.

ÍNDICE:

1-SUEÑO PELIGROSO

13 de Abril del 2010

Una suave brisa primaveral se colaba por la puerta entre abierta del almacén, mientras luchaba con todas mis fuerzas por no quedarme dormida.

Eran cenca de las once de la noche y me encontraba sentada en el suelo rodeada de cajas. La mayoría estaban aún cerradas recordándome de esta manera todo el trabajo que me quedaba por delante. Cada más o menos cinco minutos lanzaba una mirada inconsciente al reloj negro que descansaba sobre la pared que tenía delante.

No conseguía evocar la última vez que había tenido que trabajar hasta tan tarde. Quizás esta, había tenido lugar al principio de que Sara y yo montásemos la cafetería, pero ya no. Prácticamente no nos ocupábamos del cierre.

Pero ese día, estaba demostrando ser completamente diferente. Se había ido alargando por minúsculos incidentes que repartidos en el tiempo no hubiesen supuesto nada. Pero al ir sucediendo a la vez, uno tras otro, se habían acumulado hasta dar lugar a que todavía estuviésemos trabajando.

Habíamos recibido en un solo día la partida de productos que solíamos tener en una semana. Casi se podía pensar que se habían puesto de acuerdo para que recibiésemos la mercancía a la vez. Por otro lado estaban los clientes, no habían parado de entrar en todo el día, incluso habíamos tenido que hacer turnos para poder comer.

Hacía horas que debía de estar en casa. Y aún así, era plenamente consciente de que aún nos quedaban como poco, un par de horas para acabar. A aquello había que añadirle que mal cenaríamos y dormiríamos escasamente cinco horas antes de tener

que volver otra vez al trabajo. Me sentía completamente destrozada y negativa.

Por eso, cuando la cadena de plata que llevaba como colgante, se me enganchó en el saliente de una estantería de metal del almacén. Justo cuando me levantaba del suelo para alcanzar otra de las cajas. Pensé que aquello era lo que me faltaba para acabar de fastidiar el día.

La plateada cadena se partió de forma limpia e irremediable. Dejó caer de esta manera a la pequeña piedra azul que custodiaba. Esta, impactó con fuerza contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Me dejé caer de rodillas justo en frente de los ya inservibles pedazos de piedra esparcidos por el suelo. Me cubrí la cara con las manos. Puede que pareciese una actitud algo desmesurada por la perdida de un colgante. Pero aquel, era mucho más que un colgante. Era una reliquia familiar de incalculable valor. Además, aquella pequeña joya para mí, era lo único que atestiguaba que alguna vez había tenido ascendencia. El recuerdo de llevarlo en el cuello me acompañaba desde que tenía uso de razón.

Pero eso no era lo peor, era mi madre. Esta, además de demostrar con hechos y palabras que tenía un cariño desmesurado al colgante, insistía constantemente en que no me lo quitase. Siempre me recordaba que debía cuidarlo como si fuese mi tesoro más valioso.

Imagino que por todas aquellas circunstancias, me sentí tan mal, tan desprotegida, como si algo terrible acabase de ocurrirme.

18 de Abril del 2010

Me encontraba sentada al borde de la cama en la penumbra

de mi habitación. Levanté la mirada y la posé en la ventana de la pared de enfrente, pero no veía las cortinas blancas con hermosas flores negras, yo, en ese momento veía mucho más allá. El cauce de mis pensamientos se paró al caer en la cuenta de que faltaba exactamente un mes para mi veinte cumpleaños. Puede que por eso mis pensamientos se tornaran entonces más nostálgicos. Hice una pequeña recopilación de mi vida.

Mi familia era pequeña, por no catalogarla de minúscula. Desde el inicio de los tiempos, habíamos sido tan solo mi madre y yo. Mi madre se llama Claudia, es morena de ojos marrones, cerca de un metro sesenta de estatura y complexión atlética. Pero eso es tan solo lo que se puede apreciar de ella a primera vista. Detrás de su apariencia abierta y jovial, siempre he sentido que esconde algo que la atormenta, aunque esto es solo una suposición, ya que en ningún momento de nuestras vidas en común, ha hablado acerca de cómo era su vida antes de que yo naciese. Solo sé que sus padres habían fallecido antes de que yo viniera al mundo, también aseguraba no tener hermanos.

Una vez, cuando todavía era pequeña, le pregunte por el nombre de su ciudad natal, ella me contestó de manera escueta que en una diferente de en la que yo había nacido. La parte más difícil, y no es que el resto fueran fáciles, llegaba cuando le preguntaba, con todo el derecho del mundo creo yo, acerca de la identidad de mí otro progenitor. Con aquella pregunta, su cara se había tornado desde triste, molesta, avergonzada, hasta furiosa e iracunda, por lo que con el paso de los años lo catalogué como un secreto de estado y había llegado un punto en el que muchas veces ni si quiera sabía si me importaba realmente saberlo.

A pesar de esas pequeñas reminiscencias, su juventud y al hecho de haberme criado completamente sola, a posteriori, con casi veinte años de edad debía de sentirme realmente agradecida ya que mi infancia podría considerarse buena y normal.

En otro plano de mi vida, era obligatorio decir que tenía una

única aunque inmejorable amiga llamada Sara. Esta era de personalidad alocada, con mucha mano para los hombres y largas piernas. Rubia de ojos azules y sinuosas curvas. Si a un hombre por sus muchas conquistas se le atribuía el adjetivo de mujeriego, a mi amiga Sara, se le podría denominar "hombreriega" a falta de una palabra mejor, claro esta.

Era por esa horrible cualidad suya con los hombres por lo que me encontraba yo en mi habitación, con la totalidad del armario fuera, con la cara hundida en las manos y al borde del ataque de nervios. Es más, quizá me encontrara ya en medio de un ataque de nervios.

Como a toda persona hay ciertas cosas que me superan. Conocer gente nueva es una de ellas. Sociable, sociable, pues no es que haya sido nunca. Así que esa mañana mientras nos encontrábamos juntas en el trabajo, cuando Sara se acercó a mí tras haber recibido una llamada telefónica y de manera temerosa comenzó a decirme:

-Laura-Sara movió la cabeza apartando un mechón de su pelo rubio a un lado-acaba de llamarme Cristian-

-¿Cristian?-dije interrumpiéndole y riéndome-¿desde cuándo llamas a los hombres por su nombre?-

Otra persona que le conociera menos no se hubiera fijado en la suavidad de sus palabras, no hubiera podido apreciar que casi decía el nombre con cariño, como si ese chico realmente le importase. Había quedado un par de veces con él, lo que para tratarse de Sara era un gran logro. Puede que este fuese el chico que le hiciera abrir su cerrado corazón de una vez. Le sonreí con cariño.

-¡Au!-exclamé al recibir un codazo no sin mala leche gracias a mi sarcástico comentario.

-Bueno, el hecho es que me ha llamado Cristian-comenzó a decirme Sara a la vez que me echaba una de esas típicas miradas que decen "ni se te ocurra volver a interrumpirme"-y me ha preguntado

a ver si quería ir al cine o a cenar con él. Después me ha dicho que mejor las dos cosas-añadió poniendo una sonrisa de tonta enamorada-le he dicho que sí por supuesto-explicó mientras ponía los ojos en blanco ante semejante obviedad-pero…-siguió la frase en un tono que no era mucho de fiar, un tono que dejaba entrever que había hecho algo que consideraba no del todo bueno.

-¿Pero qué?-le pregunté impaciente y levemente irritada.

Sara seguía sin contestarme, como si aquello se tratara de una conversación entre colegiales, observé desde la incredulidad como se alejaba de mí lentamente dando pasos hacia atrás sin dejar de mirarme. Entrecerré los ojos e intenté pensar en que podía ser lo que ocurría.

-¿Qué has hecho Sara?-le pregunté sin poder controlar el tono de mi voz, este iba ascendiendo de manera considerable sin que yo pudiera hacer nada para controlarlo.

Aunque pueda sonar increíble, Sara echó a correr.

“Dios” pensé, “es como una niña”, ¿qué habré hecho yo para merecer esto? Miré a mi alrededor y tras comprobar que todos los clientes de la cafetería estaban servidos me dirigí rápidamente a la cocina. Abrí la puerta con fuerza y encendí la luz. No pude evitar sonreír con la escena que me encontré. Sara era tan teatral. Había abierto la nevera, esta se encontraba en la pared opuesta de la puerta de entrada. Y se había escondido detrás de las puertas. Los pies, con las sandalias negras que llevaba, le asomaban por debajo de la puerta del congelador. Me reí sin remedio, lo que ayudó a que la cantidad de enfado y tensión disminuyera hasta un nivel en el que casi se había esfumado.

-¿Qué pasa?-le pregunté entonces con calma total en la voz.

No obtuve respuesta alguna, por lo que lo intenté de nuevo.

-Tarde o temprano tendrás que salir de ahí y decirme lo que

pasa. Además, no puede ser tan malo-dije eso más para convencerme a mí que a ella.

Pero mi último intento había surtido efecto. Las puertas de nevera y congelador se fueron retirando lentamente para dejar al descubierto a una avergonzada Sara. Cuando empezó a hablar, todavía tenía las puertas sujetas.

-Verás, Cristian me ha dicho que tiene un amigo, su mejor amigo-rectificó moviendo la cabeza de manera afirmativa-que no tiene pareja y que últimamente lo ve un poco taciturno-

Noté como mis cejas se juntaban al vislumbrar la cuestión a la que quería llegar a parar. De mi cabeza hubiera comenzado a salir humo, de ser aquello físicamente posible.

-No-contesté rotundamente antes de que Sara acabara de explicarse-¡no, no, no!-repetí nerviosa moviéndome en círculos por toda la cocina.

-Nadie te va a comer-exclamó ella molesta por mi reacción.

-Tienes razón-contesté parándome en seco y señalándole con el dedo-¡Por qué no voy a ir a ningún lado!-

-Ya he dicho que irás-contestó en el mismo tono de voz que yo-no hay vuelta atrás, no puedes pasarte toda la vida sin buscar pareja. ¡Por Dios, que casi tienes veinte años y todavía eres virgen!-escupió furibunda.

Esas palabras tan hirientes, hicieron que me quedara allí de pie sin saber que hacer o que decir. En mi cabeza, no paraba de repetirme una y otra vez lo ciertas y reales que eran. Sabía que lo había hecho sin mala intención, que su propósito era ayudarme y que me enfrentase a la realidad de una vez. Me giré para darle la espalda, no quería que me viera dolida.

-Laura, de sobra sabes que te quiero-empezó a decir mientras posaba una mano sobre mi espalda-no puedes pasarte toda la vida

esperando a Asier. Además-añadió-no merece la pena, es un capullo-

De nuevo había dado totalmente en el blanco. Así que con esa última observación, había conseguido acallar mis dudas, dejando paso a que el orgullo actuara en primera línea, como consecuencia accedí a acudir a la doble cita.

Asier tenía una media melena rubia, unos ojos azules tan intensos como el mar, acompañados de unas suaves facciones, pómulos sonrosados y labios carnosos.

Si a toda aquella belleza le sumabas un cuerpo de espalda ancha y fuertes brazos, te daba como resultado el hombre de mis sueños, y hermano mayor y único de Sara. Por más veces, a lo largo de mi vida, que había intentado dejar de quererle, de desearle, no había encontrado forma alguna de lograrlo. A veces lo quería más, otras menos, a veces lo odiaba más, otras menos, pero siempre estaba ahí presente, grabado a fuego en mi cerebro y en mi corazón.

Mucha gente afirma que el amor imposible es el que mejor sabe, yo les contesto que sabe amargo y a ratos salado, depende de las lágrimas que hayas derramado por el ese día.

Asier llevaba gustándome desde que una chica comienza a fijarse en los chicos, pero la mía, se sabía de sobra que no era una buena elección. Estar enamorada de Asier era extremadamente doloroso, ya que como a su hermana menor, el adjetivo de mujeriego era el que mejor le definía, si había algo de su persona a destacar a parte de la belleza, ese sería. Jamás, y lo digo realmente, le había visto dos veces con la misma mujer, no voy a negar que eso ayudaba un apoco a llevar mejor el asunto. Su lista de conquistas era tan extensa y variada, que a veces llegaba a pensar que debía de irse a ligar a otras ciudades para no tener que repetir. Era lo que cualquier mujer en su sano juicio definiría como un capullo.

Para darle más emoción al asunto, cuando Sara y yo nos

independizamos yéndonos a vivir juntas, a los dos meses, Asier se presentó un buen día en la puerta, maletas en mano, alegando que ya que nos sobraba una habitación, ¿quién mejor para ocuparla? Por lo que tras semejante despliegue de morro, los tres vivíamos en perfecta armonía y unión. Era como para colgarse.

Un ruido en el presente me devolvió a la realidad, poniendo fin a mis múltiples pensamientos. Tras de mí sentí como la puerta del cuarto se abría. Eché un vistazo instintivo al reloj digital de la mesilla, esta marcaba las 20:31, tan sólo quedaba una hora para la cita. Resoplé con fuerza mientras me volvía en dirección a la puerta. La rubia cabellera de Asier asomó por ella con jovialidad. Entró sin pedir permiso, como ya era una costumbre arraigada en él.

-¿Qué pasa nena?-preguntó mirando el montón de ropa sobre la cama y posteriormente a mí.

Asier tenía la costumbre de llamarme nena. No es que me disgustara, es más era algo que encontraba muy atractivo.

-¿Estas en medio de una de esas crisis que os dan a las mujeres?-preguntó mientras se internaba un poco más en la habitación, se puso frente a mí en dos zancadas.

Mucha mano y delicadeza no es que tuviera, pero tenía un don, el don de dibujar una sonrisa en mi cara con su sola presencia. Sentí como las comisuras de mi boca se tensaban irremediablemente hacia arriba.

-Bueno un poco-le respondí de manera poco coherente mientras me encogía de hombros.

-Cuéntame nena-pidió suavemente mientras se sentaba a mi lado sobre la cama.

Cada vez que me llamaba nena una oleada de felicidad recorría mi cuerpo en su integridad haciendo que los problemas

dejaran de ser tan graves y logrando que el mundo pareciera más lleno de vida y de color. ¡He ahí mi debilidad!

-Bueno-comencé a narrarle-tu querida hermana, ha tenido la brillante idea de decirle a su “medio nuevo novio”-hice un signo de comillas con los dedos para darle énfasis a mis palabras-que la acompañaré a una doble cita-concluí y miré a Asier.

Dos sentimientos se asomaron en las facciones de este entonces. Una era muy fácil de identificar, la situación le hacía gracia. El otro, una leve unión en sus cejas que para otra persona habría pasado totalmente inadvertido, para mí quedo reflejado con claridad, era casi como si estuviera preocupado. Abrí mucho los ojos por el asombro, aunque no dije nada.

-¿Y mi hermana sigue viva después de eso?-preguntó riendo ahora a carcajadas-te estás volviendo una blanda-dijo dándome un golpecito en el hombro en plan juguetón.

-La verdad es que me dio mucha pereza tener que limpiarlo todo después de matarla-contesté en un patético intento por hacerme la graciosa.

-Vale-Asier se levantó casi de un salto dándome así un pequeño susto y comenzó a revolver la ropa-vamos a buscar algo para que te pongas-

Me incorporé de un salto.

-¿Vas a ayudarme a elegir la ropa para ponerme?-pregunté con franca incredulidad-eres un hombre, y los hombres carecéis de gusto-alegué-a demás que quede claro que es muy raro-

-Ja,ja, muy graciosa-respondió lanzándome una fugaz mirada antes de proseguir con la ropa esparcida-habló la que viste como una monja, hoy deberías enseñar una poco de carnaza para variar un poquito-dijo mientras me pellizcaba de manera juguetona en la pierna, me quedé literalmente petrificada y con los ojos saliéndoseme de las

órbitas-que estas muy bien. Vete a ducharte-ordenó esta vez lanzándome una toalla-para cuando salgas tendrás la ropa preparada-fue lo último que dijo.

De tan desconcertada que me encontraba, no pude encontrar el modo de replicar. Por el contrario, me limité a salvar los pocos metros que separaban mi habitación del cuarto de baño. Entré en él, cerré la puerta, puse el pestillo y me introduje en la ducha dejando que el caliente chorro de agua me liberara de la tensión.

Mientras me duchaba, un portazo inesperado, para ser exactos, el correspondiente a la puerta de la entrada, rompió la paz. Sara acababa de llegar. Lo suyo no era la paz y la tranquilidad, era lo más parecido a un terremoto andante.

Al cabo de dos minutos de que hubiera llegado comenzó a aporrear la puerta del baño con ambas manos.

-¡Mala amiga!, ¡sal de la ducha que tengo una cita con mi príncipe azul!

Me reí, era la exageración personificada.

-¡Has tenido toda la tarde para ducharte!-le grité picándola-¡habértelo pensado antes!, ¡no pienso salir!-afirmé rotundamente.

Se oyó un fuerte grito de rabia infantil y protesta al otro lado de la puerta. Presurosa, antes de que la broma se me escapara de las manos y pasase a mayores, abrí la puerta. Sara se encontraba detrás, casi con la nariz pegada en la puerta y cara de loca, la mano levantada y aspecto de ser capaz de tirar la puerta abajo.

-Idiota-me dijo bromeando.

-Bruja-le contesté yo riendo.

Al entrar en mi habitación tras la ducha, se me escapó una pequeña exclamación de sorpresa. La habitación estaba ordenada. Sobre la cama, ahora despejada, descansaba un vestido negro, al lado de este, había una chaqueta de punto del mismo color. En el suelo, sobre la alfombra, unas sandalias con lazos remataban el conjunto, este era un poco atrevido para mi gusto. Lo que más ilusión me hizo, fue divisar sobre el atuendo que luciría esa noche una nota. La leí con una sonrisa pintada en la cara.

Ponte esa ropa, te quedará genial. Pasarlo bien y cuida que mi hermana no se meta en problemas. Se me olvidaba, no me esperéis levantadas, he salido.

A.

Al terminar de leerla, me coloqué la nota sobre el pecho y suspiré. Eran escasas las veces que Asier demostraba tener sentimientos, esta, era una de esas veces en las que se quitaba momentáneamente la coraza. “Por suerte” pensé, de esta tendría constancia toda la vida. Guardé la nota en una caja que tenía en la mesilla. En ella estaban todos los recuerdos que más quería.

Reflexioné sobre la molestia que se había tomado en recoger todas las cosas de mi habitación en el tiempo que había estado en la ducha. Asier era una buena persona de buen corazón, aunque durante todos los días de su vida, con todas sus fuerzas y por un motivo que desconozco tratara de ocultarlo.

El reloj dorado de pie de la entrada de nuestra casa marcaba las nueve y veinte. Era ya algo evidente que no íbamos a llegar a tiempo. Me atusaba de manera distraída el pelo frente al espejo, con el único propósito de mantenerme distraída. Sara salió de improviso

disparada de su habitación, me cogió el brazo y tiró de mí arrastrándome hasta la salida con un escueto

-Vamos-

-Eres una histérica-le dije-con toda la práctica que tienes, no sé cómo puedes estar nerviosa-acabé entre risas.

Risas que paré al instante, justo al mirar a Sara y verla tan vulnerable, tan perdida, esta era la primera vez que le veía preocuparse por un hombre. Se le notaba que estaba aterrorizada por ello. Le entendía perfectamente, pocas cosas duelen tanto como el amor. Sea este de la naturaleza que sea.

Cuando Sara, delante de mí abrió la puerta de la cafetería que regentábamos, llegábamos ya, diez minutos tarde. Durante el camino había decidido, que en el caso de haber podido elegir, hubiera preferido llegar a la cita antes que ellos. Esto era debido a que me moría de vergüenza que se me quedaran mirando desde su posición inerte. Me estremecí solo con pensarlo.

Cristian, que era el chico con el que Sara estaba quedando, “él atraviesa corazones de hierro“, así era como yo lo llamaba de manera interna. Este había venido un par de veces a la cafetería, bueno, un par de veces que yo le hubiera visto. Me coloqué ligeramente de puntillas, destacando así un poco por encima del gentío y eché una ojeada. Nuestra cafetería, estaba dividida en dos espacios muy diferenciados entre sí, uno era la parte donde estaba la barra y el otro, era un espacio muy amplio y acogedor en el que varios grupos de sofás, pufs y sillones estaban dispuestos alrededor de mesas bajas. En las dos paredes de detrás de la zona de los sofás, unas estanterías cubrían las paredes en su integridad, estas estaban repletas de libros y revistas de todos los géneros. En resumidas cuentas, aquel era un lugar en el que hacer un alto y dejar un poco atrás, aunque fuera momentáneamente el estrés de la vida diaria.

No tardé mucho en obtener resultados a mi búsqueda. Cristian se hallaba en uno de los sofás esquineros. Su acompañante se encontraba de espaldas, por lo que lo único que pude distinguir de él, fue el color de su pelo, que era de un negro intenso.

Al percatarse Cristian de nuestra presencia, estiró la mano en alto y la agitó enérgicamente para llamar nuestra atención. Le di un codazo a Sara.

-¡Aú!-se quejó.

Aunque no hubo contraataque por su parte, ya que miró en la dirección que yo le indicaba y como es lógico instantáneamente vio a Cristian. Sara sonrió de manera deslumbrante y apretó el paso para alcanzar el lugar lo antes posible. Disimulé una mueca de sorpresa, realmente este chico le gustaba. “Por eso estas aquí” me recordó una sabia voz en mi interior, “por eso, y porque cada día de tu vida te avergüenzas de no haber tenido nunca pareja” siguió la voz interior. Esta vez, como ya me había molestado, ahogué la incómoda y molestamente sincera voz al fondo de mi consciencia. Alcé la cabeza y me armé de valor.

Llegué a la altura donde Sara se encontraba. Esta, le estaba plantando a cada uno un par de besos. Miré de refilón al moreno que se suponía me tocaba aguantar y no pude evitar sorprenderme.

Cuando te dicen que tengas una doble cita, con alguien al que no conoces, por hacer el favor a una amiga, que a su vez se lo está haciendo al chico que le interesa, y este alega que su amigo es un poco taciturno. Tu cerebro avispado de mujer, rápida y lógicamente lo traduce como: necesito que salgas con el amigo feo e idiota que mi futuro nuevo novio tiene y que no ha conseguido colgarle a nadie. Después tu amiga te planta la típica cara de camarada de la que tan solo puedes leer, yo haría lo mismo por ti.

Pues bien, al mirar a este chico, aquella deducción no era factible. El individuo en cuestión rondaría los veinticinco años de edad. De metro noventa de estatura más o menos, moreno de ojos verdes y

con unas pestañas negras muy marcadas que le conferían una hipnótica mirada exótica. Siguiendo la observación hacia abajo, su musculoso cuerpo, aquello era muy fácil de distinguir incluso con ropa, está rematado con una piel dorada. Pero eso, tan sólo era la punta del iceberg. Tenía algo, algo indescriptible, casi como una especie de resplandor que lo hacía destacar por encima del resto.

Sacudí la cabeza para dejar de mirarle.

-Hola-saludé y le ofrecí la mano a Cristian.

Al momento me arrepentí de haber escogido ese gesto, Sara les había dado dos besos. Cristian, tras mirarme ligeramente extrañado, compuso de nuevo un gesto de normalidad y me la estrechó gustoso.

-Soy Cristian-dijo a modo de presentación.

Tenía una voz hermosa, aunque quizás sonase ligeramente más madura que su aspecto físico.

-Tú debes de ser Laura-continuó.

-Sí, eso es-le contesté y la voz me tembló un poco por los nervios. Maldije para mis adentros y lucí una pequeña y tímida sonrisa.

-Este es Gonzalo-añadió al ver que yo no tenía intención alguna de continuar hablando, indicando con la mano abierta al moreno.

Me giré hacia el otro chico a cámara lenta, pero mi cerebro funcionando rápidamente. A Cristian le había dado la mano por lo que a este no podía plantarle dos besos. Aunque si lo pensaba fríamente casi era un alivio, no sé si me hubiese atrevido a dárselos. Debí de tardar más tiempo del que me había parecido ya que cuando extendí la mano y articulé un leve y tembloroso

-Laura-

Sara y Cristian ya se habían sentado en el sofá de enfrente con las piernas cruzadas y los cuerpos girados mirando el del uno hacia el del otro. Mi sorpresa no acabó ahí ya que Gonzalo miró primero mi mano extendida, luego me miró a mí de manera altiva, para finalmente sin ningún comentario sentarse.

De ser una mujer violenta, de las mismas, le hubiera arreado una patada en la entrepierna con todas mis fuerzas y me hubiera largado del lugar con la cabeza muy alta y mirada digna. Pero sin embargo para cuando este maravilloso pensamiento llegó a ser procesado por mi cerebro, estaba sentada junto a Gonzalo, y como no, deseando morirme.

”Vale” pensé, la cosa se resume a que el tío es un idiota, porque de belleza anda sobrado. Es más, si ahondaba en el tema, estaba segura de que si Gonzalo chasqueaba los dedos, y puedo decir que tenía pinta de hacerlo, todas las tías del bar acudirían a su lado.

Si por norma general no acostumbro a hablar con los hombres, cuando lo que una tiene a su lado es un Adonis con una simpatía cuestionable, mucho menos. La cita en cuestión estaba empezando a ser un auténtico calvario, y eso, que no llevaba en ella ni cinco minutos. Miré de reojo a Gonzalo y descubrí que el sentimiento era mutuo, parecía que incluso desearía cortarse su precioso pelo al cero que permanecer un segundo más en el lugar y situación.

Por lo que la obviedad acudió a mí golpeándome con fuerza al momento. Sara era la que había orquestado aquello. No era un favor que yo le estaba haciendo a ella. Esa parte era una mera tapadera para esconder que el favor era para mí, para su antisocial y temerosa mejor amiga.

-Sara-casi le grité dejándome arrastrar por la ira.

Esta quitó los ojos de encima de Cristian y me miró extrañada.

-Ven un momento a la cocina que hay algo que se me ha

olvidado comentarte antes-

Vale, puede que no estuviera resultando muy sutil, pero en ese momento, me la pelaba.

Su mirada se tornó incrédula y furibunda. Pero distinguió algo en mi mirada, algo que hizo que se levantara rápidamente y le dijera a Cristian

-Hay algo referente a la cafetería que tenemos que tratar-dijo a modo de disculpa-ahora cuando volvamos iremos al cine-le sonrió mientras le daba un leve apretón cariñoso en la rodilla al pasar frente a el camino de su destino.

Cuando abrí la puerta de la cocina ya tenía a Sara histérica pegada a mí.

-Eres increíble, ¿qué narices te pasa?-me preguntó levantando ambas manos.

-¿Qué, que me pasa?, ¿cómo puedes tener el valor de preguntármelo?, ¿te crees que soy estúpida?-grité echando todo lo que tenía dentro.

Me moví en círculos de manera impaciente por la cocina.

-¿Pero de qué estás hablando?-preguntó Sara ahora en un tono más calmado al observar mi dolida reacción, la preocupación también asomaba en su cara.

-De Gonzalo-contesté señalando la puerta, mientras que por mis mejillas rodaban lagrimas sin control-¿para quién de los dos es el favor?-pregunté-¿para él? Eses tío no ha necesitado ayuda para ligar en la vida. Por Dios, es un bombón-grité rabiosa para concluir.

Como vi que Sara se había quedado pasmada, mirándome con cara de asombro, continué.

-Esto lo has hecho por mí, porque no soy capaz de ligar con nadie, pero esta vez te has pasado-advertí señalándole con un dedo acusador y destructivo.

Sara se movió del lugar que ocupaba para acabar abrazándome.

-Siento que pienses eso, pero yo no he preparado esto-me hizo un gesto cariñoso en la cabeza, hecho que ayudó bastante a que me calmara.

-Si no ligas es porque no quieres-dijo eso, como si ese hecho fuera una obviedad de dominio público.

De mi boca y de forma totalmente involuntaria se escapó una sonrisa amarga en forma de contradicción a las palabras de Sara.

-¿Es que no te miras en los espejos?-me preguntó-eres guapísima. Tienes un pelo negro, largo y liso que es la envidia de cada mujer con la que te cruzas. También tienes una cara dulce-me miró fijamente-encima eres simpática y para nada superficial-se colocó las manos sobre la cintura, una a cada lado-así que chica, si no los tienes a tus pies es porque no quieres-

Tal como lo explicaba, sonaba tan bien que casi era creíble.

-Cambiando radicalmente de tema, ya que creo que he contribuido suficiente a subir tu pésima autoestima. ¿Qué te parece Cristian?-me preguntó Sara con una deslumbrante sonrisa de felicidad.

-Es guapo y educado. reconozco que él es un encanto-dije dejando de manera clara e indirecta que Gonzalo me parecía un idiota.

Antes de salir de la cocina, me lavé la cara y respiré hondo. Fuera me esperaba una batalla a la que debía enfrentarme. El problema era que me movía por tierras desconocidas, las citas no eran lo mío, y menos esta, que estaba abocada al desastre.

Tras unos minutos de hablar, decidimos que la mejor opción era la de ir al centro comercial. Allí disponíamos de cine y restaurante. Antes de marcharnos miramos la cartelera y acordamos, bueno, Sara y Cristian acordaron, ya que Gonzalo y yo parecíamos no estar presentes, cenar primero y luego ir a la sesión de las once.

Mientras salíamos en procesión por la puerta, comenté que me apetecía que fuéramos dando un paseo al centro comercial ya que fuera hacía una noche deliciosa. Ante mi fugaz comentario, Gonzalo clavó en mi persona sus penetrantes ojos verdes con una leve curiosidad pintada en ellos. Ese gesto me sorprendió, pero más lo hizo la reacción que tubo en mí su mirada, se me aceleró el pulso y sentí por unos segundos que no era dueña de mi cuerpo.

Para cuando llegamos al restaurante y nos sentamos, había quedado ya más que claro que Gonzalo y yo no pintábamos nada. esos dos tortolitos se las podían apañar perfectamente solos, es más, estaba un cien por cien segura de que si nos levantábamos y nos marchábamos no notarían diferencia alguna.

Para cenar pedí de primer plato una ensalada templada de pasta, que resultó estar excepcionalmente buena. En el intervalo de tiempo en el que tardaron en traer el segundo plato, levanté la mirada con curiosidad para observar a Gonzalo.

Definitivamente era muy guapo. Específicamente de la clase de chico que nos dejaba embobadas a las mujeres. Perecía estar enfrascado en sus pensamientos, unos pensamientos que estaban a años luz del lugar donde se encontraba. Jugueteaba de manera distraída con el tenedor, manteniéndolo en equilibrio y haciéndolo girar.

Ladeé la cabeza y entorné los ojos. Había algo en su mirada que lo hacía tenebroso. Paró el tenedor en seco y me miro fijamente.

No era una mirada amistosa.

Al encontrar sus ojos posados sobre los míos me sobresalté, como si se me hubiera pillado haciendo algo que tuviera explícitamente prohibido. Desvié la mirada azorada.

Gracias al cielo, el resto de la cena terminó sin sobresaltos.

Al llegar al cine, Sara y yo fuimos al baño y al salir sorprendimos a Cristian y a Gonzalo discutiendo. Se callaron ipso facto al vernos. Imaginé que la causa de esa disputa, era que Gonzalo no se estaba comportando de la manera que cabía esperar.

No era ni mucho menos tan caballeroso como Cristian, más bien parecía un chulo y un prepotente.

Acababan de empezar los *trailers* cuando nos sentamos en la última fila de la sala del cine. Para cuando estos hubieron terminado y comenzó la película, o sea, cinco minutos después, Sara y Cristian se comían los morros apasionadamente.

Genial.

La única esperanza que me quedaba era que la película, por algún tipo de milagro divino fuera buena y corta. Eché un par de miradas furtivas a Gonzalo que se encontraba a mi derecha, sólo para cerciorarme de que no se hubiese dormido. No. Estaba totalmente tenso. Como si lo de estar a oscuras en un sitio cerrado con más gente no fuera con él.

Cuando llegó la esperada parte en la que se encendían las luces me despedí de Sara y Cristian con ganas y rapidez, cuando me giré para hacerlo con Gonzalo, por mera cortesía claro está, descubrí que este se había esfumado sin dejar rastro.

Veinte minutos después llegaba a mi casa. Tuve que girar varias veces la llave para poder entrar, por lo que una punzada de dolor me atravesó el corazón. Asier todavía no había vuelto. Me dirigí a mi cuarto con total resignación, me quité el vestido, apagué la luz y

cerré los ojos. Despidiéndome así de otro día en completa soledad. Siendo esta la repetitiva historia de mi vida.

Un ruido horrible y penetrante me despertó. Me removí en la cama , gruñí ligeramente y estiré el brazo con el fin de apagar el despertador. Por desgracia la tarea me costó bastante y desveló lo suficiente como para tener que levantarme.

Eran las seis y media de la mañana del lunes y de esta manera comenzaba otra semana más. Para mí eran todas iguales, sin altibajos, sin emociones, sin amor.

Mi habitación se encontraba al final del pasillo. Y debido a su ubicación y a que yo era de todos la que más madrugaba, mi cometido vital especial era el de despertar a los demás de camino a la cocina. La verdad es que siempre había sido así, incluso desde el inicio de nuestra armoniosa convivencia.

Sara y yo entrábamos a la misma hora al bar. Yo me encargaba de hacer los pinchos y ella de recoger y tenerlo todo a punto para la hora de la apertura.

Pero también despertaba a Asier. Este era fotógrafo y no tenía horario fijo, pero le gustaba la compañía por las mañanas. Solía sacar fotos del amanecer desde la ventana de la cocina mientras desayunábamos, he de reconocer que aquel era el mejor momento del día.

Golpeé la puerta de la habitación de la derecha.

-¡Sara!, ya es hora de levantarse-dije gritando.

Me dirigí a la habitación de la izquierda cuyo propietario era Asier. Me quedé mirando la puerta. Deseaba más que nada en el mundo entrar dentro de esa habitación y acariciar a la persona que se hallaba dentro descansando plácidamente. Le amaba, incluso a mi pesar. Suspiré y me dije a mí misma para consolarme lo mismo que

tantas otras veces. Quizás algún día. Levanté la mano, llamé y dije

-Asier, ya es la hora de levantarse-solo que el tono que había empleado para despertarle a él fue mucho más dulce, me salía sólo, sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Al llegar a la cocina levanté la persiana y encendí la luz, todavía no era de día, pero quería sentir la libertad que solo una ventana abierta te puede otorgar. Sin más dilación me dispuse a preparar el desayuno. Algo que no podía faltar en nuestra mesa, era el delicioso y reconstituyente líquido de color marrón, comúnmente conocido como café. En plena elaboración sentí movimiento a mi espalda y me giré sonriendo de antemano para saludar, me era indiferente de cual de los dos hermanos se tratase.

-Hola-saludé de forma cantarina.

-Buenos días-dijo Sara a su vez mientras se sentaba en una silla.

Le observé detenidamente, para finalmente darme cuenta de que lo que ocultaba su cuerpo semidesnudo era una camisa de hombre. Para ser exactos era la misma camisa que Cristian llevaba la noche anterior. Le señalé como una estúpida, preguntándole con la mirada.

-¡Oh!-fue todo lo que se me ocurrió decir.

-¡Sí!-contestó ella llena de alegría.

-¿Qué tal?-pregunté con curiosidad-¿ha pasado la noche contigo?-

La verdad es que la segunda pregunta sobraba, ¿pero que iba a preguntarle?

Sara me dirigió una sonrisa de total picardía. Abrió la boca para hablar, pero justo en ese preciso instante apareció Cristian.

Este llevaba una camiseta de tirantes. Se acercó a Sara y le abrazó. Seguido del abrazo llegó un suave beso en los labios. Contemplé la escena con celos y ternura.

-Hola Laura-saludó Cristian como quien te conoce de toda la vida.

-Hola-respondí sintiéndome un poco fuera de lugar.

Les di la espalda para concedernos a todos un poco de intimidad y continué desayunando como si nada diferente hubiera ocurrido.

Estaba sirviéndome el segundo café cuando apareció el machote. Lucía un pijama blanco de rayas azules y rojas. Para mi desgracia, no llevaba nada en la parte de arriba, ¡cómo no! Debido a esto, me resultó del todo imposible no clavar los ojos en su musculoso pecho, el cual se marcaba más si cabe con cada movimiento.

Al llegar al lugar donde yo me encontraba, el cual parecía que iba a ser su destino, agachó la cabeza, me obsequió con un fraternal beso en la mejilla y me cogió la taza de café de las manos. En mi interior comenzaron una serie de escalofríos y explosiones, su contacto, su olor, su presencia, bastaban para alterarme. Tuve que agradecerle que cogiera la taza después del beso ya que si no, seguramente se me hubiese caído.

-Sin duda es el mejor café que he probado en la vida-alabó Asier.

Se oyó un portazo procedente del pasillo. Rápidamente hice un recuento de personas. Me tensé al corroborar a pesar de haberlo sabido de antemano que estábamos todos. Mire a Asier a la cara, esperando leer en sus facciones que el también había escuchado el ruido y saliera al pasillo a mirar que era lo que pasaba.

Mi miedo se convirtió en la más amarga de las sensaciones, al ver asomar por la puerta de la cocina a una morena, que correteó

dando saltitos hasta donde estaba Asier. Noté como la mirada de Sara se posaba sobre mí, pero por nada del mundo iba a devolverle la mirada, no quería ver la pena reflejada en ellos, mucho menos cuando la que levantaba ese sentimiento de pena era yo. Pero mi hundimiento sentimental no acabó ahí, ya que aunque pareciese imposible, la cosa se podía poner peor. Esta macabra teoría se confirmó, en el momento que una segunda mujer, esta vez rubia, apareció como por arte de magia, colocándose al otro lado de Asier.

Esto era demasiado incluso para él. Decidí que no iba a esperar más tiempo, quién sabe, igual faltaba una pelirroja.

De manera muy digna y sin dejar que mis sentimientos me delatasen ni in solo segundo, cogí las llaves que tenía en la encimera de la cocina y me fui. Planteándome de manera muy seria arrearle un buen rodillazo al pasar. Pero como una mujer madura me contuve las ganas y dije

-Sara, no hace falta que vengas todavía, es más, cógete el día libre-dije haciendo un gesto con la mano, mientras componía una sonrisa totalmente forzada.

De camino a la cafetería pasé por la casa de mi madre para saludarle, no me sentía muy contenta conmigo misma con la clase de hija que estaba siendo. No le había dicho nada acerca de la rotura del colgante. Me consolaba a mí y a mi conciencia con la patética excusa de que no había venido a cuento en ninguna de nuestras conversaciones. El problema era que simple y llanamente no sabía cómo hacerlo.

Sentí un inmenso alivio al descubrir que no estaba, imaginé que se habría ido a trabajar. Al salir de su casa, me senté en uno de los bancos del cementerio y lloré, lloré hasta que ya se me hizo tarde, por no ser sincera con mi madre, por Asier y por la mierda de vida que llevaba.

El reloj de mi muñeca marcaba las siete y media de la mañana cuando llegaba a la cafetería. Por las mañanas, la manera de acceder al local era por una puerta que teníamos en la cocina. A dicha puerta se llegaba por un callejón que estaba en uno de los laterales. Normalmente, solía incomodarme bastante encontrarme allí sola, pero ese día, con el montón de cosas que tenía en la cabeza y el teléfono móvil sonando de manera inoportuna e insistente, hizo que ni si quiera tuviera tiempo de planteármelo. Busqué a tientas el teléfono frente a la puerta de la cocina, que por cosas del destino, había ido a parar al fondo del bolso. Maldije para mis adentros, ya que justo cuando le había dado alcance dejo de sonar.

Accedí al interior del local, desconecté la alarma, di las luces y me dirigí a levantar la persiana de la puerta principal. El teléfono del bar sonó en medio del proceso. Corrí para cogerlo.

-¿Sí?-pregunté.

-Hola preciosa-la voz de Sara era suave y estaba teñida de preocupación-¿Qué tal estas?

-Pues hombre, la verdad es que no está siendo este uno de mis mejores días, pero ya sabes que la auto compasión no es lo mío-respondí con total sinceridad, ya que estaba hablando con la persona en quien más confiaba.

-Asier se ha sentido muy avergonzado de que le hayamos visto-comentó Sara intentando hacer un poco más humano a su hermano.

-Lo que debería de darle vergüenza es ser así, ¡con dos!, es muy fuerte hasta para él-grité y gesticulé al teléfono-no quiero ni pensarlo, voy a ver si me meto en la cocina y me des estreso un poco, porque si no creo que me voy a volver como el increíble Hulk.

Se oyó como Sara disimulaba la risa al otro lado de la línea.

-Ahora mismo voy para allá, exagerada-dijo esta vez con la voz

más alegre.

-No, no hace falta, disfruta de tu Cristian-pronuncié su nombre de la manera más cursi que me fue posible-que por lo menos uno de los dos hermanos siente la cabeza.

-Ni hablar-me cortó Sara.

-¿Ya te has cansado de él?-dije para picarla y por su sonido de indignación al otro lado de la línea supe que había funcionado.

-Idiota. Jo, no es justo-se quejó como una niña pequeña.

-¿Cómo te puedes quejar de que te deje más tiempo con tu príncipe azul? Espero que algún día me toque a mí-comenté soñadora-ese día, entonces serás tú la que me tenga que hacer ese favor a mí.

-En ese caso-dijo Sara dubitativa-hecho, te dejo que me está esperando-

-Adiós-me despedí.

La de ese día, resultó ser una mañana movida. A eso de las diez de la mañana, para mi sorpresa, apareció Gonzalo. Me quedé completamente estupefacta al verlo entrar y observé con detenimiento todo el recorrido que hizo hasta llegar a uno de los sofás esquineros de al lado de las estanterías. Vestían unos pantalones vaqueros oscuros, junto con una camiseta de manga larga y cuello alto. Esta era de color verde con gruesas rayas blancas. De no estar viéndolo con mis propios ojos, jamás hubiera dicho que un atuendo tan informal pudiera hacerle tanta justicia a alguien. Gonzalo sujetaba con la mano derecha un cuaderno de tamaño grande, de tapas duras y color amarillo.

El peor sentimiento llegó a mí cuando el asombro inicial por su presencia se esfumó por completo. ¿Qué se suponía que le iba a

decir?, ¿qué habría venido a hacer a la cafetería? Recorrí con la mirada la parte interior de la barra dos veces antes de decidirme a coger la libreta y el bolígrafo para apuntarle el pedido, y con esos objetos a modo de protección y de tapadera, acudí a su encuentro.

-Hola-saludé de manera agradable cuando estuve junto a él.

Sonreí tímidamente, mientras Gonzalo levantaba la mirada de forma perezosa. Los ojos verdes de Gonzalo se posaron en los míos, solo cuando estos me hubieron repasado por completo. Aquel desvergonzado gesto, hizo que me pusiera sumamente nerviosa. Apretando con disimulo los dientes, deseé estar presentable, tener la bragueta del pantalón cerrada y sobre todo no haberme manchado a lo largo de la mañana de trabajo.

-Hola-se dignó a contestar.

Su voz era muy masculina, algo que me había sido del todo imposible de verificar la noche anterior.

-¿Quieres tomar algo?-pregunté ya que ese era mi trabajo.

Por nada del mundo quería que el engreído de Gonzalo pensase que había ido hasta allí para charlar con él.

-Sí, un cortado templado.

-Marchando-dije.

¡Dios!, era lo más lamentable que se me podía haber ocurrido decir. La verdad es que necesitaba más práctica para hablar con chicos guapos.

Fui hasta la barra y se lo preparé. Tras colocar la galleta sobre el platillo, se lo llevé hasta la mesa.

-Toma-le dije mientras se lo dejaba frente a él.

Gonzalo levantó la vista del cuaderno amarillo en el que estaba escribiendo y me contestó con un escueto

-Gracias

Desconozco el motivo por el que me quedé allí plantada después de eso, de que nuestra relación camarera cliente hubiera acabado. En el momento en el que me di cuenta de que Gonzalo aguardaba impaciente a que hiciese o dijese algo, mi corazón comenzó a latir violentamente y dije lo primero que se me vino a la cabeza.

-Cristian está con Sara, han pasado la noche juntos-

Cerré fuertemente los ojos y fruncí los labios. ¡Mierda!, ahora iba a pensar que era una cotilla.

-Lo digo por si lo estás buscando-agregué intentando solucionarlo.

Tras unos segundos en los que pareció totalmente desconcertado contestó

-Ah, vale-

Me giré para darle la espalda y decidí dejarlo por imposible, ese hombre era demasiado para mí, es más, puede que incluso fuese demasiado para cualquiera.

Sara apareció por la cafetería para eso de las doce de la mano de Cristian, era innegable lo buena pareja que hacían. Cristian se dirigió a donde Gonzalo y Sara vino hasta donde mí.

-¿Qué tal?-le pregunté dándole una especie de golpecito amistoso con el culo.

-¡Oh!-dijo dejándose caer de espaldas contra la barra y poniendo los ojos en blanco-es caballeroso, tierno, y en la cama… ¡increíble!-gritó mientras suspiraba.

-Vale, vale-le corté agitando las manos entre nosotras-no

entres en detalles-

Sara me dedicó una cara en la que se podía leer que yo era una estrecha.

-Vale, en ese caso nos pondremos mano a la obra-dijo Sara radiante.

Comencé con la tarea de secar los vasos, y en un momento dado, mientras le pasaba a un plato la bayeta, me fijé en que todas las mujeres del bar observaban a Cristian y a Gonzalo. La verdad es que resultaba evidente que sobresalían por encima de los demás, pero a mi parecer, Gonzalo era más guapo. Cuando ese pensamiento cruzó por mi cabeza, la sacudí, tenía otras muchas cosas en las que pensar.

A las cuatro de la tarde llegó Cintia, como siempre puntual. Cintia era la camarera que teníamos contratada para el turno de tarde, esta era agradable con la clientela, además de trabajadora, nunca había faltado un solo día, por lo que estábamos más que contentas con ella.

Entré en la cocina para recoger los bolsos y los abrigos, Sara estaba todavía en la cafetería despidiéndose de Cristian. Cuando salí de la cocina, observé lo que debía de ser una escena normal, aunque despertó inesperadamente un sentido oculto en mi interior. Cristian besaba a Sara mientras la acurrucaba entre sus brazos, sin duda algo muy tierno, pero no fue eso lo que atrajo mi atención, fue Gonzalo. Estaba detrás de ellos y por la posición de sus brazos, de sus piernas, de su cuerpo entero, se parecía a un auténtico guerrero. Observaba a ambos lados, vigilante, alerta, feroz.

De improviso su mirada se encontró con la mía y me hizo dar un respingo, contuve el aliento mientras apartaba la mirada con la única certeza de que Gonzalo albergaba algo oculto, algo letal en su interior.

Bajé la mirada temblando y dando gracias al Dios por el día en el que decidió que los pensamientos fueran secretos. Tras aquello, me encaminé con paso decidido a donde se encontraban. Ya no podía disimular, solo me quedaba el hecho de afrontar que me había pillado. Llegué junto a Sara y no pude evitar suspirar de alivio al ver que Cristian y Gonzalo se marchaban sin esperar a que yo llegara. Tenía la extraña sensación de que Gonzalo era alguien de quien uno se debía cuidar.

Pasé el resto de la tarde en casa, haciendo tareas de limpieza, siempre había sido algo que me relajaba bastante. Tras una deliciosa cena consistente en una ensalada y canelones caseros, Sara, Asier sin compañía y yo, nos tumbamos en el sofá del salón para ver una película. Serían cerca de las doce de la noche cuando me acosté.

Corría descalza por el cementerio, vestía con el pijama corto con el que me había acostado. Era una noche oscura, tan solo entrecerrando los ojos alcanzaba a ver los contornos de las cosas que pasaban veloces a mi alrededor. Hacía un frío horrible, de esos que te penetran en el interior y te congelan los huesos hasta entumecértelos. Estaba huyendo, algo maligno me perseguía con la intención de matarme. Sabía que esa afirmación era tan cierta, como el hecho de que cuando sale el sol es de día. Notaba su presencia acercándose, cada vez más encima de mí, de nada servía que estuviera corriendo con todas mis fuerzas. En mi desesperada huida choqué contra una lápida, de esta sobresalía un retorcido hierro que no había alcanzado a ver. Grité de dolor, se me había hecho un corte profundo en el hombro e inevitablemente comencé a llorar. La sangre caliente recorría mi brazo hasta llegar a la punta de los dedos, para finalmente aterrizar en el suelo. Debido a la distracción que me había ocasionado el accidente, el ser que me perseguía tocó mi hombro. Juro que hasta

ese momento no sabía lo que era el miedo, pues bien, ahora, sabía lo que era el terror. Un grito desgarrador salió de mi interior.

La luz de mi cuarto estaba encendida cuando regresé a la realidad. Asier se lanzó a mi lado en la cama para abrazarme, intentando por encima de todo reconfortarme.

Un sudor frío recorría mi cuerpo, lo que me había dejado completamente empapada. Una marea de lágrimas de desesperación había dejado mi cara pegajosa. Todo había sido tan real, tan vivido, que casi no podía creerme que hubiera estado soñando.

-Ya esta nena-me consolaba Asier mientras me mecía dulcemente entre sus brazos-tan solo era una pesadilla, todo pasó-

Esbocé una sonrisa, me sentía muy agradecida de tenerle ahí para protegerme.

-¡Dios!-exclamó-pero si estás sangrando del hombro-

Se me desbocó el corazón y miré para cerciorarme de que Asier no se hubiera equivocado. Lo que me encontré fue francamente impactante, tenía exactamente el mismo corte que en el sueño y a lo largo de mi brazo se podía distinguir la marca reseca por donde había pasado la sangre.

Se supone que ningún sueño puede dejarte marcas físicas. Ahora sí que podía tener miedo. Nada puede protegerte de tus sueños.

2-ABUELA PERDIDA

El gran problema de buscar respuestas,

reside en que si al descubrir la verdad

no puedes vivir con esta,

¿Qué es lo que haces entonces?

14 de Mayo del 2010

Los días fueron pasando hasta convertirse en semanas. Días oscuros y de incertidumbre, días en los que sentía miedo por mi integridad. Vivía asustada y recelosa. Ese primer sueño tan real, aterrador y doloroso, se iba perdiendo en el tiempo como un mal recuerdo. Intentaba por todos los medios encontrar una explicación, una fórmula que lo racionalizara, el problema era que era una tarea sumamente difícil, ya que después de ese primer sueño, cada noche tenía la misma pesadilla.

Por suerte para mí, nunca duraban tanto, me despertaba rápidamente, creo que me obligaba a hacerlo. Un único cambio había acudido al sueño, una pequeña modificación desde la segunda vez. Todos los días, a lo lejos y con una voz que sonaba muy poderosa alguien me decía “encuentra tu destino”.

Y cada día me estremecía al oír esa voz, aunque había notado que cada noche esperaba impaciente oírla, pero aún así, cuando llegaba, volvía a conseguir que me estremeciese. Intentaba por todos los medios no dormir, retrasar de cualquier forma la hora de acostarme. Pero no me podía engañar a mí misma. No dormir es imposible.

Quizás era mi falta de descanso lo que acentuaba mi alarma. Casi diría que había comenzado a rozar la locura con la punta de los dedos. Sabía que debía de convencerme de que era un episodio aislado, no podía destruir mi vida por un sueño, aun a pesar de que este me acechase todas las noches. Necesitaba una solución, a eso y a la incesante sensación d que algo malo me vigilaba.

Admitiré muy a mi pesar, que lo único que me despejaba la mente, que me distraía más bien. Era ver aparecer al misterioso Gonzalo todos los días sobre las diez de la mañana, con su cuadernillo amarillo. Tomaba siempre lo mismo, un cortado templado, se veía que era un chico de costumbres.

Se sentaba siempre en el mismo lugar y escribía durante horas. Solía marcharse más o menos una media hora antes de que acabase nuestro turno. Claro está que no hablábamos, ya que ni él tenía el mínimo interés en mí, ni yo en él.

Hacía ya un par de semanas, que al verle entrar, le preparé el café sin que tuviera la necesidad de pedirlo. Lo hice para ahorrar tiempo ya que tenía la cafetería hasta los topes, pero Gonzalo me sorprendió con una tímida sonrisa por el detalle. Me sorprendió enormemente que aquella sonrisa me llenara de calor.

Medio bar y yo, observábamos sus movimientos. Poseía una belleza evidente y un aire de misterio y peligro. Ingredientes que hacían las delicias de cualquier mujer.

Fueron muchos los intentos por ver lo que escribía en el cuaderno amarillo. Jamás tuve la menor oportunidad. Era muy rápido con sus movimientos. La única solución que se me había ocurrido era la de seguir intentándolo.

Con una punzada de fastidio, recordé que aquel día sería otra la que le serviría el café y le vería escribir. Había tenido que cambiar el turno con la chica que trabajaba para nosotros, pues tenía una cita

médica importante.

Yo fui la afortunada elegida para tan gran honor, ya que la relación de Sara con Cristian seguía viento en popa y tenían planes interesantes para la tarde. Yo no tenía nada que hacer, debía de reconocer que mi vida era totalmente aburrida. Podía pasar sin una tarde libre.

Estaba agachada ordenando los libros de las estanterías, sumida en mis pensamientos. Toda la gente de la cafetería estaba atendida.

-Hola,-saludaron a mi espalda.

Un sobresalto recorrió mi cuerpo y el libro que tenía entre las manos cayó al suelo. Grité. No tenía yo el cuerpo para sobresaltos.

Me di la vuelta con la mano sobre el pecho y el corazón exaltado, para encontrarme con Gonzalo. Lucía una sonrisa impropia en él. Me dejó aturdida y descolocada. Quise devolvérsela, pero mi cuerpo no me obedecía, este, estaba muy ocupado manteniendo la boca abierta.

Las preguntas se agolparon a la puerta de mi cerebro con el propósito de ser escuchadas. ¿Qué hacía Gonzalo en la cafetería por la tarde?, ¿por qué había venido a saludarme? Y la más increíble de todas, ¿por qué me sonreía de esa manera tan encantadora?

-Hola-le respondí al fin, pero sonó como una pregunta.

Rio y fue a sentarse en el lugar de siempre. Bueno, me tranquilicé al verle sacar el cuaderno y comenzar a escribir. Esa parte, la del café y el pasar el uno del otro ya la dominaba más

Serían las ocho de la tarde cuando Asier llegó al bar. Por su aspecto se veía que estaba muy contento. Seguramente se

encontraba más que satisfecho con el trabajo que había realizado ese día.

Vestía una camiseta blanca ajustada y unos pantalones negros. Sencillamente era perfecto. Espalda ancha, brazos musculosos y una sonrisa dulce y encantadora.

¿El inconveniente? Era inalcanzable. No por su físico. Por su corazón. En la vida había tenido una relación amorosa. Se dedicaba más bien a tirarse a todo lo que se movía.

Al tenerlos a los dos en la misma estancia, a Gonzalo y a Asier, pude apreciar, que eran todo lo contrario en todos los aspectos. Lo único que tenían en común, era su inaccesibilidad. Y que los dos rezumaban belleza por cada poro de su cuerpo.

-Buenas tardes nena. ¿Cómo lo llevas?-preguntó Asier sentándose en un taburete frente a mí.

-Está siendo una tarde muy tranquila-dije sonriéndole-¿has tenido suerte con las fotos?-

-¡Oh sí! Son increíbles-contestó contento.

Se acercó mucho a mí para enseñármelas debido a que tenía la cámara colgada del cuello. Cerré los ojos al sentirlo tan cerca y me embriagué con su dulce aroma. Con el calor que desprendía su presencia. Despertaba cada célula de mi cuerpo. Mientras me enseñaba las fotos, yo observaba la luz que desprendían sus ojos, la fotografía era su pasión y desgraciadamente para mí, mi pasión era él.

-Esta la he sacado en el parque esta mañana-explicaba-parece un universo paralelo, con tanto color y belleza…

-Quiero un refresco de cola-pidió un hombre que me miraba con impaciencia.

-Ahora mismo-dije poniéndome manos a la obra.

-Yo quiero otra-dijo Asier.

Entró por dentro de la barra y me dio un leve beso en la mejilla mientras me decía

-Voy a sentarme ahí-señaló una de las butacas de una esquina-para decidir que fotografías voy a mandar a la revista-

-Vale-le contesté hecha un flan.

Tenía la costumbre de besarme en la mejilla. Era lo mismo que hacía con su hermana, nada que pudiera darme a entender que yo le gustara. ¡Pero mi cuerpo!, no podía hacer nada para que él lo entendiera.

Cerca de la hora del cierre, quedaban ya pocos clientes, Asier se levantó y vino a donde yo me encontraba.

-Oye-dijo.

Levanté la mirada y me sorprendí al verlo irritado y con el ceño fruncido.

-¿Qué te pasa?-le pregunté sorprendida.

-Nada-contestó-¿Conoces al tío ese que está sentado allí?-

Miré en la dirección que apuntaba su dedo y me asombré al ver que señalaba a Gonzalo.

-Sí-respondí.

-¿De qué?-preguntó.

-¿A qué vienen esas preguntas?-dije ofendida.

No sabía a que venía ese numerito, pero yo no era un detective. Si quería saber algo que se lo preguntase a él.

Su semblante se relajó.

-Perdona si he sido muy brusco, pero es que ese tío me está

poniendo de los nervios-se disculpó.

-¿Por qué?, ¿es que te está quitando a las chicas?-dije con sarcasmo a la vez que me reía.

A él no le hizo ninguna gracia.

-Contéstame, por favor-pidió poniendo una carita irresistible-¿le conoces o no?-

-Si te contesto, me dirás porque lo preguntas-insistí curiosa.

-Sí-afirmó Asier.

-Sí-respondí yo.

-Sí ¿Qué?-preguntó él.

-Oh, vamos,-puse los ojos en blanco. Quería detalles-se llama Gonzalo y es el amigo del novio de tu hermana-le hice un gesto con la cabeza, como preguntándole a ver si me seguía o no-es el amigo con el que tuve la cita doble-confesé avergonzada.

-Ah,-fue lo único que dijo como respuesta.

-Ahora tú-le dije dándole un leve golpe con el dedo índice en el pecho.

-No es nada-se escaqueó dándose la vuelta.

-Asier-le llamé-no volveré a hacer un pacto contigo en lo que me queda de vida-juré.

Miró para arriba y resopló, antes de contármelo.

-Lo preguntaba porque no te quita el ojo de encima-dijo y se fue.

Me quedé sin palabras, sin saber qué hacer o que pensar.

Como consecuencia a las palabras de Asier lancé una mirada furtiva a Gonzalo, pero este seguía inmerso en su mundo como si

jamás hubiera levantado la cabeza del cuaderno. O bien Asier se estaba quedando conmigo o Gonzalo me miraba sin que yo lo viera.

Se había hecho muy tarde y tenía que cerrar. No es que no quisiera hacerlo. El problema es que Gonzalo seguía sentado en el mismo lugar de siempre.

No sabía qué hacer. Bueno, mejor dicho no me atrevía, porque la cuestión era muy simple. Dejaba de fingir que todavía estaba limpiando, me plantaba delante de él y le decía muy educadamente:

-Mira es que ya es muy tarde y tengo que cerrar. ¿Te importa irte?-

Aletearía las pestañas y le sonreiría como una tonta. El se levantaría sin mediar palabra y se iría. Fin de la historia. Sin embargo, allí estaba yo después de media hora sin atreverme a hacerlo.

-Es la tercera vez que le pasas la bayeta a esa mesa-dijo una voz a mi espalda.

-No me había dado cuenta-respondí.

Mierda, me había pillado.

-¿Vas a cerrar?-preguntó.

Y yo me quedé pensando. La verdad es que con este chico me sentía como una estúpida. Debía de pensar que tenía alguna clase de retraso.

-¿Vas a cerrar?-volvió a preguntar como si yo no le hubiera oído.

-Sí-me apresuré a contestar esta vez.

Sonreí triunfal. Había contestado.

Él sonrió en respuesta, hecho que volvió a dejarme en estado

de *shock*.

-¿Quieres que te acompañe?-preguntó-es un poco tarde-añadió.

Todas mis alarmas se activaron ¡¿Cómo?!, ¡¿Había oído bien?!

-Claro-respondí antes de que mi cerebro lo procesara.

Tonta, tonta, tonta. Seguro que quería algo así como matarme o robarme. Era imposible que quisiera estar en mi compañía, así, sin más. Lo conocía desde hacía casi un mes y no habíamos cruzado ni tres frases seguidas.

Paseábamos por un camino de tierra que atravesaba el parque, corría una suave brisa primaveral y la luz de las farolas proyectaba nuestras sombras mientras andábamos. Quizás esa sensación de paz y felicidad que me embargaba, se debía por completo a mi dispuesto estado de ánimo, o a lo sumamente hermosa que se había quedado la noche. Me sorprendió darme cuenta de que la cercana presencia de Gonzalo, era totalmente de mi agrado. Tuve un inesperado arranque de curiosidad por su persona.

-¿De dónde eres?-le pregunté mientras su mirada se posaba sobre mí llena de perplejidad.

Nunca me hubiese imaginado que la reacción por mi parte fuera la de comenzar a reírme a carcajadas. Las comisuras de los labios de Gonzalo se tensaron levemente hacia arriba.

-¿Qué te hace gracia?-preguntó desconcertado.

No pude responder a su pregunta hasta pasado un minuto, porque estaba siendo víctima de un ataque de risa en toda regla.

-Ya sé que no somos íntimos amigos, también soy consciente de que ninguno de los dos somos grandes habladores, a diferencia de

nuestros íntimos amigos, pero he pensado que ya que vamos caminando solos, podríamos hablar-

-Tienes razón-me concedió, su mirada era amable, aunque algo en el fondo de ella, aún así, emanaba peligro-soy de fuera de esta ciudad y de este país, de un lugar muy lejano y distinto-su mirada se hallaba perdida en el horizonte mientras pronunciaba esas últimas palabras.

Era complicado decir tan poco con tantas palabras. El problema era que con tanto ridículo secretismo había conseguido levantar más si cabe mi curiosidad. Como no parecía dispuesto a regalarme ningún comentario más, decidí que quizás lo que hacía falta era que yo le contase algo de la mía, para que él se abriera y me contase algo de la suya. Dicen que para recibir hay que dar.

-Yo nací en esta cuidad-comencé desviando la mirada al frente para que me resultase más fácil hablar sobre mí-y he vivido desde entonces aquí con mi madre-un horrible sentimiento de culpabilidad se asomó por mi cabeza, aún no le había dicho lo del colgante.

Giré la cabeza para cerciorarme de que Gonzalo me estaba escuchando y me sorprendí al verlo mirándome atento, escuchando cada una de mis palabras.

-¿Cómo es tu madre?-me preguntó mientras me miraba fijamente.

No pude evitar hacer una mueca de dolor ante la mención de mi madre. Casi recé para que Gonzalo no se hubiera dado cuenta de eso, pero me di cuenta al momento de que si lo había notado ya que sus cejas rejuntaron y sus enormes ojos verdes quedaron reducidos a finas rendijas. Parecía como si calculase mi reacción.

-¿Estás triste?-preguntó como sorprendido de que tuviera la capacidad de tener ese sentimiento.

De manera inconsciente me senté en uno de los bancos de

madera oscura que recorrían el paseo del parque y asentí.

Era plenamente consciente de que me estaba derrumbando, ¿por qué tenía que ser delante de él? Apoyé la cabeza sobre las manos. De manera silenciosa Gonzalo se sentó a mi lado. Por el calor del momento sentí que debía de darle una explicación. La pega era que estaba casi un noventa por ciento segura de que acabaría llorando.

-Sí-contesté simplemente.

Gonzalo no preguntó más ni hizo comentario alguno al respecto, lo cual me dejaba con dos opciones, o no quería ser meticón, o le importaba bien poco. Pero la caja de los sentimientos estaba destapada, todo iba a comenzar a brotar, lo notaba surgir desde dentro. Además, estaba cansada de no sucumbir a mis impulsos, y este, a la única persona a la que le podía perjudicar era a mí misma.

-Llevo casi un mes evitando a mi madre-solté de carrerilla y sentí que el peso de mis hombros iba aligerándose-me siento muy culpable porque se me ha roto un objeto que es muy importante para ella. Sé que puede sonarte como una completa tontería, pero no lo es-me excusé-quizás lo más grave del asunto es que n o he tenido el valor de decírselo. La bola que estoy formando cada día se hace más grande y cuando se entere, que lo hará, sabrá que no se lo he dicho y será ese comportamiento lo que más le dolerá-había cogido carrerilla, no podía parar de hablar, la cuestión de mi madre me preocupaba, pero era de mínima importancia comparado con lo del sueño-también esta lo otro-dije como quien no quiere la cosa-

-¿Qué es lo otro?-preguntó en un susurro, ahora sí que parecía interesado.

Le miré y descubrí que lo había hecho solo por el placer de verlo. Tenía una mirada profunda, exótica, de color verde turquesa, como los prados frescos y llenos de inmensidad. Era una mirada en la cual uno deseaba perderse, aunque no le dieran esperanza alguna de

poder regresar, pero al fondo brillaba algo fiero, peligroso, primitivo. Casi cuando estaba palpando la sensación, Gonzalo desvió la mirada, imagino que molesto porque lo observara tan fijamente, rompiendo así la maravillosa sensación que estaba experimentando. También con ello consiguió que me sintiera totalmente avergonzada.

-Me gustaría que supieras que puedes confiar en mí-dijo de nuevo en un susurro, volviendo a regalarme la mirada.

Cerré los ojos, llené los pulmones y me armé de valor. Después de esto iba a pensar que estaba mal de la cabeza, si es que no lo pensaba ya. Claro, está.

-Desde hace veintisiete días, tengo una pesadilla en la que voy corriendo por el cementerio. (Con la ropa con la que me acuesto, lo sé porque he probado a llevar diferentes, eso me lo ahorro porque no quiero que huya despavorido)

-Algo me persigue, nunca he visto qué o quién es, pero sé que quiere matarme-fui bajando la voz progresivamente casi sin darme cuenta, aunque sin dejar de hablar en ningún momento-y siento que es real-

Esperaba que eso último no lo hubiera oído.

El silencio que siguió a mi confesión fue bastante significativo. ¿Estaría sopesando la mejor vía de escape? Ni si quiera me atrevía a mirarlo.

-Laura, no debes preocuparte, a veces los sueños parecen muy reales, y más si son recurrentes, como es el caso del tuyo-

Se giró para encararme. Yo estaba ya observándole. Mi mano derecha descansaba sobre mi rodilla. Él la miró brevemente, me miró a los ojos y los cerró. Casi pude ver como a cámara lenta levantaba su mano, imaginaba el destino, en ese momento fui consciente de cuanto deseaba ese contacto. Era casi algo magnético, eran segundos lo que me quedaba para sentirlo, pero no podía esperar, salvé la distancia

que me quedaba, y nuestras manos se encontraron.

El mundo se puso del revés.

Todo lo que había sentido, todo lo que me había importado, palidecía al lado de esta nueva sensación. Luego todo fue oscuridad.

15 de Mayo del 2010

Tan solo hizo falta para despertarme el más leve de los contactos de un rayo de la luz del alba. Algo se abría camino a través de mi todavía aturdido cerebro. Comenzaba a discernir la sombra de un recuerdo.

Conservaba los ojos cerrados y ligeramente apretados. Tras ellos se formó una imagen que me hizo sonreír. Gonzalo había querido acompañarme desde la cafetería hasta mi casa. Nos vi sentados en un banco de madera del parque, observé como acercábamos las manos. Un nerviosismo se apoderó de la boca de mi estómago. Luego la más absoluta oscuridad me había engullido. Lo cual sin duda, quería decir para mi vergüenza que me había desmayado.

Pero…la gran pregunta era, ¿cómo había llegado hasta aquí?, ¡Ah!, Una certeza me atravesó. ¡Gonzalo me había traído!

Me descubrí rezando todas las oraciones que conocía para que no hubiera sido él, el que me había metido en la cama. Debía hablar con Gonzalo, preguntarle qué había pasado, pero antes la parada obligatoria era Sara.

Sentía un ligero ardor en el brazo derecho, la misma sensación que se tiene al día siguiente de haberse quemado. No había tenido tiempo de prestarle atención a aquel dolor. Como todavía llevaba la ropa de la noche anterior puesta, tuve que remangarme para poder

observarme el brazo.

Mi cabeza no podía procesar lo que mis ojos le estaban mostrando.

Tenía una cicatriz.

Una fina línea sonrosada que me recorría las venas y se perdía a la altura del codo.

¡Dios!, necesitaba a Gonzalo. Necesitaba una explicación para esto.

Pero no la obtuve ese día, ni el siguiente tampoco ya que Gonzalo se limitó a no aparecer por allí.

Me sentí sola y abandonada. Ya tenía otro motivo más para llorar.

17 de Mayo del 2010

El despertador comenzó a sonar estrepitosamente sobre la mesilla. Me incorporé sobresaltada apagándolo de un manotazo.

Suspiré no sin cierta dificultad y me coloqué la almohada sobre la cabeza. No me podía creer que ya fuera la hora de levantarse otra vez.

Después de unas cuantas horas de sueño, en vez de sentirme reconfortada y llena de energía, me sentía como si me hubieran dado una paliza. La situación se estaba volviendo totalmente insoportable, sencillamente no podía seguir sin descansar. Pero, ¿qué podía hacer para remediarlo?

Las sospechas sobre el mal aspecto que debía presentar, quedaron confirmadas con un leve vistazo al espejo del cuarto de

baño, mientras me lavaba pesadamente la cara. Unas sombras violeta coloreaban mis ojos. No había manera humana de solucionar aquello, por lo que me dirigí arrastrando el cuerpo hasta la cocina con la promesa de no volver a mirarme en el espejo.

Al asomar la cabeza por la puerta de la cocina, vi a Sara sentada a la mesa. Había tenido el raro detalle de preparar el desayuno. El café humeaba desde la cafetera y olía a bollos recién hechos.

-¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?-le pregunté llevándome la mano al pecho y resguardándome contra la pared.

Esta rio en respuesta, pero siguió a lo suyo.

-Tienes una cara horrible-dijo Sara señalándome con el bollo a medio comer.

-No me digas-le contesté todo lo sarcásticamente que fui capaz-el bollo ese con el que me señalas, ¿tienes pensado usarlo como arma hacia mí o te lo vas a acabar?

-¿Sigues teniendo pesadillas por la noche?-me preguntó Sara pasando totalmente por alto mi ingenioso comentario.

Bien si no podía evitar la conversación con tonterías, tocaría ponerse seria.

-Pesadillas no. La pesadilla- puntualicé levantando las dos manos al aire. Deshinché el pecho y proseguí-estoy empezando a no poder soportar esto, no tengo energía y te juro que me siento asustada, como si algo malo fuera a ocurrirme-confesé aquello en un susurro confidencial-estoy un poco paranoica ¿sabes?-de mi boca se escapó una risa amarga.

-Tú sí que estás empezando a asustarme a mí-Sara me dirigió una mirada inquieta-siempre has sido diferente de los demás, eso es lo que me gusta de ti-puntualizó-, pero nunca pensé que esa diferencia acabaría en locura-concluyó ahora riéndose.

Sentí que una parte de Sara, al contarle aquello había intuido cierta verdad en mis palabras, pero rápidamente pensó que era una broma. Imagino que simplemente es más fácil vivir con los ojos cerrados apartando de ti todo lo que te hace daño.

-Ja, ja, muy graciosa, siempre es un placer contar con tu apoyo y comprensión-le respondí sacándole la lengua.

Yo también sabía jugar al grandioso juego de "aquí no pasa nada".

-No ahora en serio, mañana es tu cumpleaños y no puedes tener esa cara.

¡Joder!-le corté-se me había olvidado completamente-

Hundí la cara en las manos, no tenía ni una pizca de ganas de celebrarlo.

Acababa de meter la llave en la cerradura y me disponía a quitar la alarma de la cafetería.

Diez minutos antes de que nos marcháramos habían llamado al timbre y Sara había ido presurosa pensando que podía ser Cristian el que llamaba. No le faltaba razón. Durante todo el camino se habían desecho en arrumacos el uno con el otro. Penoso, vomitivo e irremediablemente envidiable. Me sentía muy molesta y no era capaz de vislumbrar la razón de por qué me ocurría eso. Las opciones eran tres y muy simples.

La primera; Estaba celosa de que me robaran la atención de mi amiga.

Posible. Pero bastante improbable.

La segunda; Me moría de envidia de no tener a nadie que me hiciera esas cosas y la tercera. Simplemente estaba amargada. Lo que me dejaba en un empate entre la segunda y la tercera opción.

Esa mañana en particular estaba resultando de mucho ajetreo. No paraba de entrar gente, así que no fue hasta la hora de la comida cuando tuvimos un pequeño respiro. Tiempo que dediqué para ir al diminuto almacén que se encontraba junto a la barra y ojear una partida de libros nuevos que nos habían entregado esa misma mañana.

Estaba de cuclillas realizando pequeños equilibrismos mientras desembalaba las cajas de color marrón.

Una voz a mi espalda pronunció mi nombre:

-Laura-

En ese instante fue como si se parara el mundo. Puede que el zumbido de mis oídos fuese el sonido del pánico. Un sudor frío recorrió mi cuerpo comenzando por la cabeza y perdiéndose en la columna. No era capaz de darme la vuelta.

-Laura-repitió la voz un tono más alto esta vez.

Era la voz de mi sueño.

No, no podía ser. Era totalmente imposible. No paraba de repetirme esto una y otra vez, como si negándolo lograría que no fuera cierto.

Torpemente, debido a la impresión me levanté hasta quedar frente al hombre que me llamaba. Este era alto, rondaría la cuarentena, muy bien conservado, de pelo castaño y ojos marrones. Aunque sin lugar a dudas lo que más impresionaba de su ser, era la autoridad que emanaba de cada poro de su cuerpo.

-¿Sí?-pregunté perpleja.

-Encuentra tu destino, debes seguir a tu corazón. Te necesitamos, tienes que descubrir tu verdadera identidad-dijo con dulzura.

La situación era del todo irreal.

De no estar tan asustada, habría corrido tan rápido y tan lejos que no hubiera encontrado el camino de vuelta jamás. Sin embargo, una parálisis se apoderó de mí y me limité a permanecer allí plantada de pie observando a aquel hombre mientras era siendo plenamente consciente de que era la misma voz que aparecía en mi sueño y me decía las mismas cosas. Lo más aterrador del asunto sin duda, era que me encontraba totalmente despierta y en el mundo real.

Sin previo aviso el hombre alargó la mano y la posó con delicadeza sobre mi frente. Mi reacción debería haber sido la de apartarme, pero lo cierto es que en cuanto su mano se encontró con mi piel sentí una seguridad sobrecogedora, fui incapaz de decir una sola palabra.

-Eres igual que ella-mientras me decía aquello su cara se volvió pura adoración, sus ojos brillaron.

Pude, debí formular tantas preguntas en ese momento, pero tan solo fui capaz de articular una, las demás se quedaron atascadas en mi cabeza.

-¿Quién eres?-

-Soy Jano-el hombre hizo una pausa, quizás pensando en sus siguientes palabras-he venido aquí para intentar guiarte, para que encuentres tus raíces y descubras tu destino.

Jano puso su mano de nuevo sobre mi cabeza, con lo que logró que en mi interior penetraran la fuerza y el valor. Esto logró que algo dentro de mí se equilibrara, era casi como si necesitara aquello que este desconocido me había proporcionado.

Levanté la mirada para poder catalogar al hombre, pero este habló consiguiendo dejarme helada de nuevo.

-Debes ser valiente, solo así podrás encontrarte a ti misma y ver cuan especial eres-concluyó en un tierno susurro y dicho aquello

comenzó a alejarse de mí a paso lento.

Cuando mi cerebro descifró ese hecho, actué rápidamente.

-Espera, no te vayas, por favor, no entiendo lo que quieres decir, tengo miedo-

Toda esa confesión lastimera no parecía haberle ablandado lo más mínimo.

-Necesito que me ayudes-le supliqué esta vez al borde del llanto.

Notaba los ojos calientes y húmedos, y como estos amenazaban con desbordarse imparables. Era mucha la impotencia y la ignorancia que sentía. Jano parecía llegado como un rayo de luz en una oscura, interminable y fría noche.

Eso sí que pudo haber hecho mella en él. Me miró a los ojos larga e intensamente y me pareció apreciar en ellos, como en su interior se libraba una batalla. Sentí que se desgarraba de dolor por tener que abandonarme a mi suerte. O simplemente era lo que deseaba ver en ellos. No estaba acostumbrada a que la gente se preocupara por mí.

-No puedo decirte nada más, no debería haber venido-dijo al fin mientras movía la cabeza desquitándose-, pero debía equilibrar la balanza. Ahora eres tú-me señaló con el dedo índice-la que debe elegir si quedarse con la esperanza o con el miedo.

Oí a alguien tras la puerta lanzando un grito de pura rabia. Miré asombrada pues sabía perfectamente a quien pertenecía esa voz. Era mi madre. Esta tenía los ojos desorbitados y una rabia que jamás había visto reflejada en sus facciones.

-Quítale las manos de encima-dijo mientras lanzaba un golpe a la mano de Jano.

Este dio la sensación de estar entre perplejo y furioso, su cara

reflejaba de nuevo un conflicto interior. Con posiblemente decepción retiró la mano.

La furia de mi madre iba en aumento, avivada por algo que yo no conseguía comprender.

Pareció que por primera vez reparaba realmente en mi persona. Farfullaba palabras para sí misma, que sonaban como “no sé cómo han conseguido descubrirlo”, tiró del cuello de mi jersey para abajo dejando al descubierto el lugar donde debería haber estado el colgante familiar.

-¡No!-exclamó apartándose de mí como si de repente se hubiera dado cuenta de que tenía una enfermedad mortal contagiosa.

Con los ojos abnegados en lágrimas me miro mientras retrocedía.

-Ahora no puedo ayudarte hija, lo siento mucho. Ya no puedo hacer nada por ti-

Dio media vuelta y se fue corriendo, dejándome así, totalmente desconcertada. Miré a Jano intentando encontrar una explicación, pero unos pasos acercándose me lo impidieron. Asomé medio cuerpo por la puerta para descubrir a Sara buscándome.

-No sabía dónde te habías metido, vamos a comer-dijo e hizo un gesto con la cabeza para que la acompañara.

Volví la cabeza atrás para retomar la conversación con Jano, era mucho lo que me tenía que contar, cuando Sara se marchaba dirección a la cocina. Me dio un vuelco el corazón al descubrir que él ya no estaba. Había desaparecido. Mi sobresalto se debía a que no había otra forma de salir de allí más que por el lugar donde nosotras nos encontrábamos.

Con el corazón todavía en un puño y la intuición diciéndome que algo malo iba a suceder terminé de comer y me senté en uno de los sofás de la esquina más apartada. Exactamente en el mismo lugar

donde lo hacía siempre Gonzalo. Un torrente de emociones me sacudió y aturdió. Y casi sin saber como, sin ser consciente de ello, me sumí en un profundo sueño.

El sol acababa de ocultarse por el horizonte. Una humedad pegajosa sobrevolaba en el ambiente y hacía del mero hecho de respirar todo un mérito. Me encontraba frente a las descomunales puertas de hierro negro del cementerio. Este era muy antiguo, estaba rodeado por un pequeño muro de piedra envejecida, que poseía multitud de erosiones que se habían vuelto oscuras con el paso del tiempo. Sobre el pequeño muro crecía una verja de hierro negro de una altura de tres metros que acababada en punta. Lo que lo convertía en un lugar bastante infranqueable.

Al empujar las puertas para acceder al interior, el ambiente del cementerio me golpeó con fuerza. Esa sensación de alarma inminente. El olor de las lápidas, a piedra corroída y mojada, a musgo y putrefacción.

Olor a muerte, dolor y pena.

Sentía que debía haber ido allí mucho antes, necesitaba respuestas. Tenía que hacer algo. Simplemente no podía permanecer más tiempo con los ojos vendados y escondida en una esquina.

Caminé por las largas y serpenteantes calles del viejo cementerio. Justo cuando comenzaba a desesperarme, pues no sabía lo que debía buscar y francamente no sabía muy bien lo que deseaba encontrar o descubrir. Vi como de la inmensa oscuridad que se extendía ante mí, surgía un punto de luz deslumbrante, sobrenatural y tan hermosa que me dejó totalmente embelesada. La luz creció en tamaño hasta transformarse en un hombre.

Sin duda debí haberme asustado o sorprendido, pero mi mente lo encajó con total naturalidad. La curiosidad susurró cientos de preguntas a mi mente.

El hombre que había surgido de la nada, era un joven de unos veintitantos años, alto y delgado. Con unos rasgos suaves de piel blanca, pelo rubio y ojos marrones. Aunque tenía una belleza considerable, lo que más llamaba la atención de él, era la bondad que destilaba.

-Laura-susurró.

Pronunció mi nombre con tal calidez que sentí como si le conociera de toda la vida.

-¿Quién eres?-no pude evitar preguntarle.

-Soy un ángel. He venido aquí para guiarte hacia tu gran destino-dijo con dulzura mirándome a los ojos.

El joven alargó la mano para que se la cogiera.

Vacile. No porque estuviera asustada, si no porque me encontraba totalmente conmocionada. Rápidamente decidí que sí. Que aquel chico perfectamente podía ser un ángel.

-No tengas miedo-dijo acercando un poco más su mano hacia mí, pues había interpretado erróneamente mi silencio.

-No tengo miedo-contesté, la voz me tembló un poco por la vergüenza.

Le tendí la mano y él me la estrechó suavemente.

El “ángel” andaba por el cementerio con paso lento pero decidido. Su rostro estaba serio las pocas veces que decidí echarle un vistazo furtivo.

-¿Cómo te llamas?-le pregunté sorprendiéndome por mi atrevimiento.

Él me miró un momento con curiosidad antes de responder.

-Me llamo Daniel-dijo y se rio.

-¿De que te ríes?- pregunté entre molesta y desconcertada.

No entendía que era lo que le hacía tanta gracia de que le preguntara su nombre.

-¿Te estás riendo de mí?-volví a preguntar.

-¡Claro que no!-respondió con desenfado todavía riéndose-Lo que pasa es que me parece gracioso que te preguntes mi nombre, cuando vas de la mano de un ángel por el cementerio y este acaba de decirte que te va a guiar hacia tu gran destino-posó la mirada sobre mí.

-Debes de reconocer que tiene su gracia-añadió.

Sentí como mi cara se ponía colorada de vergüenza. Dicho de esa manera parecía de lo más ridículo. En menos de un minuto acababa de conseguir que Daniel pensara que estaba como un cencerro. ¡Dios! Tierra trágame.

Se creó un incomodo silencio. Bueno la verdad es que solo a mí parecía resultarme incomodó, pues mirando a Daniel cualquiera podría decir que se encontraba ¿triunfal?

-Ya hemos llegado-anunció Daniel cortando el hilo de mis pensamientos.

-¿Dónde estamos?-pregunté.

Vale, ahora sí que estaba empezando a sentir curiosidad.

-Lo siento mucho, pero no soy yo quien debe responderte a eso-dijo poniéndose frente a mí-espero que tengas mucha suerte y que nuestros caminos se junten de nuevo.

-Gracias-

Me hubiera gustado preguntarle tantas cosas, aunque todo se quedó atascado en mi garganta, por un tapón de angustia, miedo e incertidumbre.

Daniel miró de pronto hacia el cielo con expresión vacía, al cabo de unos segundos recuperó su estado normal, me miró y dijo:

-Debo irme, es la hora-

Me dedicó una cálida sonrisa como despedida antes de darse la vuelta y comenzar a andar en dirección a la entrada.

Se marchó de la misma manera que había llegado. Todo su cuerpo se iluminó con una intensa luz blanca que menguó de tamaño en tan solo un segundo hasta perderse en la oscuridad.

Me había vuelto a quedar sola.

Seguí observando el lugar en el que Daniel había desaparecido y tras unos minutos, me convencí de que no iba a volver, por lo que debía por lo menos, saber donde me encontraba. Al darme la vuelta descubrí que estaba en el corazón del cementerio. Todas y cada una de las calles por las que estaba formado desembocaban en ese lugar.

Era una extensión de tierra circular. En su centro se alzaba un hermoso pilar redondo de piedra blanca inmaculada rodeado por un seto.

Me sentí inesperadamente atraída hacia ese lugar, como si una cuerda invisible tirara de mí hacia allí.

Caminé como hipnotizada hasta que cuando me encontraba a escasos metros oí unos pasos en su interior.

Rápidamente me tire al suelo, escondiéndome detrás del seto. El corazón latía desbocado en mi pecho. Intenté controlar sin mucho éxito, la respiración para que no se me pudiera oír.

-¿Laura?, ¿Querida estás ahí?-se oyó preguntar.

La voz que hablaba pertenecía a una mujer y su tono parecía amistoso a la par que tranquilizador. Pasados escasos segundos que dediqué a intentar pensar si debía dejarme ver o por el contrario

esconderme, la señora apareció frente a mí. Levanté la mirada para encontrarme con una cara llena de amor.

La mujer que tendría los sesenta años pasados, estaba muy bien conservada. Poseía una media melena de color blanco como la nieve y unos ojos marrones que me resultaban totalmente familiares.

Sin previo aviso se arrodilló junto a mí con una agilidad impropia de su edad y me agarró fuertemente entre sus brazos.

-Cielo mío, cuanto me alegro de conocerte al fin-decía mientras me mecía entre sus brazos.

-¿Quién es usted?-pregunté francamente descolocada.

Se apartó de mí lentamente para encararme y con una sonrisa impregnada de lágrimas respondió:

-Soy tu abuela, querida-soltó la bomba con suma delicadeza, pero el impacto en mí fue tremendo.

-¿Qué?, ¡pero si estás muerta!- dije levantándome alarmada.

-Sí, lo estoy, pero no desde hace tanto tiempo como tú crees. Verás, tu madre no ha sido nunca sincera contigo. Te ha ocultado tu pasado, tu presente y tu futuro. Te puedo asegurar que lo único que ha conseguido con ello es que ahora te encuentres en una situación peligrosísima.

-¡Para, para, para!-dije moviendo las manos y levantándome para poder alejarme de ella.

Desde una distancia considerable. En la que ya me sentía más segura le miré fijamente en un intento por descubrir lo que pasaba. Por saber, ¿dónde estaba el truco de tanta locura?

-¿De qué estás hablando?-una sensación de mareo y angustia se me coló en el interior. Penetrándome hasta los huesos cuando una posibilidad factible a la vez que horrenda se apoderó de mis ideas

-¿Es que he muerto?-pregunté con la mano en el pecho.

Pero la verdad fue que en el momento en el que hice la pregunta en alto sentí que era algo ridículo, no me sentía muerta para nada, aquello era más bien como una especie de sueño real, como algo que perfectamente pudiera estar pasando.

La anciana se rio en respuesta a mi pregunta, no era una risa maliciosa, si no más bien la risa de una persona a la que le importas y ve tu vulnerabilidad como dulzura. Esa reacción hizo que la balanza se volcara en la posición de escucharla.

-¿Entiendes que lo que me estás diciendo es una locura?-le pregunté como si estuviera hablando con alguien que no estuviera en sus cabales, pero con la intención de tratarle amablemente.

-Laura cariño, debes tranquilizarte y escucharme-sus facciones se habían vuelto duras-es muy importante lo que tengo que decirte y si lo piensas fríamente no tienes nada que perder-

Acto seguido de haber pronunciado ese discurso hice un gesto de asentimiento para indicarle que estaba dispuesta a escucharle, decidí contestar sin darme tiempo si quiera a pensarlo.

La que decía ser mi abuela, que por cierto de ser verdad debía llamarse Amanda, se quedó callada y con un gesto de la mano me indicó que me sentara junto a ella en un banco de piedra que había dentro de los setos que bordeaban el pilar.

-No entiendo nada-dije moviendo la cabeza hacia los lados pensativamente.

-Laura, tengo muchas cosas que contarte y solo te pido una cosa, qué es, que me dejes contarme todo sin interrumpirme-me miró con dulzura y agregó-sé que lo que te voy a decir es muy duro pero tu ya eres capaz de asumirlo y entenderlo.

Vi como miraba al frente y suspiraba profundamente armándose, quizás de valor. Cuando volvió a hablar lo hizo despacio y

muy bajo.

-Tan solo hace dos años que me han matado-

-¡Qué!-dije totalmente alarmada sin poder controlarme.

Pero mi supuesta abuela, me miró y por su cara me quedó totalmente claro que quería que guardara silencio.

Todo este asunto se estaba pasando de irreal, ¿quién iba a querer matar a una anciana? Era de locos.

-Explícamelo, por favor,-pedí-ya que no soy capaz de entender porque iba a querer nadie matarte-mientras se lo decía, con ambas manos trazaba círculos sobre mis sienes para intentar relajarme.-Esto es una locura-farfullé.

-Vale, ahora viene lo más difícil-me dijo tan tranquila, con una sonrisa, como si todo lo que acababa de decirme fuera de lo más normal-somos brujas-

Y lo dijo de una manera tan intensa que no fui capaz de rebatirlo.

-Somos descendientes de un linaje de brujas que tiene el cometido de ayudar, proteger e iluminar a las virtudes cardinales, y tu-dijo señalándome-eres la única que queda con vida-

Esas últimas palabras retumbaron en mi cabeza.

-Pero, ¿y mi madre?-pregunte dubitativa, si yo era una bruja ella lo era también, de hecho, lo sería desde antes que yo.

-Quizás sea mejor que empiece por el principio. Una noche hace diecinueve años y medio, más o menos, encontré a tu madre, mi hija, haciendo un hechizo para desprenderse de sus poderes. Cuando le pregunté acerca de porque lo hacía no me respondió y se encerró en su habitación. Al día siguiente cuando volví a intentar mantener una conversación con ella, era demasiado tarde. Se había ido sin decir a donde. Desde entonces, he pasado todos y cada uno de los

días de mi vida buscándola. Era una tarea muy difícil ya que sin tener ella poderes era prácticamente imposible de localizar, y el mundo es muy grande-sonrió amargamente.

-¿Entonces no sabías de mi existencia?-pregunté.

-No. Aunque pocos meses después, tu madre volvió a casa. Lo sé porque desapareció un colgante con una piedra azul, que se utiliza para que las nuevas brujas no adquieran sus poderes antes de tiempo, por lo que algo intuía-observó con dolor sus blancas y arrugadas manos-imagino que no sabía que estaba embarazada cuando se despojó de sus poderes, si no habría hecho lo mismo contigo.

No podía entender porque mi madre se había ido, porque no le había dado una explicación a su madre. Era terrible.

-Pero, ¿por qué haría algo así?-todavía me encontraba dándole vueltas a la respuesta en mi cabeza-

-Sinceramente esa es la misma pregunta que he estado haciéndome durante años. Todos tenemos algo que ocultar. Lo único que se me ocurre es que se lo preguntes, que le preguntes a que es lo que tiene tanto miedo, o de lo que tanto se avergüenza para huir y dejar a su familia sin ni si quiera mirar atrás.

-¿Por qué me cuentas todo esto?-

-Porque algo ha cambiado hace poco más de un mes, algo ha revelado tu existencia-

-¡El colgante!-exclamé llevándome la mano al cuello desnudo.

-Ya no estás a salvo. Cuando me mataron hace dos años, las virtudes se quedaron sin protección. Por lo que con el paso del tiempo el bien ha quedado considerablemente debilitado. Los pecados, que son el bando contrario, los encargados de destruir la bondad en el mundo, también saben de tu existencia, pero conmigo muerta y con tu madre sin poderes, estás totalmente desprotegida.

-¿Por qué no me han matado?-pregunté.

-Porque te necesitan con vida, quieren tus poderes y solo pueden conseguirlos si sigues con vida hasta esta noche, ya que los poderes se obtienen el primer aniversario de vida y como tú llevas diecinueve años evitándolo gracias al colgante, te serán otorgados por tu veinte cumpleaños.

-Sigo sin entenderlo-hice saber.

-Si murieses antes de esa fecha los poderes desaparecerían para siempre. Por eso en lugar de matarte están haciendo que tengas esos sueños, para que tengas miedo y no vayas a buscarlos, para que así sea su bruja la que los obtenga-levantó la vista y la posó sobre la mía con intensidad-para que eso no llegue a ocurrir, nos estamos saltando muchas reglas, ya que está prohibido interferir en las personas, pero ellos te han localizado y están influenciando tus sueños, lo mínimo que podíamos hacer era darte las dos opciones. Así pues, ahora está en tu mano la decisión. Puedes ignorar esto y no hacer nada, y que tus poderes recaigan en las manos equivocadas o puedes ir a por ellos y asumir tu destino. Con todos los riesgos que eso supone-

Cada palabra suya pesaba como una losa sobre mi espalda. Si lo que mi abuela quería era que me sintiera totalmente responsable del futuro del mundo, acababa de conseguirlo.

Era imposible decir que no y para acabar de complicar las cosas. Ella había perecido por la causa y mi madre había abandonado su hogar y su familia. No podía ser yo la que tratara su muerte como si no hubiera servido para nada. Fulminé literalmente a mi abuela con la mirada. Me sentía engañada, decepcionada y absolutamente sola.

-Sí, claramente tengo dos opciones-apunté con sarcasmo-la primera es ser una miedica y esconderme debajo de la cama para que pasadas las doce vengan a matarme y la segunda, muy honrada aunque sobradamente suicida, es ser valiente e ir al cementerio, para que por lo menos pueda morir con la cabeza alta. Ya que me van a

matar de todas maneras, porque no ayudar al bien de paso.

El sentir la certeza de ir a morir, me hizo recordar automáticamente a Asier. Deseaba verlo por última vez. Una imagen de Gonzalo se coló sin invitación alguna, consiguiendo que se me acelerara el corazón y me sintiera, si cabe, más desgraciada.

-Acabas de demostrarme lo inteligente que eres-dijo Amanda.

-Me parece que como tú ya estás muerta no valoras mucho la vida de los demás. ¿Sabes? Igual es una sorpresa para ti, pero no es que me haga especial ilusión que vayan a matarme-dije intentando herirle.

No es que ella tuviera la culpa de la situación, pero era la que estaba más cerca de mí en ese momento, lo peor es que no podía echarle la culpa a nadie.

-No, lo que pasa es que yo sé lo que vales y también sé que hallarás la manera de conseguir solucionar esto-dijo agarrándome la mano con ternura-por eso estoy tranquila-

Me había pasado con lo que le había dicho, pero me sentía totalmente abatida. Tenía derecho.

-Lo único que yo sé es, si es que todo esto es real y no es más que un sueño, es que cuando salga de este lugar y vaya al cementerio, me estaré encaminando a una muerte segura-

Amanda me cogió entre sus brazos y me besó la cabeza. Fue un gesto que me apaciguó enormemente. Lo necesitaba. Sobre todo después de escuchar tan descabellada historia. Era tanto lo que no comprendía.

-Me habría encantado conocerte pequeña-su voz destilaba tristeza.

-¡Lauraaaaaaa!-llamaba Sara desde la distancia.

-¡Sara estoy aquí!-grité para que pudiera oírme.

-No puede oírte cariño, estamos dentro de tu cabeza. No te distraigas, necesito que me prestes mucha atención. Cuando llegues al cementerio debes dirigirte a este lugar. Es un punto mágico, se encuentra en todos los cementerios del mundo. Debes posar sobre el pilar la palma de tu mano para así poder acceder al interior. Este es un lugar sagrado donde todas y cada una de las generaciones de nuestra familia han dejado todo su conocimiento. Allí tendrás todo lo necesario para salir con vida y comenzar tu misión. Una vez dentro enciérrate ya que llegadas las doce de la noche tus poderes acudirán a ti. No pienses que nada es imposible, abre tu mente y haz caso a lo que diga tu intuición-no parecía que realmente pensara que fuera a sobrevivir-pero debes despertarte ya, o será demasiado tarde.

Noté como la conciencia volvía a mí, me resistí con gran esfuerzo, todavía quedaba algo que deseaba saber con toda mi alma.

-Abuela-la miré desafiante-exijo que me digas quién es mi padre-

Su semblante no se alteró lo más mínimo.

-Desconocerlo es lo que te separa de la muerte. No puedo decírtelo-

Aquella enigmática respuesta me pilló por sorpresa. Lo peor de todo es que con ello no hacía más que avivar mi curiosidad.

Ya casi no podía verla, sentía como mi mente, ahora sí comenzaba a despertarse.

-¡No!, abuela no te vayas, no me dejes. Abuelaaaaaa.

3-PATRICIA Y EL CEMENTERIO

Si ya no puedo confiar en ti

todo se nubla a mi alrededor

vendo el futuro que escribí en ti

y apago el sueño que se iluminó

cierro las alas por miedo a sufrir

me ahoga el llanto de la sin razón.

Si ya no puedo confiar en ti

¿qué hago con todo lo que imaginé?

no soy el mismo desde que te vi

soy parte tuya y tú de mí también

¿qué hago contigo?

¿qué hago sin ti?

¿qué hago?

Manuel Carrasco "llueve sin descanso"

Y sin saber como, volvía a estar en el sofá de la cafetería.

Sara se encontraba arrodillada a mis pies, con cara de auténtico pánico.

¿Realmente acababa de estar con mi abuela o todo había sido

fruto de mi ferviente imaginación?

Lo peor de todo es que creía con lo más hondo de mi ser, que ese encuentro había sido totalmente verídico. Tenía que pensar con rapidez, necesitaba un plan. Quizás lo más inteligente de todo fuera ir a buscar a mi madre, pedirle explicaciones y ayuda. Ella debía de conocer ese mundo.

Alguien me zarandeaba y hablaba fuertemente. Intenté concentrar toda mi atención para descubrir al autor.

-Me tenías muy preocupada, llevaba un rato intentando despertarte y no había manera-me reprendió Sara-primero he pensado que estabas bromeando, pero luego, la verdad es que me he asustado mucho-

Cuando Sara acabó de hablar posó su mirada sobre mí, era una mirada evaluadora.

-¿Laura?-preguntó suavemente-¿Qué te pasa?-

Supongo que cuando llevas tantos años con una persona adquieres la capacidad de reconocer los sentimientos de esta. En ese instante mi cara tenía que ser un poema. Sentía mucho miedo e incertidumbre.

-No me pasa nada-mentí intentando contener el pánico que albergaba en mi interior-

Lógicamente no lo logré.

-Tengo que irme-dije levantándome-mañana nos vemos-

Algo me retuvo en plena huida, volví la cabeza y vi la mano de Sara agarrándome el brazo.

-No, ni hablar. No voy a dejar que te vayas hasta que no me digas lo que te pasa-

-No es nada Sara, por favor, déjame-le pedí de manera

suplicante.

Ella dedicó unos segundos a sopesar la petición. Aproveché esa indecisión para ir corriendo a la cocina a coger mi abrigo. Tenía el cerebro a pleno rendimiento. Pensaba en como iba a manejar la situación y la triste verdad es que no se me ocurría absolutamente nada. ¿Debía ir al cementerio y esconderme antes de que llegara la hora? Dudaba que la solución fuera a ser tan fácil, no cuando estaban implicadas personas que habían matado a gente antes. Ni si quiera llegaba a creérmelo todavía. Si a aquello le sumabas que las personas de las que tienes que huir no son humanas, es más, desconoces su identidad y por extensión el alcance de sus poderes, el resultado que te da no es nada alentador que digamos. Aquella no era una de las mejores situaciones en las que me había encontrado. ¿Me estaría volviendo loca?

Al salir a la calle vi que había oscurecido, instintivamente miré la hora y me dio un vuelco el corazón. ¿Cómo era posible que se hubiera hecho tan tarde?

De nuevo sentí la presencia de Sara. Mi giré en su dirección para encararla. Sopesé la posibilidad de decirle algo horrible e hiriente para que se fuera. Me fue imposible al verla tan preocupada por mí y con tanta franqueza. La quería con locura. Le di un abrazo, la miré a los ojos y dije:

-Sara, por favor, hay algo que tengo que hacer, pero necesito estar sola. Confía en mí-

-Sé que no quieres contármelo. Pero eres mi mejor amiga y te quiero.-me agarró de los hombros antes de seguir hablando-No te voy a dejar sola. Si por una vez en tu vida dejases de ser tan cabezota y compartieras tus sentimientos con los demás, te sentirías mejor y podría ayudarte. Déjame ayudarte-finalizó zarandeándome un poco.

Nunca sabremos cómo hubiera acabado la conversación, ni en el caso de que una de las dos cediera, cual habría sido la que diera su brazo a torcer, porque a lo lejos, surgiendo de la oscuridad del callejón

de detrás de la cafetería, estaba Cristian.

Me alegré enormemente de verlo. El problema de que Sara no me dejará en paz estaba resuelto.

Aquella alegría tan solo duró un segundo, porque mientras este se acercaba a nosotras, el reflejo de la luz de la luna arrancó a los ojos del muchacho un destello de maldad sobrehumana. Parecía como si un monstruo hubiera emergido a la superficie desde su interior.

Mi reacción fue rápida, pero lamentablemente no lo suficiente.

-Sara, ven conmigo-dije con urgencia.

Para mi sorpresa esta me siguió sin preguntas. Debía de haber percibido el tono de desesperación de mi voz.

Andábamos por la calle en dirección contraria a Cristian, cuando dos haces de luz negra como la nada surgieron frente a nosotras. Estas crecieron de tamaño hasta dibujar el contorno de dos personas. Uno de ellos agarraba a una hermosa chica. Tenía el pelo castaño fuertemente rizado y le llegaba a la altura de la cintura. Era alta y delgada, más o menos tendría mi edad. Su atuendo, un minúsculo vestido con unas botas altas, dejaba muy poco a la imaginación y muy patente que aquella chica carecía de buen gusto.

Podría haber llegado a pensar que venían a ayudarnos, pero el hecho de que su manera de aparecer implicara luces negras, no acababa de tranquilizarme.

-¡Laura!-exclamó con falsa alegría la chica del pelo rizado.

Que todo el mundo pareciera conocerme, estaba empezando a tocarme las narices.

-¿Quién eres y que quieres?-le pregunté provocadora. No tenía tiempo.

-Laura, Laura, Laura-comenzó ella reprendiéndome como si

fuera un niño pequeño que se está pasando de la raya-no te encuentras en una situación, como para exigir nada-dijo contenta, casi parecía estar saboreando el momento-pero, aún así, te lo diré.

Justo en el momento en el que iba a preguntarle con sarcasmo a la irritante chica de pelo rizado en que situación tan peligrosa nos encontrábamos, uno de los hombres con los que había aparecido se colocó detrás de mí poniéndome un objeto en la espalda. No me atreví a girarme para ver que me había colocado, solo recé para no descubrir que es lo que era.

La chica hizo una dramática pausa retirándose el pelo de la cara de un manotazo.

-Soy Patricia Silvestre-

Emití un ruido de sorpresa al oír que el apellido de la chica era el mismo que el mío.

-Sí, no pongas esa cara de sorpresa, somos familia. Pertenecemos al mismo linaje, la diferencia entre tú y yo, es que mi tatara tatarabuela, en su día, supo elegir mejor que la tuya. Has de saber que en la familia Silvestre, desde que nos fue concedido el don de la magia, siempre había habido tan solo una descendiente. Esta regla, cambió una única vez hace doscientos años, en lugar de una nacieron dos niñas. La mayor de ellas siempre destacó por su obediencia, acatando todas las normas y limitaciones que conllevaban sus poderes. Por el contrario, la más joven destacó, por su inteligencia y gran poder. Decidió que las limitaciones que les eran impuestas en lo único que les convertía era, en más débiles. También, pronto se dio cuenta de que no estaba dispuesta a dar su vida por el bien de nadie. Los pecados, que eran nuestros enemigos, oyeron que una bruja de la familia Silvestre no estaba de acuerdo con las creencias de su familia. Estos decidieron buscarla para ofrecerle grandeza, libertad y un lugar a su lado. Por eso me encuentro yo aquí esta noche, para coger tus poderes, que son míos por derecho-

-Muy bonita la historia, te daré todo lo que quieras, pero deja

que ella se vaya-dije señalando a Sara con el dedo.

Debía de sacarla de esa situación. Me atreví a mirarle y lo que vi me dejó totalmente destrozada. Sara estaba paralizada y miraba a Cristian con una mezcla de dolor y rabia. Si un corazón roto y engañado tuviera cara, esa era aquella sin duda.

-No dejes que se vaya, si está en nuestro poder Laura hará todo lo que queramos-dijo Cristian desde un lugar tras mi espalda.

-Tócale un solo pelo y te mataré-aquellas palabras salieron con fuerza y convicción de mí, como si estas fueran una verdad absoluta que había permanecido en un rincón esperando a ser liberada.

Pude apreciar por un segundo una brizna de preocupación en los ojos castaños de Patricia. Tras esa breve vacilación estalló en carcajadas.

-Tú no tienes la menor oportunidad conmigo-afirmó con confianza-he crecido con la magia, está en mi interior. Tu ni si quiera tienes poderes-me observó con desprecio-y aunque los tuvieras no sabrías utilizarlos-

Rio alto y desagradablemente.

-Y ahora al cementerio que tenemos prisa-ordenó.

¿Al cementerio? Eso sí que me había dejado descolocada. ¿Por qué quería ir Patricia al cementerio?

Comenzamos a andar por el suelo de grava del parque dejando atrás la cafetería. Yo llevaba a Sara agarrada por el brazo y casi tenía que tirar de ella para que anduviera para delante.

A la cabeza de la comitiva estaba Patricia meneando el trasero alegremente, como un perro al que su dueño le ha dado la mejor de las golosinas. A ambos lados escoltándola tenía a los dos tarugos con los que había llegado. Usando un poco la imaginación, y llegados a este punto no era de locos hacerlo, viendo como habían aparecido,

homologa a la del ángel Daniel, se podía deducir que eran ángeles, solo que malos. Cerrando el paseíllo iba el cabrón de Cristian.

Esperaba algún día poder ajustarle las cuentas. Romperle el corazón a alguien está mal, pero rompérselo a una chica que su mayor miedo es enamorarse y que ha luchado contra viento y marea toda la vida para no hacerlo, es indescriptible. Si no moría aquí. Pagaría por ello.

Por mi parte me sentía una mala amiga, ya que en silencio, todo mi cuerpo se alegraba de que Gonzalo no estuviera metido en esto. Aunque, ¿Quién me garantizaba que no estuviera involucrado?, el hecho de que no estuviera haciendo acto de presencia, no le exculpabilizaba.

-¿Y Gonzalo?-francamente, no sé cómo pude ser capaz de preguntarlo.

Patricia se paró en seco. En su rostro ya no se asomaba ni una pizca de la diversión anterior. Me miró con puro odio y dijo:

-No te atrevas a pronunciar su nombre, está fuera de tu alcance. Él es mucho más de lo que te puedas imaginar y tiene otras cosas mejores que hacer, que perder el tiempo con una bruja sin poderes del tres al cuarto. Que lo hayas visto una vez no quiere decir que lo conozcas-

Vaya, detrás de ese discurso había mucha miga. Era francamente una lástima que Patricia sonara tan dolida. Me sentó como un jarro de agua fría constatar que Gonzalo estaba en su bando. Casi debía de dar gracias a Dios por encontrarme en tan mala situación, ya que de no ser así, ahora mismo me estaría hundiendo en la miseria. Necesitaba despejarme y pensar en como salir de esta. Habíamos estado completamente engañadas con esos chicos.

Encontrar la columna que me había dicho mi difunta abuela, se me antojó una tarea fácil. Si al menos conociera el plan de Patricia, tendría una ventaja o como poco sabría a qué atenerme. Con disimulo

miré el reloj y vi que quedaban veinte minutos para las doce. Genial, veinte minutos para el fin de mi vida.

-Patricia-llamé-¿por qué venimos al cementerio?-

Había llegado a la conclusión de que la mejor manera de enterarse de las cosas era hacerse la ingenua.

-Vamos, no me tomes por tonta-contestó risueña-he estado escuchando como tu abuela te contaba las cosas en tu pequeño sueño, aunque te halla contado una versión totalmente edulcorada, la idea general ya te haces ¿no?-me miró ilusionada-a grandes rasgos lo que voy a hacer es quitarte los poderes.

-¿Qué es lo que me ha explicado mal?-pregunté desesperada por tener un poco más de tiempo para cavilar.

-Bueno-dijo consultando el reloj de su teléfono móvil color rosa chicle-te lo explicaré porque todavía tenemos tiempo y así te haces una idea de mi superioridad respecto a ti-

¡Pero quién había educado a esta chica!, es la persona más prepotente del mundo.

Acabábamos de llegar a la altura de la entrada principal

-La noche de la que te ha hablado tu abuela, la noche en la que tu madre se despojó de sus poderes, viene precedida por una batalla entre la familia. Esa noche nuestras madres luchaban encarnizadamente, nosotros habíamos ido a por una virtud para intentar robarle el anillo, sé que no entiendes ni papa de lo que te estoy hablando, pero los motivos de la batalla son irrelevantes. Mi madre me contó que mientras estaba la una encima de la otra rodando por el suelo, usando la fuerza en vez de la magia para luchar, algo increíble ocurrió, sus magias se unieron y les mostraron una visión. Digo que es increíble, porque las brujas carecemos de dicho don. Por lo que mi madre imaginaba que fue la concentración de tanto poder lo que logró tal hazaña-

-¿Qué se les mostraba en la visión?-pregunté interesada.

Los ojos de Patricia brillaron de pura felicidad. Estaba disfrutando dejándome ver que poseía mucha información.

-¿Te intriga?-preguntó.

No me gustaba tener que tragarme mi orgullo.

-Si-

-Mostraba dos manos unidas, la de un hombre y una mujer compartiendo sus esencias y como dicho contacto dejaba marcas en ambos-

La interrumpí totalmente alarmada.

-¿Qué clase de marcas?, ¿qué significa la visión?-apenas se me pudo entender por la rapidez y desesperación de mis palabras.

-¿Qué más te da?, te falta menos de un cuarto de hora para morir, no sé a que se debe tanto interés-

Me miró analizadora unos segundos antes de proseguir.

-El hecho es que ese día creímos que había muerto por el esfuerzo ya que bastantes horas más tarde despareció su poder de la faz de la tierra. Durante muchos años perseguimos a tu abuela Amanda, que no paraba de moverse por todo el mundo, hasta que una noche hace dos años la encontramos y torturamos para que nos dijera que le había sucedido a tu madre, mediante el dolor no hubo manera de sacarle nada, así que usé una poción de la verdad y contó todo. Después la maté, ya no nos era útil.

La sangre hirvió en mis venas, ¿ella había sido quién había matado a mi abuela? Un sentimiento desgarrador me nublaba todos los sentidos y descubrí lo que era la sed de venganza en mi propia carne.

-Al saber lo que había pasado realmente con tu madre, nos

pusimos a buscarla, pero he de reconocer que se lo había montado muy bien, no hubo manera de descubrir su paradero, hasta que algo hace poco más de un mes sucedió, una de las alarmas que avisaba de magia saltó. Una leve llama de poder. Creyendo haber encontrado a tu madre dimos contigo. Se hizo una reunión para ver que hacer y se decidió investigarte. Por eso apareció Cristian, para meterse en tu vida, pero Víctor, el soberano del infierno días después decidió mandar a Gonzalo para supervisar la operación-

Me miró con desprecio, por encima del hombro, no le había hecho mucha gracia que se tomarían tantas molestias por mí.

-Todo este tiempo, han estado intentando mostrarte en sueños el lugar donde se encontraban tus poderes y yo, cada noche, me introducía en ellos para poder verlo, pero en cuanto notabas mi presencia inmediatamente después te despertabas

estropeándolo todo.-se quedó ensimismada unos segundos-Venga, que es tarde-

Inesperadamente la determinación acudió a mi interior, me hice la promesa de salir de esta con vida y luchar hasta el final para que nada de esto volviera a suceder.

Atravesamos las puertas del cementerio, estas chirriaron mecidas por el viento a nuestro paso. La noche se estaba volviendo oscura y lúgubre por momentos, pocos segundos antes de que me caería la primera gota de lluvia en la cara vi el resplandor de un rayo a lo lejos sobre la montaña, arrastraba los pies con el fin de entorpecer la marcha. Nos dirigíamos exactamente al pilar que se suponía era nuestra salvación.

Sin esfuerzo, con un leve movimiento de la mano Patricia indicó a uno de los dos gorilas que se acercara, esté se agachó a su altura y se fue después de, lo que había parecido recibir órdenes.

Cristian, se movió asombrosamente rápido, colocándose detrás de Sara. Con una mano le agarró el cuello y con la otra sujetó ambas manos de mi amiga a su espalda. El otro hombre, al ver que me había parado en seco cuando Cristian había agarrado a Sara, se colocó a mi espalda y me empujó sin ninguna consideración para que anduviera hacia delante.

Al cabo de unos segundos reapareció el primer hombre envuelto en luz negra. Traía consigo una mochila colgada de la espalda, tal objeto desentonaba por su simplicidad en tan extraña situación.

-Ya hemos llegado-anunció Patricia-traédmela aquí-ordenó señalando la hierba a sus pies.

Esta se había hecho a un lado del camino, colocándose sin ningún reparo sobre el lugar donde debía yacer un difunto.

El moreno, grande y fuerte que se encontraba a mi espalda me llevó junto a Patricia de dos empujones. Esta, había comenzado a sacar los objetos de la mochila. Mientras yo permanecía arrodillada, obligada por el moreno, ella repartía pequeñas velas blancas sobre el césped trazando un círculo alrededor de nosotros. Las encendió acto seguido de una en una. Introdujo de nuevo la mano para esta vez sacar dos cuencos de bronce.

-Extiéndele los brazos-indicó.

Yo recé para que no me viera la marca, pero Patricia pareció contentarse con las palmas de mis manos extendidas. Colocó cada uno de los cuencos de bronce debajo de ellas. El brillo del filo de un cuchillo de doble hoja labrado en plata, que tenía aspecto de estar muy, pero que muy afilado, me hizo ser realmente consciente de lo peligrosa que era la situación en la que me encontraba.

Desvié la mirada del cuchillo para poder ver a Sara. Esta, estaba observando la escena con ojos desorbitados. Unos caminos de lágrimas recorrían sus mejillas. El color de su piel era tan pálido que

habría sido la envidia de cualquier fantasma. Incluso desde la distancia su manera de temblar era perceptible. Aquella imagen me inspiró la convicción de que es más fácil vivir las tragedias que presenciarlas.

En mi distracción noté como el cuchillo me desgarraba rápida y dolorosamente mi mano la izquierda, con el segundo corte en la mano derecha no pude evitar proferir un grito de dolor. La sangre comenzó a fluir a borbotones y fue deslizándoseme por los dedos hasta caer certeramente en ambos cuencos.

Patricia se agachó y cogió un libro fino, con tapas marrones de cuero del suelo. Este tenía aspecto de ser muy antiguo a pesar de ser visible también que había recibido un trato exquisito.

-Sal del círculo-ordenó al moreno sin quitar la vista del suelo.

Todo le iba saliendo a la perfección, hasta que cometió un error que aproveché gustosamente.

Patricia dejó el cuchillo en el suelo para buscar algo del interior de la mochila. Velozmente rodé por la hierba hasta alcanzar el cuchillo. Lo así fuertemente haciendo caso omiso del dolor punzante de la herida y lo empuñé con firmeza hasta colocárselo en el cuello, pude notar bajo su afilado y frío filo el repiquetear de los latidos del corazón de Patricia.

Volviéndome en dirección a Cristian dije:

-Suelta a Sara o se lo clavo-mi voz sonó categórica.

Un destello de pánico brilló en sus ojos antes de que mirara a Patricia fijamente.

-No te atreverás a hacerle daño-afirmó Cristian tras haber borrado todo signo de preocupación de su rostro.

-¿Por Sara?-pregunté con sorna-parece que no me conoces tan bien después de todo, o, ¿acaso estás apelando a mi conciencia?,

porque acabo de perderla hace un rato. Sabes que ella lo es todo para mí, a sí que si le pasa algo, date cuenta de que ya no habrá nada en el mundo que me importe. A sí que, ¿por qué no iba a hacerlo?-

Lo dije tan convencida y sonó tan lógico que hasta yo me creí capaz. Lo que no podía saber Cristian, es que en mi corazón también habitaba Asier y aunque me pesara Gonzalo había llegado a tocar algo en mi interior.

El hecho es que Cristian se tomó en serio mi advertencia y lanzó a Sara para liberarle, esta cayó bruscamente al suelo despellejándose las rodillas.

Al segundo siguiente alrededor de diez puntos de luz blanca aparecieron convirtiéndose en hombres. Imaginaba, no más bien esperaba que habrían venido para ayudarnos.

En el preciso instante en el que llegaron comenzó la lucha. Aproveché la confusión sembrada para lanzar a Patricia lejos e ir a recoger a Sara del suelo.

A pesar de que la distancia que nos separaba del pilar era mínima, el camino hasta allí estaba resultando muy laborioso, Sara no colaboraba en absoluto. Pude distinguir a Jano y a Daniel entre los que habían llegado para salvarnos.

En nuestra precipitada huida había dejado caer el cuchillo al suelo, lo que dio lugar a que cuando conseguí rozar el pilar con la punta de los dedos sentí que me arrebataban a Sara de la mano. Me giré y vi que ahora era Patricia la que empuñaba el cuchillo. Tiró con destreza a Sara al suelo y se colocó encima de esta a horcajadas. Levantó el cuchillo en el aire y mientras lo agarraba con ambas manos me miró diciendo:

-La mataré como maté a tu abuela-si la locura tenía cara, esa era aquella sin duda.

El reloj de mi muñeca sonó con un pitido que indicaba que

habían llegado las doce de la noche. En ese instante pude notar como el poder penetraba en mi interior. Lo sentía como una parte de mí. Pero nada cambió. Seguía siendo la misma chica indefensa incapaz de salvar la vida de su amiga.

La desesperación se estaba apoderando de mí. Lo creía todo perdido, hasta que de manera inesperada una figura apareció detrás de Patricia lanzándola a muchos metros de distancia. En mi parálisis distinguí como los ojos de su salvador me observaban, eran unos ojos verdes que habría reconocido en cualquier situación y bajo cualquier circunstancia. El corazón se me aceleró, era Gonzalo. Antes si quiera que pudiera pestañear, desapareció de nuevo tan solo dejando preguntas tras de sí.

Escapé de mi estupefacción y corrí presurosa a por el cuchillo, lo recogí y me coloqué como pude sobre Patricia. Levanté el cuchillo cegada por el odio.

Una mano fuerte y cálida se posó sobre mi hombro. Una mano que traía consigo la cordura de vuelta al mundo.

-Cuando defiendes una buena causa de personas malas carentes de escrúpulos, debes tener cuidado de no convertirte en un monstruo por el camino. No hagas nada que no puedas perdonarte mañana-dijo Jano.

-Mató a Amanda, quería matar a Sara-fue todo lo que dije por explicación.

-Lo sé-dijo con pena en la voz-pero aún así sigue siendo una persona y si le haces daño, la que se convertirá en lo mismo que ella, serás tú.

Lancé un juramento no apto para ángeles.

Agarrando ya solo el cuchillo con una mano lo fui bajando lentamente.

-Largaos-ordenó Jano levantando la vista de Patricia y

colocándola sobre uno de los hombres que la había traído.

Este desapareció del lugar donde estaba para reaparecer al instante al lado de Patricia. Posó la mano sobre su tripa y desaparecieron los dos envueltos en luz negra.

Jano decidió oportunamente apartarse de Sara y de mí para dejarnos un poco de intimidad. Me acerque a su lado sumamente preocupada. Esta había burlado a la muerte por los pelos.

-¿Estas bien?-pregunté.

Puede que no fuera una pregunta muy brillante, pero, ¿qué otra cosa iba a decirle?

Sara no hizo ni dijo nada en respuesta.

-Lo siento mucho-me disculpé sinceramente.

Eso tampoco pareció importarle, lo intenté de nuevo.

-Era un capullo Sara, no merece la pena que te pongas así-dije mientras le ponía una mano en el hombro para zarandearla.

Eso si le hizo reaccionar, el desafortunado comentario, aunque no de la manera que cabía esperar.

Sara se puso roja de rabia y mirándome de manera envenenada me dijo:

-Y tú que sabrás, si jamás has tenido a nadie-se dio la vuelta dejando solo su espalda a mi mirada.

Esas palabras dolieron intensamente, como puñales clavados en carne viva. Noté como todas las miradas de los allí presentes se clavaban en mi persona. Aún así, el único que tuvo el valor de acercarse a hablar conmigo fue Jano.

-No le hagas caso, necesita descansar, ha descubierto

demasiadas cosas hoy y le acaban de romper el corazón. La cura para eso es terriblemente difícil-

Rodeó mis hombros con su brazo.

-Me encargaré de que la lleven a vuestra casa sana y salva-se agachó hasta quedar a la altura de mi oído y me susurró en plan confidencial-voy a asignarle un ángel para que la custodie, ¿te parece bien?-

Hice un gesto afirmativo con la cabeza mostrando mi conformidad. A mi gesto Jano levanto una mano llamando la atención de un ángel de los allí presentes. Este se apareció obediente al lado de Jano y tras recibir órdenes, corrió al lado de Sara. Increíblemente Sara admitió sin titubear su contactó y despareció con el sin dirigirme ni la más mínima de las miradas.

-Ha descubierto demasiadas cosas hoy, cosas que no son agradables-dijo Jano de nuevo justificándola.

-Yo también he descubierto un mundo nuevo hoy-me quejé dolida.

-Lo sé, pero tú perteneces a él. Ella no. Ahora estira los brazos que debo curarte esos cortes, estás perdiendo mucha sangre.

Lo que sucedió en el instante siguiente sí que puede catalogarse de magia. Jano colocó la palma de su mano derecha bocarriba, de esta comenzaron a salir infinidad de luces de colores que formando un remolino rapidísimo dieron lugar a una caja de madera oscura. Contemple boquiabierta todo el procedimiento y debido a su belleza por un segundo olvidé todos mis problemas.

Mientras miraba a Jano para hablarle vi como los colores hacían brillar sus ojos.

-Guau, es increíble-dije maravillada.

Me miró riéndose.

-Por lo menos he podido mostrarte algo hermoso de nuestro mundo-su estado de ánimo había vuelto a la amargura contenida.

De la caja de madera que había hecho aparecer de la nada extrajo un pequeño frasco de cristal. Este contenía un ungüento del color del oro. Tomó mis manos y lo aplicó sobre las heridas. Lo que ocurrió a continuación resultó impactante. El extraño ungüento hizo que las heridas cicatrizaran en cuestión de segundos, hasta que al final desaparecieron sin dejar ni una sola marca. observé el procedimiento todo el rato silenciosamente. Era tanto en lo que debía pensar, que realmente no era capaz de pensar en nada.

Al cabo de aproximadamente dos minutos Jano anunció:

-He terminado-dio un leve golpecito en mi muñeca, con el fin de reclamar mi atención-Ahora necesitamos tu ayuda, tienes que ser fuerte y saber que a Sara se le pasará. La traición es amarga. Todo lo que había edificado con este chico acaba de derrumbarse. Amar, entregarse a alguien es muy peligroso, en estos momentos no es dueña de su ser, no es capaz de ver más allá del odio y de la ira-

Uno de los ángeles se nos acercó, uno al que no había tenido el gusto de conocer. Para mi sorpresa al llegar a nuestra altura se arrodilló a los pies de Jano y le dijo:

-Señor, hemos sufrido una baja-el tono del chico era pesaroso.

Al hacerse este a un lado pude ver yaciendo sobre el suelo, inerte, vacío, sin vida a un joven que no pasaría de los veinticinco años. Tenía los ojos abiertos y un fino hilo de sangre resbalaba por la comisura de su boca. Le habían atravesado el estómago con un arma.

Aquella imagen me impactó más de lo que lo había hecho nada en el mundo. Supe que después de haber visto eso, jamás volvería a ser la misma. Si aún quedaba algo de inocencia en mi interior acababa de largarse sin dejar rastro. Noté como salían de mis

ojos lágrimas de puro horror.

-Venid todos-ordenó Jano.

Y todos los ángeles que quedaban esparcidos por el cementerio se acercaron obedientemente. Se arrodillaron al llegar junto a él, todos menos Daniel que se colocó a su derecha. El rostro de Daniel era una mascara de tristeza cuando lo observé.

-Nos encontramos en una situación precaria, somos débiles. No somos rivales para ellos, tan solo se han marchado porque les superábamos en número y entre nuestras filas contábamos con ángeles de mucho rango y aún así, debemos de lamentar pérdidas. Hay que actuar ya-terminó.

-Laura-dijo Jano cogiendo mis manos entre las suyas-necesitamos tu ayuda, tienes que descansar y digerir todo lo que ha sucedido en tu vida. Mañana te llevaré a una reunión para explicarte la situación, pero ahora debes irte a casa y descansar-

Unas gruesas y persistentes lágrimas rodaban por mis mejillas delatoras. Me sentía rota por dentro, me sentía pequeña y desolada, sentía sobre mis hombros un gran peso. No podía dejar de pensar en Sara, mi querida Sara, a la que acababan de destrozarle la vida por mi culpa. Di media vuelta dejando a los ángeles a mi espalda y comencé mi retirada.

-Te acompañaré a casa-dijo Daniel-es muy peligroso que estés sola-

-No te preocupes, él se quedará contigo para protegerte-aseguró Jano.

Me di la vuelta tan rápida y tan bruscamente que incluso me asusté a mí misma. Les miré con odio, a pesar de no merecérselo y les dije con todo el veneno que fui capaz de reunir a aquellos seres de delicados rostros

-Lo único que quiero es que me dejéis en paz, hace unas

pocas horas yo era una persona normal y ahora pretendéis que resuelva vuestros problemas. Quiero estar sola y si me pasa algo me da igual. Ya no tengo nada que perder-dije lamentándome.

Y grité, grité muy fuerte, muy alto y con mucho dolor, levantando manos y cara y dejándome caer de rodillas al suelo, expulsando así toda mi rabia. Aquellos seres de los que emanaba pureza y bondad se quedaron contemplándome sin saber qué decir o que hacer.

Por fin me levanté del suelo y me fui sin despedirme y sin ni si quiera mirarles, al igual que lo había hecho Sara momentos antes.

Me dirigía a mi casa que apenas se encontraba a veinte minutos, debía atravesar un parque de camino. Era un hermoso parque muy bien cuidado, amplios espacios con césped, toda clase de árboles, arbustos.

Andaba por el camino de piedra cuando me pareció distinguir una figura entre las sombras, intenté echar a correr, pero ya era demasiado tarde, unos ojos rojos se abalanzaban sobre mí. Caí al suelo con mi atacante encima, me cubrí con los brazos y noté como este estallaba en mil pedazos. Al otro lado del destrozo apareció Daniel empuñando un cuchillo.

Me quedé paralizada por la impresión, completamente cubierta de sangre y trozos de carne. Agaché la cabeza y devolví, desconocía si era por miedo o por repugnancia. Estaba aterrorizada. Al acabar de devolver corrí, corrí como si me persiguiera el auténtico demonio, rápido y sin mirar atrás, corrí tanto como jamás lo había hecho en la vida.

PATRICIA

13 de Abril del 2010

Justo antes de salir al balcón había mirado la hora en el reloj de mi habitación. Este, un hermoso reloj de pie labrado en oro, indicaba que casi era medianoche. Pero a pesar de ello no tenía ni gota de sueño.

Al abrir las grandes puertas de madera blancas que daban acceso al exterior, había sentido una fuerte corriente de aire cálida y renovadora. Fuera, la noche era templada y oscura, la iluminación que ascendía hasta el balcón de piedra era la procedente de las hermosas farolas de metal negro con grabados de ángeles que se encontraban esparcidas de manera irregular por todo el inmenso jardín.

Esta, era posiblemente mi hora predilecta del día. Todas las noches desde que tenía uso de razón, Gonzalo, el maravilloso y atractivo Gonzalo, salía a dar un paseo por nuestras tierras. Esa noche, caminaba abstraído con ambas manos dentro de los bolsillos de su pantalón vaquero. No me perdía un solo detalle, observaba atenta su ancha y musculosa espalda mientras serpenteaba por los retorcidos senderos de piedra rodeados de arbustos bajos. Era un ser hermoso.

Observándole, no pude evitar de ninguna manera exhalar un suspiro, anhelaba a Gonzalo, me hacía falta tanto como el aire o la comida, lo necesitaba para saciar el hambre más profunda de mi ser. Pero era un hombre muy difícil. Aquello me había quedado claro en muchas ocasiones. No se le conquistaba de la misma manera que al resto de hombres, Gonzalo era especial. Y seguramente, por esa razón le deseaba tanto. Era el mejor los premios que se podían conseguir.

Esa noche había salido al balcón con un diminuto salto de

cama azul repleto de encaje y transparencias, apenas me llegaba a medio muslo, con la esperanza de que Gonzalo reparase en mi presencia y saltase a lo alto del balcón para abalanzarse sobre mí deseoso, mientras me susurraba al oído lo locamente enamorado que le tenía. Pero parecía que no iba a cumplirse ese sueño mío. No hoy, aunque sabía que tarde o temprano acabaría sucumbiendo, ya que no iba a parar hasta conseguirlo. Además, por todos era sabido que yo tenía mucho que ofrecer además de mi encanto personal.

No hacía falta más que echar un vistazo a mi alrededor. Todo eran riquezas, hermosura, poder y gloria, era la única bruja del infierno. Eso tenía sus ventajas.

El precio que había tenido que pagar por ello, me pareció elevado en su momento. Pero si tuviera que hacerlo de nuevo, lo pagaría gustosa sin dedicar un solo segundo a meditarlo.

Aquel suceso había tenido lugar en mi décimo cumpleaños. Ese iba a ser el mágico día en el que me iban a ser entregados los poderes de mi linaje. La ceremonia fue hermosa. Se celebró en una amplia sala muy lujosa y grande, era la primera vez que asistía. Todos los seres del infierno con un grado de importancia, claro, está, estaban allí presentes.

Víctor, el señor del infierno estaba de pie en su altar. Se alzaba grandioso y terrible. Me tendió una espada de ceremonias, apenas recuerdo su aspecto, solo la sensación de su peso en mis pequeñas manos de niña. Recuerdo a la perfección las ampollas que me salieron en las palmas de las manos de sujetarla con fuerza, sin un ápice de miedo, no se podía demostrar miedo en ese lugar. Nos enseñaban a ser impasibles y serviciales desde la cuna.

Recuerdo que el silencio reinaba a pesar de que la sala se encontraba a rebosar. Justo cuando sonase la medianoche, sería el momento exacto en el que los poderes acudirían a mí. Mi obligación era la de matar al ángel blanco que se encontraba arrodillado a mis pies. Se suponía que la magia te llegaba más poderosa realizando

una ofrenda. En ese momento lo creía, estaba absolutamente convencida de ello, llevaban asegurándomelo toda la vida, todas las brujas de mi linaje así lo habíamos hecho, de la misma manera, a la misma edad y en presencia del señor del infierno. Pero en el momento en el que bajé la espada sobre el ángel, en el mismo segundo en el que la sangre salpicó mi cuerpo, mi cara. Al sentir la carne con la espada, al tener que repetir el gesto al menos una docena de veces antes de sentir en primera persona como la vida se le escapaba por mi acción. Supe a ciencia cierta que nos obligaban a hacerlo para que perdiésemos el alma y la conciencia. Si no, no había manera de sobrevivir a aquella sensación de corrosión, a la voz de tu interior que te decía que aquello no estaba bien y que debías volverte contra los que te hacían cometer aquellas atrocidades.

Pero ahora la realidad era otra, había dejado de lado las falsas moralidades que te invitan a ayudar a los demás, eso tan solo te hace ser más débil, alejarte de las metas que tengas en la vida. No cambiaría nada del lujo y del respeto del que dispongo por evitar las muertes que he causado en pos de mis necesidades. Aquello para mí, tan solo eran daños colaterales. El día que aprendí aquello, me convertí en una mujer imparable.

Desde el balcón oí como llamaban a la puerta, lo que me devolvió a la realidad de golpe. Tras unos segundos de educación interrumpieron en el cuarto. Esperé paciente a conocer la identidad del intruso. Este no era otro que Cristian. Al estar lo suficiente cerca del balcón para verme, clavó sus penetrantes ojos negros en mi cuerpo, aquella mirada me hizo sentir desnuda. En el fondo de sus ojos ardía una llama de deseo.

Al segundo siguiente, Cristian, estaba con una rodilla en el suelo y la cabeza agachada a modo de reverencia. Las brujas éramos seres indispensables en el infierno por lo que teníamos un grupo de ángeles para nuestro servicio, nuestra protección o lo que nosotras requiriésemos en cada momento. Cristian era uno de ellos, él era mi mano derecha, la persona en la que más confiaba del mundo.

Posiblemente él, era el único ser que realmente se preocupaba por mí, por mi persona, y no por quien era. A pesar de que no lo amaba, le quería, no como a un amigo, él no era para nada de eso, le quería como puedes querer a tu propia sangre, a la familia.

-¿Qué quieres?-mi tono era duro y frío. Incluso a él, me costaba mostrarle debilidad. Tenía que concentrarme para no ser desagradable.

Pero Cristian para nada se sintió herido por mi tono, habíamos pasado muchas cosas juntos y yo sabía, más que intuía, que estaba enamorado de mí.

-Ha saltado la alarma-me respondió de manera escueta mientras levantaba la mirada del suelo.

-¿Qué alarma?-pregunté extrañada y moví la cabeza sin entender lo que me quería decir.

-La que hiciste para detectar magia-explicó-hay una bruja en la tierra-

Tras componer una cara de completo asombro y sin añadir una sola palabra más corrí a la puerta frente a mi cama que daba acceso al vestidor. La cerré tras de mí dejando a Cristian esperándome paciente al otro lado.

Me vestí entera de negro, de ese humor me sentía. Estaba completamente furiosa y descolocada, era imposible que hubiese una bruja. Yo era la única que quedaba. Todas las demás estaban muertas, “menos una” recordé, esa había renunciado a sus poderes, sería un juego de niños acabar con su vida. Antes de salir del vestidor me coloqué una larga capa de terciopelo negro que arrastraba tras mis pies. Adoraba esa prenda, me la había regalado mi madre, me hacía sentir segura.

Fuera de mi cuarto nos esperaban Héctor y Luis, mis otros dos ángeles guardianes. Pero estos en nada se parecían a Cristian, eran

dos personas desconocidas para mí a pesar de llevar protegiéndome desde que era una niña. Los cuatro acudimos a mi sala de las pociones, donde tenía todos mis enseres de bruja, no había duda, el conjuro que tenía lanzado para detectar magia había saltado, indicaba una leve onda de magia, pero la indicaba. Una vez lo hube verificado, di a todos una poción para hacerse invisible. Cuando todos nos la hubimos bebido, tendí la mano a Cristian para que me llevase desapareciéndose a donde nos indicaba el conjuro de localización.

Sin saberlo me encaminaba al fin de la vida que conocía. Ojalá alguien me hubiese enseñado que una sola persona o circunstancia podía cambiar tu vida de manera drástica. Como una sola persona podía hacer tambalearse los cimientos de tu existencia como si un huracán devastador la hubiese atravesado. Y lo que es peor de todo, que esta persona o circunstancia lo hiciera sin ni siquiera saberlo.

Apenas tardamos cinco segundos en llegar. No me di cuenta de que me estaba agarrando durante más tiempo del debido a Cristian. Él era como el salvavidas que me hacía permanecer siempre a flote, a pesar de que no se lo había confesado nunca.

Nos encontrábamos en la calle de una ciudad. La noche era templada, pertenecía perfectamente a la estación primaveral en la que nos hallábamos. Lejos, en la acera de enfrente, las flores de cerezo caían con cada suave mecer del viento. Habíamos aparecido frente a una cafetería. Las luces de la parte delantera estaban apagadas, aunque era fácil distinguir con la oscuridad existente un chorro de luz artificial que brotaba desde la parte trasera. Con un movimiento de la mano les indiqué a mis ángeles que me siguieran. Intuí que la parte trasera de la cafetería debía de encontrarse en un callejón que nacía en la parte final de esta. No encaminamos con sigilo hasta allí.

No me había equivocado, luz y unas voces surgían del interior. Dos mujeres hablaban.

-Menos mal que hemos acabado, eh, -dijo una de ellas.

Cuando hubieron pasado varios segundos y la chica no obtuvo respuesta a su pregunta, increpó de nuevo a la otra.

-Laura-le llamo con un tono de voz elevado y cargado de preocupación-¿estás bien?, te veo un poco blanca-puntualizó.

La chica llamada Laura no tardó nada esta vez en responder.

-Perdona Sara-se disculpó-estoy bien, solo que un poco cansada.

No le conocía para nada, pero estaba segura al cien por cien de que la muchacha llamada Laura mentía. Pareció que su amiga se quedó conforme ya que no hubo réplica.

Al hallarse la puerta trasera de la cafetería abierta, y nosotros ser invisibles, me asomé por ella sin un ápice de prudencia.

Solo me quedaba por resolver la incógnita de cual de las dos chicas sería la bruja. Tampoco me iba a molestar mucho en descubrirlo, mataría a las dos. No sería la cosa más fuerte que había hecho ni que me quedaba por hacer.

Primero descubrí a una hermosa joven de pelo rubio y cuerpo impresionante, no sería ninguna gran perdida su muerte. Mientras me encontraba sumida en mis propios pensamientos, decidiendo como iba a acabar con ellas, la rubia se apartó, dejando a la vista a la otra joven. El corazón me dio un vuelco en ese momento. Fue como haber visto a un fantasma. Esos ojos marrones que miraban a un lugar indefinido con preocupación. Ella era la bruja. Morena, esbelta y con los mismos ojos que el resto de sus predecesoras. Pero no podía ser, ¿de dónde había salido esa chica?

Antes de encaminarme hacia ella, distinguí como se llevaba la mano al cuello con angustia.

De improvisto, una luz negra como la misma noche apareció frente a mí, esta luz fue creciendo en intensidad en cuestión de milésimas de segundo para revelar la presencia de un hombre. Antes

de que su ser, si hiciese totalmente visible sabía dos cosas; la primera era que se trataba de uno de los ángeles de la guardia personal del soberano, la segunda, que Víctor se había enterado de la existencia de la bruja y quería descubrir quien era y como. Nadie me iba a dejar matarla, no de momento.

4-SALTO A MEDIANOCHE

UN POCO DE HISTORIA:

Cuando los ángeles caídos fueron expulsados del cielo se asentaron en lo que hoy conocemos como infierno y le juraron venganza al creador.

Y así lo hicieron, tentando a los humanos con los pecados para corromper sus almas y que estas no pudieran acceder al cielo.

Para ayudar a la humanidad el creador concedió el don de las virtudes a siete anillos, para que estas pudieran acercarse a las personas para guiarlas y mantenerlas plenas de espíritu. A saber;

Las cuatro virtudes cardinales son:

-Prudencia

-Justicia

-Fortaleza

-Templanza

Las tres teologales son:

-Fe

-Esperanza

-Caridad

Les dio el poder para contrarrestar a los siete pecados capitales:

-Soberbia

-Avaricia

-Lujuria

-Ira

-Gula

-Envidia

-Pereza

Por lo que cada Virtud tiene un anillo propio donde se representa su misión.

Estos anillos a su vez tienen la capacidad de dotar a otras almas destinadas a ellos de poderes. Poderes más sutiles que los de los originales, pero igualmente efectivos a la hora de guiar y apartar del pecado a los seres humanos.

Es en el juicio que se realiza en el intermedio donde se decide si esas almas están destinados a ellos. Debido al libre albedrío las almas pueden decidir si servir al bien supremo o no.

Por lo tanto, la misión de las Virtudes es la de ayudar y guiar a las almas que residen en la tierra para que se mantengan puras y puedan acceder al cielo y ser eternamente.

En el intermedio hay dos ángeles. Uno de luz y otro de oscuridad. Al llegar allí el alma que ha concluido la fase terrenal, su ángel guardián, que es el que le ha acompañado desde el inicio de sus días hasta el final, da una mano a cada ángel para atestiguar los actos que ha cometido su protegido a lo largo de la vida. De esa manera es como se decide si puede acceder al cielo o si por el contrario debe ir al infierno.

18 de Mayo del 2010

Los encuentros más importantes

ya han sido planeados por las almas,

antes incluso de que los cuerpos se hayan visto.

Paulo Coelho "Once minutos"

Para toda persona el despertar de un nuevo día trae consigo cinco segundos de felicidad total. La felicidad de la inconsciencia. Cinco segundos en los que no sabes quién eres, donde estas y lo mejor de todo, no recuerdas lo acontecido la noche anterior.

Pues bien, para mí, aquellos gloriosos cinco segundos ya habían acabado, trayendo con su final, una dolorosa y aterradora realidad en la que la magia existía, yo era una bruja y la hipotética batalla entre el bien y el mal, resultaba que no era tan hipotética como cabía esperar.

Miraba fijamente al techo de mi cuarto en penumbra. Era incapaz de levantarme y enfrentarme al mundo. ¿Qué es lo que iba a hacer a partir de ahora?, ¿me dejarían en paz o iba a ser una continua batalla entre la vida y la muerte?, es más, ¿sería dueña de mi propia libertad?

Demasiadas incógnitas para una mente sobrecargada como la mía. De algo estaba segura, en la cama no iba a resolver nada. Me vestí rápidamente sin prestar atención a mi atuendo. Hice la cama y salí a hurtadillas como una fugitiva. Paré frente a la puerta de Sara, no me atrevía a llamar, no sería capaz de superar un desplante suyo, o lo que es peor, de ver el dolor en sus ojos. Simplemente era algo con lo que no podía lidiar por el momento. Decidí dejar a Asier también al margen.

Tomé el café en la más absoluta soledad. Siendo plenamente

consciente de que hasta lo más terrenal como desayunar con las dos personas que más quería en el mundo había cambiado.

Apurando el café decidí que lo más lógico sería ir al cementerio, pero antes debía de llamar a Cintia, la camarera que trabajaba para nosotras, necesitaba que fuera al bar a organizar la apertura. Ni Sara ni yo nos encontrábamos en condiciones de ocuparnos de la cafetería en ese momento

Al llegar a la verja del cementerio tuve que armarme de valor para atravesarla, todavía tenía demasiado reciente la noche anterior. El pilar, que era adonde me dirigía se erguía en el centro del cementerio de manera majestuosa y completamente visible desde allí.

Llegados a este punto, ya había tomado mi decisión. Iba a ayudar. Prefería pensar que lo había hecho por voluntad propia, y no por las inevitables circunstancias que me empujaban a ello casi de manera irremediable, y por eso estaba allí, a pesar de todo, aun sabiendo que iba a ser difícil y doloroso, eso era algo que ya se habían encargado de demostrarme la noche anterior.

Antes de atreverme a traspasar el seto para colocarme frente al pilar eché una ojeada al lugar, intentando cerciorarme de que nadie me observaba. No es que fuera a servirme de mucho si el que lo estaba haciendo era un ángel ya que después de ver el poder que tenían para desaparecer, ocultarse de alguien como yo no debía de suponer ningún esfuerzo. Tras echar una ojeada posé la mano sobre el pilar con un ligero temblor que delataba el miedo que sentía. Al colocar la palma de la mano sobre la fría superficie, recibí una especie de descarga eléctrica de pequeño voltaje que recorrió mi cuerpo. Casi parecía que estaban analizando mi interior.

Debí de superar la inspección ya que en el pilar, justo frente a mí, una losa de piedra se hizo a un lado con un ruido sordo. Mire hacia dentro y fue extraño porque me sentía tranquila no me producía ningún temor adentrarme allí, el lugar me parecía familiar pese a ser la

primera vez que entraba. Accedí a una estancia circular de piedra grisácea, esta estaba atravesada por una escalera de caracol que daba acceso a la planta superior y a la inferior. A media distancia del camino que llevaba a la planta de abajo, una verja de hierro negro llena de telarañas cortaba el paso. Eso, y que no había ninguna luz, hacía de la opción de bajar la menos deseable. Quizás esa excursión era para hacerla en compañía, mi curiosidad y yo podíamos sobrevivir sin saber que había abajo.

Ascendí las escaleras. A lo largo del recorrido, había inmensidad de cuadros de mujeres. Todas habían pertenecido a mi familia. Sabía esto, porque debajo de cada uno, aparecía el nombre, apellido, así como la fecha de nacimiento y defunción. Casi al final de la escalera, pude contemplar el cuadro de mi abuela Amanda Silvestre, lo observé con inmenso dolor, era horrible que mi madre nos hubiera negado el hecho de conocernos. Miré la parte de abajo del cuadro, en este aparecía la fecha de nacimiento, pero no la de defunción, aquello dejaba aún más patente el hecho de que no quedaba nadie aparte de mí, que conociera el pequeño secretillo. Bueno, mi madre debía de conocerlo, pero no creo que después de haber renunciado a sus poderes pudiera entrar en este lugar.

Me quedé paralizada, no había hablado con ella. Tenía tantas cosas en la cabeza. Unas lágrimas rodaron por mis mejillas cuando caí en la cuenta de que puede que mi madre desconociera la verdadera muerte de mi abuela.

La llamé pero su móvil ni si quiera daba señal. Casi suspiré de alivio por poder retrasar la noticia, ¿cómo se le dice a alguien que su madre ha muerto?

El último cuadro era el de mi madre, me sentí desarraigada al comprobar que obviamente yo no aparecía por ningún lado.

El panorama de la planta superior era bastante descorazonador. Si todavía tenía alguna ilusión de ir a encontrar respuestas en ese lugar, quedaron ahogadas en un simple vistazo. La

estancia era circular al igual que el resto del pilar, con la diferencia que en esta parte el espacio era más amplio. Esto seguramente era debido a alguna especie de magia ya que el pilar por fuera daba la impresión de ser totalmente uniforme. La mitad de la pared circular, estaba compuesta por una cristalera, lógicamente esto logrado mediante magia también, lo que daba una iluminación espectacular, aunque las vistas eran un pelín espeluznantes. Justo a la derecha de la cristalera, en el lugar donde esta se juntaba con la pared había una estantería de madera oscura, ahí era donde estaba la peor parte ya que en lugar de libros, lo que había era telarañas y polvo acumulado. En el centro de la estancia una mesa, también de madera maciza, hacía ver que aquel lugar había sido olvidado hacía tiempo. Sobre ella tirados de cualquier manera se encontraban unos cubiertos de madera, pequeños botes de cristal, tijeras y cuchillos. Aparte de la estantería y la mesa, el único mobiliario era un modesto armario de madera blanca que desentonaba bastante.

Di un respingo al oír mi nombre al otro lado del pilar. Me acerqué a la cristalera para ver de quien se trataba. Era Daniel. Bajé las escaleras completamente desanimada, para encontrarme con él.

-Hola,-saludó Daniel con una cálida sonrisa.

-Hola,-le contesté mientas le invitaba a entrar con un gesto de la mano.

-¿Qué tal te encuentras esta mañana?-preguntó.

Le observé intentando leer en sus facciones algo que me dijera por qué me hacía esa pregunta.

Me imaginaba que después de lo de la noche anterior debía de pensar que era una histérica y que había que andarse con ojo conmigo, eso, o simplemente estaba interesado realmente en como me encontraba. No quería pecar de egocéntrica, pero después de todo parecía que yo era alguien importante para ellos.

-Todavía no me creo nada de lo que ha pasado-moví la cabeza

mirando al suelo para despejar mis ideas-es simplemente increíble.

-Buenos días-dijo una autoritaria voz salida de la nada.

-¡Ah!-grité y eché a correr sin rumbo.

No es que tuviera el cuerpo para sustos, medio segundo después de mi alocada huida procesé como conocida la voz, paré en seco para ver a Jano plantado de pie mirándome totalmente descolocado. Tampoco pensaba que hubiera sido la mía una reacción tan desmesurada.

Daniel por el contrario se desternillaba de risa, sujetándose la tripa con ambas manos. Le miré con la furia que se merecía por estar riéndose de mí.

Paro en seco al percatarse y compuso a duras penas el semblante.

-Vale, ahora que habéis conseguido cabrearme los dos, ¿qué es lo que queréis?, porque no creo que esta sea una visita por mera cortesía-dije paseando mi mirada entre ambos.

-Tienes razón, hemos venido porque tenemos que llevarte a una reunión, pero luego prometo contarte todo lo que esté en mi conocimiento-afirmó Jano.

Le miré dubitativa, intentando descubrir si estaba siendo sincero conmigo.

-Trato hecho-estiré la mano ofreciéndosela para sellar nuestro pacto.

Al tocar la grande y fuerte mano de Jano, todo lo que se encontraba a nuestro alrededor fue desapareciendo rápidamente, noté un sobresalto en el estómago como cuando vas cuesta abajo en una montaña rusa y acto seguido un nuevo escenario se dibujó ante mis sorprendidos ojos. Fue cuestión de segundos, pero fueron de los segundos más extraños de mi vida.

La sorpresa no terminaba allí, ya que debía de estar imaginando el lugar donde me habían llevado. Simplemente era imposible.

La inmensidad que se extendía ante mí estaba compuesta íntegramente de nubes tan blancas y brillantes que era doloroso mirarlas fijamente y su aspecto era suave como el más delicado de los terciopelos.

Todavía tenía la mano de Jano fuertemente agarrada cuando le pregunté sin poder apartar la mirada del frente:

-No te rías de mí, pero….¿esto es el cielo?-

-Sí-contestó Jano con dulzura y una sonrisa pintada en su voz.

-Es increíble-me maravillé.

Solté su mano sintiéndome un poco más segura y me adelanté un par de pasos.

A lo lejos se alzaba un hermoso y colosal edificio de madera blanca, todos y cada uno de los perfiles, puertas y ventanas eran de color dorado. Le conferían al edificio un aire de pureza y grandiosidad. A mitad de distancia desde nuestra posición y el edificio, había un banco de dos alturas formando un círculo mucho más grande que el tamaño de un campo de fútbol.

Se encontraba casi ocupado en su totalidad, por hombres vestidos con largas túnicas de color blanco perla. Jano, Daniel y yo desentonábamos por ser los únicos tres vestidos con prendas más terrenales.

Nos dirigimos al banco a grandes zancadas, mientras Jano rápidamente intentaba ponerme al día.

-Ahora va a venir un ángel de la primera triada, y sí, por si te lo preguntas es un ángel de mucho rango. Viene para comunicarnos la decisión que han tomado-

-¿Decisión?, ¿qué decisión?-pregunté.

-No tenemos tiempo de explicaciones, siéntate allí-dijo Jano indicando un hueco vacío con un gesto de la mano.

-Tranquila-dijo Daniel-yo me sentaré contigo.

Justo en el instante en el que Jano se colocó en el medio, parecía que esa iba a ser su posición durante el proceso, apareció en el centro el ángel al que debíamos de estar esperando.

Apareció envuelto en un millar de luces azules, al dibujarse su ser completamente, pude apreciar que el color de su túnica era dorado.

Tuve que ahogar un grito de sorpresa al descubrir que su rostro no estaba del todo definido, carecía de facciones, como si fuera un retrato a medio dibujar. Lo más raro es que no resultaba desagradable, si no simplemente diferente, era como si no le hiciera falta ser humano para que se apreciaría su hermosura.

Al aparecer un murmullo de emoción recorrió el lugar, pero cuando el ángel comenzó a hablar se hizo un silencio sepulcral.

-La situación en la que nos encontramos es pésima-dijo abriendo las manos para abarcar a todos los presentes-nos están ganando la batalla. En los miles de años de nuestra existencia, jamás, había estado la balanza tan desequilibrada, el ser humano está dejándose dominar por la tentación.-bajo la mirada al suelo con pesar-En nuestro poder tan solo quedan tres de los siete anillos, por lo que el veredicto que traigo es el siguiente-

Desenrolló un trozo de pergamino que hizo aparecer de la nada envuelto en miles de luces azules.

-Se le concede a la última bruja de la familia Silvestre el plazo de un mes para aprender a dominar el don que le ha sido concedido por linaje, para que empiece con la recuperación de los anillos y así restaurar el orden natural de las cosas. El plazo del mes quedará

anulado en cualquier momento en caso de la pérdida de otro anillo. Como comprendemos que la tarea que se le está encomendando es muy difícil. Se le concede ayuda. Tiene libre acceso al primer nivel del cielo con los registros y la biblioteca incluida-hizo una pausa muy significativa-

-En el caso de que en el plazo de un mes, no haya podido localizarlos e ir en su busca, tengo la orden de proceder con el fin del mundo. La reunión para ver si se han cumplido los términos queda fijada para el día dieciocho de junio, mismo lugar, misma hora-

Al finalizar su discurso, sin añadir palabra o consuelo alguno, desapareció envuelto en la misma luz azul con la que había venido.

Noté desde la inconsciencia como mi boca se mantenía abierta debido a la impresión. Un murmullo generalizado se extendía entre los presentes. Los comentarios que llegaba a oír no eran nada esperanzadores.

-¡Esto es increíble!-exclamaba uno indignado.

-Es imposible que lo logre-decía su compañero de conversación dándole la razón.

-Se está retrasando lo inevitable-advertía alguien sentado a mi izquierda.

-Pero si es solo una niña-se lamentaba otro, unos asientos detrás de mí.

Lo que me impactó de sus comentarios no fue la falta de tacto que demostraron dando su opinión teniéndome allí presente, si no el hecho de que se tomaran el veredicto de proceder con el fin del mundo, con tanta mesura y tranquilidad, es más, parecían estar totalmente de acuerdo. Lo que me hizo plantearme dos cosas, una, ¿tan mal estaba el mundo? Y la segunda, que expresé en alto fue:

-Pero a donde me habéis traído, ¿al cielo o al infierno?-

No obtuve respuesta alguna ante mi sarcástico a la par que brillante comentario, solo la dura mirada de Jano que se aproximaba con paso decidido hasta donde nosotros.

Se colocó frente a Daniel y se pusieron a hablar de manera muy rápida. No podía seguirles el ritmo. No me hacían caso alguno, por lo que me retiré unos pasos intentando aclarar las ideas y lo único que logré fue marearme. No tenía cerca ningún punto de apoyo así que decidí probar suerte con el suelo, cabía la posibilidad, de que al ser una nube, si me sentara cayera directamente a la tierra. Me arriesgué al darme cuenta de lo grande que era la tontería que acababa de pensar ya que estaba de pies sobre aquel mullido suelo. El contacto fue cálido y firme pese a todo pronóstico.

Hundí la cara en las manos, postura que estaba repitiendo desde hacía unos cuantos días, y me pregunté a mí misma, ¿qué leches iba a hacer en semejante situación?

No creía que hubiera muchos manuales sobre "como afrontar la situación en caso de que recaiga sobre ti el peso de salvar el mundo", la verdad es que el título era demasiado extenso, pero en las circunstancias actuales me habría venido de perlas.

Gracias a Dios, Jano interrumpió el hilo de mis pensamientos que estaban adquiriendo un giro un tanto demencial.

-Laura, siento mucho todo esto-dijo.

No tenía muy claro por cual de todas las cosas que estaban pasando lo decía.

-La que lo siento soy yo-corregí-todos estos ángeles tienen razón al no depositar alguna esperanza sobre mí-levante la cabeza para dirigirle una mirada apenada-no voy a lograr evitarlo, es imposible, ¿qué es lo que puede hacer una persona insignificante como yo?-baje la vista dirección al suelo de nuevo.

-No te permito que digas eso-dijo Jano mientras me levantaba

con firmeza la cabeza para que le miraría directamente a los ojos-eres una persona maravillosa que en vez de estar escondiéndose o negando lo evidente, se está enfrentando a su destino-la admiración parecía brillar en sus ojos.

No sé si me merecía tal sentimiento pero, la verdad es que sirvió para hacerme sentir más segura y dispuesta. Y para ser realmente sincera, no es que estuviera aceptando aquello, más bien me estaba dejando llevar, estaba completamente colapsada.

-Te ayudaré en todo lo que necesites, mañana empezaremos con la preparación, te mostraré la totalidad de lo que tienes que saber de este mundo, hoy te doy el día para que puedas disfrutar de tus amigos y resuelvas lo que tengas que resolver para volcarte en esta misión que se te ha encomendado. Sé que te sonará raro, pero eres la única que puede lograrlo. Por supuesto, aunque sé de ante mano que no estarás de acuerdo, he designado a Daniel como tu ángel guardián-Jano cayó y observó mi reacción.

-Vale, ¿lo que me quieres decir es que tengo que dejar de lado mi vida, mi familia y mi negocio, para dedicar el posible último mes de mi vida a intentar salvar al mundo?-reí como una auténtica loca.

Esto era demasiado para cualquiera. En serio, no podía asimilarlo.

-Solo quiero saber una cosa, ¿por qué si no podemos encontrar los anillos, o se pierde otro, acabaran con el mundo?, no suena como algo que pueda hacer el bien supremo-pregunté.

-Porque si el mal gana la batalla, la humanidad quedará condenada para toda la eternidad y eso sí que es algo que no podemos permitir-Jano lanzó una risa amarga.

-Lo entiendo, más o menos-dije después de tomarme unos segundos para procesar la información-Jano-llamé.

-¿Sí?-pregunto este.

-Le voy a contar todo a Sara-dije mirándole con firmeza.

Jano parecía encontrarse sopesando la posibilidad.

-No te estoy pidiendo permiso, tan solo te lo estoy comunicando-le dije antes de que este tuviera la oportunidad de replicar.

-Comprensible-respondió al fin levantando los hombros para bajarlos segundos después.

Caminaba en silencio junto a Daniel. Acabábamos de aparecernos en el callejón de detrás de la cafetería. Llamé a mi madre para quedar con ella a la noche, teníamos que hablar, necesitaba su consejo. Me atendió el contestador por lo que le deje un mensaje. También me paré a mitad de camino para llamar a Sara. Tenía el móvil apagado, lo que no era de extrañar, pero lancé un fuerte suspiro de todas maneras. Recaí en la presencia de Daniel a mi derecha y pregunté:

-¿Tienes que estar todo el rato conmigo?-

Lo dije para entablar una conversación ya que no sabía de qué hablar con él, pero Daniel pareció ofenderse.

-¿Te es mucha molestia?-preguntó con dureza.

Y la pregunta no era una broma.

-No tonto-respondí mientras seguía adelante restándole así importancia a la situación-lo digo porque te vas a aburrir, tengo que estar hasta la hora de cerrar-

-¡Ah!,-exclamó al entender porque hacia la pregunta-cuando has tenido tantos siglos para vivir, acabas adquiriendo el don de la paciencia. Además, he traído el bloc de dibujo para entretenerme-explicó sonriendo.

Le miré las manos instintivamente ya que habría jurado que en ningún momento le había visto un bloc. Para contestar a la pregunta no formulada, Daniel colocó la palma de la mano bocarriba y miles de luces de un blanco puro trajeron hasta allí un bloc de dibujo y un carboncillo. La mirada de Daniel se tornó pícara.

Cuando llegamos a la cafetería, me quedé paralizada en el umbral. Sara estaba allí como si nada hubiera ocurrido. Dándole un codazo a Daniel pregunté alarmada:

-¿Pero que leches le pasa?, ¿se ha vuelto loca?-

-Cada uno lleva los pesares a su manera-respondió Daniel.

Entorné los ojos y le miré con mala cara.

-Muy bonita frase, pero no puedes estar diciendo que estar casi bailando de alegría al día siguiente de que descubres que tu novio te ha estado utilizando, que no es humano y que encima ha intentado matarte, sea medio normal-

Este puso los ojos en blanco en respuesta sin querer opinar al respecto.

Chico listo.

-¡Sara!-llamé de una manera totalmente autoritaria.

Sara se volvió al oír su nombre. En cuanto me vio, corrió hacia mí para darme un fuerte abrazo. Le aparté bruscamente y aferrándole el brazo la dirigí hasta la cocina.

-¿Pero a qué estás jugando?, ¿es que has perdido la cabeza?- le pregunté casi gritando.

-¿No te parece que exageras?-respondió Sara.

-No, porque tienes motivos de sobra para estar triste-empecé a

dar vueltas por la cocina-si no los asumes y los digieres, si haces como que no ha pasado nada, el día que menos te lo esperes te explotará en la cara y no podrás manejarlo. Tienes que ser fuerte, yo estaré a tu lado-

Le abracé, pues no podía ofrecerle más consuelo que mi amor, ante lo que Sara rompió a llorar desconsoladamente. Pasados cinco minutos se tranquilizó un poco y preguntó:

-¿Habrías preferido que me hubiese quedado en casa llorando por todas las esquinas?-

-Ya sabes que eso no es lo que quiero decir. Lo que yo prefiero es que lo superes, para que puedas seguir con tu vida. Hacer como si nada hubiera pasado es la peor forma de afrontarlo-concluí algo más relajada.

-Sé que tienes razón, pero no sé que hacer, me siento diferente, veo el mundo diferente. Me siento sola, confundida. Le echo de menos-hizo una pequeña pausa mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo-Siento como si alguien me hubiera llevado a un lugar que no conozco y me hubiera abandonado a mi suerte, un lugar en el que la gente no habla mi idioma y me fuera imposible encontrar el camino de vuelta a casa-

Le abracé y le susurré para consolarle:

-No importa lo lejos que te vayas, yo siempre te encontraré-dije en forma de promesa.

Mantuvimos el abrazo durante un par de minutos. Al separarnos, decidí que jamás encontraría una situación oportuna para decirle lo que le tenía que contar. Pero debía saberlo.

-Necesito contarte algo y desde ahora te confieso que no va a ser fácil de entender. Hoy he estado en el cielo-

No había dinero en el mundo para pagar la cara que puso Sara entonces, no pude evitar reírme. Me sirvió para liberar tensión. Le

conté con todo detalle el resto de la historia.

Al terminar, la que se quedó anonadada fui yo, la reacción de Sara fue increíble.

-¿No hay gritos?, ¿lloros?, ¿ni si quiera un poco de histeria?, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?-pregunté zarandeándola.

-Suéltame tonta, he escuchado cada una de tus palabras. Lo que pasa es que si yo tuviera que elegir a alguien para que llevara acabo esa misión, te hubiera elegido a ti sin lugar a dudas. No tengo miedo-dijo sonriéndome.

Yo recibí sus palabras de confianza como la energía que le hacía falta a mi cuerpo.

-¿No te sorprende que el mundo esté tan mal?-pregunté.

-¡Por Dios!, ¿es que no ves las noticias?-me contestó Sara bromeando.

Y reímos juntas, en parte para quitarnos la tensión de encima, en parte dando gracias a que nuestra amistad no se hubiera deteriorado. Sentí una felicidad inmensa al comprender que no había perdido a Sara. Era algo para colocar en el lado de la balanza de las cosas buenas.

Eran las doce de la noche cuando acababa de ducharme. No había tenido ni un solo momento de paz en todo el día. Me echaba crema por el cuerpo con la única iluminación que la de la calle que entraba por la ventana de mi cuarto. Me puse el pijama rememorando la conversación mantenida con Asier esa tarde. Este se había presentado en el bar a las tres de la tarde preocupado por que me hubiera pasado algo. Que no les despertase por la mañana le había asustado, también estaba el hecho de que me había estado llamando toda la mañana, es que se ve que en el cielo no tienen cobertura.

Me coloqué en el centro de la habitación de pies después de ponerme el pijama. Tenía una teoría que probar, y es que creía que desde la noche anterior, si me concentraba podía notar la presencia de los demás.

Cerré los ojos y sintiéndome un poco tonta intenté proyectar esa capacidad que creía poseer fuera de la habitación. Sonreí, ya que me sentí muy satisfecha al descubrir que estaba en lo cierto, notaba la presencia de Daniel al otro lado de la puerta dando vueltas de un lado a otro sin parar. Le veía como una luz blanca muy poderosa, tenía ciertos puntos grises que intenté ver más detenidamente.

Cuando me encontraba en plena concentración, tras de mí surgió un poder descomunal que casi me dejó sin aliento. A pesar de ello intenté gritar para alertar a Daniel, pero una mano se posó velozmente sobre mi boca impidiéndolo. Otra mano rodeó mi cintura para retener mis manos a la espalda.

En el preciso instante en que esa mano rozó mi piel supe de quien se trataba. Era alguien en el que me había empeñado todo el día en no pensar. La marca que me había quedado en el brazo ardió ligeramente, también en señal de reconocimiento, y lo que es peor, algo que no pude evitar, miles de mariposas acudieron a mi estómago. Una voz susurró a mi oído:

-No te asustes, soy yo. Solo quiero hablar contigo-dijo Gonzalo.

El aliento de Gonzalo en contacto con mi piel hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo, me estremecí, no estaba acostumbrada a sentirme tan vulnerable, la sensación que me recorría el cuerpo era la misma que sentía en la proximidad de Asier. Gonzalo mediría más de metro noventa de estatura. Como siempre lo había visto a una distancia prudencial, nunca había tenido tan patente su gran envergadura. Notaba el contacto de su cuerpo en mi espalda. Era imposible relajarse.

-Deja de moverte, no te voy a hacer daño-susurró de nuevo.

Pero como podía pretender que me estuviera quieta si me hablaba al oído de esa forma. Cuando recordé repentinamente porque me sentía tan enfadada con él, se me ocurrieron un par de insultos de lo más creativos. Tuve que reprimirme de decírselos ya que mantenía mi boca tapada.

Seguramente hubiera debido de sentirme asustada de que un hombre que se suponía estaba en el bando contrario, apareciera en mi cuarto a medianoche, tapándome la boca y sujetándome las manos a la espalda. Pero no. Estaba experimentando muchas sensaciones, pero ninguna se parecía al miedo. Sentía rabia porque me hubiera mentido, nerviosismo por su presencia y tensión por su contacto.

Intenté morder su mano y fue una muy mala idea.

-Vale, veo que me lo vas a poner difícil, pero recuerda que tú lo has querido así-advirtió irritado.

Noté como los fuertes brazos de Gonzalo se apretaban un poco más sobre mi cuerpo. Todo a nuestro alrededor comenzó a desdibujarse, y para cuando quise darme cuenta de que me estaba llevando a otro lugar, el nuevo escenario se dibujaba.

Las manos de Gonzalo liberaron mi boca y mi cintura.

-¡Ah!-grité con todas mis fuerzas.

Nos encontrábamos en una roca redonda de poco más de tres metros de diámetro, a su alrededor no había nada, tan solo una caída descomunal a un río de lava.

-¿Pero a donde me has traído?-grité la pregunta asustada.

-No me has dejado elección, si te hubiera soltado en tu casa habrías gritado y hubiera tenido que matar a Daniel-dijo sin alterar si quiera el tono-tenía que hablar contigo.

-Estás loco-le acusé yo-como piensas que voy a hablar contigo, incluso si no hubieras ido a mi casa y no me hubieras traído

hasta aquí secuestrada. Quizás deba recordarte, que durante un mes has estado vigilándome y has permitido que utilicen y engañen a mi mejor amiga-

Llegados a este punto, me había calentado tanto que ni si quiera era consciente de mi alrededor. Comencé a empujarle enfurecida. Él no se inmutó al recibir los empujones.

-Y lo peor de todo, tengo que recordarte la desafortunada conversación en la que te confesé mis sentimientos y tu riéndote de mí dijiste, no te preocupes puedes confiar en mí Laura-recité sus palabras en un tono totalmente hiriente.

Note como me ardían las mejillas de la rabia y propiné el último y más potente empujón.

Pues bien, muchas veces nuestras reacciones carecen de sentido. No había manera posible de explicar lo que me llevó a comportarme así. Increíblemente mi último empujón había lanzado a Gonzalo en una vertiginosa caída.

Durante una fracción de segundo contemplé horrorizada como este caía sin remedio, después, me tiré en su ayuda. Evidentemente, no pensé demasiado ya que, ¿qué podía hacer yo, si no acabar esa noche muriendo carbonizada en el río de lava?

Cuando Gonzalo me vio saltar, su cara pasó de la más pura sorpresa, a la completa incredulidad, para acabar por último en alarma. Acto seguido desapareció ante mis ojos, ni siquiera tuve tiempo de preocuparme ya que instantáneamente apareció junto a mí para cogerme la mano. Siendo así él, el que me salvaba de una muerte segura. ¡Cómo había cambiado la situación!

Al aparecernos caí sobre una alfombra marrón, pese a que esta era de gran grosor el golpe dolió bastante. Gonzalo soltó mi mano, él había aterrizado en una postura bastante más digna que la mía. Observé con curiosidad el lugar donde nos encontrábamos, mientras Gonzalo paseaba nervioso de un lado a otro.

Era una habitación enorme, mi casa entera habría cabido dentro perfectamente. Las paredes estaban pintadas de color vainilla, los techos eran altos y se encontraban fuertemente iluminados por tres lámparas de araña. En el centro de una pared, se hallaba una enorme cama con doseles rojos de terciopelo. Estos eran del mismo color que las cortinas. En una de las esquinas una chimenea lucía tenuemente, frente a ella se encontraba un hermoso sofá de piel marrón.

Gonzalo se paró en seco y me miró fijamente. Daba la sensación de ir a explotar en cualquier momento.

-Estás loca-afirmo llevándose las manos a la cabeza-sencillamente no se me ocurre otra explicación-

-Pero bueno- me defendí poniendo cara de ofendida-menudo morro tienes, encima de que me tiro para intentar salvarte-le acuse levantándome.

Estaba consiguiendo ponerme de mal humor otra vez.

-¿Intentando salvarme?-preguntó riéndose.

No pude contestar, me quede embelesada contemplándole. Nunca le había visto reír y puedo decir que era una de las cosas más hermosas que había tenido el placer de ver. Sus perfectos dientes brillaban emitiendo una sensación de alegría contagiosa. Sus facciones si cabe se hacían más hermosas.

Debía hablar, no podía quedarme así.

-¡Claro que sí!, no iba a permitir que murieras por mi culpa-dije.

-Quizás deberías de pensar un poco las cosas-dijo dándose un ligero golpe con el dedo índice en la frente-¿crees que si iría a morir iba a dejar que me tirarías al vacío?, porque siento desilusionarte pero no eres más fuerte que yo-

Lance un bufido molesta por su mordaz comentario y reprimí

las ganas de sacarle la lengua.

-Bueno tú has sido el que has venido a buscarme-dije cruzando los brazos sobre mi pecho-que pasa, que ¿solo lo has hecho para meterte conmigo?-

Sonrió ampliamente antes de contestar.

-He ido a buscarte por lo que paso el día que te acompañé a tu casa-bajo ligeramente el tono de voz, casi parecía estar avergonzado.

Doblo la manga derecha de su camisa para dejar al descubierto una marca igual a la que yo tenía tan solo que de color más blanquecino. Al verla todo lo que me llevaba a odiarle, todo lo que me decía que no debía de estar con él quedo ahogado por la curiosidad.

Sin dejar de mirar su marca levanté mi manga por toda respuesta. Gonzalo dio un respingo al ver la marca. Parecía que no se lo esperaba.

-Pero…¿Cómo?-preguntó.

-¿Qué pasó?-pregunté yo a su vez.

-Ese día cuando toqué tu mano, surgió una luz completamente cegadora que envolvió nuestras manos, fue algo increíble. Muy poderoso-miraba al vacío mientras hablaba como si lo estuviera viendo en alguna parte-te desmayaste-acabó.

-¿Eso es todo?-pregunté decepcionada.

-¿Te parece poco?, ¿tengo que recordarte que se te ha quedado una marca?, o quizás tenga que recordarte que a mí, también se me ha quedado una marca igual-me miró escrutador.

-¿Por eso has venido?-pregunté.

Se tomó un tiempo antes de contestar.

-Sí, lo que pasa es que esto-dijo señalando la marca de mi brazo-cambia ligeramente las cosas-comenzó a pasearse de nuevo-He ido a buscarte para ofrecerte un pacto-

-¿Un pacto?, ¿de qué estás hablando?-dije.

-Hablo de que ahora nos concierne a los dos, saber que es lo que significan estas marcas. Por si no has caído en la cuenta, parece que son lo que tu madre y la madre de Patricia vieron-paró en seco esperando mi reacción.

El nombre de Patricia había traído una realidad, Gonzalo estaba en el bando contrario. Puede que esto no sería más que una estratagema. Pero…¿Por qué no me había hecho daño? y

-¿Por qué salvaste a Sara ayer en el cementerio?-pregunté en alto esta vez.

El no parecía haber esperado esa reacción por mi parte.

-No tengo porque darte explicaciones-contestó molesto.

-Entonces yo no tengo porque hacer pacto alguno contigo-repliqué.

Él me dirigió una mirada de reproche, pero contestó:

-Porque no merecía morir-

Eso tampoco me lo esperaba yo. Quizás debería dar mi brazo a torcer un poco.

-¿Qué clase de pacto quieres hacer?-pregunté a regañadientes.

Gonzalo esbozó de nuevo una sonrisa antes de hablar.

-Quisiera que los dos formáramos una alianza para descubrir de que son las marcas ya que es algo en lo que estamos involucrados ambos. Como pertenecemos a bandos que están enfrentados, nuestra

alianza implicaría dejar de lado todo lo demás mientras permaneciéramos juntos-ofreció.

-¿Cómo sé que puedo confiar en ti?-dije mirándole muy seria.

-No lo sabes-respondió-es algo en lo que deberás arriesgarte-

Pese a que parecía muy mala opción, algo en mi interior me decía que aceptara. Necesitaba saber una última cosa antes.

-Vale, con una condición, quiero que me digas quién eres-pedí.

-Eso no lo voy a hacer y te aseguro que en esta decisión sí que no hay marcha atrás-aseguró rotundo.

Y aunque me había molestado mucho que no me lo dijera, tenía mi dignidad. No pensaba suplicarle, si no me lo decía, ya encontraría yo la manera de averiguarlo.

-Bien, pues entonces no hay trato-le comuniqué muy dignamente.

Extendí la mano en su dirección indicándole que me llevara de vuelta a mi casa. Gonzalo me miró profundamente antes de agarrarme la mano.

-Como quieras-dijo y parecía decepcionado.

Al empezar a sentir como mi habitación se dibujaba a mi alrededor fui consciente de cuanto me iba a arrepentir de no haber aceptado su oferta. ¿Cómo me iba a sentir si no lo volvía a ver?

-A Dios-susurró Gonzalo en mi oído.

Ni si quiera tuve tiempo de despedirme.

5-SANSÓN Y LA DESAPARICIÓN REPENTINA

Me despertó el olor a café recién hecho. Sonreí, me encontraba de muy buen humor, algo inusual debido a las terribles circunstancias que rodeaban mi vida. Me obligaba a pensar que esa sensación nada tenía que ver con la inesperada visita de Gonzalo. Otra sonrisa, esta vez una involuntaria se colocó en mi cara.

Me levanté siguiendo a la llamada del café recién hecho. Debía de ser Sara la que estaba preparando el desayuno ya que al pasar por delante de su puerta, camino de la cocina esta se encontraba abierta. Llamé a la puerta de Asier:

-Buenos días dormilón-dije con cariño-hoy te despierto para que no te preocupes-dije como si me hiciera gracia el hecho de que se hubiese preocupado ayer, cuando lo cierto era que me había encantado que lo hiciese.

-Voy-respondió desde el interior.

Al entrar a la cocina me encontré con una escena muy divertida. Sara estaba sentada en la encimera negra de mármol, aguantando a duras penas la risa. Lo que le hacía gracia era fácil de identificar. Daniel observaba la cafetera como si fuera el artefacto más extraordinario del mundo. Alguien había derramado polvos y agua por todas partes. La cocina estaba hecha un desastre.

-¡Dios mío!-exclamé llevándome las manos a la cabeza-no se os puede dejar solos-cualquiera diría que ella es camarera y tú un ángel con siglos de vida. Si no sois capaces de rellenar una cafetera sin tirar medio paquete al suelo-

-Ja, ja, muy graciosa-repuso Daniel-pero me parece más sencillo levitar que hacer café-

-Ni te imaginas la que estaba liando, menos mal que he llegado

a tiempo-dijo Sara mientras hacía como que se secaba el sudor de la frente.

En el pasillo se oyó el ruido de una puerta al cerrarse.

-¿Con quién estáis hablando chicas?-preguntó Asier desde el pasillo.

Entro en la cocina y se quedó paralizado al ver a Daniel.

-¿Quién es este?-preguntó a nadie en particular señalando a Daniel con el dedo.

-Es el novio de Laura-respondió Sara risueña.

La mirada de Asier se posó sobre mí rápidamente. Me ruboricé de manera muy perceptible y evité mirar a Asier a toda costa. Este me preguntó con una mezcla de incredulidad y decepción:

-¿Es tu novio Laura?-

-No-respondí yo tajante y mire a Sara con malicia-es el nuevo novio de tu hermana-

A Sara no pareció importarle que le adjudicara a Daniel y Asier parecía haberse quedado convencido. El resto del desayuno fue de lo más normal dejando de lado el hecho de que estábamos desayunando con un ángel, y bueno, igual también era un pelín raro que yo fuera una bruja.

Cuando Asier salió por la puerta Daniel comenzó a explicarme bajo la atenta mirada de Sara en que iba a consistir el día de hoy.

-En cuanto termines de desayunar, te voy a subir al cielo, para que puedas comenzar con tu preparación. Un ángel que se llama Sansón, que es el bibliotecario y se ha dedicado al saber, va a ayudarnos-asentí, aún con la boca abierta debido a lo extraño de la situación.

Me encontraba de nuevo en el cielo. Pese a todo, aún era difícil de asimilar. Estábamos frente a las puertas del edificio blanco con perfiles dorados que había visto el día anterior. En el centro de la inmensa puerta dorada que servía de entrada, colgaba una hermosa aldaba de oro con forma de mano. Daniel la agarró y llamó con ella, al segundo siguiente las puertas se abrieron emitiendo un leve quejido. Nos internamos dentro.

Caminaba junto a Daniel por un estrecho pasillo con suelos de mármol marrón. Estos brillaban debido a la iluminación que estaba compuesta por velas formando una hilera a lo largo de ambas paredes. El pasillo se abría al final desembocando en una estancia grandísima llena de enormes estanterías plagadas de libros. En el centro de la estancia, cortando el paso a los libros. Se hallaba una mesa de madera color caoba, maciza

Sobre la mesa reposaba un libro abierto. Este estaba escrito en un idioma que desconocía por completo. Desde ese privilegiado lugar se podía ver la inmensa marea de estanterías y por mi mente pasó la posibilidad de que aunque dedicases una vida entera, tan solo a leer los títulos de los libros, no lograrías verlos todos.

Por uno de los pasillos de la derecha, se oían unos pasos acercándose. Imaginé que debía de ser Sansón, el bibliotecario que había mencionado antes Daniel.

Por su nombre uno podía imaginarse a un hombretón de tres metros de altura y fuertes brazos. Por lo que después de hacerme esa idea en la cabeza, tuve que reprimir una risa al verlo aparecer. Sansón era bajito, redondo y calvo.

-Cuanto me alegro de que estéis aquí-dijo Sansón a modo de saludo, mientras juntaba las manos y nos dedicaba una sonrisa adorable.

-Te presento a Laura-dijo Daniel estirando la mano en mi dirección.

No tenía ni idea de cómo saludarle por lo que le tendí la mano. Este la miró sorprendido, pero tras la vacilación inicial pareció estrechármela gustoso.

-Vamos, vamos, sentémonos aquí-Sansón indicó con el dedo dos sillas que se encontraban frente a la mesa-tenemos muchas cosas que aprender y muy poco tiempo para hacerlo-

En la lejanía se oyó como las puertas de la entrada se abrían y como unos pasos se dirigían hacia nosotros. Era Jano. Este llevaba un atuendo muy desenfadado que desentonaba con su seria personalidad. Vestía un chándal negro con unas deportivas blancas, la verdad es que debía reconocer que pese a su vestimenta, seguía emanando la misma autoridad. Es más, cabía la posibilidad de que si se vistiera como un payaso la gente seguiría teniéndole el mismo respeto.

-Buenos días-nos saludó a todos-¿Qué tal la noche?, ¿sin percances?-después de esta pregunta miró a Daniel directamente a los ojos.

-Sí, ningún sobresalto-le contestó Daniel seguro de sí mismo.

En ese momento varias cosas de la noche anterior se pasaron por mi cabeza sin que pudiera evitarlo. Si descubrieran que me habían secuestrado de mi habitación sin que ellos se dieran cuenta, en este momento estarían histéricos.

-Bueno, ahora que estamos todos ya podemos comenzar-empezó a decir Sansón mirándome fijamente-en esta biblioteca hay miles de libros repletos de información sobre hechizos, conjuros, pociones, demonios, ángeles negros, en fin toda la información mágica que puedas imaginar y la que no. El problema, es, que por muchos libros que poseamos, así como conocimiento, ningún hechizo o poción funcionará si no es una bruja la que lo realiza-hizo una breve pausa para tomar aire juntando ambas manos delante de la cara antes de proseguir-Tenemos cuatro Virtudes desaparecidas. Llamamos así a los ángeles de la segunda triada, que poseen el don de apartar del

pecado al ser humano y de guiarlos en el tortuoso camino de la vida-explicó para que le entendiera-Los desaparecidos son: Castidad, Diligencia, Paciencia y Humildad-

Jano fue el que siguió hablando entonces y como yo le tenía sentado a la derecha, me giré en su dirección para no perderme detalle.

-Antes de que tu abuela falleciera hace dos años, decidió que la mejor manera de buscarlos era mediante un conjuro localizador. Ese mismo día lo preparó todo y bajamos a la tierra para intentar descubrir su paradero. Pero nada sucedió, por eso sabemos que no los tienen allí retenidos. Por lo que si no están en la tierra y obviamente tampoco están en el cielo, entendemos que es en el infierno donde los tienen retenidos-

-No quiero desanimar, pero ¿tú crees que seguirán vivos?-pregunté.

-Sé que están vivos, pues no se les puede matar-me contestó Jano.

-¿Cómo que no se les puede matar?, ¿son invencibles?, pero ¿no mataron hace dos días en el cementerio a un ángel?-pregunté atropelladamente.

Esta vez fue Daniel el encargado de responder a esas preguntas.

-Hay dos tipos de ángeles. Los que siempre lo han sido y los que primero eran humanos y posteriormente cuando se les ha dado la oportunidad de serlo en el intermedio, así lo han querido. Los que siempre lo han sido, son invencibles y se hacen más poderosos cuantos más demonios y ángeles negros derroten. Sin embargo, los que primero eran humanos y al morir deciden convertirse en ángeles, a esos, se les puede matar, aunque cuanto más longevos son y más demonios o ángeles negros derroten más difícil es matarlos, hasta que llega un día que se hacen invencibles-

-Prácticamente invencibles-añadió Sansón sonriendo.

-Sabes que es imposible, llevas toda la eternidad igual-contestó Jano moviendo la cabeza de forma negativa.

-Déjale, ya sabes que le gustan los imposibles-le defendió Daniel.

-¿Alguien me podría explicar lo que pasa?-pregunté intrigada.

-Muy fácil-contestó Sansón-existe una espada que al insertársele los siete anillos, ya sean los de las Virtudes o los de los Pecados, sirve para matar a los ángeles a los que llamamos invencibles-hizo un gesto de comillas al decir la última palabra.

-¿Y por qué no habéis cogido los anillos de las Virtudes para matar a los Pecados?, es decir, cuando teníais a todas las Virtudes claro,-pregunté asombrada.

-Esta chica piensa que somos tontos-dijo Sansón desternillándose de risa.

Cuando se recompuso Sansón explicó que:

-Lo que pasa es que hay un par de problemillas, ya que si metieras los anillos de las Virtudes, la espada solo sería capaz de derrotar a las propias Virtudes y a los ángeles blancos. Si por el contrario insertas los de los Pecados, sería a ellos y a los ángeles negros a los que derrotarías-

-¡Dios!, ¿pero a quién se le ocurriría semejante locura?-pregunté llevándome las manos a la cabeza-es de lo más enrevesado-

-Pues mira, a ese mismo-explicó Daniel riendo-a ese mismo y a Lucifer, pues se supone que ellos dos la dotaron de poderes. Bueno eso es lo que dice la leyenda-

-A que esperamos entonces. Vamos a por esa espada y nos ponemos a cazar Pecados-dije.

Sansón rio fuertemente agarrándose la barriga, esta se le movía bruscamente.

-Como me gusta esta chica, esto sí que es iniciativa-dijo cuando paró de reír.

-La espada está custodiada en el intermedio-dijo Jano y como pareció darse cuenta de que yo seguía sin pillar el inconveniente añadió-solo se puede entrar allí al morir, nunca más y de ninguna otra manera-

-Buenos, eso ya complica un poco más las cosas-admití mientras reflexionaba sobre ello.

-Pese a que esta conversación está resultando sumamente interesante, la verdad es que nos hemos desviado del tema. El hecho es que sabemos que las Virtudes se encuentran en el infierno, y ahí, querida mía es donde reside el problema, pues no podemos acceder a él-concluyó Sansón.

-Bueno, entonces, ¿qué vamos a hacer?-pregunté colocando mis manos en la cintura.

-La única manera de acceder al infierno es ir con alguien que conozca el camino. Una vez que lo conoces puedes entrar en el libremente-explicó Sansón.

-¿Así?, ¿tan simple?-pregunté decepcionada pues pensaba que las medidas de seguridad serían increíbles-¿ocurre lo mismo con el cielo?, porque si es así no veo como podéis decir que este lugar es tan seguro-

La mirada de los tres ángeles se posó sobre mí, dividida a partes iguales entre insultada y perpleja. Parecía que nunca nadie había contradicho que aquello era brillante.

-Hombre la verdad es que no solemos ir de la manita con los ángeles negros ni con los demonios, a demás en miles de siglos jamás ha habido una incursión-contestó Sansón pareciendo altamente

ofendido-a sí que funciona muy bien-

Esperó mirándome por si tenía algo más que añadir y como no quería ofenderlos de nuevo decidí permanecer con la boca cerrada.

-La estrategia a seguir es la siguiente-explicó Sansón como si no hubiera habido interrupción alguna.

Puso la palma de la mano hacia arriba y miles de diminutas luces de colores se arremolinaron sobre ella hasta convertirse en un grueso libro con tapas de cuero marrón.

-En este libro hay una poción para dominar la voluntad. No te voy a engañar es una poción dificilísima y muy complicada de elaborar, pero no te debes de preocupar, yo te voy a ayudar. Estaré a tu lado y compartiré todos mis conocimientos contigo como he hecho con todas tus predecesoras-dijo Sansón.

Dicho esto abrió el libro y lo ojeó hasta que pareció haber dado con lo que andaba buscando. Lo colocó sobre la mesa con un gran estruendo y lo movió dejándolo de manera que yo pudiera verlo.

Con solo un pequeño vistazo me entraron ganas de salir corriendo. Si mis ojos no me estaban engañando, los ingredientes eran más de cien. No es que yo entendiera de magia, pero esa poción era imposible, Sansón no se había pasado diciendo que era dificilísima. Seguí pasando las páginas, echándoles tan solo un vistazo por encima y me quedé a cuadros. Eran veintiuna hojas de instrucciones en una letra sumamente pequeña. Levanté la vista para encontrarme con la de Sansón clavada en mí impaciente.

-Esto tiene que ser una broma-dije mientras agarraba el libro por una esquina como si fuera venenoso y lo levantaba ligeramente.

-No, lleva catorce días prepararla-contestó Sansón-hay que echar los ingredientes en distintos días, dejarla hervir otros, pero siguiendo al pie de la letra las instrucciones y añadiendo un poco de lo aprendido a lo largo de los siglos va a ser muy fácil que salga bien-dijo

sonriéndome, y su sonrisa estaba impregnada de confianza.

Yo no estaba segura de que todo fuera a ser tan fácil. Pero si ellos estaban tan convencidos, no quería ser yo la que les desanimara. Parecían ser los únicos tres ángeles que tenían fe en mí. Comprendí cuan importante era que lograra elaborarla bien y a la primera, pues se necesitaban catorce días y solo disponíamos de un mes para recuperar a las Virtudes.

-Cuando hayáis acabado de hacerla, ahí es cuando entramos nosotros. Secuestramos a un ángel negro y le obligamos a tomar la poción para dominar su voluntad, para que así nos enseñe el camino al infierno. Una vez que lo sepamos, te bajaremos allí para que puedas lanzar el hechizo para localizar a las Virtudes, una vez echo, nosotros nos encargaremos de recuperarlas-mientras Jano explicaba el plan, parecía estar ansioso por llevarlo a cabo, su convicción era contagiosa.

Sorprendí a Sansón mirándolo fijamente con un brillo especial en los ojos. Puede que fuera admiración, o puede que no. Movió la cabeza quitándose de encima el aturdimiento antes de apuntar otro dato.

-Hay un pequeño problemilla-comentó Sansón.

-No sé si te has dado cuenta de que todo tiene problemas, eres el optimismo en persona-le dijeron absoluto sarcasmo.

Sansón hizo caso omiso de mi comentario y siguió hablando.

-Una de las plantas que hace falta para realizar el hechizo, que es muy importante para este y para otros, está extinguida-dijo Sansón.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Es que iba a ser imposible hacer algo antes de un mes?

-Tengo en mi poder lo único que queda. Y es tan solo lo justo para dos pociones, por lo que todavía es más de vital importancia no fallar-concluyó.

Unas campanas comenzaron a sonar entonces rompiendo la tensión existente. Era un sonido hermoso, no se podía comparar con nada que hubiera oído nunca. No tuve tiempo de formular la pregunta que se estaba formando en mi mente porque al comenzar el sonido Jano se levantó y dijo:

-Tenemos que irnos, debemos ir al entrenamiento-

Daniel también se levantó de su sitio con una sonrisa en la boca.

-Laura, necesitamos que les hagas hechizos al armamento para que adquieran la capacidad de matar a ángeles negros y a demonios de mucho rango-dijo posando una mano sobre mi hombro de manera dulce-también me gustaría que les harías pociones protectoras a los ángeles más jóvenes para que puedan sobrevivir-concluyó.

No hacía falta tener mucho corazón para no poder negarse, y menos después de haber visto muerto a un ángel en el suelo del cementerio hacía tan solo dos noches.

-Vaya, que me habéis buscado y os habéis tomado tantas molestias por mantenerme viva, para poder explotarme-dije mientras le propinaba a Jano un codazo amistoso.

Este esbozo un amago de sonrisa.

-Que va tonta, si pensábamos dejarte ir a comer y todo-contestó Sansón riendo a carcajadas.

A eso de las dos de la tarde volvieron Daniel y Jano para llevarme a la cafetería a comer. Me sentí muy agradecida ya que me moría de hambre y de ganas de ver a Asier y a Sara.

Al llegar a la cafetería los encontré en la cocina. Sara estaba haciendo la comida y Asier miraba unas fotos en su cámara.

-Hola,-les saludé con alegría.

Ambos hermanos levantaron la mirada de sus respectivas tareas para devolverme el saludo.

-¿Dónde te metes últimamente nena?, no hay manera de encontrarte-preguntó Asier.

-Y a ti que te importa-le respondió Sara sacándole la lengua.

Me devané los sesos intentando encontrar una explicación para darle. Esto de ocultarle una parte de mí al hombre del que estaba enamorada me hacía sentirle más distante si cabe.

-Estoy resolviendo unos asuntos familiares-contesté con los ojos entornados debido al esfuerzo de tener que inventarme algo.

Y era lo más parecido a la realidad que podía ofrecerle. Asier me observó durante unos segundos con curiosidad y si estaba sopesando la posibilidad de preguntarme más, se lo pensó mejor ya que no dijo nada. Saqué el teléfono de mis pantalones para intentar contactar de nuevo con mi madre. Parecía que se había esfumado de la faz de la tierra.

Mientras comíamos unos macarrones gratinados que le habían quedado excepcionalmente buenos a Sara, apareció Daniel con Jano. Casi me ahogo al verlos entrar. Me lo estaban poniendo muy difícil, ¿qué íbamos a decirle a Asier?

-Laura-me llamó Jano desde el umbral de la puerta.

Me levanté sin rechistar al descubrir preocupación en su mirada.

-¿Pero quien es ese?-oí que preguntaba Asier.

-Es el tío de Laura-contestó Sara.

A pesar de que Sara había andado muy lista, a Asier la contestación le había sonado a chino ya que me conocía desde la

infancia y sabía a la perfección que mi familia éramos, tan solo, mi madre y yo.

Cuando me paré frente a Jano, este me tendió un sobre que llevaba en la mano. Lo cogí preguntándole con la mirada.

-He ido a buscar a tu madre-dijo.

-¿A mi madre?, ¿por qué?-le corté yo.

-Hay algo de lo que quería hablar con ella-respondió simplemente-lamento darte la mala noticia, pero se ha ido-y por su mirada parecía sentirlo realmente.

-¿Qué?, ¡no puede ser!-exclamé con los ojos inundados de lágrimas.

La verdad es que no me pillaba por sorpresa. En el fondo de mi corazón supe que el día que Jano había aparecido ella se había ido, solo que no lo quería reconocer.

observé el sobre con la mirada borrosa debido a las lágrimas y lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta. En ese momento no me podía enfrentar con ello. Jano me atrajo hacia sí y me intentó consolar con su torpe abrazo.

Conceeeentraté, reláaaaaaajate, deja que por tu cuerpo fluya la energía-decía Sansón desde algún punto tras mi espalda. Me encontraba sentada en una silla frente a la gran mesa de la biblioteca. El título del libro que reposaba sobre ella rezaba *Hechizos protectores*. La intención de Sansón era que me relajase, había dicho que necesitaba tener el cuerpo predispuesto para sentir la magia y así poder lanzar los hechizos. El problema era que no había manera de que me relajase. Sabía a ciencia cierta que mi madre se había ido y no pensaba volver, incluso sin haber leído la carta que había dejado.

-Es inútil-le dije-no puedo tranquilizarme. ¿Y si le pasa algo

malo?-

-¿A quién?, ¿a tu madre?-preguntó con incredulidad-no te preocupes por ella, encontrará la manera de estar a salvo-

-¿La conoces?-pregunté con curiosidad.

-Ya te lo he dicho a la mañana, he conocido a todas y cada una de las mujeres de tu familia-dijo indicándome con un gesto de la mano que me diera la vuelta.

-No pareces sorprendido de que se haya ido, ¿conoces el motivo por el que lo ha hecho?-le pregunté sintiendo la certeza de que Sansón conocía la respuesta.

-Mira Laura, creo que eres una chica inteligente y con un corazón enorme, pero hay cosas que aunque las conociera no debería decirte. Si deseas saber algo de tu madre, deberías preguntárselo a ella misma-me respondió.

Lancé un suspiro de desacuerdo y giré mi cuerpo volviendo a la posición inicial. Ahora sí que iba a ser incapaz de relajarme, estaba de muy mala leche. Al cerrar los ojos una imagen diferente se cruzó por mi mente, Gonzalo, la espectacular sonrisa de Gonzalo. Los abrí inmediatamente ruborizada por haber tenido el atrevimiento de pensar en él. Volví a cerrarlos pensando, dejar la mente en blanco, dejar la mente en blanco, una y otra vez.

-Bueno, ya veo que eres bastante dura de mollera-dijo dándome un ligero golpecito en la cabeza-vamos a intentar otra cosa. Imagina un prado verde, como este se extiende grandioso ante ti, los rayos del sol acarician tu piel y la brisa golpea suavemente tu cara…-

Ahora si me sentía relajada. Vislumbre un prado, uno al que solía ir cuando era pequeña con mi madre a coger flores. Olía el suave aroma de la primavera que se está convirtiendo en verano, notaba como el sol bañaba mi cuerpo aportándome calidez, alargue la mano al suelo, pues tenía la sensación de que si lo hacía, me

encontraría tocando la hierba. Deseé intensamente estar allí. Todo sucedió muy rápido entonces, al dar el cerebro la orden, todo mi cuerpo obedeció, el estómago me dio un vuelco. Abrí los ojos y casi me da un infarto el descubrir que sin saber como, había abandonado la biblioteca para acabar en el prado donde solía ir con mi madre.

-Mierda-dije muy alto-¿pero como he llegado hasta aquí?-pregunté al aire.

No tuve tiempo de analizar la situación en la que me encontraba, no tuve tiempo si quiera de pensar si era peligrosa, ya que tres puntos de luz negra surgieron de la nada frente a mí, y no es que con ellos trajeran muy buenas intenciones precisamente.

Miré a todos los lados intentando buscar algún lugar donde esconderme. Tarea inútil ya que era el lugar más despejado que conocía.

Los tres haces de luz dieron lugar a Cristian acompañado de Patricia y a los dos gorilas que les acompañaban en el cementerio.

-Hombre prima que alegría-saludó Patricia y estaba entusiasmada de verdad-no pensaba que iba a volver a verte tan pronto-entrecerró los ojos con malicia-¿no será que eres tan tonta como pareces?-

-Bueno en ese punto no discrepo-dije-como somos familia y tú eres una estúpida a la par que engreída-encogí los hombros-será que lo llevamos en la sangre. Ya veo que has traído a tu perrito faldero también-dije señalando a Cristian con un gesto de la cabeza.

Soné valiente, muy pero que muy valiente. No me sentía así para nada, es más de no ser tan orgullosa en ese momento hubiera estado arrodillada pidiendo clemencia.

Tras asimilar lo que le había dicho, Patricia, se acercó a mí y me arreó un bofetón con todas sus fuerzas. Dolió. Pero sobre todo en el orgullo, ya que no podía hacer nada más que quedarme con él. La

rabia hervía en mis venas mientras observaba como Patricia se colocaba de nuevo en su lugar inicial. Cuando habló lo hizo con una enorme sonrisa de satisfacción.

-Me alegro mucho de que no hayamos tardado veinte años en dar contigo-dijo analizándome con la mirada-no sé cómo has conseguido quedarte sola y sin protección-colocó una sonrisa maligna y añadió-me pregunto si se habrán hartado ya de ti-

Patricia dio una vuelta en redondo bajo la atenta mirada de los presentes. Parecía estar observando el lugar.

-¡Héctor, Luis!-llamó a los dos grandotes del cementerio-Atarla-ordeno esta vez señalándome con el dedo.

Y ellos obedientes lo hicieron. Colocaron una cuerda sobre mis muñecas que apretaron con saña. No sabía si sentirme aliviada o aterrada por el hecho de que no me hubieran atado las piernas, ¿tan inverosímil les parecía que pudiera escapar?

Patricia se acercó hasta mi posición, se agachó y me dijo al oído:

-No pararé hasta que consiga tus poderes y mi libro-su tono de voz era bajo y muy amenazante.

Me miró a los ojos observando mi reacción, sin apartar la mirada dijo:

-Vosotros dos os quedáis aquí mientras nosotros-señalo a Cristian y luego a sí misma-nos vamos a por el material del ritual-

Y eso fue lo que hicieron, me dejaron con Héctor y con Luis que me sacaban más de medio metro de alto y de ancho, y con la horrible sensación de que iba a ser la segunda vez esa semana que iban a querer desangrarme.

No tenía escapatoria posible, era mi fin. Tenía un horrible sentimiento de culpa, había sido una idiota, Sara, Asier Jano y los

demás estaban condenados. Y lo peor de todo, era el profundo vacío que sentía en mi interior. No iba a volver a ver a Gonzalo. Cerré los ojos y bajé la cabeza abatida. Esta vez habían ganado ellos.

Noté como la fina cicatriz de mi brazo ardía. Esta había pasado de un tono sonrosado a ser ligeramente gris. Alcé la cabeza por puro instinto y abrí los ojos.

Y allí estaba Gonzalo, imponente, hermoso. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta negra de manga corta, que dejaba al descubierto sus musculosos brazos en los que se podía apreciar la misma marca que la mía, la única diferencia era que la de Gonzalo era de un color blanquecino. Seguí el ascenso hasta encontrarme con la cara más hermosa que jamás había visto. Piel perfecta, labios carnosos y unos ojos verdes que quitaban el sentido. Al encontrarme con los ojos de Gonzalo pude apreciar que este estaba enfadado, no, más bien furioso. Reparó en la sangre de la comisura de mi boca y sus ojos tomaron un matiz demencial, el de un ángel destructor. Era peligroso. Un escalofrío recorrió mi interior al darme cuenta de aquella certeza.

Sin mediar palabra, Gonzalo, colocó las palmas de sus manos hacia arriba, en ellas miles de luces negras dieron paso a dos cuchillos de doble hoja con el mango de cuero negro. Sin apartar ni un segundo su mirada de mí, estiró los brazos y les clavó a ambos los cuchillos, estos cayeron abatidos al suelo y desparecieron sin dejar rastro. Los había matado, me había protegido.

Como solía ocurrirme con Gonzalo, cientos de preguntas acudieron a mi mente. ¿Por qué me había salvado?, ¿quién era? Y ¿qué quería de mí? También hubiera deseado decirle lo agradecida que estaba por lo que había hecho, sin importar el motivo, pero las palabras simplemente no salían. En sus ojos se veía reflejada la pena, no había disfrutado matando a aquellos seres.

Tras unos segundos en los que permanecimos inmóviles mirándonos, Gonzalo levantó la mano en dirección a mi boca. Mi

corazón comenzó a latir desbocadamente, notaba su palpitar en mis oídos. Cerré los ojos deseando aquella caricia. Pero esta nunca llegó.

-Ya vienen a por ti-dijo Gonzalo con voz baja y entrecortada.

Tras eso desapareció sin dejar rastro, tan solo dejó una sensación de vacío en mi interior.

Dos haces de luz blanca esta vez, aparecieron frente a mí, eran Jano y Daniel. Parecían estar muy enfadados y discutían, yo apenas les prestaba atención. Vagamente sentí como las manos de Jano se colocaban sobre mis brazos y me zarandeaban. Con eso consiguió que le prestara total atención. Se le veía muy preocupado y desconcertado.

-¿Estas bien?-preguntó Jano.

-Sí-respondí escuetamente.

-¿Qué ha pasado?-preguntó de nuevo.

-No lo sé, simplemente estaba en la biblioteca con Sansón y de repente he aparecido aquí-expliqué.

Daniel estaba totalmente descontrolado, paseaba de un lado a otro con la cabeza rígida hacia bajo. Hasta que por fin se paró y dijo:

-Se ha desaparecido Jano-dijo señalándome con el dedo-lo sabes tan bien como yo. Pero lo que de verdad me sorprende, dejando lo de Laura a un lado ya que es imposible, es el hecho de que le hayas encontrado, ¿cómo lo has hecho?-dijo Daniel mirando a Jano con los ojos entrecerrados, parecía estar acusándole de algo.

Esa noche, sentada frente al escritorio de mi cuarto, decidí que era el momento de descubrir lo que mi madre me quería decir. Con manos temblorosas y el corazón agarrotado por un fuerte puño, abrí el sobre y extraje el papel.

Querida hija:

Sé que estarás dolida conmigo. No te culpo, tienes muchos motivos para estarlo ya que desde que viniste a este mundo te he estado ocultando la persona que realmente era y lo que es más importante, la que tú eres.

Siento profundamente también haberte negado la posibilidad de conocer a tu familia. En mi defensa, solo puedo decir, que todos y cada uno de los días de mi vida he sentido la certeza de que hacía lo correcto y es que por mucho que te haya ocultado. Lo que siempre has sabido, es que eres lo más importante para mí. Eres la luz que ilumina la oscuridad de mi corazón, lo que otorga paz a mí atormentado interior.

Y aunque suene increíble por eso me he ido. Deseo que respetes mi decisión y no malgastes tu tiempo buscándome. Esto no es una decisión precipitada, he tenido años para pensarlo y hace mucho que decidí irme en el caso de que nos descubrieran.

Recuerda estas palabras porque en tu caso el desconocimiento es lo que te separa de la muerte.

Como me resulta imposible despedirme de ti, tan solo decirte que te quiero hija mía.

6-EL PACTO

Dime que hay detrás de esa cara dibujada

Dime si es normal que me pase esto que me pasa

Dime que eres real, que no eres un sueño ni nada

Dime quién da más y te entrego aquí mis armas

Dime que será todo esto que me pasa

Dímelo ya porque ya no entiendo nada

Dani Martín "Mira la vida"

Faltan trece días para la elaboración de la poción.

El reloj de mi muñeca marcaba las ocho de la mañana cuando entramos en la biblioteca. Desde lo ocurrido el día anterior, mi desaparición, había una extraña tensión entre Daniel y Jano. Sansón era un caso totalmente aparte, parecía vivir en completa felicidad, en un mundo absolutamente particular.

Casi no podía mirarlos a la cara, me sentía muy culpable por no poder ser sincera con ellos. No les había contado nada del prado, no podía mencionar a Patricia sin mencionar a Gonzalo y tenía la ligera impresión de que, que él fuera mi salvador nos les iba a hacer precisamente gracia. Si lo pensaba con detenimiento era irrisorio, llevaba una doble vida, hasta ahí perfectamente normal, el problema era que todavía tenía una triple vida, que los de la segunda y la primera vida desconocían. Todo se estaba volviendo increíblemente complicado.

Todos mis males habían desaparecido cuando al entrar a primera hora en la biblioteca me habían señalado una enorme pila de armas. Esta, estaba compuesta por cientos de cuchillos de muy diversos tamaños y formas de empuñadura, espadas, ballestas, machetes e innumerables armas de las que desconocía el nombre y era la primera vez que veía.

Levante la vista de mi tediosa tarea para descubrir a Sansón sentado frente a la mesa ojeando un libro, se le veía muy interesado. Daniel y Jano ordenaban las armas que ya había hechizado. Una duda asaltó a mi cabeza entonces.

-¿Qué son los demonios?-pregunté ya que desconocía totalmente la respuesta.

Fue Sansón quien levantando la vista del libro me contestó.

-Los demonios querida mía, son almas tan corrompidas que han perdido la forma y el sentido. Algunos eran ángeles, otros simplemente humanos-levantó los hombros de forma significativa-cualquiera puede convertirse en uno si se pierde-concluyó con pena en su voz.

Después de esa conversación nos quedamos horas en silencio.

Mi comida, consistió en un bocadillo ya que no disponíamos precisamente de tiempo para perder. Si por un milagro de Dios conseguíamos salir de esta, era muy probable que toda esta situación acabase con mi salud mental. Si es que alguna vez había tenido de eso.

Casi al final de la tarde Jano se acercó con sigilo y me dijo:

-Muchas gracias Laura, estás haciendo un trabajo maravilloso. Te estamos muy agradecidos-hablo dulcemente.

Siempre que Jano me hablaba me parecía entrever en sus palabras cierta dosis de cariño, aunque quizás, tan solo veía lo que

quería ver.

-Bueno ya es la hora de la reunión-comunicó Jano.

-Ahora nos tenemos que ir-dijo Sansón-, pero ya puedes dejar eso por hoy, le has dedicado muchas horas. Descansa-ordenó con una amplia sonrisa.

-Puede que esto nos lleve un par de horas o más, pero en cuanto acabemos te llevaré a tu casa-dijo Daniel.

-¡Cómo!-exclamé alarmada-¿pensáis dejarme aquí sola?, ¿por qué no puedo ir a mi casa?-

-Porque es peligroso-contestó Jano tajante-aquí estarás a salvo-

Por su tono y actitud quedaba sumamente claro que no había lugar a réplicas por lo que crucé los brazos sobre mi pecho de manera muy infantil acompañado de unos labios fruncidos y di media vuelta indignada. Tras esa demostración de madurez, recibí como un jarro de agua fría la divertida risa de Sansón.

-Procura no meterte en líos-me picó Sansón.

Me giré rápidamente demostrándole con la mirada que no me había hecho ninguna gracia su comentario.

-Mañana intentaremos descubrir y controlar esos pequeños dones que pareces tener-dijo mientras me guiñaba un ojo.

-Aquí estarás a salvo-sentenció Jano antes de que desaparecieran sin dejar más que un puñado de luces brillantes tras de sí.

Tras su marcha en la biblioteca reinó un relajante silencio. Era la primera vez en mucho tiempo en la que me encontraba completamente sola. Eso te deja mucho tiempo para pensar, cosa

mala cuando tienes tanto a lo que darle vueltas. Me encontraba mentalmente cansada. Al descubrirme plantada delante de la mesa de Sansón decidí dar un paseo por las inmensas filas de estanterías.

Me interné en un pasillo al azar y alargué la mano para tocar los libros de la estantería que tenía a la derecha. Cerré los ojos en medio del proceso con la intención de relajarme y ordenar las ideas. Tras varios minutos de vagar sin rumbo solo tenía claras dos cosas. Una no me apetecía ni una pizca descubrir el porqué de mis raras habilidades y dos, deseaba fervientemente descubrir quien era Gonzalo.

Bueno, tras tener claro mi objetivo, lo más difícil venía después, ya que pese a que estaba prácticamente segura de que en la infinidad de libros de la biblioteca habría uno que hablaría de Gonzalo, el problema era encontrarlo.

Giré a la derecha al acabar la primera hilera de estanterías, aún caminaba con los ojos cerrados. No llevaba ni diez pasos andados cuando un libro me golpeó en la cabeza.

-¡Au!-exclamé frotándome el lugar donde el libro me había golpeado.

Levanté la vista para descubrir desde donde había caído, encontré el hueco al momento. Todos los libros de alrededor tenían unas tapas de cuero negro, en los lomos, gravados con tinta dorada, resaltaban números romanos. El que tenía en mi poder era el número V, ya que estaba comprendido entre el IV y el VI. Me agaché para recogerlo con la intención de recolocarlo en su sitio y seguir la búsqueda cuando reparé en el título del libro, *Ángeles negros y su historia*, lo miré sorprendida. Aquello debía haber sido una señal, un tanto dolorosa, pero no por ello menos efectiva. Al desconocer si alguien me estaba ayudando o aquello era mera casualidad, por educación miré hacia arriba y dije:

-Gracias-

Me senté en el suelo del pasillo. En la parte dedicada a los libros, a diferencia que en el resto de la biblioteca el suelo era de moqueta roja, lo que lo hacía muy agradable. Abrí el libro y acudí al índice, en él aparecía el nombre de cinco ángeles, pero tan solo me importaba uno, Gonzalo. Una conocida sensación de nerviosismo se instaló en mi estómago al leer su nombre escrito. Al menos eran doscientas las páginas que le dedicaban cuando los otros tres apenas tenían veinte. Aquello no parecía presagiar nada bueno, la duda de cómo iba a saber si realmente se trataba del Gonzalo que yo conocía, quedó despejada, cuando al abrir su parte correspondiente apareció una foto de este, con un nudo en el estómago comencé a leer

Gonzalo, más conocido como el ángel de la muerte.

Sus matanzas son conocidas por ser las más sangrientas y crueles. Fue una pieza clave para el nuevo orden del Infierno. Tras la primera gran batalla librada entre el bien y el mal, cuando Dios derrotó a Lucifer y lo desterró a un lugar desconocido en el que permanece atrapado con unas cadenas mágicas que imposibilitan su liberación. El Pecado Soberbia, conocido por el nombre de Víctor ocupó su lugar gracias a la ayuda de Gonzalo. Este es su mano derecha. En los momentos posteriores a la derrota de Lucifer mató a todos los enemigos de Víctor allanándole así el camino para que pudiera gobernar.

Gonzalo ha sido el más sanguinario y malvado de cuantos ángeles negros han existido.

Ahí dejé de leer, no podía soportarlo más. Sentí como si me hubieran atravesado el corazón con una barra de hierro. Quería gritar, era imposible que aquello fuera cierto. Comencé a llorar desconsoladamente sin apenas darme cuenta. Me apreté el pecho sin poder soportar tanto dolor. Tenía que descubrir si aquello era cierto. Debía de haber una explicación. Cerré fuertemente los ojos hasta que estos, me dolieron. Gonzalo parecía saber donde me encontraba, así que, ¿por qué no iba a poder hacer yo lo mismo? Con aquella determinación noté como el estómago me daba un vuelco y la marca

del brazo comenzaba a arderme.

Había funcionado. No sabía si me había llevado hasta donde Gonzalo, pero por una vez había conseguido hacer algo que quería.

La estancia que se abría ante mí parecía un antiguo salón de baile. Este era amplio y muy luminoso. Los suelos de mármol marrón y blancos a cuadros lucían resplandecientes. Rodeando el majestuoso salón, que tenía forma rectangular se encontraban infinidad de columnas redondas también de mármol blanco. Aquella distribución, daba a la estancia la sensación de encontrarse dividida en dos espacios. El centro estaba iluminado por una impresionante lámpara de araña de dimensiones imposibles. Los cristales de esta titilaban con la suave brisa que se colaba por uno de los ventanales que estaba abierto. El movimiento de los pequeños cristales hacía que un hermoso arcoíris de colores se reflejara por toda la estancia. El lugar resultaba mágico.

El otro espacio, el que se encontraba tras las columnas, era totalmente diferente. Hasta allí apenas llegaba la luz, lo que le confería un aspecto lúgubre.

Y ahí concluyó la escasa inspección que pude hacer ya que al oír un golpe fuerte corrí a refugiarme tras la columna que más cerca se encontraba. El corazón me martilleaba imparable en los oídos, tenía la certeza de que de nuevo, me había metido en un lío.

Desde mi muy lamentable escondite asomé la cabeza temerosa en un intento por descubrir de donde procedía el ruido. Entonces, al oírlo por segunda vez conseguí identificarlo como el ruido que hacen dos metales al chocar entre sí.

La visión que se abalanzó ante mí me dejó totalmente perpleja. En el centro de la estancia Gonzalo luchaba con un hombre rubio de manera sobrecogedora y lo que más me impactó, no fue el hecho de que Gonzalo estuviera sin camiseta, algo habría bastado para pararle el corazón a cualquiera, lo realmente impactante era la manera de luchar que tenían, luchaban sin piedad, a muerte.

Dos enormes espadas relucían en las manos de Gonzalo. Las movía con una destreza y una precisión increíble. Era la viva imagen de la destrucción, hábil, fuerte y peligroso. Ambos luchaban sin descanso, dándose golpes, patadas, saltando, desapareciéndose y apareciéndose. La pelea era prácticamente imposible de seguir. De no haberme encontrado tan aterrada el espectáculo hubiera sido digno de admiración.

Entonces Gonzalo consiguió arrinconar al hombre con el que luchaba, que era rubio y poseía una envergadura considerable y al que yo jamás había visto. Gonzalo tenía los brazos estirados y había cruzado las espadas formando una especie de tijera. La cabeza de aquel hombre estaba en medio, por lo que si Gonzalo juntaba los brazos le decapitaba. Ahogué un grito, no quería que matara a nadie. No quería que fuera malo. Como si este hubiera atendido a mi muda petición, bajó lentamente las manos y guardó las espadas sin inmutarse.

El hombre rubio con el que hacía escasos segundos se encontraba luchando se arrodilló a sus pies y le dijo con una reverencia:

-Muchas gracias por el entrenamiento, señor-

-Puedes irte-contestó Gonzalo con tono autoritario.

Y sin más dilación el hombre desapareció, dejando tras de si un puñado de luces negras.

Tan solo había apartado la vista de Gonzalo un segundo, que fue lo suficiente para que cuando volviera a mirar a su posición, este hubiera desaparecido. Busqué a través de la estancia con la mirada, por lo que el sobresalto fue mayor cuando Gonzalo apareció frente a mí. Posó una mirada dura y despiadada sobre mí mientras me arrinconaba contra una columna. Ni si quiera tuve tiempo de gritar.

-¿Qué haces aquí?, ¿cómo has venido?-su tono de voz era perplejo y colérico a partes iguales-, ¡pero eso es imposible!-se

contestó a sí mismo antes de añadir con ojos entornados-¿Qué clase de bruja eres tú?-

No contesté, por mi mente tan solo pasaba lo que acababa de leer de él.

-¿Por qué?-pregunté con un hilo de voz-

-¿Qué?-preguntó Gonzalo alzando los hombros con cara de desorientación.

-¿Por qué cuando te miro a los ojos no veo al monstruo que se supone que eres?-pregunté en voz baja.

Gonzalo me contempló con dureza durante unos segundos más. Después bajó los hombros en una actitud que dejaba ver que se daba por vencido.

-Porque no lo soy-respondió sin titubear-¿Por qué has venido si ya sabes quien soy?-añadió.

-Porque deseo saberlo de tu boca, tan solo te pido eso-concluí.

Sin saber como habíamos llegado hasta esa situación descubrí que Gonzalo me tenía agarrada por los codos de manera muy intensa. En los ojos de Gonzalo se entreveía que en su interior se libraba una batalla.

-Hace ya unos dos mil años, mi padre me mandó casar con una muchacha-

Sentí una punzada en el corazón, dolía descubrir que Gonzalo había amado, a pesar del tiempo transcurrido.

-Nunca nos quisimos. Muy pronto nos dimos cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro-

Alivio, tuve que reprimirme para no sonreír.

-Y ¿seguisteis juntos a pesar de eso?-pregunté con

perplejidad.

Gonzalo rio amargamente en respuesta.

-Sí, las cosas en la época en la que yo nací no eran como ahora. Antes tenías que casarte con quien tus padres querían y debías permanecer al lado de esa persona para el resto de tu vida y punto-explicó mientras levantaba la mirada y la posaba sobre la mía.

En sus ojos se apreciaba un fino hilo de dolor, casi parecía que le horrorizaba proseguir contando la historia.

-Decidimos tener un hijo-reveló con decisión-tuvimos que hablarlo, ya que yo nunca la tocaba, ni ella a mí tampoco. Éramos más compañeros que un matrimonio, la pena es que para el amor hace falta algo más que cariño. Estuvimos de acuerdo en que los dos queríamos tener descendencia y ya que no teníamos más remedio que permanecer el resto de nuestras vidas juntos, lo intentamos. La sorpresa fue muy grata ya que lo logramos a la primera-cerró fuertemente los ojos y apretó los puños-nueve meses después nació nuestro hijo, Martín, así fue como decidimos llamarlo-abrió los ojos y me miró con tanta dulzura que mi cuerpo se hinchó de felicidad-era la cosa más hermosa que jamás había visto, tan pequeño, tan suave, con su hermoso pelo negro y sus pequeñas manitas-

Hablaba con tanto amor que era totalmente evidente que amaba a ese hijo. No me entraba en la cabeza como una persona que pensara así, que sintiera así, pudiera ser mala. No concebía la posibilidad de que en el ángel que tenía delante hubiera maldad. ¿Cómo era posible que hubiera llegado hasta el punto en el que se encontraba ahora? En su silencio aprecié que quedaba más historia.

-Dos semanas después de que Martín cumpliera cinco años, una oscura noche de primavera, atacaron mientras nos encontrábamos durmiendo, la aldea en la que vivíamos. Me desperté al oír unos fuertes ruidos y bajé para ver que sucedía. No tuve tiempo si quiera de llegar hasta la puerta ya que la tiraron abajo y me atravesaron el costado derecho con una espada. Caí al suelo. No

tenía fuerzas para levantarme, pero debía hacerlo, Martín y su madre estaban arriba durmiendo. No se habían despertado al levantarme yo ya que dormíamos en habitaciones separadas. Tras varios minutos de agonía y dolor conseguí subir las escaleras y entrar en la habitación-Gonzalo se colocó las manos sobre la cabeza y moviéndola de lado a lado continuó con la historia-María yacía muerta y mi hijo estaba en la cama desangrándose, me acerqué a él y lo cogí en mis brazos-se miró los brazos vacíos del presente evocando los del pasado-pero no pude hacer nada, noté como su vida se escapaba entre mis manos. Mi hijo había muerto-

Gonzalo se quedó callado ausente. Por mis mejillas rodaban silenciosas lágrimas de pena, deseaba poder consolarle. Hubiera pagado un precio muy alto por poder reconfortarle o borrar lo sucedido.

-Lo siento-le dije con voz temblorosa y cargada de pena-lo que sucedió es indescriptible-

Gonzalo alargó la mano y limpió mis lágrimas. Acarició suavemente mi mejilla y dijo:

-Eres tan delicada y sensible-y no lo decía como si fuera un defecto, más bien parecía que le gustase-quisiera merecerme tu ternura-apretó los ojos-no sabes cuánto-

-¿Por qué no ibas a merecerla?-pregunté confundida.

-Por lo que sucedió después-contestó.

-Cuéntamelo-rogué.

-Me duele tener que decirlo, pero, los maté a todos. Una vez que mi hijo murió, saqué fuerzas, no se dé donde y jamás me lo he preguntado, y acabé con todos los asaltantes hasta que fallecí desangrado-me contempló fijamente estudiando mi reacción.

-No puedo juzgarte por esos hechos, después de semejante tragedia nadie puede ser dueño de sus actos. Lo que no entiendo es

lo que pasó después, ¿cómo has acabado siendo un ángel negro?-preguntó.

-Después fui al intermedio y en el juicio-

Le interrumpí incrédula.

-¿Te mandaron al infierno por matar a los asesinos de tu hijo?-yo no era capaz de decidir si aquello estaba bien o mal.

-No, me dieron a elegir. Me permitieron ir cielo, pero lo rechacé-

-¡Qué!, ¿por qué?-le pregunté asombrada.

-Porque no me merecía ir al cielo después de no haber evitado sus muertes. Creía que después de todo me merecía pasar la eternidad sufriendo-contestó.

-La pregunta no es esa, lo que yo quiero saber es, ¿por qué te convertiste en un ángel negro y mataste a tantas personas?-pregunté con tristeza-todo lo demás puedo entenderlo, pero eso no, eso no puedo-le supliqué con la mirada para que me lo contase.

-Cuando decidí ir al infierno pensaba que pasaría el resto de la eternidad solo y sufriendo por mis pecados. Pero las cosas aquí, ni funcionan así, ni son tan fáciles. No existe el libre albedrío. Tienes que hacer lo que te mandan y no hay lugar a réplica o negación. Es una como una dictadura terrenal, uno manda y el resto obedecen, ya sea por miedo o convicción, el motivo es indiferente. Cuando Víctor, que es el que reina en el infierno-explicó-quiere algo lo consigue y conmigo se tomó una molestia especial. El resto de las almas que residían en el infierno le obedecían sin rechistar, pero yo no. No estaba de acuerdo con sus ideales, con sus métodos, ni con nada. A sí que me encerró en una celda de máxima seguridad para ángeles, de donde ni el más poderoso puede escapar, de nada sirve desaparecerse. Una semana después apareció con una bruja que me hechizó-se señaló una pequeña marca que tenía en el lado derecho

del pecho.

Esta apenas tenía un centímetro, era un círculo con un intrincado dibujo en su interior, o quizás eran palabras escritas formando una espiral. Era difícil saberlo.

-Tras hacérmelo me dijo “tú serás el que me ayude a llegar muy alto”. Desde ese momento, y durante siglos, ha hecho conmigo cuanto ha querido, pues la marca que llevo es para dominar mi voluntad-concluyó.

-¿Cómo has conseguido librarte de que te dominen?-pregunté con curiosidad echando un furtivo vistazo a la marca de su pecho desnudo.

-No lo he hecho, nunca he hallado la manera. Pero ya hace varios siglos que dejó de obligarme a hacer las cosas, supongo que pensó que mi alma estaría ya tan corrompida que no me quedaría ni una pizca de humanidad-

-Y, ¿es verdad?-pregunté temerosa.

-No-

-Y, ¿por qué sigues aquí?-

-Porque puede volver a dominarme en cualquier momento-explicó.

-Y, ¿si te manda hacer algo horrible?-pregunté.

Rio antes de contestar, no era precisamente una risa alegre.

-Tantas veces lo hace-hizo un gesto con la mano para pararme pues estaba a punto de interrumpirle-no las hago, pero le dejo ver que sí, que le soy fiel. Pues si sigo a su lado sin que me domine puedo evitar muchas cosas. Eso es todo cuanto puedo hacer-

-Ah,-logré decir-¿Por qué crees que te eligió a ti?-

-Sinceramente, no lo sé. Pero imagino que por todo el odio y el dolor que albergaba en mi interior. Al final son nuestros sentimientos los que nos hacen fuertes-explicó.

-Cuando dices que Víctor pensaba que tendrías el alma tan corrompida que no te quedaría ni una pizca de humanidad, ¿podrías haberte convertido en un demonio?-

-Haces siempre las preguntas más duras de contestar, ¿sabes?-dijo con fastidio-hace ya mucho que debería ser uno-

No pude evitar asustarme al oírle decir aquello.

-Pero no lo soy porque yo nunca hice esas cosas tan horribles por voluntad propia, sino que me han obligado-acarició de manera fugaz un mechón de mi pelo-creo que eso es lo que marca la diferencia, eso es lo que mantiene mi alma intacta. ¿Me odias?-preguntó de improvisto.

-No-respondí con sinceridad.

-¿Me temes?-preguntó de nuevo.

-No-respondí.

-Vale, ¿entonces que es lo que piensas?-preguntó curioso.

-Que es la historia más triste e injusta que he escuchado jamás. Pero sobre todo-dije mirándole con intensidad-lamento mucho lo que le sucedió a tu hijo-

Gonzalo me cogió la mano y me sonrió, era una sonrisa de cariño y complicidad.

-Voy a encontrar la manera de librarte de esto-dije con seguridad mientras le señalaba la marca que dominaba su voluntad-esto es una promesa-

-Gracias-me dijo suavemente.

De manera inesperada acarició lentamente mi brazo. Una desconocida sensación de nervios y placer recorrió mi cuerpo. Su contacto era especial. Sin aviso previo Gonzalo paró y puso mala cara.

-Espera aquí-indicó-tenemos compañía-

Y tras aquello desapareció envuelto en luces negras invocadas para devolverme a la realidad. Dándome plena cuenta de que era un ángel negro, uno de los malos.

Cuando oí la voz de Patricia pensé, que cómo no iba a ser ella la encargada de romper toda la magia. A lo lejos oí como hablaba con Gonzalo. Asome la cabeza sucumbiendo a la curiosidad.

-Nos toca entrenamiento-le decía a Gonzalo mientras se contoneaba de manera sugerente.

Algo muy malo en mi interior sintió envidia de Patricia. Ella podía estar con él sin tener que esconderse, pues a todo el mundo le parecía lo más normal que estuviesen juntos. Me entró un insaciable deseo de ir allí y partirle la cara, para que me iba a engañar. Ahogue a mi monstruo interior y aguardé hasta la vuelta de Gonzalo. ¿Cómo iba a fijarse en mí?, cuando era evidente que tenía a un montón de chicas deseosas de estar con él, a Patricia desde luego se le notaba desde lejos que lo estaba deseando, y era guapa, sin ningún gusto vistiendo, pero guapa al fin y al cabo. Al volver a hablar Gonzalo se rompió el hilo de mis turbios pensamientos.

-Espera aquí-le dijo a Patricia-ahora vuelvo.

Gonzalo desapareció para reaparecer de nuevo junto a mí con un dedo sobre la boca pidiéndome silencio. Colocó su mano sobre mi hombro y la estancia perdió su forma.

Acabábamos de aparecernos. Con la mano de Gonzalo todavía posada en mi hombro derecho y siendo plenamente consciente de su cercanía eché un rápido vistazo alrededor en un

intento por ubicarme.

Me había llevado a la misma habitación que la noche que me secuestró de mi cuarto en plena madrugada hacía ya unos días.

Sabía a ciencia cierta que estaba a punto de despedirse de mí. Maldije para mis adentros por la inoportuna interrupción de Patricia, esta tenía la capacidad de fastidiarme incluso sin saberlo.

No podía permitir que Gonzalo se fuera, y menos sin saber si volvería a verlo. Justo cuando este abría la boca para seguramente despedirse, pronuncié las siguientes palabras:

-Quiero pactar contigo-mi voz sonó rápida y desesperada-quiero saber que te propones-

El corazón se me aceleró en el pecho como una máquina a punto de estallar. En la cara de Gonzalo pude ver como se dibujaba una espléndida e involuntaria sonrisa. Relucía de satisfacción, parecía contento por haber conseguido su propósito.

Su sonrisa pasional y pícara a partes iguales hizo que por mi mente pasara la duda.

-¿Estás segura?-preguntó sin inmutarse.

Tardé en responder. Un conflicto habitaba dentro de mí. A pesar de la historia de Gonzalo, a pesar de conocer los motivos y las circunstancias que le habían llevado hasta la situación en la que se encontraba, la realidad era que él estaba en otro bando. Era de los malos, quisiera o no. No conseguía decidir hasta que punto podía traicionar mis principios, ni a mis seres queridos por aliarme con él. Desconocía también los motivos que le empujaban a Gonzalo para querer hacerlo. Le miré fijamente y tomé la irresponsable decisión de ceder a mis sentimientos a pesar de las advertencias de mi cabeza.

-Antes de asegurarlo quiero saber que es lo que quieres y cuales son las condiciones-dije con convencimiento-solo después te contestaré-

Gonzalo me observó y sonrió con diversión.

-Chica lista-declaró en un tono totalmente burlón-quiero que trabajemos juntos para descubrir cuál es el significado de las marcas que tenemos-expuso mientras se señalaba el brazo.

Era algo lógico.

-¿Y las condiciones?-pregunté tanteando el terreno.

-Muy fácil. Cuando estemos juntos no existirá nada más, ni bien, ni mal, ni bandos-dijo descruzando los brazos delante de su pecho-tan solo tú y yo y nuestra misión. No hablaremos ni preguntaremos nada, que no sea sobre eso-

De no haber sido tan evidente habría corrido a sentarme en el sofá de la habitación tras esas palabras. Imaginaba un mejor contexto para decirlo, pero no palabras más bonitas. Lo único lamentable era que fueran de alianza y no de amor.

Gonzalo permaneció observándome a la espera de una respuesta sin parecer consciente del impacto que sus palabras habían tenido sobre mí.

-Trato hecho-respondí al fin, cuando el silencio se estaba volviendo incómodo-¿Cuándo y adónde vamos?-

-Tranquila fiera-indicó colocando las palmas de las manos hacia abajo y moviéndolas de manera que indicaban calma.

-¿Qué pasa?-pregunté descolocada.

-El lugar al que debemos acudir es peligroso. No tienes la preparación, ni el conocimiento necesario para acudir allí-dijo tajante.

-¿Entonces, que es lo que quieres de mí?-pregunté ofendida.

Gonzalo sonrió al adivinarlo.

-Quiero enseñarte a luchar, a defenderte para que puedas

acompañarme, ¿estás dispuesta?-preguntó desafiante.

No conseguía acordarme del punto exacto de la conversación en el que nos habíamos ido acercando el uno al otro, pero la cosa era que notaba la respiración de Gonzalo en mi frente, hecho que estaba consiguiendo sumirme en un estado de tensión alarmante.

-Sí-respondí con voz entrecortada.

-Perfecto-dijo él con ademán triunfal-hasta mañana entonces, y ahora, piensa en el lugar que estabas antes de aparecerte de manera tan increíble aquí.

Y eso hice yo, sin pararme a pensar ni por un segundo el error que estaba cometiendo. Gonzalo me llevó hasta la biblioteca.

-Adiós,-dijo antes de desaparecer.

Dejándome con una sensación de culpa insoportable. En tan solo un segundo acababa de destrozar miles de años de seguridad. Acababa de mostrarle el camino al cielo a un ángel negro. ¿Quién era el que decía que no íbamos de la manita de los malos? A sí que al final parecía que las condiciones de la alianza no estaban tan bien pensadas.

Pocos minutos después de que recogiera los libros que había dejado en el suelo aparecieron Jano, Daniel y Sansón. Solté el aire que ni si quiera había sido consciente de estar reteniendo. Me había librado por los pelos, ¿pero a qué precio?

7-DOBLE ENTRENAMIENTO Y EL ASOMBROSO SÓTANO

Faltan doce días para la elaboración de la poción.

Eran las siete de la mañana y sonaba el despertador, fuera el cielo estaba encapotado y amenazaba con lluvia inminente. No había pegado ojo en toda la noche.

Cualquier otro día hubiera apagado el despertador de un manotazo, refunfuñado antes de levantarme y era bastante probable que hasta el tercer café no hubiese sonreído.

Pero ese, no era un día cualquiera. Llegué corriendo de la cocina lanzándome en plancha encima de la cama para apagar el despertador, llevaba más de una hora levantada, con una sonrisa que parecía que no se me iba a borrar en la vida. Pensaba que el día era estupendo. Una sensación de placentero nerviosismo me acompañaba allí donde fuera. En pocas palabras, la vida era maravillosa. Gonzalo existía, ¿qué más se podía pedir?

Notaba las miradas de Daniel y Sara clavadas sobre mi persona, estaban perplejos, decían que mi alegría era contagiosa. Me encontraba totalmente activa, había hecho el desayuno, pasado el aspirador y recogido toda la casa.

En un momento de la mañana, poco antes de que Daniel y yo nos fuéramos Sara me había preguntado entrecerrando los ojos:

-¿Estas bien?, das miedo-

Y se había quedado mirándome con la típica cara de, "hay algo que me estás ocultando y que me muero por saber, te libras porque está el tío este delante, pero no se me va a olvidar. Ya hablaremos"

-Ja, ja, muy graciosa-le conteste intentando sin mucho éxito disimular el pánico que sentía al darme cuenta de que me había pillado.

-A mí me gusta verte así-comentó Daniel desde la inocencia.

-Gracias-le respondí divertida.

Eran las ocho de la mañana cuando íbamos camino de la biblioteca. Aunque pueda sonar raro me estaba acostumbrando a estar allí, me parecía un lugar reconfortante. Al llegar a la altura de la mesa que servía de separación entre los libros y el resto de la estancia, vi que Sansón y Jano nos esperaban impacientes.

-Buenos días-saludé y tuve que contenerme para no decírselo cantando.

La noche anterior me habían dicho que viniera cómoda, en cuanto a vestimenta se refiere, por lo que ese día llevaba puesto un chándal negro con una camiseta de manga corta del mismo color. Era plenamente consciente de que en ningún momento podría quitarme la chaqueta porque la marca que tenía se estaba volviendo de un negro muy fuerte, era increíblemente visible incluso desde la distancia. Así que, toda esperanza que podía tener en que esta desapareciera, hacía tiempo que estaba agotada.

En silencio salimos fuera de la biblioteca. Tuve que entrecerrar los ojos debido al increíble resplandor del cielo y lo contemplé maravillada los escasos segundos que me dejaron.

-Laura-dijo Jano para llamar mi atención-¿Estas lista?-

-Por supuesto, he venido preparada para la acción-les dije mientras daba saltos y puñetazos teatralmente.

-Muy bien-comentó Jano con aire juguetón.

Desapareció ante mis ojos y al segundo siguiente me encontré

con el culo en el suelo y mi orgullo tirado a mi lado también.

-¡AU!-me quejé-menos mal que esto es blandito-

Me levanté lentamente y me sorprendí al ver que Sansón y Daniel observaban a Jano completamente perplejos.

-Vale-comenzó a decir Jano con el semblante serio de nuevo-yo me encargaré de enseñarte a defenderte y Sansón de enseñarte a ser una bruja-

Reafirmando las palabras de Jano, Sansón me otorgó un leve asentimiento de cabeza

-A las once debemos volver a la biblioteca para proseguir con la elaboración de la pócima-

Señalé mi reloj con el dedo índice.

-Tengo la alarma programada para que suene diez minutos antes-expliqué sonriéndole y sintiéndome muy satisfecha conmigo misma.

-Buena chica-aprobó Sansón.

Paseamos un buen rato por la amplia extensión del cielo, pasear junto a los tres resultaba de lo más inusual ya que si necesitábamos ir a algún sitio, sencillamente nos desaparecíamos. Sentía mucha curiosidad por ver el lugar donde íbamos a entrenar.

Cuando hubimos pasado más o menos veinte minutos paseando, me di cuenta de que en el lugar donde nos encontrábamos era imposible determinar donde estaba el principio y donde el final. Literalmente parecía que estábamos en medio de ninguna parte, hecho que resultaba medianamente claustrofóbico.

-Pero-dije entrecerrando los ojos para intentar distinguir mejor el lugar-¿Dónde estamos?-

-No seas impaciente, ya estamos cerca-dijo Jano.

Tras otros cinco minutos, a lo lejos, divisé en el suelo una forma. A medida que nos acercábamos pude ver como esa forma de definía más hasta convertirse en un enorme baúl de madera marrón oscura. Aparte de tener un aspecto antiquísimo, era claramente apreciable, que su elaboración, había sido manual. Tanto las bisagras como la cerradura estaban hechas con hierro negro de aspecto robusto.

-Ya hemos llegado-anunció Jano mientras se agachaba para abrir el baúl.

Metió la mano por el cuello de su chaqueta para sacar una cadena de plata larga en la que llevaba colgada una llave de color negro. Vi que junto a la llave brillaba un pequeño objeto con forma redonda. No tuve tiempo de distinguir nada más ya que en cuanto insertó la llave en el baúl mi atención se dirigió al mágico espectáculo que se produjo.

De la nada y a lo largo de una extensión del tamaño de un campo de fútbol, comenzaron a surgir idénticos baúles.

-Guau-me admiré-ha sido impresionante.

Noté como a mi izquierda Daniel sonreía satisfecho.

-Aquí también nos lo sabemos montar-dijo dándome un ligero codazo.

-Vale, ¿ahora que?-pregunté ansiosa frotándome las manos.

-Ahora Jano y Daniel van a enseñarte a luchar-dijo Sansón.

-A protegerte-matizó Jano.

A lo que Sansón reaccionó poniendo los ojos en blanco y prosiguiendo como si no hubiera habido interrupción alguna.

-Básicamente van a enseñarte a luchar con armas, desaparecerte y esas cosas que hacen los ángeles-dijo moviendo la mano como si fueran una tontería-luego, yo te enseñaré a hacerlo

mediante magia, preparando pociones, lanzando hechizos-hizo una breve pausa-también quería disculparme, hace dos días, cuando estábamos en la biblioteca y te desapareciste misteriosamente, no pude seguirte ya que carezco de dicho poder, para ser sincero, fue muy frustrante que te fueras sin poder hacer nada-

Un extraño sentimiento de gratitud y cariño se apoderó de mí, me sentía muy conmovida de que Sansón se preocupara por mí y porque me explicase las cosas. Asombrosamente mi reacción no fue otra que acercarme a él y abrazarle.

-No hace falta que te disculpes, en el caso de que alguien debiera hacerlo, sería yo-le dije a Sansón-, pero te agradezco que hayas sido sincero conmigo-

Al principio Sansón estaba tenso, pero tras el impacto inicial pude notar como se relajaba y me devolvía el abrazo.

-Como se hace querer esta chica-comentó Sansón riendo.

Sonreí radiante y pregunté con verdadera curiosidad por el contenido de los baúles.

Daniel, con un gesto de la mano me indicó que le siguiera y abrió uno. Este, albergaba en su interior infinidad de armas de todas las clases y tamaños. Así que era allí donde guardaban el armamento que hechizaba.

-Guau, me encantan-dije extendiendo la mano para tocarlas.

La tapa se cerró de golpe antes de que lo consiguiera dándome un susto considerable. Levanté la vista para ver quién había sido el artífice y no me sorprendí nada al descubrir a Jano con la mano sobre la tapa.

Me has asustado-me quejé mirándole con cara de pena.

-Las armas son peligrosas y podrías salir herida, para poder utilizarlas primero debes aprender otras muchas cosas. Daniel, ponte

allí-le ordenó señalando un punto lejano, todavía con el ceño fruncido.

Y eso hizo Daniel. Jano que seguía a mi lado, comenzó a explicarme, en lo que iba a consistir el ejercicio que íbamos a realizar.

Ahora vamos a practicar lo de aparecerse y desaparecerse. No te asustes, porque al encontrarme tan cerca puedo seguir tu rastro vallas donde vallas-colocó la mano sobre mi hombro para infundirme tanto tranquilidad como confianza.

Aunque lo único que me entró a mí fue auténtico pánico. No podía desaparecerme ya que sabía a ciencia cierta donde acabaría, al lado de Gonzalo. Cosa que simplemente no podía permitirme. No quería que nadie saliese herido.

-Ahora concéntrate en el punto en el que quieres aparecerte, mira a Daniel y ordénale a tu cuerpo que valla allí-indicaba Jano desde mi espalda.

Obediente miré a Daniel, el problema fue, que al hacerlo, pensé automáticamente en Gonzalo. Con algo parecido al horror noté como mi cuerpo comenzaba a agitarse para desaparecer. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no hacerlo.

Una hora después de muchos intentos fallidos, Jano pareció darse por vencido y decidió ponerme con Daniel para que este, me enseñara a defenderme.

-¿Nada de armas?, ¿de verdad?-me sentía decepcionada y así lo hacía saber.

-Pero para que quieres un arma si ni siquiera te sabes defender-me contestó Jano y por su tono de voz se notaba que estaba realmente cabreado-obedece y ponte delante de Daniel para esquivar sus golpes-

Eso hice a regañadientes. Una vez posicionada, Daniel comenzó a moverse y una y otra vez, tenía que parar los golpes antes de rozarme ya que yo no era capaz ni de verlos llegar si quiera.

Cuando la alarma que indicaba que debíamos seguir con la poción sonó diez minutos antes de las once, nos desaparecimos camino de la biblioteca.

-Soy una inútil-me lamenté una vez allí.

-No digas eso-me consoló Daniel-es que somos ángeles por el amor de Dios, tengo miles de años, no puedes ser rival. No es culpa tuya-

Jano se encontraba mirando al suelo ¿pensativo?, ¿triste?, ¿cabreado? resultaba imposible de saber. Me posicioné a su derecha y caminé a su lado en silencio hacia la habitación donde hacíamos las pociones. Esta se encontraba siguiendo recto hacia la izquierda desde la mesa de Sansón, si no sabías de su existencia era muy fácil que pasara inadvertida ya que carecía de puerta, era más bien como un corte en la pared.

Cuando ya no pude aguantar más con el sentimiento que me embargaba

-Lo siento-casi grité-quizás debería poner más empeño, luego lo intentaré con todas mis fuerzas-

Jano paró en seco y colocó sus ojos sobre los míos, eso me ayudó a poder definir su estado de ánimo, que era de preocupación.

-No tienes de que disculparte ya que no tienes culpa alguna. Daniel tiene razón en lo que dice, nosotros somos seres sobrenaturales con miles de siglos y tú, una bruja de veinte años, que lleva veinte años sin saberlo-apartó la vista de mí con un movimiento brusco de cabeza-Te hemos condenado. Lo que pasa es que pensaba que entrenándote, enseñándote a defenderte, les resultaría más difícil lastimarte-

No encontré palabra alguna que decir, lo que Jano estaba intentando explicar era que le daba pena que fueran a matarme. Daba mucho miedo darse cuenta de semejante certeza.

Accedimos al interior de la sala de las pociones. Sobre uno de los fuegos al fondo de esta, hervía lentamente la poción para dominar la voluntad. En las paredes de los lados cubriéndolas por completo se alzaban unos muebles de madera con puertas de cristal, en el interior de estos se podían apreciar, diversos utensilios para la elaboración de pociones, calderos, cucharas de madera, morteros para las hiervas, pesas de diversas épocas y demás artilugios.

Seguimos los pasos que ponía en el libro para ese día, tarea que solo nos llevó una hora escasa y hasta el día siguiente a las once no debíamos volver a hacer nada.

Sansón me miró con una sonrisa de felicidad que me resultó contagiosa y me sorprendí sonriendo de oreja a oreja. Noté por sus gestos que estaba deseando que le preguntara el motivo de tanta felicidad.

-¿Por qué estás tan contento?-dije cediendo a sus mudos deseos.

-Porque tengo una sorpresa para ti-explicó frotándose las manos-sígueme-indicó con un movimiento de mano.

Y eso hice sumamente emocionada. Se internó por una de las largas hileras de estanterías y realizó varios giros, a pesar de no haber pasado más que un par de minutos me encontraba totalmente perdida y desorientada.

Poco después llegamos a una pared, apoyadas en ella se encontraban unas cajas de madera marrón muy clara hechas de pequeños tablones. Miré a Sansón con curiosidad mientras le oía que decía

-Esta es tu sorpresa-tocó una de las cinco cajas-aunque para ser sinceros, realmente es algo de tu propiedad-

-¿Estas seguro?-le pregunté con la duda impregnada en la voz.

-Completamente-afirmó de manera rotunda-tiempo después de que falleciera tu abuela, como no se sabía de la existencia de ninguna bruja más de vuestro linaje, mandé a Jano al pilar del cementerio, para que cogiese todas las cosas que tu familia había ido adquiriendo a lo largo de los años. Entre otras muchas cosas aquí hay libros, pociones, hierbas, utensilios para hacer hechizos y demás-

Saber que lo que se encontraba en el interior de esas cajas había pertenecido a personas de mi familia, a mi abuela, a mi madre, despertó en mí, un sentimiento de nostalgia, que ni si quiera era consciente de poseer. Con los ojos abnegados en lágrimas le dije a Sansón

-Gracias-

-No estés triste niña-dijo Sansón para reconfortarme-además tenemos otros asuntos que reclaman nuestra atención. Ayer Jano y yo estuvimos hablando largo y tendido sobre cual era la mejor manera de protegerte, de antemano te digo que no nos pusimos de acuerdo-Sansón lanzó una mirada a Jano al explicarlo-él, piensa que deberías tener a alguien, o más, pegados a ti las veinticuatro horas del día, mi modesta opinión es que deberíamos darte los medios y los conocimientos para que puedas hacerlo tu sola, pero como eres una mujer madura y responsable decidimos que en última instancia, recae sobre ti el peso de la decisión-

Noté como Sansón y Jano me observaban con ojos escrutadores, hecho que no me ayudaba a despejar el mar de dudas en el que me encontraba. Por una parte no sabía que sería más conveniente para mi integridad física, y por la otra no quería decepcionar a ninguno de los dos con mi decisión, así que en un momento de lucidez se me ocurrió la desesperada aunque brillante idea de:

-Deseo aprender a hacerlo sola, pero hasta entonces, aceptaré toda la protección que se me brinde-

Sonreí satisfecha al darme cuenta de que había acertado con

la decisión. Tanto a Jano como a Sansón se les veía sumamente complacidos.

-Vale, hemos pensado que deberías tener lugares seguros en los que poder disfrutar de paz e intimidad, lugares en los que no puedan entrar los ángeles negros ni los demonios. Una especie de protección como la del cielo-explicaba Sansón mientras se frotaba las manos-esos lugares deberían ser, el pilar de tu familia, ya que al morir tu abuela la protección mágica de ese lugar desapareció, tu casa y la cafetería. ¿Qué te parece?-preguntó feliz.

Y lo único en lo que yo podía pensar era en, que si protegía aquellos lugares, Gonzalo no podría entrar en ninguno de ellos. Además, resultaba bastante obvio que bajo ningún concepto iban a dejarme estar sola en otro lugar que no fueran los protegidos.

Eso me dejaba con una decisión muy peligrosa entre manos, ¿iba a exponerme a salir de los lugares protegidos, quedando así vulnerable a cualquier ataque, solo por el hecho de estar con Gonzalo, incluso sabiendo que cabía la posibilidad de que eso fuera lo que quería el desde el principio?

De sobra sabía la respuesta, un lazo de total irresponsabilidad me empujaba a estar allí donde Gonzalo estuviera.

-Muy bien-contesté con una fingida sonrisa-

Ya encontraría yo solita la manera de saltarme las normas, una vez más.

-Bueno, vamos a ello entonces-indicó Sansón-ir yendo a mi mesa que ahora os alcanzo, tengo que coger un par de cosillas-

A mitad de camino recordé que no le había preguntado a Sansón cuando podría llevarme las cajas de mi familia.

-Jano, se me ha olvidado preguntarle una cosa a Sansón-dije parándome en seco.

-Te acompaño-indicó Jano.

-No, gracias, ir yendo, creo que recuerdo el camino-repliqué haciendo un gesto hacia delante con las manos.

-No discutas conmigo Laura-advirtió Jano en un tono, que hacía que instantáneamente se te quitaran las ganas de hacerlo-voy a acompañarte, no te preocupes que me quedo fuera-

Iba a replicarle que mi intención no era la de que no me escucharan, eso me daba igual, era irrelevante lo que le iba a preguntar, mi única intención era no ser más molestia de lo que ya era.

Empujé con suavidad la puerta de la sala donde realizábamos las pociones ya que esta se encontraba entornada.

Al apartarla para poder acceder al interior, una muy chocante escena, que se desarrollaba tras la puerta hizo que ciertas incógnitas se colaran en mi interior. Sansón estaba bebiendo un líquido azul oscuro y espeso del interior de una pequeña botella de cristal, era obvio que se trataba de una poción. Tras vaciar íntegramente el contenido del frasco, una especie de neblina oscura rodeó su cuerpo haciendo que la luz de su esencia angelical, algo en lo que no había reparado en su existencia hasta que no lo había visto desaparecer, no pudiese traspasarlo. Cuando la neblina negra cubrió todo su cuerpo, esta, se desintegró volviéndose transparente.

Un sonido de sorpresa se escapó de mi interior y automáticamente, el bote del que Sansón estaba tomando la poción se le cayó al suelo rompiéndose en múltiples pedazos al darse cuenta este de mi presencia. La mirada que me dedicó llevaba implícita la pregunta de si iba a delatarle.

Jano entró apresuradamente a la habitación

-¿Qué ha sucedido?-preguntó alarmado mirando los cristales del suelo.

Sansón y yo nos quedamos callados observándonos mutuamente. Antes de que Sansón dijera nada hable yo.

-No ha pasado nada-mentí-le he asustado a Sansón y se le ha caído un bote de las manos-reí para quitarle importancia.

-Ah, vale-dijo Jano ya más relajado.

No sabía por qué, pero la verdad era que confiaba en Sansón y esperaba no estar equivocándome. En mi cabeza solo existía la pregunta de ¿Quién es realmente? Y de ¿quién o qué tiene que ocultarse? Y en la cara de él tan solo se podía leer gratitud y temor porque le preguntase acerca de lo sucedido.

Cuando Sansón se repuso, proceso que no le llevó mucho tiempo, nos condujo hasta unas filas de estanterías. Una vez allí comenzó a rebuscar hasta que consiguió un par de libros, me los entregó.

-Vamos a reunirnos con Daniel-dijo Jano-así podremos llevaros-

Nos encontrábamos en el salón de mi casa, gracias al destino, la casa estaba desocupada. Sansón había abierto un libro encima de la mesa del salón y movía las páginas ágilmente buscando la que necesitaba.

-¡Aja!-exclamo sonriendo-este será estupendo, nos viene de perlas.

Tras darme las directrices de cómo debía realizar el hechizo y tras colocar en lugares estratégicos una serie de hiervas, Sansón dio por concluido el proceso.

Me senté en el sofá después de más de una hora de empleando la magia, estaba realmente destrozada.

-Bueno, ahora, solo un ser humano puede entrar en la casa a robar y a matarme-dije con sarcasmo desde el sofá, mientras soltaba

una pequeña risita.

Estaba casi segura de que no habían pensado en ello. Sería de lo más gracioso que con todos los seres sobrenaturales que querían matarme, el autor de mi muerte fuera un simple humano.

Daniel y Jano me miraron con sendas caras de horror, sin embargo, Sansón rio a carcajadas. Puede que ocultase algo, pero no se le podía negar que tenía sentido del humor envidiable.

-Que cachonda es esta chica-dijo Sansón-con lo aburrido que estaba yo antes-

Haciendo caso omiso de nuestros comentarios Jano le hablo a Daniel.

-Habrá que probar a ver si funciona bien. Vete a buscar un ángel negro y haz que te siga hasta aquí-ordenó Jano.

Dicho esto Daniel desapareció.

Jano colocó la palma de su mano hacia arriba y miles de luces blancas, con algún matiz azulado del que nunca había sido consciente, se arremolinaron sobre ella hasta formar un cuchillo. Los minutos posteriores a la partida de Daniel, fueron muy pesados, cuando Jano estaba tenso, era mejor no hablar si quiera. La advertencia flotaba en el ambiente.

Al aparecer Daniel, fue como si el tiempo se congelara, todos nos quedamos quietos aguardando para ver que sucedía. No paso nada. por lo que una sensación de felicidad recorrió mi cuerpo. Había logrado realizar un conjuro protector con acierto.

-¡Lo hemos conseguido!-exclamé dando saltos de alegría.

Besé a los tres ángeles en la mejilla. La cara que se les quedó tras mi gesto, era demasiado extraña para poder ser descrita.

-¡Bah!-les dije moviendo la mano-parece que no os dado un beso una chica en la vida.

-Tenemos un rato antes de tener que volver al cielo para nuestro entrenamiento-dijo Jano-¿Qué te parece lanzar también los hechizos en el pilar?-

Antes de que pudiera decir nada Sansón me preguntó

-¿Crees que tienes fuerzas?-

-Por supuesto-contesté llevada por la adrenalina.

Una vez que nos aparecimos en el pilar del cementerio, lancé de nuevo los hechizos protectores tal y como me había enseñado Sansón. Daniel observaba todo el procedimiento sentado sobre la larga mesa de madera. Caí en la cuenta de que hacía rato que no veía a Jano, lo busque con la mirada. Este, estaba observando con interés los cuadros que colgaban de las paredes.

-Ya hemos acabado-dijo Sansón haciendo que se secaba el sudor de la cara.

-Me agota totalmente lanzar hechizos-dije con voz fatigada.

-Normal querida, hace falta mucho poder para hacer que esos hechizos funcionen. Eres una bruja muy fuerte-explicó Sansón.

Me sentí muy halagada.

Jano subió los peldaños que le separaban de nosotros, mientras le decía a Daniel

-Hagamos la prueba de nuevo-

Daniel por su parte, asintió levemente con la cabeza antes de desaparecer. Jano hizo aparecer el cuchillo de nuevo y en el ambiente comenzó a revolotear la tensión, volviéndose casi palpable al reaparecer Daniel. Pero venía solo. Había vuelto a funcionar.

Mi sensación de felicidad esta vez fue más mesurada debido al agotamiento.

-Debemos irnos, ya es la hora-indicó Jano.

-Está bien-dije a regañadientes.

Me sentía realmente cansada y lo que menos me apetecía era ir al cielo a ver pasar las horas.

-Tú no, nosotros-explicó Jano-tenemos que entrenar a los otros ángeles.

-Ah, estupendo-dije sin contener el entusiasmo-quiero quedarme aquí, ¿podéis traerme las cosas de mi familia para que las investigue?-pregunte girándome hacia Sansón.

-Vamos a estar muchas horas entrenando, seguramente se haga de noche-dijo Jano para intentar persuadirme-¿no crees que es mejor que te vayas a casa?-

-Este es un lugar seguro, déjala quedarse-rebatió Sansón-no se puede ser tan protector hombre-le reprendió con una sonrisa.

Tras unos segundos de reflexión Jano le ordenó a Daniel que le acompañara a la biblioteca a por las cajas. Momento de intimidad con Sansón que aproveché, simplemente, para agradecerle su ayuda. No quería molestarle.

Una vez los ángeles se marcharon, me senté en el suelo del pilar frente a las cajas con las posesiones mágicas de mi familia. Mi mayor deseo era encontrar algo que pudiera ayudar a Gonzalo. Sonreí de forma involuntaria al pensar en él. Tenía muchas ganas de verle, pero la cosa estaba muy complicada. Casi sin darme cuenta me encontré barajando la posibilidad de bajar las escaleras y salir fuera. Era una locura, pero era la única manera de poder estar con él. Sin aviso previo noté una sensación extraña.

-El que es de los que piensa que una mujer no puede estar sexy en chándal, cambiaría de opinión solo con verte-

Oí como decía una voz a mi espalda, me giré incrédula.

-¡Gonzalo!-exclamé.

-Parece que te alegras de verme-observó sonriendo.

Me acerqué a su posición preguntándole

-¿Cómo has podido pasar?, es imposible-afirmé.

-¿Pero de que estás hablando?-preguntó Gonzalo desorientado.

-Acabo de estar lanzando un hechizo para proteger este lugar, para que ni los demonios ni los ángeles negros puedan pasar-expliqué acelerada.

-¿No querías que viniese?-preguntó molesto.

-Deseaba que vinieses-dije arrepintiéndome y poniéndome roja al instante-, pero unas personas de las que no puedo hablar me dijeron que debía lanzarlos, y ¿Qué les iba a decir?, no puedo, es que, en cuanto os deis la vuelta, voy a estar con Gonzalo, si ese, el que dicen que es el más sanguinario de los ángeles negros-

Para mi sorpresa Gonzalo estalló en carcajadas, se ve que le había hecho gracia mi comentario, yo no pude hacer otra cosa que embriagarme con su magnífica risa, quedándome embelesada. Era una sensación indescriptible estar a su lado, hacía que todo lo demás palideciera, me sentía en paz, completa, feliz.

Notaba un calor aplastante, recordé que la marca resultaría visible si me quitaba la chaqueta para aplacar el calor, maldije, hasta que caí en la cuenta de que Gonzalo era la única persona con la que no tenía que esconderme. Me quité la chaqueta, una milésima de segundo después Gonzalo se apareció a mi lado con ojos como platos.

-¿Y eso?-preguntó asombrado.

-Eso es lo mismo que tienes tú-contesté descolocada.

-Pero tu marca es negra, la mía es blanca-explicó él.

-No me había dado cuenta de esa diferencia, la verdad-admití.

Levantó su mirada lentamente de mi brazo hasta colocarla sobre la mía. En sus ojos brillaba la pasión, hecho que hizo que mi cuerpo se revolucionara por dentro y un escalofrío me recorriera de manera íntegra.

-Creo que estamos conectados de alguna manera, como si en algún lugar estuviera escrito que debíamos encontrarnos. Es más, divagando un poco, creo que el hecho de que tu marca sea negra y la mía blanca, representa el bien y el mal, son las dos caras de la misma moneda, como si al conocernos hubiéramos dejado parte de nuestra esencia en el otro-mientras lo decía su mirada se encontraba perdida, casi parecía que lo estuviera pensando sobre la marcha, de pronto movió la cabeza y me miró con gesto serio-aunque tan solo son especulaciones, por eso debemos ir a intentar encontrar más información-

Contemplé embelesada a Gonzalo pensativo, me maravillé con el hermoso color esmeralda de sus ojos, contemplé su pelo negro y sus carnosos labios. Le deseaba y no podía ni permitirlo, ni evitarlo. Noté como el latir de mi corazón subía alarmantemente de potencia hasta que casi era posible escucharlo a distancia, lo que me llevó a ponerme roja de vergüenza. Justo cuando intentaba pensar en otra cosa para salir de tan embarazosa situación, habló Gonzalo

-Quizás debido a esa conexión he podido entrar aquí a pesar de la protección, y seguramente también sea por eso que puedo encontrarte-

-Yo también puedo encontrarte a ti-le recordé.

-Cierto-reconoció sonriendo-ahora lo que debo hacer es enseñarte un par de cosas para que puedas acompañarme a los

archivos-se aclaró la garganta antes de preguntar-¿te apetece venir a entrenar conmigo?-

-Por supuesto-dije con emoción antes de pararme a pensar que igual había respondido muy rápido y con mucho entusiasmo, me puse roja, como no.

Eran muchas las ocasiones en las que me preguntaba como podía resultar tan tonta delante de Gonzalo. Era como si mi cuerpo fuera por libre y tres pasos antes que mi cerebro, así que siempre tenía que pagar las consecuencias de actuar sin pensar.

-¿Sabes cuanto tiempo vas a estar sola?-preguntó sonriendo por mi entusiasta respuesta.

-Han comentado que no volverán hasta la noche-respondí.

-Vale, ¿estás preparada?-dijo.

-Sí-respondí escuetamente.

Y sin previo aviso alargó la mano y me cogió por la cintura atrayéndome fuertemente contra sí. Por lo que no pude distinguir si el vuelco que me dieron estómago y corazón fue por la desaparición o por ese hecho. Gonzalo sonrió con picardía al leer la impresión de mis facciones.

Nos aparecimos en el gran salón de la noche que le encontré luchando con el ángel rubio.

-¿Qué es este lugar?-pregunté curiosa.

Le miré al notar su silencio y me disculpé, ya que sin darme cuenta estaba incumpliendo un punto importante de nuestro pacto.

-No te preocupes, te voy a contestar-dijo mientras levantaba los hombros-no es que sea información relevante. Es un castillo, y esto, en concreto es un salón de baile donde antiguamente se celebraban bailes y recepciones-me explicaba mirando a su alrededor-ahora lo usamos, como bien pudiste ver ayer, para entrenarnos-

Dicho aquello Gonzalo, fue hasta el extremo de una de las paredes. Con un ágil movimiento se quitó la chaqueta negra que llevaba dejando al descubierto una camiseta blanca de tirantes, tan ajustada que no había que mirarle fijamente para ver todos y cada uno de los músculos de su pecho.

Acababa de descubrir uno de los muchos motivos por los que Patricia iba tan contenta a entrenar. Suspiré ligeramente, iba a ser todo un reto estar tranquila y no lanzarme a su cuello, porque eso era lo que me pedía mi cuerpo a voz en grito.

Cuando Gonzalo depositó la chaqueta en el suelo, paso a la parte del salón tras las columnas. Le seguí con curiosidad. Al llegar a una de las paredes, aprecié que en ella, de forma bastante disimulada, se encontraba una puerta. Esta era corredera. Lo supe al ver como abría Gonzalo.

Accedimos al interior de una sala cuadrada, en cuyo interior se albergaba una amplia colección de armas, nada demasiado impresionante.

-¿Qué te parece?-preguntó Gonzalo en un tono juguetón.

-¿Quieres saber la verdad?-pregunté recelosa.

-Sí, deseo que me digas la verdad siempre-contestó de manera intensa.

-Vale, pero no te ofendas, eh,-advertí-Decepcionante. Cabía esperar que tuvierais un arsenal considerable, por Dios, que sois los malos, y hasta los ángeles blancos tienen más armamento-expliqué gesticulando.

A lo que Gonzalo reaccionó riendo con ganas y durante largo rato, no pude evitar reír con él, su esplendida risa era contagiosa. Algo que me ayudó francamente a liberar tensión.

Cuando Gonzalo se calmó, varios minutos después, sin mediar palabra, hizo a un lado una mesa que se encontraba en el centro de la

habitación. Distinguí que bajo esta había una especie de trampilla. Gonzalo la abrió y se metió dentro ágilmente.

Al verle desaparecer dentro y al caer en la cuenta de que me había quedado sola, se apoderó de mí una fuerte sensación de inquietud. No hubo tiempo para una alarma mayor ya que la parte superior de Gonzalo asomó por la trampilla segundos más tarde. Pude ver como en el interior brillaba una luz.

-Ven-me dijo con entusiasmo-quiero que veas esto-

No recuerdo haber contestado nada, me encontraba algo nerviosa frente a lo desconocido. Simplemente me limité a bajar las escaleras en silencio ayudada por la mano que Gonzalo me había tendido.

Abajo nos esperaba un gigantesco, si no descomunal sótano, iluminado por hileras de fluorescentes, desde nuestra posición no había forma humana de divisar el final. Este tenía una forma rectangular muy pronunciada, a ambos lados se encontraban unas mesas metálicas, sobre las que descansaban infinidad de armas. En la parte superior de las mesas, sobre la pared, de un listón metálico que recorría el sótano de principio a fin, colgaban todo tipo de cuchillos, espadas, pistolas… un poco más a delante, dividiendo el sótano en dos partes, se alzaba una vitrina de cristal, cuyas dimensiones llegaban desde el suelo hasta el techo. El interior de esta era totalmente visible, suspendidas sobre el aire, se encontraban ocho espadas con el filo de plata y la empuñadura labrada en oro. Cada una de ellas, tenía incrustada en la empuñadura una piedra de diferente color, a la derecha de cada espada, había un cuchillo con idéntica empuñadura. Eran piezas de gran belleza.

-¿Por qué están esas guardadas a parte?-pregunté, sin disimular la curiosidad, a Gonzalo, siendo incapaz de apartar la mirada de la vitrina.

-Porque cualquier ángel negro puede hacer aparecer todas las armas que están en esta sala, menos las de la vitrina, ya que esta,

está protegida por fuertes conjuros. Los únicos que pueden invocar esas armas son los siete pecados-hizo una pausa-y yo-dijo casi de manera avergonzada.

Di media vuelta y miré a Gonzalo fijamente.

-Eres muy poderoso, ¿verdad?-dije mientras entrecerraba los ojos al reparar en esa certeza.

-No es algo de lo que me enorgullezca, pero sí-contestó molesto.

-¿Cómo de poderoso?-pregunté instantáneamente.

Gonzalo me observó con mala cara, por su aspecto era muy fácil deducir que no quería contestar a aquella pregunta.

-Por favor-le rogué yo y tan solo me faltó hacerle pucheros.

-Odio las preguntas que me haces, y eso que estás haciendo ahora-dijo mientras me señalaba con el dedo-está mal-

-¿Pero funciona?-pregunté.

-Sí-contestó riendo-bueno, te lo diré, pero desde ahora te advierto de que la respuesta no va a gustarte. Víctor, el pecado Soberbia, es el que gobierna el infierno, el más fuerte de cuantas criaturas lo habitan-me miró como preguntando si seguía el hilo de sus explicaciones, yo hice un leve asentimiento con la cabeza-pues yo, soy el segundo-

Me quedé contemplándole con la boca abierta y sin intención alguna de disimularlo.

-¿No dices nada?-preguntó inquieto después de aguantar un rato mi silencio.

El cúmulo de situaciones que estaba viviendo sin duda me estaban afectando a la cabeza, lo único que podía pensar acerca de el poder de Gonzalo es que resultaba irremediablemente sexy. Hecho

que me hizo darme cuenta de que debía poner en orden mis ideas. Desde luego no tenía intención alguna de compartir mi pensamiento con Gonzalo por lo que cambié de tema como quien no quiere la cosa.

-¿Por qué solo vosotros podéis acceder a ellas?-dije aun sabiendo que mis preguntas seguramente no fueran contestadas.

Gonzalo me miró pensativo antes de contestar. Para él no había pasado inadvertido el cambio de conversación, finalmente, debió optar por dejarlo correr ya que contestó

-Porque esas espadas y cuchillos son las armas más peligrosas de cuantas aquí se guardan. Tienen el poder de matar a los ángeles negros y a los demonios más fuertes, antes de que sean inmortales, claro-añadió.

¿Y por qué ibais a tener algo así?-pregunté perpleja, no le veía ni pies ni cabeza a esa explicación.

-Como se nota que eres buena persona que ni si quiera eres capaz de verlo-me dijo con mucha dulzura-porque si eres capaz de matarlos te temen, y por lo tanto te respetan y hacen cuanto les pides, tampoco se atreven a revelarse-añadió.

Mirado desde ese punto de vista, la verdad es que tenía mucho sentido que poseyeran armas tan peligrosas para su misma especie.

-Vaya, que no creáis cosas de la nada, tan solo sois capaces de transportarlas-dije mirando a mi alrededor

-Si exactamente. Pero la cuestión por la que te he traído hasta aquí es otra-me dedicó una sonrisa juguetona-Hay algo que quiero regalarte-

-¿Sí?-pregunté entre nerviosa y emocionada.

Gonzalo echó a andar por el lado derecho del sótano, sin dejar de mirar en ningún momento a la mesa donde se encontraban las

armas. Estas estaban dispuestas por grupos. Llegamos a la altura de unos cuchillos del tamaño de la palma de mi mano. Gonzalo cogió uno que tenía el mango de cuero negro.

-Toma-dijo tendiéndomelo-quiero que lleves esto siempre encima-

Con un temblor perceptible en la mano, agarré el cuchillo y le di las gracias con una sonrisa.

-¿Por qué te preocupas por mí?-pregunté a Gonzalo y por su forma de encajar la pregunta era evidente que esta le había pillado por sorpresa-no logro entenderlo, la verdad-insistí.

Sin mediar palabra, Gonzalo se agachó para remangarse la pata del pantalón. Se desabrochó una funda negra que llevaba colocada alrededor del muslo, para portar un cuchillo. Sin elevar la mirada del suelo me respondió entre susurros.

-Eres buena y dulce. No tienes la culpa de cómo funcionan las cosas, pero sin embargo pagas las consecuencias. Has vivido toda la vida sin conocer tu destino, no mereces sufrir y mucho menos mereces la muerte-

No fui capaz de reaccionar y menos todavía de responder. Me sentía simplemente hechizada por la magia de Gonzalo, por sus hermosas palabras. Todavía arrodillado, levantó la vista señalando la pata de mi pantalón y preguntó con determinación

-¿Puedo?-

¿Cómo?, ¿Qué si podía? Fue todo lo que consiguió pensar mi aturdido cerebro.

-Sí-contesté no muy segura de la respuesta.

Gonzalo colocó ambas manos sobre el bajo de mi pantalón y fue levantándolo lentamente hasta que llegó a la altura de la rodilla, su lento y suave recorrido hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Colocó la funda del cuchillo sobre la mitad de mi pantorrilla.

Con todos y cada uno de los contactos de la mano de Gonzalo sobre mi pierna desnuda sentía placer en estado puro.

La cuestión era como conseguir volver a la realidad tras ese episodio. Me sentía totalmente atontada. No fui consciente del camino hasta la sala donde se entrenaba, pero el hecho es que allí puede decirse que fue cuando recuperé los mandos de mi cuerpo. Descubrí que Gonzalo estaba dándome indicaciones sobre lo que tenía que hacer.

-Ahora debes quedarte aquí de pie y cerrar los ojos, debes concentrarte. Tienes que controlar el poder de desaparecerte, ya que a pesar de ser muy útil es sumamente peligroso si no se controla-parecía muy profesional mientras se explicaba.

-Creo-comencé a decir-que tan solo puedo aparecerme donde tú estés-noté como la sangre acudía a mis mejillas coloreándolas de forma vergonzosa-por lo de la conexión y eso-dije intentando no sonar como una loca-las brujas no pueden desaparecerse, no tienen esa capacidad-

-Entiendo tu lógica, pero lamento derrumbarla, el otro día cuando te apareciste en el prado, yo no estaba allí-explicó.

-¡Mierda!-exclamé-es verdad, lo que quiere decir que forma parte de mí-

-Sí, eso creo-dijo de manera tranquilizadora-pero no te asustes-

Dicho esto Gonzalo se desapareció reapareciendo tras de mí. No pude evitar gritar al sentirlo tan cerca y de manera tan inesperada. Se encontraba tan pegado a mí que notaba su pecho sobre mi espalda. Notaba el calor que desprendía su cuerpo. Con las puntas de los dedos estirados, Gonzalo, comenzó a acariciar mis manos, mientras empezaba un ascenso lento por mis brazos, hasta llegar a

los hombros. Ahí fue cuando se detuvo. Yo temblaba y respiraba agitadamente, sin poder evitarlo.

-¿Por qué tiemblas?-me preguntó él y de verdad parecía desconocer el motivo.

-No sé-mentí en un susurro apenas perceptible.

Gonzalo se agachó para decirme en el oído

-Relájate, no voy a hacerte daño, confía en mí. Cierra los ojos y conecta con la magia de tu interior-

Pero con lo único que conectaba yo era con mi corazón a punto de echar a volar. Me encontraba totalmente paralizada.

-No puedo relajarme contigo ahí detrás-tuve que confesarle.

-¿Por qué?-preguntó el entre sorprendido y molesto.

-Tengo que contestar, ¿de verdad?-dije con un suspiro.

Y me encontré contestando roja como un tomate, tras varios segundos de vacilación.

-Me inspiras de todo, menos relajación-confesé.

Con alarma noté como Gonzalo se ponía tenso tras de mí. Me di cuenta de que había hablado más de la cuenta. Me di cuenta de que me iba a llevar a casa y que nuca jamás lo volvería a ver. Con sorpresa escuché que Gonzalo me hablaba.

-Lo peor de todo, es que esto no esté bien, que no sea real. Nunca me he sentido tan vivo, como cuando estoy contigo-

Al oír aquello no pensé, simplemente reaccioné, me di media vuelta e hice lo que tanto tiempo llevaba deseando. Le abracé y hundí la cara en su acogedor pecho. Un instante después Gonzalo me rodeaba fuertemente con los brazos. Bajo la cabeza para apoyarla sobre la mía. En ese momento ya podría haberse acabado el mundo

que ni siquiera me habría inmutado.

Al cabo de unos segundos en los que llegué a rozar el paraíso con la punta de los dedos, Gonzalo me separó levemente y me dijo con gran intensidad

-Ese es uno de los motivos por los que quiero entrenarte, para que les sea más difícil hacerte daño. Debes prometerme que pondrás todo de ti, que vas a abrir tu mente y no vas a tener miedo de lo que seas capaz-

-Te lo prometo-le contesté con gran convencimiento.

Tras dejar todos los puntos claros, dedicamos el resto de la tarde a practicar lo de aparecerse y desaparecerse, entrenamos prácticamente hasta el anochecer y me di cuenta de que aún dejando mis incontrolables sentimientos a un lado, Gonzalo, era un profesor extraordinario.

Cuando le propuse, entrenar con armas, lo desestimó alegando que de momento era muy peligroso y añadió con asombro

-Ese brillo que te sale en los ojos cuando hablas de armas es peligroso, ¿sabes?-

No pude evitar reírme por su comentario, porque cosas se alarmaba el sanguinario ángel.

A eso de las nueve de la noche me llevó de vuelta al pilar familiar. Despedirme de él me resultó muy doloroso, tan solo la promesa de verle al día siguiente mitigó un poco la tristeza.

Eran otros los asuntos que reclamaban mi atención. Me puse manos a la obra rebuscando entre las cajas algo que me pudiera enseñar la forma de ayudar a Gonzalo. No cabía en mí de emoción al encontrar media hora después un conjuro para devolver la voluntad. Lamentablemente, el último y más importante de los ingredientes

estaba extinguido. Era la violeta dorada. Recordaba haber leído de ella en un libro que me prestó Sansón. Decían que era una variedad apreciadísima por su dificultad a la hora de cultivarla, explicaban que tan sólo crecía a la orilla de las cataratas y en lugares con un alto nivel de magia. Que su utilización era indispensable en pociones para modificar la voluntad, ya que su flor machacada tiene la misma composición que la voluntad humana, por lo que servía tanto para quitarla como para otorgarla. Lo que no encontré por ninguna parte fue el motivo por el que no quedaban ejemplares de su especie.

Esta, era la misma flor que necesitábamos para realizar la poción para anular la voluntad y de la que Sansón tan solo poseía dos dosis. Aquello me dejaba sin argumentos, ya que por mucho que quisiera ayudar a Gonzalo, decidir entre él y salvar a la humanidad era una batalla obviamente perdida. Esa decisión no estaba en mi mano.

Tras varios minutos sentada en el suelo frente al libro decidí hacer la poción de todas maneras, a pesar de que no pensaba parar de buscar una solución. Quizás en algún libro explicaran la manera de sustituirlo por otro ingrediente o hablaran de algún lugar en el que quedara algo de la flor.

Con la decepción pintada en la cara terminé de hacer la poción. La guardé en un bote a la espera del ingrediente final, sin el que no era nada, tan solo la ilusión de la libertad para Gonzalo.

8-ASIER Y LA MOLESTIA DEL ATAQUE

Cuando dos hombres

desean la misma cosa

que no pueden gozar juntos

se convierten en enemigos.

Tomas Hobbes.

Faltan siete días para la elaboración de la poción.

Y el tiempo pasaba incesante delante de mis ojos, se me escapaba de las manos sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Cada segundo que transcurría, el posible fin del mundo estaba más cerca y ni eso, ni aquella catástrofe conseguía borrarme la sonrisa de la boca. En ningún momento de mi vida, en la parte anterior a descubrir que era una bruja, había sido ni un atisbo más feliz que en ese momento.

Vivía tan ocupada que era rara la ocasión en la que era consciente del día en el que estábamos. Por las mañanas, a eso de las ocho, entrenaba en el campo del cielo, con Jano y Daniel. Decían estar muy contentos con mi notable mejoría, era fácilmente apreciable que se sentían sumamente satisfechos. Al mediodía, unas horas antes de la comida y prácticamente la mitad de la tarde, las dedicaba a aprender a usar mis poderes de bruja. El encargado de dicha hazaña no era otro que Sansón, persona a la cual estaba cogiendo un cariño especial por su manera de vivir y ver la vida, claro está, dejando al margen la extraña escena presenciada en la sala de pociones de la cual no había recibido explicación alguna.

El tiempo después de la cena, era con diferencia, la mejor parte del día. Esa parte la pasaba con Gonzalo entrenando. Dejando al margen la dureza de sus entrenamientos, era un profesor extraordinario.

A sí que, esa calurosa noche de primavera, cuando volvía a casa de un entrenamiento furtivo con Gonzalo, casi me da un ataque al corazón, cuando una voz susurró a mi espalda, en la penumbra del pasillo

-¿Laura?, ¿eres tú?-preguntó Asier.

El impacto que su presencia tuvo sobre mí no fue ni la tercera parte de lo que lo hubiera sido semanas atrás.

-Sí, soy yo-respondí con una sonrisa.

-Igual no es el mejor momento para hablar-comentó mirando el reloj digital de pulsera que llevaba en la muñeca.

A la luz de sus números fosforescentes, vi que casi eran las dos de la mañana.

-Pero la verdad, es que estoy muy preocupado por ti. Hacía días que no te veía, y eso que vivimos en la misma casa, estás irreconocible, no sé que te pasa-en su voz se podía apreciar la tristeza-¿te encuentras bien, nena?-

Le miré con sumo cariño antes de responder.

-Sí, me encuentro bien, lo que pasa es que últimamente he estado muy liada-desvié la mirada en un intento porque se me ocurriera una explicación más decente para concederle.

-Sé que te pasa algo-declaró-estás diferente, cambiada. No hablas, ni te comportas igual que antes. No encuentro en ti, apenas, a la persona que eras-su voz destilaba cierta angustia-¿he hecho algo para ofenderte?-preguntó finalmente con preocupación.

-No-respondí tajante, aunque con voz suave.

Alargué la mano y le acaricié el pómulo, nunca me habría atrevido a hacer aquello, pero él tenía razón. Yo ya no era la misma persona. Inesperadamente Asier me atrajo hacia sí y me retuvo en un fuerte abrazo. Suspiré, se estaba muy bien entre sus brazos.

-Me alegra que no estés enfadada conmigo-confesó-acabas de quitarme un peso enorme de encima. Estaba realmente preocupado-admitió.

Me soltó de manera tan inesperada como me había cogido y en un tono de nuevo desenfadado dijo

-Hace mucho que no cenamos juntos, los dos solos-aclaró.

Que yo recordara, y teniendo en cuenta que hasta hacía escasas semanas, era el hombre que más quería en el mundo, mis recuerdos acerca de ese aspecto eran claramente muy fiables, se podía contar con los dedos de una mano las veces que habíamos cenado juntos. Por lo que su comentario era cuando menos extraño. De todas formas seguí escuchándole, con los ojos entrecerrados intentando prever sus intenciones.

-¿Te apetece cenar esta noche conmigo?-preguntó.

Me quedé boquiabierta y sin aliento. La tensión en Asier era palpable incluso desde mi perplejidad. Moví la cabeza hacia los lados levemente intentando despejar las ideas y centrarme un poco. Con toda la calma que me fue posible le contesté

-Sí, por supuesto-

-Vale-susurró en respuesta moviendo su rubia cabellera-¿Te parece que quedemos para ir al supermercado a comprar lo que nos apetezca y luego hagamos la cena?-preguntó.

Me devané los sesos intentando calcular la mejor hora para quedar con Asier sin que aquello interfiriera en exceso con mis múltiples compromisos. Como estaba claro que era imposible, decidí al fin que la situación era más fácil de explicar a Gonzalo que a los

otros, ya que tanto Jano como Sansón pensaban que dedicaba las noches a descansar.

-Me parece una idea estupenda-contesté-¿quedamos a eso de las siete y media en la cafetería?-

-Hecho, nena-respondió dándose la media vuelta y metiéndose a su cuarto sin más dilación.

A sí que allí me quedé yo, plantada en mitad del pasillo en penumbra y sin tener mucha idea de lo que acababa de suceder. Un minuto escaso pudo la impresión tenerme allí antes de que el cansancio ganara la batalla y me condujera hasta mi cuarto. Me quedé dormida placidamente, con el recuerdo del entrenamiento de esa tarde con Gonzalo, todavía en la cabeza. Tenía una cita con Asier al día siguiente y tan solo tenía un ápice de nerviosismo, ¿qué me estaba pasando?

El ser una bruja, sin duda, debía de llevar implícito el poder sobrevivir sin dormir las horas necesarias. Esa noche solo había podido descansar cuatro horas. Caminaba como un zombi por la casa, sin el destino muy seguro, me debatía entre una buena dosis de café o ir al baño a trabajar aspectos más biológicos. Mi indecisión quedó resuelta al oler a mitad de pasillo el delicioso a la par que reconfortante olor a café. Justo cuando estaba a escasos metros de la puerta, casi choqué con Asier que salía de manera apresurada de la cocina. Tenía aspecto de contento, lucía una gran sonrisa, solo se sobresaltó ligeramente al encontrarme y con emoción me dijo

-Me voy antes de que la rubia me mande a la mierda-se agachó para decirme de manera confidencial aunque con mucha guasa-esta mañana esta un pelín histérica y entre tú y yo, da un miedo que te cagas-se levantó para concluir-nos vemos a la noche nena-dijo mientras me guiñaba un ojo.

Lance una carcajada mientras le observaba como abría la

puerta y se iba apresuradamente. Sin más dilaciones entré a la cocina para desayunar y reponer fuerzas.

Sara estaba plantada en medio de la cocina, con auténtica cara de loca, despeinada y en pijama. Poco le faltaba para echar humo por las orejas, por lo menos el color rojo furia precedente a ese hecho estaba ya patente en su cara. Intenté contener la risa, ya que era mi mejor amiga y que se rían de ti cuando estás hecha un basilisco, no gusta.

-Imbécil- decía a un ya ausente Asier.

-Guau-dije sin poder evitarlo-hacía años que no te oía insultar a tu hermano.

Toda su furia fue dirigida hacia mí en un solo vistazo, aunque al percatarse de que era yo y no Asier, su rostro se dulcificó.

-Es que este tío es increíble-dijo mientras daba un sorbo a su taza de desayuno.

Me acerqué a la cafetera y me serví una hermosa taza, mientras la metía en el microondas le pregunté a Sara

-¿Qué es lo que te ha hecho?-en parte porque era lo que ella quería y en parte porque también me interesaba.

-Llevo semana y media preocupadísima por él-dijo y se sentó pesadamente en el taburete-esta diferente, apenas come, rara vez sonríe y lo que es más extraño-dijo mientras movía la cabeza con incredulidad-lleva más de una semana sin quedar con ninguna mujer-

Me quedé con la boca abierta, no daba crédito a lo que Sara me estaba contando. ¿Qué le pasaba a Asier y como era posible que no me hubiera dado cuenta? Se me formó un nudo en el estómago al comprender que había desatendido a las personas que más me importaban, no es que la causa no lo mereciera, pero estaba siendo irresponsable con mis seres queridos. Aunque Sara no había acabado ahí con su exposición sobre el enfado.

-lo que más me molesta es que después de tenerle como alma en pena y haber estado dándole cariño-explicó alzando las manos clamando al cielo como si fuera una barbaridad-hoy viene tan feliz a desayunar, con la misma cara de imbécil de toda la vida y sin explicación alguna-

Sin poner mucha atención en lo que estaba haciendo, Sara se dirigió a la fregadera para limpiar los cacharros del desayuno, no sin antes arrancarme la taza de las manos.

-No había acabado-me quejé.

Pero al recibir la mirada alterada de esta, decidí que lo mejor era seguir el ejemplo de Asier y alejarse lo más lejos mientras durase su enfado.

Caminábamos dirección a la biblioteca desde el campo de entrenamiento celestial. Estaba manteniendo una conversación muy amena con Jano. Daniel y Sansón iban unos cuantos pasos delante de nosotros.

-Estoy muy contento por el empeño y la dedicación que estás poniendo a los entrenamientos-comentaba Jano.

-Hombre, es que la motivación de mantenerme con vida ayuda bastante-le dije sonriendo.

Oí con asombro la risa de Jano y giré rápidamente la vista hacia la derecha, para poder así mirarle a la cara. Podía contar con los dedos de las manos las veces que le había visto reír.

-No, te lo digo en serio, tienes unas aptitudes increíbles para ser humana-

-No sé si sentirme ofendida o alagada por ese comentario-dije cortándole.

-Lo decía como algo bueno-aclaró con un movimiento de

mano-a donde estoy intentando llegar a parar, aunque me lo pongas muy difícil-dijo con sorna-es a que creo que ya es el momento de que empieces a entrenar con armas-

Me paré en seco en mitad del camino y le observé con incredulidad, entrecerré los ojos para conseguir ver de manera más clara si me estaba gastando una broma o me estaba hablando de verdad.

-¡Toma!-exclamé al descubrir que hablaba completamente en serio mientras daba un salto de alegría-no me lo puedo creer, es estupendo-fueron mis brillantes palabras.

Me sentía muy orgullosa de que Jano confiase en mí.

-No sabía que era tan importante para ti-aclaró con asombro.

-Lo que es importante es que tú, confíes en mí-contesté sin pensar.

Aquella sinceridad por mi parte trajo un incomodo silencio hasta nuestro lugar y dejó en la cara de Jano la mayor perplejidad que jamás había visto. Por lo que al oír la voz de Sansón pidiendo rapidez rompiendo así la incomodidad, no pude si no sentirme agradecida.

Ya en la sala de pociones Sansón me estaba dando unas indicaciones para realizar los pasos necesarios de ese día.

-Laura-llamó mi atención Jano.

-Sí-contesté sin dejar de realizar mi tarea.

-Tenemos un entrenamiento especial hasta las cinco de la tarde, no vamos a estar aquí para llevarte a la cafetería a comer, pero no te preocupes que ahora mando a Daniel a por algo de comida-parecía contento por haber caído en la cuenta de que aunque no pudieran llevarme yo tenía la necesidad biológica de comer.

A mi cabeza acudió que esa tarde debería salir a un sitio sin protección y de manera convencional, o sea, andando.

-Jano, hay algo que tengo que comentarte-dije-esta tarde he quedado con Asier en la cafetería a las siete y media, para ir al supermercado a comprar algo para cenar juntos-expliqué.

Tras unos segundos en los que Jano, por increíble que pudiera parecer estaba desconcertado, preguntó con asombro

-¿Con Asier?, ¿el rubio?-parecía no dar crédito.

-Sí, ese mismo, Asier, mi amigo y hermano de Sara-afirmé.

-Vale, te acompañaremos-fue todo lo que dijo por respuesta antes de desaparecer con Daniel.

Eran las dos del mediodía y acababa de comerme un bocadillo. Observaba a Sansón levitando por los pasillos aparentemente en busca de un libro en especial. Era muy gracioso.

Me di cuenta de que para mi cometido de ayudar a Gonzalo necesitaba la mayor información sobre el ingrediente extinguido, ¿y quien mejor que él iba a saberlo? Teniendo en cuenta que yo no había hecho mención alguna a la extraña poción que le vi tomando, creía que iba a ser muy fácil que colaborara en las dudas que yo tuviera.

-¿Qué sabes acerca de la violeta dorada?, ¿hace mucho que está extinta?-pregunté directamente sin rodeos.

-La verdad es que es poco lo que se sabe de su extinción, lleva unos cuantos cientos de años sin que haya un solo ejemplar y en lo que todos coincidimos es, en que su repentina desaparición, no fue una coincidencia-explicó alegremente.

-¿A que te refieres?-pregunté intrigada.

-Me refiero a que lo más posible es que sea una cuestión

premeditada, más que a una extinción por causas naturales. Las plantas extinguidas son de las más importantes y apreciadas, imposibles de sustituir por otras-dijo sentándose frente a mí.

-¿Qué te refieres, a que hay más?-pregunté abriendo mucho los ojos por el asombro.

-Hay tres, para ser exactos-puso la palma de la mano derecha bocarriba y miles de luces de un blanco puro se apelotonaron hasta materializar un pequeño libro de aspecto actual, con tapas blandas de color blanco.

Sansón sin más dilación me lo tendió y me dijo

-Voy a ausentarme un par de horas, estaré más o menos de vuelta a la vez que Jano y Daniel-abrió las manos en un intento de abarcar toda la biblioteca-mi casa es tu casa Laura-dijo mientras se iba caminando hasta la puerta.

Sansón siempre conseguía dejarme sin palabras. Me quedé pensativa, dándole vueltas a su actitud de hoy, se le veía preocupado y melancólico. Tenía demasiados asuntos en la cabeza como para también tener que preocuparme por su cambio de humor. Abrí las páginas del libro y consulté el índice. En él aparecía el nombre de otras dos plantas extinguidas.

Notrac gris: es una variedad acuática que crece en el fondo de los lagos, a una profundidad aproximada de veinte metros. Su consistencia espesa y color grisáceo, son tan solo característicos de su especie. Esta planta, después de ser secada durante dos meses suavemente al sol, posee la capacidad de devolver los recuerdos perdidos. Aunque si por el contrario, se utiliza para realizar una poción, estando la planta recién cortada, su consumo borra los recuerdos instantáneamente.

Recedrata: Esta apreciada variedad, normalmente, crece entre las rocas de las cuevas con un nivel de humedad muy elevado. Su color negro se asemeja con la más profunda oscuridad, de tacto

carnoso y olor intenso. Tiene el poder de ocultar cualquier tipo de poder, por intenso que este sea, a los ojos de los demás. Advertencia: su elaboración es complicadísima y es necesaria la magia de dos brujas o más para conseguir elaborarla.

No es que leer aquello me hubiese aclarado mucho, pero era algo más que conocía del mundo mágico.

Me di cuenta de que no iba a tener una oportunidad mejor que aquella para poder hablar con Gonzalo, y decirle que debía posponer el entrenamiento de ese día. Me moví en círculos nerviosos por la biblioteca. ¿Y si iba hasta donde estaba Gonzalo y le sentaba mal que le sorprendiera?, no quería meterle en problemas, pero que narices, él iba a verme siempre cuando le venía en gana. Claro está que jamás le veía nadie, ¿pero que cosa mala iba a estar haciendo a las dos y media de la tarde? Me decidí a descubrirlo, apreté los ojos y le pedí a mi cuerpo que buscara a Gonzalo.

Desde luego no estaba preparada para presenciar lo que ocurría en el lugar que se encontraba Gonzalo. Tras desembarazarme del sentimiento de mareo posterior a la aparición, descubrí que había aparecido en un pasillo enorme, con suelos de moqueta roja y paredes color crema, adornados con cuadros de exquisito gusto. Justo cuando bajaba la vista para fijarme en los rodapiés de madera, que verdaderamente parecían estar hechos a mano, vi como Gonzalo entraba en una puerta situada al final del pasillo a la derecha. Corrí tras él sin atreverme a gritar para reclamar su atención, no sabía en que lugar ni en que situación me encontraba. Con sigilo y el corazón a cien por hora fui acercándome a la habitación. A medida que avanzaba, el ruido de voces se iba haciendo más nítido. Estuve a punto de marcharme, pero la curiosidad ganó mi batalla interior.

Llegué a la puerta, que se encontraba abierta, apoyé la espalda contra la pared y cogí aire en un fallido intento por relajarme. Mientras me debatía entre si debía asomarme o no, pude escuchar la

conversación del interior.

-Comentarme como avanzan las cosas para localizar a la bruja-dijo una autoritaria y escalofriante voz que poco tenía de humana.

Se me erizaron todos los pelos del cuerpo de la impresión por escuchar aquella voz, era realmente aterradora.

-Está resultando muy difícil encontrarla-decía Patricia con un respeto impregnado en la voz, que era muy poco característico de ella-Le están ayudando a esconderse. Tanto en su casa como en el cementerio, como en la cafetería hay hechizos que nos impiden la entrada. Pero-hizo una pausa de manera intranquila-no tardaré en derribar sus defensas, estamos recopilando información-

-No es suficiente, cuanto más tardéis en dar con ella más fuerte se hará, lo está demostrando-dijo sin elevar ni un ápice el tono de voz, pero resultando totalmente amenazador.

No daba crédito, estaban hablando de mí obviamente, una cosa es pensar que quieren matarte y otra escucharlo de la boca de tus enemigos. Pero lo que más me inquietaba era lo que estuviera haciendo Gonzalo.

Puede que cualquiera me catalogaría de loca e insensata, pero tenía la sensación de que debía asomarme, y de hecho estaba decidida a hacerlo. Respiré un par de veces concienciándome, y con temor pero decisión asomé la cabeza.

Lo que se encontraba tras la puerta era claramente un despacho. Al fondo frente a un ventanal que cubría completamente la pared y mostraba que nos encontrábamos en altura, ya que solo se podía apreciar el cielo, se encontraba una mesa señorial de madera oscura casi negra, tras ella un hombre de unos cuarenta años, pelo canoso y facciones duras. Vestía un traje gris claro y sobre la camisa blanca lucía una corbata morada. La advertencia de peligro emanaba de su ser de forma escalofriante. A punto estuve de salir corriendo tras

verle, solo la imagen de Gonzalo logró aplacar mi impulso. Este se encontraba de pie en el lado izquierdo del hombre del traje, con cara seria y pensativa. Patricia estaba sentada en una silla enfrente de la mesa con un café humeante en las manos. Por diferentes sitios de la estancia, que se encontraba despejada de muebles y otros objetos, había hombres realizando diferentes tareas. Unos atentos a la conversación del que parecía ser el jefe y otros entrando y saliendo de una puerta metálica, situada en medio de una pared y en cuyo interior se podía ver, tuve que parpadear dos veces para poder creer lo que me mostraban mis ojos, infinidad de joyas, diamantes, pilas de monedas y tacos de billetes de diversos países, era una especie de cámara acorazada. Aunque lo que más llamó mi atención fue una pizarra que se encontraba junto a Patricia, en la que colgaban sujetadas con diminutos imanes plateados, fotos de todos mis amigos, así como de Jano y Daniel. Fotos de la cafetería en las que se me podía ver trabajando, hablando con Sara, con Asier. ¡Fotos del interior de mi casa!, estaba empezando a marearme.

Solté el más leve de los sonidos que gracias a Dios pasó inadvertido para todos, menos para Gonzalo que sin mediar palabra movió la cabeza en mi dirección y tras un microsegundo de incredulidad, su cara se volvió pura furia, amenazante. Dijo algo rápida y suavemente al hombre del traje gris y se dirigió a grandes zancadas hasta la puerta. Para cuando llegó a mi altura ya me había vuelto a esconder tras la puerta con la espalda pegada a la pared. Al atravesar la puerta sin ni siquiera mirarme y con un disimulo digno de admiración agarró con fuerza mi muñeca y se desapareció llevándome consigo.

Al reaparecernos Gonzalo me soltó de manera inesperada antes de que me diera tiempo a ubicarme, por lo que aterrice de bruces contra el suelo, no le preocupó lo más mínimo.

-¡Estás loca!-exclamó llevándose las manos a la cabeza, él, sí que parecía un verdadero demente-¡no puedo creer lo que has hecho! Vas a conseguir que te maten. ¿Por qué no te presentas delante de

Víctor con un cuchillo sobre el corazón?-decía fuera de sí.

Desde el suelo de la habitación donde Gonzalo me había llevado un par de veces observaba la escena con asombro. No podía creer que me estuviera echando la bronca.

-Eres un hipócrita-le dije con toda la maldad que pude-te estás haciendo el preocupado, ahí de pie gritándome, cuando hace escasos segundos estabas tan tranquilo en una habitación donde se está planeando mi muerte-me levanté del suelo y seguí gritándole-¿eres tú el que ha sacado las fotos a mi casa, a mi familia?, eres un cabrón. Te acercas a mí con la excusa de que compartimos algo, que tenemos que aliarnos para descubrir que es, con el fin de espiarme-dije con la cara hirviéndome de furia.

Contra todo pronostico y para mi sorpresa el nivel de enfado de Gonzalo descendió de manera considerable.

-Puede que sea un ángel negro, un asesino, pero no soy un mentiroso-dijo categóricamente-que estuviera presente no quiere decir que vaya en tú contra ni que esté de acuerdo con ellos, es mi obligación-explicó y sonaba realmente creíble-yo tengo mis motivos para aliarme contigo. Si no confías en mí será mejor que deshagamos el pacto aquí y ahora-dijo con el semblante serio apuntando con el dedo índice hacia abajo.

Le observé y se me cayó el alma a los pies. Realmente parecía estar dolido porque no confiara en él y su explicación era de lógica aplastante.

-Tienes que entender que sea difícil para mí confiar en ti, no porque no crea en tu palabra, si no porque eres el enemigo, una vez que hayamos descubierto lo que quieres saber, ¿qué pasará entonces?-pregunte acercándome a él.

Su rostro se dulcificó y agarró mi mano mientras me decía suavemente

-Eso es algo que todavía no he pensado-contestó-pero me parece que si sigues apareciendo así delante de las personas más interesadas en matarte, poco será lo que tenga que pensar-había dureza en su voz.

-No me digas que ese era Víctor-dije alarmada con el corazón contraído.

-Efectivamente. Debo irme, no puedo alargarlo más-dijo soltando mi mano.

-Espera-le pedí-tengo algo que decirte, por eso he venido-

-Te escucho-dijo parándose en seco.

-No voy a poder entrenar esta tarde, ¿te importa posponerlo para mañana?-pedí.

-¿Qué puede haber más importante que prepararte para combatir?-preguntó con perplejidad.

Me quedé tan asombrada de que me lo preguntase, que de pronto el motivo por el que no podía entrenar esa tarde me pareció ridículo.

-He quedado con mi amigo Asier para cenar-expliqué sintiéndome completamente ridícula.

Gonzalo abrió la boca de manera involuntaria tras mi explicación.

-¿No vienes a entrenar conmigo porque has quedado para cenar con “el rubito”?-expuso con mucha guasa-y se me quedó mirando en espera de mi respuesta.

-Sí-fue todo lo que logre decir.

-Vale, cuando quieras hacer cosas importantes de adultos, me avisas-dijo.

Tras aquella doliente frase desapareció dejándome sola, con la palabra en la boca y sintiendo rabia de pura impotencia que me daba que hubiera insinuado que era una cría. Y mientras me encontraba allí plantada en el cuarto, caí en la cuenta de que en ningún momento había dicho que fuéramos a entrenar juntos de nuevo.

Me costó mucho lograr aparecerme en el cielo, y a mi llegada tuve el corazón de nuevo en un puño ya que oí como Jano y Daniel me llamaban de Forma desesperada.

-¡Laura!-decía Jano-¿estas ahí?-

-Sí, estoy aquí-dije mientras salía a un pasillo central para que pudieran encontrarme.

Jano apareció frente a mí con la cara descompuesta por la preocupación.

-¿Dónde estabas?-preguntó agarrándome de los hombros.

-Por ahí dentro-mentí-no os había escuchado.

Jano se me quedó mirando fijamente en un intento por descubrir la veracidad de mis palabras. Recompuso su aspecto normal y de manera muy seria me dijo

-Sabes, he estado pensando que lo de quedar con Asier, y pienso que no es muy buena idea-dijo con total convicción.

Esto ya era la gota que colmaba el vaso. Notaba como la mala leche acudía a mi interior.

-¿En calidad de qué me dices eso?-escupí de manera hiriente.

Jano recibió el golpe de mis palabras con una mueca de asombro.

-Soy tu protector-contestó él, un poco subido de tono.

-Y yo soy la que está malgastando el último mes de su vida en una misión suicida-contraataqué.

-Solo estoy intentando hacer lo más seguro para ti-Jano estaba irreconocible, muy visceral para tratarse de él.

-Sabes lo que te digo, que le den a tu seguridad-me giré hacia Daniel que estaba detrás de mí con cara de encontrarse en el lugar que menos quería del mundo-llévame a casa-pedí no de muy buenas formas.

Cuarto de Asier a las cinco de la tarde de ese mismo día.

Tumbado sobre la cama contemplando el techo con amargura era plenamente consciente de lo irrisorio de mi situación. Muchas de las mujeres a las que les había roto el corazón, se alegrarían de saber lo enamorado que estaba desde hacía muchos años de una mujer y el terror que me daba esa situación.

Ella lo era todo para mí, la luz en las noches oscuras, la alegría en los días tristes, el anhelo en mis ratos de soledad.

Esa maravillosa mujer siempre había estado presente en mi vida, al principio, cuando éramos pequeños y la veía jugar con mi hermana y conmigo, me agradaba su presencia. Me parecía graciosa y divertida. Muchos años después, el día que me descubrí mirándole el culo, deseando en silencio besarla, acariciarla suavemente y poder rodearla con mis brazos, ahí fue cuando realmente descubrí cuales eran mis sentimientos y me asusté muchísimo.

Si todas aquellas mujeres supieran lo pequeño e insignificante que me siento a su lado, disfrutarían enormemente. Pero el problema es, que es mucho lo que me juego al sincerarme, por lo que hace ya tiempo decidí callarme mis sentimientos, porque si no le decía nada la tendría, aunque no le la manera que deseaba, pero con eso me

bastaba para ser feliz en mi cobardía.

Hasta que apareció él.

Ella le mira con una luz en los ojos que jamás le había visto. Siempre parece pendiente de sus movimientos. Desde el primer día ha conseguido apartarla de mi lado. Le odio con cada poro de mi piel. Cada vez la veo más feliz, ella vive con más ilusión que nunca, y no es por mí, es por él, estoy seguro. Eso duele más que un puñal de hielo atravesando el corazón.

La mujer que amo se está enamorando delante de mis ojos de otra persona y la voy a perder para siempre. Eso es algo que no puedo permitir, ¿por qué como se puede vivir sin corazón?

Después de la discusión con Jano, la compra en el supermercado con Asier había sido bastante tensa. Jano no ponía todo de su parte para ocultarse y en cuanto podía me dedicaba miradas de desacuerdo. La verdad es que me parecía una reacción poco madura, pero yo no era quien para juzgarle ya que mientras estábamos en la sección de frescos comprando yogures y la presencia de Jano se hizo muy visible, me dediqué a sacarle la lengua como si fuera una niña de dos años. Por lo que mientras acabábamos de comprar, decidí que la mejor solución sería hablar con él al día siguiente.

Lo primero que hicimos al llegar a casa fue dejar toda la compra encima de la mesa de la cocina. Mientras yo guardaba las cosas en los armarios correspondientes, Asier, se dedicaba a guardar los alimentos perecederos. En un momento dado, estando yo de pie en el centro de la cocina, al pasar a mi lado Asier me regaló una de sus deslumbrantes sonrisas. Lo asombroso del asunto fue que no causo en mi apenas efecto, tan solo un leve vuelco en el estómago, entonces caí en la cuenta que desde que conocía a Gonzalo me resultaba mucho más fácil y natural estar al lado de Asier.

-Alcánzame los yogures nena-pidió Asier asomando la cabeza por encima del frigorífico.

-Toma-le grité haciendo que se los lanzaba.

No pude evitar reírme ante su cara de asombro y el rápido gesto que había hecho para cogerlos.

-Tonta-dijo cogiéndome los yogures de la mano que alargaba en su dirección.

Los dejó dentro del frigorífico y se sentó sobre la mesa, mientras yo empezaba a hacer la cena. Puse una cazuela con agua para cocer pasta, me giré y le dije

-Así no ayudas-sonreí.

Asier dejó muy claro que mi comentario le era indiferente.

-Sabes, me alegro mucho de verte tan feliz-dijo a trompicones y se calló en seco-

-Gracias-contesté mientras rebuscaba en los armarios a la caza de los, espaguetis-me hace mucha ilusión que cenemos juntos.

Tras un par de minutos de descanso en los que oí como Asier abría varias veces la boca y la cerraba de nuevo de manera inesperada me preguntó con vergüenza en la voz

-¿Estás saliendo con algún hombre?-

La botella de aceite que tenía en esos momentos entre las manos se me escapó de las manos y cayó al suelo. No emitió ningún ruido y quedó intacta en el suelo ya que era de plástico. Me quedé petrificada, ¿qué clase de pregunta era esa?, ¿se me notaba en la cara que estaba enamorada? Tras el asombro inicial sentí un poco de rabia, durante años había estado ciego sin ver que estaba locamente enamorada de él y ahora que era otro hombre el que ocupaba mi corazón le resultaba evidente. Me tragué cualquier comentario doloroso y fingiendo una sonrisa le contesté

-No, ya sabes que, los hombres y yo no acabamos de conectar. Carezco de atractivo-le sonreí esta vez con sinceridad.

Asier se bajó de la mesa y se puso manos a la obra con la ensalada que era su cometido.

-Les asustas-dijo después de un rato.

-¿Qué?-pregunté totalmente perdida.

-A los hombres me refiero, les asustas-dejó de cortar con el cuchillo y siguió con la explicación-no pareces una chica de una noche, eres una chica con la que quedarse y eso a los hombres nos aterra-concluyó.

No pude ni si quiera asimilar lo que acababa de decirme ya que en ese instante sonó el timbre de la entrada. Crucé la cocina y atravesé el pasillo camino de la entrada. La figura que me esperaba detrás de la puerta, consiguió dejarme totalmente petrificada.

-¿Desde cuándo llamas a la puerta?-pregunté con asombro al abrir y ver esperando a Gonzalo al otro lado.

-Desde que tú te dedicas a cenar con simples humanos-contestó con una sonrisa en la voz.

Por un lado me sentía aliviada al verle ya que eso quería decir que nuestra relación parecía seguir existiendo, pero que me sintiera aliviada no quería decir que fuera a demostrárselo. Le fulminé con la mirada, intenté lanzarle un mensaje de desafío, intenté dejarle ver que su presencia me era indiferente. Fracasé, todo palidecía en su presencia.

Cuando sus hermosos y ardientes ojos verdes se posaron sobre los míos, en mi boca se formó una involuntaria sonrisa. Esa sonrisa imborrable que tan sólo su presencia dibujaba. Una oleada de deseo se arremolinó dentro de mí al responderme él también con otra deslumbrante sonrisa. Baje la mirada completamente azorada.

Gonzalo despertaba en mí unos sentimientos completamente irracionales, arrinconando mi escasa cordura, que permanecía congelada en algún punto de mi cerebro.

-¿A qué has venido?-pregunté con dureza.

No podía permitir que mi atracción por él fue tan obvia.

-¿Es que no te agrada mi presencia?-dijo y sus ojos brillaron.

Sencillamente parecía feliz vacilándome.

-Permíteme dudar de que hayas venido a hacerme compañía-dije-siempre apareces por un motivo-concluí dolida, aunque esperé que él no lo hubiera notado.

Se agachó lentamente para salvar la distancia que nos separaba debido a su altura y se acercó a mí susurrándome al oído

-Pero tu nunca lo conoces, el motivo-explicó y aprecié una sonrisa en su voz.

Cerré los ojos abrumada por su presencia tan cercana. Mi cuerpo entero se había despertado y mi corazón latía desbocado. Tuve que luchar fuertemente contra el deseo que me empujaba a abrazarle, a acariciar su pelo, su cuerpo. Por el contrario, me limité a quedarme de pie plantada embriagándome con su aroma.

-¿Con quién hablas?-preguntó Asier desde la cocina.

De esa manera se rompió la magia existente. Nos separamos y al hacerlo, distinguí una sombra de pasión cruzar por los ojos de Gonzalo, o eso fue lo que quise ver. Él por su parte desvió la mirada y dio una zancada para introducirse en la casa.

-Con un amigo-respondí gritando para que Asier pudiera oírme.

-¿Qué haces Gonzalo?-pregunté alarmada e intenté bloquearle el paso.

Este rio por mi ocurrencia y me hizo a un lado con insultante facilidad.

-Gonzalo-le dije agarrándole la mano.

Se quedó paralizado ante el contacto de mi piel. La marca del brazo me ardió.

-Tu amigo conoce tu “secretillo”-me preguntó de improviso.

-¿Me estás amenazando?-pregunté perpleja.

-No-contestó indignado-estoy intentando salvarte la vida, y si él no sabe lo que eres, lo que somos-corrigió-va a ser una tarea mucho más difícil-

Nos habíamos dirigido ya al salón.

-¿Qué quieres decir?-pregunté ahora alarmada.

-Que vienen a matarte-explicó sin alterarse lo más mínimo.

Asier irrumpió en el salón. Dirigió su mirada de Gonzalo a mí alternativamente carias veces antes de preguntar

-Pero…¿Qué pasa aquí?, ¿qué hace él aquí?-dijo señalándole.

No le respondimos, giramos la cabeza y seguimos con la conversación. No teníamos tiempo de explicaciones.

-¡Tienes que llevártelo de aquí!-le grité con urgencia.

-¿Y dejarte a ti mientras desprotegida?, ni hablar-sentenció.

-No quiero que le pase nada-volví a intentar convencerle.

-A mí me importa una mierda lo que a él le pase, pero no pienso permitir que a ti te toquen ni un pelo-gritó y rápidamente se quedó pasmado.

Tenía cara de haberse dejado llevar por sus sentimientos y no parecía conforme de a donde le habían llevado.

Vi por el rabillo del ojo como Asier se lanzaba a por él. Mala decisión.

Gonzalo se limitó a apartarse, algo que le agradecí enormemente teniendo en cuenta que podría haberle matado en lo que yo tardo en pestañear.

Alrededor de seis puntos de luz negra como el vacío se dieron lugar a nuestro alrededor. Gonzalo y yo de manera totalmente instintiva nos colocamos de espaldas el uno contra el otro.

-¿Llevas el cuchillo que te regalé?-preguntó.

-Siempre-respondí escuetamente.

La batalla comenzó en cuanto los ángeles negros se materializaron del todo. Un hombre de mediana edad y poca estatura se abalanzó sobre mí. Reaccioné dándole una patada y lanzándolo lejos de mí. Este me observó con perplejidad antes de volver a atacarme con todas sus fuerzas. Antes de que debiera tomar la decisión de si hundirle el cuchillo, Gonzalo se apareció frente a mí matándolo. Le agradecí con la mirada el todavía poder conservar las manos limpias de sangre. Lancé un grito de horror al ver como un ángel, para ser más exactos el ángel rubio al que había visto entrenando con Gonzalo, hacía ya lo que parecía una eternidad, se abalanzaba contra Asier con el cuchillo en alto. No había tiempo para hacer nada. todo parecía perdido, hasta que vi como el cuchillo que llevaba Gonzalo en las manos salía despedido de su mano y volaba por la habitación hasta clavarse en la espalda del ángel. Este cayó de rodillas al suelo y se tocó con asombro la espalda atravesada.

-¿Traidor?-preguntó con total incredulidad a Gonzalo.

Este se agachó a su lado rápidamente y colocando la mano hacia arriba invocó lo que reconocí como uno de los cuchillos de la vitrina especial, uno de los cuchillos con la capacidad de matar a ángeles negros muy fuertes. Sin más miramientos le atravesó el estómago y este quedó inerte al momento cayendo al suelo

desplomado. Pero todavía quedaban dos ángeles en acción que conocieron un fatal final de manos de un aterrador Gonzalo que haciendo desaparecer el cuchillo que había matado al ángel rubio invocó dos espadas y les decapitó sin titubear.

El silencio siguiente a la lucha estuvo cargado de inquietud. El panorama era desalentador. Esparcidos por el suelo se encontraban los cadáveres de los siete ángeles que habían intentado matarnos. Las paredes, los muebles y el suelo estaban casi al completo salpicados de sangre y trozos de carne. De haber sido la primera vez que veía esa escena, habría vomitado seguro por ser tan repugnante. Agradecí mentalmente a Sansón el haberme enseñado conjuros para hacer desaparecer los rastros de una lucha. Me puse manos a la obra en mi particular misión sin atreverme a mirar el estado en el que se encontraba Asier.

Tras unos minutos de mucho esfuerzo y concentración el salón quedó en su estado anterior. Gonzalo estaba de pie tras de mí observando en todo momento mis actos y totalmente alerta de otro posible ataque. No podía posponer más la conversación con Asier.

Me di la vuelta y le busqué con la mirada. Su imagen me impresionó bastante. Se había sentado en el sofá, más bien parecía que se había derrumbado allí, tenía la cabeza hundida entre las manos y se notaba que estaba tenso. Lentamente y con vacilación me coloqué a su lado, posando la mano sobre su hombro. En el instante en el que notó mi contacto levantó la cabeza dirigiéndome una mirada de pánico, como si le espantase mi persona. Aparté la mano dolida.

-Lo siento Asier-le dije de manera atropellada-no quería que vieras esto-expresé a modo de disculpa.

-Déjame, no quiero hablar contigo-dijo fuera de sí.

Daba la sensación de que no sabía muy bien donde se encontraba, ni lo que había pasado. Dando tumbos y con cara de pánico se retiró de la sala. Una mano me paró en seco cuando hice amago de ir tras él.

-No lo hagas, esto es algo que tiene que digerir en soledad-dijo mientras me cogía por el codo-vámonos de aquí.

Yo ya era un mar de lágrimas imparable, la angustia que sentía porque Asier hubiera presenciado semejante carnicería solo fue superada por el pánico que me entró a que pudiera pasarle algo.

-No me puedo ir dejándole aquí solo para que vuelvan a buscarme y que le maten-expliqué entre sollozos.

-La protección de este sitio sigue alzada. Sólo han podido atravesarla por una poción que les ha dado Patricia para engañar a las barreras, pero se ha acabado y se necesitan muchos meses para prepararla-me dio un leve apretón en el codo para que le escuchara-déjame sacarte de aquí-

Y me lo pidió con tanta delicadeza que hizo que todo lo demás perdiera sentido. Apoyé la cabeza sobre su costado a modo de respuesta. Gonzalo quitó la mano de mi codo para rodearme la cintura haciendo que me sintiera sumamente protegida. Cerré los ojos y para cuando los hube abierto escasos segundos después atravesábamos la cristalera de la sala de entrenamientos, donde entrenábamos juntos, que se encontraba abierta.

Tras esta se extendía un hermoso jardín, con verde hierba, plantas, flores y setos, todo extremadamente cuidado. Era un paisaje digno de admirar. Hecho por un verdadero artista. Caminamos por un sendero de piedras incrustadas en el suelo hasta llegar a un lugar donde un seto semicircular escondía un balancín. Era de madera blanca y estaba protegido por unos cojines de color azul. Gonzalo me indicó con un movimiento de mano que me sentara. Yo le obedecí gustosa y durante al menos diez minutos nos balanceamos en silencio el uno al lado del otro, en todo momento sentía el calor que desprendía el cuerpo de Gonzalo y como este hecho me reconfortaba y alteraba a partes iguales.

-Me odia y no puedo reprochárselo, no va a volver a querer saber nada de mí-dije para desahogarme rompiendo el silencio.

-No digas tonterías, es imposible que te odie-contestó Gonzalo.

-Te agradezco que intentes consolarme pero esto va a acabar mal, me va a repudiar y se lo va a contar a todos-insistí llorando.

Gonzalo, con firmeza pero de manera delicada, colocó mi cabeza sobre su cuerpo y me rodeó con el brazo.

-Eso no va a pasar-hizo una pausa-te prometo que yo lo solucionaré todo. Confía en mí y siéntete tranquila-susurró.

Y eso hice yo. Me relajé y disfrute de su contacto abandonándome, sintiéndome protegida y cayendo así en las dulces redes del sueño.

Era la segunda vez que me encontraba en ese cuarto con Laura en los brazos. La deposité con suma suavidad sobre su cama. Era tan delicada, su bondad y belleza conseguían nublar todos mis sentidos y su fuerte carácter despertaba sentimientos en mí, que incluso había llegado a olvidar. Moví la cabeza en un intento por despejar mis ideas. Le tapé con las sabanas y casi sin ser consciente acaricié su pelo, me quedé tenso por mi atrevimiento. Debía irme, había un asunto muy importante que reclamaba mi intervención. Antes de desaparecerme ojeé la habitación en busca de peligros. Todo estaba despejado, en calma.

Cuando me aparecí en el cuarto de Asier de sobra sabía que no había debido hacerlo, no cuando la furia recorría aún mi interior. Ese sentimiento se vio agravado al verle a él, se encontraba sentado sobre la cama sujetándose la cabeza pesadamente. En el instante que fue consciente de mi presencia se levantó rápidamente.

Desde el centro de la habitación le dije

-Que ni se te ocurra contarle a nadie lo sucedido esta noche en el salón-mis palabras llevaban la advertencia implícita.

De dos grandes zancadas salvé la distancia que nos separaba. Le agarré del cuello con fuerza y le elevé unos centímetros del suelo, solté levemente la presión para que la sangre pudiera seguir bombeando y que de esta manera fuera capaz de escucharme.

-Si Laura vuelve a derramar una sola lágrima por tu culpa, te arrancaré, con mis manos desnudas, todas y cada una de las partes de tu cuerpo hasta que me supliques que te mate. Y aún así, no pararé-dije con la voz inhumana que me salía cuando estaba cegado por la ira.

Bajo mi mano notaba como Asier temblaba. Le solté y se echó las manos al cuello frotándoselo mientras daba bocanadas de aire para recuperarse.

Sin más miramientos me desaparecí.

9-LA VIOLACIÓN DEL PACTO

No hay disfraz que pueda

largo tiempo ocultar el amor

donde lo hay,

ni fingirlo donde no lo hay.

François De la Rochefoucauld

Faltan cinco días para acabar la poción de la voluntad.

Hacía dos días que había tenido lugar la intromisión en mi hogar presenciada por Asier. Recordaba de esa noche la promesa de Gonzalo de que arreglaría todas las cosas. Este había cumplido perfectamente su palabra, ya que al día siguiente, Asier, me hablo con normalidad pese a mi nerviosismo y no comento nada del ataque, ni de Gonzalo.

Pero ese, no era ni con mucho el mayor de mis problemas. Empecé a contar los días por los que faltaban para que Sansón y yo acabásemos la poción de la voluntad, ya que ese, sería el día que marcaría la diferencia. Por mucho que intentara olvidarlo, pronto Gonzalo y yo lucharíamos en la misma guerra, tan solo que en bandos enfrentados. ¿Cómo se puede amar al que debes considerar tu enemigo? Cada minuto que estaba viviendo era un tiempo regalado mientras no cambiase la situación.

Esa tarde nos encontrábamos en el salón de entrenamiento perfeccionando la técnica con las espadas. Me di cuenta de que el entrenamiento no era una broma cuando Gonzalo me entregó una

espada enorme y de aspecto mortífero.

En medio del salón frente a Gonzalo yo luchaba sin piedad, dándolo todo. Pero ni de esa forma conseguía rozarle si quiera. Mientras luchábamos nos desaparecíamos sin descanso por toda la estancia, a ojos de un inexperto podría haber pasado fácilmente por un baile. Era muy divertido.

En un punto del combate sorprendí a Gonzalo por detrás, e hice amago de clavarle la espada. Rápidamente se apartó dejándome así atravesar el aire. Casi parecía que podía prever mis movimientos, aún así, en medio de la tensión no pude evitar sonreírle, son esa sonrisa tonta que delataba en mi cara la cercanía de Gonzalo. Él me devolvió el gesto y yo juguetona lancé la espada de nuevo hacia delante.

Gonzalo no se apartó por lo que pude notar en mi mano, horrorizada, como el frío metal penetraba en su interior. Se la había clavado. Atónita observé la espada hundida en su pecho. El miedo nubló el resto de mis sentidos, no sabía cómo reaccionar, pero me obligué a hacer algo. Tiré de la espada hacia tras y contemplé impotente como Gonzalo caía al suelo de rodillas abatido. Casi al instante me tiré junto a él y comencé a llorar. Y eran lágrimas de dolor y desesperación.

-No-grité-lo siento-

Pero Gonzalo no hacía nada.

En mi desesperación por hacer algo rompí la camiseta que llevaba puesta para colocar las manos sobre su pecho desnudo. Deseé poder curarle de alguna manera. Le amaba, era lo más importante de mi vida. Noté con asombro, como ese deseo se manifestaba en mi cuerpo y fluía por mí, hasta que era expulsado al exterior por mis manos. Me las miré y vi como una especie de esencia blanquecina salía de ellas cerrando la herida de Gonzalo. Me dio un vuelco el corazón al contemplar la escena, por primera vez en mi vida sentía miedo de mí misma.

El lugar donde antes Gonzalo tenía clavada una espada era ahora una fina línea, de una ya olvidada cicatriz. Le miré a los ojos y le descubrí observándome anonadado.

-Había dado por hecho que eras invencible “señor soy el segundo más fuerte del infierno”-le reproché con sarcasmo.

Me había dado un susto de muerte, ¡Por Dios! Casi me lo cargo. Rio muy fuerte por mi comentario que parecía haberle resultado gracioso antes de contestarme

-Claro que soy invencible pero se me puede herir, me habría curado, aunque con tu ayuda he tardado mucho menos-señaló la espada que se encontraba en el suelo manchada con su sangre-esa espada es una de las más fuertes de nuestro arsenal, sin llegar a ser tan potente como las de la vitrina-aclaró sonriendo.

-¿Y como se te ocurre dármela?-le pregunté echándome las manos a la cabeza.

-Porque así es más interesante-contestó con tranquilidad.

Yo me levante del suelo y de buen gusto le habría golpeado muy fuerte.

-Eres un demente, de verdad, estás loco-dije paseando en círculos por la incredulidad-no sé cómo te he podido dar-me disculpé mirándole.

-Es que tu presencia me distrae-contestó Gonzalo mostrando una espectacular sonrisa capaz de parar el corazón más frío del planeta.

Sin previo aviso Gonzalo alargó la mano hasta tocar mi mejilla, cerré los ojos al notar el contacto para disfrutar de la increíble sensación.

-Siempre he pensado que eras un ángel-sus palabras transmitían dulzura-solo que pensaba que no era tan literal-

Me ruboricé al oír semejante comentario e intenté sonreírle, pero fue inútil ya que la sala entera comenzó a darme vueltas.

-Me estoy mareando-advertí apenas sin fuerzas.

Desde mi semiinconsciencia noté como Gonzalo me cogía entre sus brazos y me elevaba. Asombrada aunque muy débil como para ponerme nerviosa, apoyé la cabeza en su cálido pecho. Me sentía segura y protegida a su lado. Con asombró sentí como un fugaz beso caía sobre mi frente, deje escapar una sonrisa de felicidad.

Cuando llegamos a la cafetería todo estaba tranquilo. Estos últimos días que habíamos pasado juntos, después de entrenar, íbamos allí para que yo pudiera tomarme un reconfortante vaso de leche caliente y repusiera energías comiendo algo. Gonzalo tenía la capacidad de comer pero de nada le servía. El día anterior habíamos estado charlando sentados el uno frente al otro de nuestras respectivas infancias, durante horas y en la intimidad de la penumbra, ya que no quería que nadie viera luces a altas horas de la madrugada.

Pero esa noche todo era diferente. Entrábamos en la cafetería varias horas antes de lo que solíamos estarlo. Yo yacía en brazos de Gonzalo porque casi me había desmayado tras curarle misteriosamente una herida que yo misma le había provocado atravesándole con una espada. Era de locos.

Gonzalo me depositó con suavidad sobre uno de los sofás más apartados de la entrada principal.

-La alarma-le recordé con voz débil.

Sin mediar palabra se desapareció ante mí para reaparecer escasos segundos después.

-Ya está-anunció satisfecho.

La primera vez que fuimos a la cafetería tras un entrenamiento,

me observó quitar la alarma, me sorprendió mucho su reacción, le pareció divertidísimo.

-Deberías comer algo-dijo Gonzalo devolviéndome a la realidad.

Desapareció tras aquella conclusión. A lo lejos, desde la cocina, me llegaba distorsionado el ruido de puertas abriéndose y cerrándose.

Cuando hubo transcurrido aproximadamente un minuto, en el que mi curiosidad iba en aumento, Gonzalo apareció frente a mí con un bocadillo sobre un plato.

Ese gesto tan cotidiano, tan humano, realizado por Gonzalo era algo que había conseguido llegarme al alma e incluso traspasarla. Comencé a notar como una oleada de un sentimiento lleno de calor me inundaba por dentro. No sabía cómo reaccionar, y tomé el camino menos embarazoso.

-Si hubiera sabido que me ibas a tratar tan bien, me hubiera “casi desmayado” mucho antes-comenté intentando quitarle hierro al asunto.

-Primero come, luego vacilas-dijo Gonzalo de manera autoritaria.

Mientras me comía el bocadillo con mucho apetito, observaba a Gonzalo que nuevamente estaba absorto en sus pensamientos en algún lejano lugar, mientras se encontraba sentado a los pies del sofá en el que yo estaba tumbada. Casi cuando estaba acabando con el bocadillo, descubrí que me encontraba mucho mejor, había sido un acierto lo de la comida. Me deleité observando el rostro de Gonzalo antes de preguntarle

-¿Estás preocupado?-dije con voz suave todavía ligeramente cansada.

Gonzalo clavó sus ojos en los míos y los abrió mucho

intentando enfocar el entorno, supongo que era una manera de salir de su ensimismamiento.

-No, no estoy preocupado, tan solo pensaba en que deberíamos empezar a plantearnos qué eres-dijo dándole mucho énfasis al “que”-creo que hay algún factor que desconocemos o que estamos pasando por alto-se colocó la mano sobre la frente arrugándola y moviéndola a los lados.

Esa reflexión consiguió dejarme totalmente aterrorizada. Desde que me había enterado que era una bruja, había sido consciente por las caras de asombro y los comentarios, de que mi “habilidad” venía con unos extras. Era un tema que me incomodaba bastante y en el que no tenía ningún interés en ahondar. Por lo que Gonzalo decía, dejaba totalmente claro, que estaba barajando la posibilidad de que no fuera una bruja normal. ¿y si existía algo que me hacía diferente y me lo habían estado ocultando?

De manera inesperada un ruido nos puso de nuevo alerta.

-Viene alguien, suena como si estuviesen abriendo la puerta con llave-susurró Gonzalo.

Al instante me puse de pie.

-Sara-aventuré mirándole fijamente.

Corrí camino de la puerta. Un grito en el oído me dio la bienvenida. Sara había abierto la puerta y al encontrase una persona plantada delante de ella en plena oscuridad, había lanzado un potente grito.

-¡Joder!, me has dado un susto de muerte-dijo Sara mientras se colocaba una mano sobre el pecho.

-Hola,-salude mientras le abrazaba-¿Qué haces aquí?-interrogué.

-Que casualidad, yo iba a preguntarte lo mismo-observó Sara

con sarcasmo.

Temerosa y rezando porque Gonzalo se hubiese marchado me dirigí con Sara al interior de la cafetería. Respiré aliviada al ver que ya no estaba allí, pero poco duró mi alegría al ver aparecer una figura en el almacén donde segundos antes nos encontrábamos nosotras. Con la mirada posada sobre Gonzalo intenté responder con voz tranquila a la pregunta de Sara.

-He venido a comer algo antes de ir a dormir-dije.

-¿Por qué no has comido algo en casa?-preguntó con los ojos entrecerrados y evaluando cada uno de mis gestos.

Parecía que mi explicación se caía por su propio peso.

-Porque aquí tengo un poco de tranquilidad, para ser exactos la tranquilidad que solo la soledad concede-expliqué sonriendo de manera forzada.

De repente Sara me hizo un gesto con la mano que venía a indicar que me dejara de cuentos que poco le importaba lo que había venido a hacer. Su mirada cambió de indiferencia a pícara en una décima de segundo. Sabía de sobra que iba a interrogarme. Tragué saliva de manera audible.

-Vale, ahora que no hay clientes, ni guardaespaldas, ni nadie que te sirva de excusa, explícame por qué últimamente pareces la mujer más feliz del mundo. Te pasas el día sonriendo y con un brillo especial en los ojos, es como si-paró mirando hacia abajo como atando cabos-es como si estuvieras enamorada-se colocó la mano sobre la boca tapándosela debido a la sorpresa, porque creía haber acertado en su observación.

Yo deseaba con todas mis fuerzas que se callara, por lo que si hubiera tenido algún poder para lograrlo se habría manifestado en ese mismo momento. No había sentido tanta vergüenza en la vida, bajo la atenta mirada de Gonzalo me noté sonrojar. Al moverse este

ligeramente a la derecha para poder observar mejor la escena pude ver gracias a un destello de luz, su rostro y sencillamente se le veía radiante. Deje escapar un suspiro de manera totalmente involuntaria y perceptiva. Que fácil resultaba enamorarse de Gonzalo.

Necesitaba resolver la embarazosa situación por lo que dejé a Sara con la palabra en la boca diciéndole de manera apresurada

-Espera un momento, ahora vuelvo-hice un gesto con las palmas de las manos hacia abajo pidiéndole calma-voy al almacén a mirar una cosa-

Y salí como alma que lleva el diablo dejando a Sara estupefacta, pero no tenía tiempo de pensarlo si quiera. Entré en el almacén y con mirada dura le dije a Gonzalo

-¿Sabes que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación?-expresé juguetona.

-¿Acaso mentir a las amigas es de mejor gusto?-preguntó con una amplia sonrisa.

-Si te están obligando a mantener conversaciones forzadas, en ese caso y para librarte de los cotillas, está permitido-contesté riendo, aunque segundos después bajé la mirada avergonzada.

Con pánico paralizante contemplé como Gonzalo se acercaba despacio y peligrosamente hacía mi. Mi interior comenzó a agitarse como por un torbellino, se me aceleró el corazón y miles de mariposas acudieron a revolotear a mi estómago. Me sentí arder, le deseaba. Mientras yo le observaba con dulzura él salvaba la distancia pasito a pasito.

-¡Ah!-gritó Sara a mi espalda.

Nos volvimos rápidamente en dirección al grito. Nuestros brazos se rozaron y fue una especie de recordatorio de lo cerca que habíamos estado segundos antes.

-Pero,-comenzó Sara confusa-que hace el aquí-dijo mientras le señalaba con el dedo índice.

Sara pasaba la mirada incesante de mi persona a la de Gonzalo y así sucesivamente.

-Es Gonzalo-dijo Sara a modo de explicación como si no me hubiese dado cuenta de con quién hablaba-estaba con Cristian-pronunció su nombre con dolor.

Instintivamente aparté la vista de Sara y la posé sobre Gonzalo, algo debió de llamar la atención de Sara ya que señalándome con el dedo exclamó

-¡Ah!-se colocó la mano sobre la boca-porque le miras así.

La risa de Gonzalo resonó hermosa en la habitación.

-¿Cómo es tu mirada para que tu amiga se asuste?-dijo en un tono suave y confidencial como si fuéramos las dos únicas personas presentes.

No pude evitar sonrojarme y bajar la mirada. Gonzalo se agachó hasta mi altura y me susurró al oído

-¿Quieres que os deje solas para que le aclares las cosas?-preguntó y por su tono de voz se notaba que estaba contento.

-Sí, gracias-contesté agradecida de verdad.

Me despedí con un simple gesto de la mano. Observé embelesada como se marchaba envuelto en miles de luces negras, de un brillante tan intenso que resultaba casi doloroso mirarlas fijamente.

-Increíble-dijo Sara riendo y señalándome-estás e-n-a-m-o-r-a-d-a-gesticulo con la mano dejando claro que exigía una explicación-tienes que contármelo todo-

Me sentí feliz de poder mantener esa conversación con Sara, necesitaba quitarme ese peso de encima. El secreto me estaba

matando por dentro, al ser algo que no podía compartir con nadie. Además, era plenamente consciente de que cuando estás implicado en un asunto difícilmente eres objetivo. Realmente necesitaba su opinión, porque esta, estaría hecha desde el cariño y la comprensión.

-Siéntate y disfruta-le dije a Sara dándole un leve golpecito a una de las banquetas colocadas frente a la barra mientras me dirigía a hacer un par de cafés.

-Ya los hago yo-se ofreció presurosa.

-No, lo voy a hacer yo, que si estoy ocupada me es más fácil contarlo-expliqué con seguridad-además, deja de llevarme la contraria-dije mientras le sacaba la lengua.

Sara me dio un beso en la mejilla al pasar junto a mí camino del taburete. Con un suspiro me dispuse a hacer los cafés. Dediqué un momento a pensar la mejor manera de abordar el asunto.

Una vez que empecé a relatarle mis vivencias, mi triple vida, no pude parar, hasta ese preciso instante no había sido consciente de cuanto necesitaba contarlo. Sara permanecía atenta a cada palabra y abría la boca sorprendida por las aventuras vividas. Al contarle la historia personal de Gonzalo, unas lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas.

Sin perder el tiempo, justo cuando acabé de explicarle todo, Sara se llevó las manos a la cabeza, con las puntas de los dedos se frotó las sienes y dibujando círculos dijo

-Tan solo faltan cinco días para que acabéis la poción. No puedes evitar de ninguna de las maneras ir al infierno y rescatar a las Virtudes, cosa que te agradecemos yo y toda la humanidad, y lo que está claro es que tanto los Pecados como los ángeles negros y los demonios no se van a quedar de brazos cruzados mientras lo hacéis. Por lo que el mejor de los consejos que te puedo dar, y más después de lo que yo acabo de vivir, es-colocó sus manos sobre mis hombros y con mirada segura dijo-que seas sincera con él, que le cuentes todo-

Abatida bajé la cabeza, ella tenía razón, desde hacía días sabía que debía decírselo. Pero, era tan difícil.

-Gracias por el consejo-dije abrazándola.

Tras el reconfortante y revitalizador abrazo, Sara se marchó al comprobar en su reloj que eran cerca de las dos de la mañana.

Me quedé de nuevo sola, apagué las luces y me senté en uno de los sofás. Le di muchas vueltas al asunto intentando discurrir la mejor manera de contarle todo, y lo mirase como lo mirase y cuantas más veces lo hiciese, sabía de buena tinta que iba a pasar mucha vergüenza.

Cuando hubieron transcurrido unos diez minutos de la partida de Sara, reapareció Gonzalo. Supe que era él sin necesidad de darme la vuelta. Lo sabría incluso aunque cuando él estuviera cerca no me ardiera la marca. Era casi como si desde que nos conociéramos hubiera pasado a ser una parte de mí, como una prolongación de mi persona. Sin mucha convicción me giré para encararle.

-Hola,-saludó Gonzalo con dulzura-¿Qué tal se lo ha tomado?-preguntó.

-¿Quién?-respondí sorprendida, mis pensamientos estaban en otros asuntos.

-Sara-aclaró él riendo.

-Ah,-exclamé-bien, muy bien la verdad. Lo ha comprendido todo. Pero no es eso de lo que te quiero hablar-

Dejé de hablar por un momento y miré a Gonzalo, tenía tanto para contarle y no sabía ni por donde empezar. Notaba los músculos de mi cara tensos por la presión.

-¿Qué te pasa?, ¿estás nerviosa, preocupada?-preguntó mientras giraba la cabeza y entrecerraba los ojos escrutándome.

Con su mano tocó mi cara. Una descarga de electricidad

sacudió mi interior alterando todos mis sentidos. Cerré los ojos y apoyando la mejilla sobre su mano comencé a hablar

-Al día siguiente de que me fueran entregados mis poderes, se me convocó a una reunión en el cielo con uno de los ángeles de la primera triada. Dijo que me daban el plazo de un mes para aprender a hacer uso de mis poderes y rescatar a las Virtudes o-observé a Gonzalo que me miraba de manera expectante-procederán al fin del mundo.

Gonzalo no hizo ni un solo comentario a mi revelación. Se limitó a quedarse impasible frente a mí. Quizás, si no le conociera tan bien, no habría sido capaz de distinguir como en el fondo de su mirada comenzaba a formarse ese brillo demencial. Como me di cuenta de que no pensaba comentar ni preguntar nada seguí narrando la historia.

-A la mañana siguiente, Daniel, me llevó de nuevo al cielo para comenzar con la preparación. En la biblioteca conocí a Sansón. ¿Sabes quién es?-le pregunté.

-Sí-contestó haciendo un gesto afirmativo con la cabeza. “El sabio”, es el ángel que posee toda la sabiduría y conocimientos acerca del cielo, de sus entresijos y de las criaturas que lo habitan. Es uno de los ángeles más buscados y deseados. Conoce información sumamente importante. Por eso nunca sale del cielo-terminó.

Me había quedado boquiabierta. Quizás en lo venidero debería preocuparme menos por mí y más por las personas que me rodeaban. Le debía mucho a ese ángel, me había acompañado a la tierra aun exponiéndose a que le atacaran, solo para enseñarme a lanzar los hechizos protectores. Quería encontrar alguna manera para compensarle, pero ahora era otro asunto el que necesitaba resolver, por lo que continué contándole la historia

-Al llegar Jano a la biblioteca, cuando estuvimos los cuatro, me contaron el plan para encontrar a las Virtudes-le miré a Gonzalo fijamente, iba a revelarle el objetivo que teníamos, me la estaba

jugando, resultaba imposible saber que era lo que pasaba por su cabeza-sabemos que no están retenidos en la tierra porque mi abuela lanzó un hechizo antes de morir para encontrarlos y puesto que en el cielo resulta evidente que no se encuentran, entendemos que están en el infierno. Lo único que nos para en este momento es, que no podemos acceder a él. Todavía-

Gonzalo puso cara de horror.

-¿Cómo que todavía?-preguntó inquieto de manera muy brusca.

-Desde hace diez días preparo una poción para anular la voluntad. Cuando esté acabada, cogeremos a un ángel negro para administrársela y que así nos enseñe el camino al infierno. Una vez que lo conozcamos, bajaremos y lanzaré un hechizo para encontrar a las Virtudes-

Estiré las manos para coger las de Gonzalo entre las mías, estas me temblaban de manera extremadamente visible.

-No quiero que luchemos enfrentados. Eso me mataría-confesé con dolor y cerré los ojos-he encontrado una poción para que no puedan doblegar tu voluntad, esta hecha, pero-añadí al ver que Gonzalo comenzaba a sonreír-no es nada sin el ingrediente final-noté como me miraba expectante-y ese ingrediente, está extinguido-

-¿Qué ingrediente es?-preguntó Gonzalo con fuerza sorprendiéndome.

-Violeta dorada-contesté-he mirado en todas partes, incluso le he preguntado a Sansón por ella y lo único que he descubierto es que es uno de los tres extinguidos. No queda ni una sola pizca-me llevé las manos a la cara abatida.

-¿Cuento tiempo queda para que acabéis la poción de la voluntad?-me preguntó, pero pese a tenerlo enfrente y hablándome, supe que ya no me estaba prestando atención.

-Cinco días-respondí escuetamente.

Sin previo aviso Gonzalo me soltó las manos para frotarse de manera distraída la frente, una y otra vez. No sé de donde saqué la convicción, pero el hecho era que quería decirle lo que sentía por él. Era ahora o nunca.

-Gonzalo-llamé, este me miró brevemente antes de desviar la mirada de nuevo-quiero que luches a nuestro lado-hice una pausa para coger valor-Porque eres lo mejor que me ha pasado en la vida. No quiero perderte, estoy enamorada de ti-concluí en un susurro apenas audible.

Gonzalo, que durante el resto de la conversación se había encontrado ausente, tras aquella revelación clavó su mirada sobre mí y abrió los ojos como platos. ¿Horrorizado?, ¿Impactado?, su estado era indescifrable. Cerró los ojos con pena antes de dar un paso hacia tras y desaparecer sin dejar rastro.

Noté como me desgarraba por dentro, como si me hubieran atravesado el pecho con una mano de hierro y me hubieran arrancado el corazón. Me sentía fría. Era incapaz de soportar el dolor. Pude percibir desde la inconsciencia del sufrimiento como caía de rodillas al suelo, y como una vez en él, las lágrimas acudían a mis ojos, calientes y dolorosas. Me faltaba el aire. Me sentía como si me encontrase en pleno océano a la deriva y fuera incapaz de encontrar la superficie, como si en mi interior se estuviera librado una batalla contra la mismísima muerte. Tuve que agarrarme el pecho con las dos manos para no partirme en mil pedazos. Me había pasado lo peor que le podía suceder a un ser humano, perder a un ser querido, perder a quien se ama. Me habían vuelto a abandonar, como había hecho mi madre. Como había hecho mi abuela. Mi vida se estaba cimentando sobre la pérdida y ya no podía más.

Sin saber como me encontré en el suelo de mi habitación luchando por respirar. Lloraba, gritaba e incluso temblaba. Noté desde

un lugar muy lejano como Daniel se tiraba a mi lado en el suelo moviéndome, abrazándome y preguntándome de manera muy alarmada que era lo que me sucedía. Sentí como Daniel se levantaba colocándose ambas manos sobre la cabeza sin saber que hacer, hasta que él también se fue.

Escasos minutos después Daniel reapareció trayendo a Jano consigo. Este se colocó presuroso junto a mí en el suelo y con una orden le dijo a Daniel

-Enciende la luz-

De manera desesperada Daniel corrió en pos del interruptor encendiéndolo casi de inmediato.

Sentí las manos de Jano recorriendo mi cuerpo en busca de heridas, le oí soltar un suspiro de alivio al cerciorarse de que no tenía ninguna. La herida que tenía se encontraba en un lugar no visible.

-¿Qué te pasa?-me preguntó en ese tono suyo tan tranquilizador mientras me acariciaba el pelo suavemente.

Resultaba increíble que detrás de su fachada de hombre duro se encontrara una persona capaz de tener ese comportamiento.

-Dínoslo, por favor-rogaba-te ayudaremos, sea lo que sea-aseguró de manera rotunda.

Pero por mucho que yo quisiera tranquilizarles, por mucho que quisiera que me dejasen en paz, en lo único que podía derrochar mis escasas fuerzas era en respirar.

-¿Voy a buscar a Sara?-le preguntó Daniel a Jano.

-Sí, creo que será lo mejor-respondió este.

Daniel abrió la puerta y se marchó en busca de Sara, Jano le siguió hasta allí para apagar la luz, gesto que agradecí sobremanera aunque en silencio. Jano me levantó del suelo y en brazos me llevó hasta la cama dejándome sobre ella delicadamente.

-No te preocupes-dijo-estoy seguro de que todo va a salir bien-

Eran palabras expresadas desde la buena intención, pero sumamente vacías ya que Jano desconocía el porqué de mi llanto.

Sara entró en la habitación como un terremoto, dando un fuerte golpe con la puerta en la pared y desde el umbral dijo

-Oh, cariño, cuanto lo siento-su voz estaba impregnada de lástima.

Aún con la cabeza agachada y sin poder ver la escena, intuí como Jano le cortaba el paso a Sara.

-¿Sabes que le pasa?-preguntó con preocupación al darse cuenta de que Sara conocía el motivo.

Sara sin responder a la pregunta, con un tono que dejaba totalmente claro su intransigencia pidió

-Dejadnos solas, por favor-

Y tal fue la magnitud de su tozudez, que eso hicieron instantáneamente Daniel y Jano. Sara acudió a mi lado y estuvo abrazándome toda la noche en silencio mientras yo lloraba sin descanso.

10-EL DÍA INTERMINABLE

Faltan cuatro días para la elaboración de la poción.

Media hora antes de que sonase el despertador había cesado mi llanto. No me quedaba ni una sola lágrima más por derramar. Me sentía vacía, hueca por dentro. Como un caparazón abandonado por su dueño a su suerte. El mundo había perdido en un solo segundo toda su importancia. Nada tenía sentido, porque yo había perdido a la persona de la que estaba enamorada. Lo más injusto era, que el mundo seguía su curso impasible, sin ofrecerme ni una especie de tregua, ajeno a como yo me sintiera.

Ni quería, ni podía levantarme de la cama. Me resultaba muy duro enfrentarme a las caras de pregunta de todos los que ayer me habían visto llorar sin explicación alguna. Y aunque ya no me importase, tenía una misión que cumplir. Por lo que me levanté como si de un autómata me tratase, ya que mi estado de ánimo era insignificante en comparación con el fin del mundo.

Abrí los ojos y vi que Sara se encontraba tumbada a mi lado, dormía profundamente con una mano alrededor de mi cintura. En el momento en el que sintió que me estaba moviendo, se levantó de un salto.

-¿Estas bien?, ¿necesitas algo?-me preguntó alarmada mientras me acariciaba los brazos de manera apaciguadora como había estado haciendo durante prácticamente toda la noche.

-Sí, estoy bien y no, no necesito nada-respondí sin inflexión alguna.

Me sorprendí de lo horrible que sonaba el tono de mi voz. Estaba asombrosamente afónica y la garganta me picaba como si

miles de hormigas me la estuvieran recorriendo de arriba abajo una y otra vez. Salí de la habitación con Sara pisándome los talones y me dirigí a la cocina para encontrarme a Jano y a Daniel esperándome ansiosos. Noté la diferencia en su mirada, me miraban como si estuviera hecha del más fino de los cristales y fuera a romperme tan solo con que respiraran un poco fuerte. El abanico de sus expresiones variaba entre la pena y la compasión. Me sorprendí enormemente al ver agazapado, como si no quisiera llamar la atención, a Sansón en una de las esquinas de la cocina.

-Voy al baño-les dije de manera desesperada.

Necesitaba huir, no podía soportar el peso de esas miradas preocupadas. Resultaba que al fin y al cabo si había personas que se preocupaban por mí, eran mi familia, un tanto dispares pero una familia en resumidas cuentas. A la única persona que echaba en falta en esta situación era a Asier, al que no había visto hacía un par de días. Por otro lado, agradecía que no hubiera tenido que contemplar mi derrumbamiento personal.

Corriendo llegué al baño abrí la puerta y me encerré dentro. Casi grité al verme reflejada en el espejo. Presentaba un aspecto demacrado, tenía los ojos y los pómulos totalmente hinchados de tanto llorar, me lavé la cara con agua fría, que consiguió mitigar un tanto el dolor y me hice una promesa mientras me secaba. No volvería a hacer sufrir a las personas que me esperaban fuera ya que eran mi familia y las quería con locura. Era de ser, un ser horrible hacerles daño, por lo que desde ese preciso momento me juré que guardaría mis sentimientos solo para mí.

Descorrí el pestillo, abrí la puerta y tomando aire empecé a cumplir la promesa dibujando en mi cara un amago de sonrisa, aunque solo de pensarlo me entraran ganas de llorar de nuevo.

Bajo la atenta mirada de los cuatro entré a la cocina.

-Buenos días-les dije intentando sonar animada.

-Buenos días-contestaron todos al unísono como si fueran estudiantes saludando a su profesora.

Fue algo que casi, solo casi, me hace reír.

-¿Eso que huelo es delicioso café?-pregunté intentando normalizar las cosas.

-Sí-respondió Daniel-lo acabo de hacer.

-¿Tu solo?-pregunté sorprendiéndome por todo lo que había aprendido Daniel en poco tiempo.

-Sí, yo solo-respondió este sacando pecho orgulloso.

Me acerqué a él y para demostrarle mi gratitud por su apoyo incondicional coloqué la cabeza sobre su hombro y le dije mientras le abrazaba

-Gracias-

Noté de improviso como una persona menuda se colocaba tras de mí y se nos unía al abrazo. La identifiqué como Sara. Al cabo de pocos segundos una tercera persona se unió y supe sin lugar a dudas que se trataba de Sansón por el comentario que acompañó a su llegada

-Hay que ver lo tontos que somos a nuestra edad-

Tras aquel comentario que liberaba tensión al momento, una mano grande y cargada de seguridad, cuyo propietario, sin lugar a equívoco era Jano, se posó sobre mi cabeza. Jano no era de los que se uniría a un abrazo colectivo, seguramente su manera de expresar el afecto más tendría que ver con librarte de una horda de demonios decapitándolos de dos en dos y con las manos.

Y ahí concluyo el episodio de muestras de cariño. El resto del día ni se habló, ni se mencionó si quiera el tema.

Después del desayuno, Sara se fue a la cafetería a trabajar y

Jano, Daniel, Sansón y yo nos fuimos al cielo a entrenar. Quizás debido a la concentración que puse mientras entrenábamos, ya que no podía pensar en otra cosa sin el peligro de que el mundo se me cayera encima, fue que Jano me felicitó por la destreza que demostré luchando.

A las doce de ese día, era el momento en el que tenía que echar el ingrediente final a la pócima, después tan solo le quedaría cocer durante tres días seguidos a fuego lento y reposar otro día completo y la poción ya estaría lista.

Estaba increíblemente nerviosa, el ingrediente que quedaba por añadir no era otro que la extinguida violeta dorada. No podía fallar ya que sólo había cantidad para dos pociones. Suspiré y me remangué para atinar mejor con la precisión. Coloqué la palma de la mano derecha bocarriba para que Sansón me diera el botecito que contenía el ingrediente. Un grito hizo que el corazón me diera un sobresalto y me girara rápidamente hacia Sansón.

-¿Qué te pasa?-le pregunté alarmada-¿Estas bien?

Pero Sansón no reaccionaba, tan solo me miraba como si fuese la primera vez que me veía. En su cara se podía apreciar la más profunda de las estupefacciones.

-Eso-dijo mientras señalaba con un dedo tembloroso la marca negra de mi brazo.

Yo miré en esa dirección pese a saber de antemano a lo que se estaba refiriendo. Los nervios me habían traicionado y había sido descuidada. No tenía ni idea de que contestarle. Además, aunque quisiera decirle algo tampoco podría porque realmente no tenía ni idea de lo que era la marca.

-¿Quién tiene la marca homóloga?-preguntó en un inusual tono serio, tratándose de Sansón, atropelladamente y con un ápice mal disimulado de pánico-tápate eso y no dejes que nadie, repito nadie-ordeno mientras me bajaba la manga enérgicamente a la vez que se

las apañaba para separar las sílabas y que todas sonaran importantes-lo vea. Tenemos que hablar.

Levantó la mirada y se quedó contemplando nada en particular, como si fuese lo más espectacular del mundo. Se podía percibir que estaba atando cabos, relacionando cosas en su privilegiada mente. Su expresión facial fue cambiando de manera rápida y progresiva hasta que se convirtió en una máscara de felicidad.

-Debí de haberlo imaginado-movió la cabeza y me miró fijamente de nuevo-es un milagro-

Y aquella conclusión a la que Sansón había llegado, a su manera de decirlo y a su cara demencial, pese a que parecía que el contenido de sus palabras debía ser bueno, me asustó más que si en ese momento me habría señalado con el dedo y hubiera salido huyendo de mí.

A lo lejos se oyeron unos pasos acercándose a nosotros, justo cuando Daniel asomaba la cabeza me acabé de bajar obediente la manga.

-Hola,-nos saludó al entrar en la sala de pociones-¿Qué tal lo lleváis?-

-Pues ya ves, sobreviviendo a la eternidad-contestó Sansón y a pesar de que su comentario era totalmente desenfadado, se notaba que le había molestado la intromisión.

-Laura-me llamó Daniel-la verdad es que venía a invitarte a dar un paseo-dijo mientras se frotaba la nuca nervioso.

Automáticamente le miré sorprendida por su petición pero la iba a aceptar gustosa, siempre era relajante estar con Daniel. No era una fuente ni de sobresaltos ni de información, un rato de paz asegurado.

-Vale-le contesté e intenté dedicarle una sonrisa, aunque tan

solo pude otorgarle una extraña mueca-espera unos minutos a que acabe con esto-

-Por supuesto-dijo, y él si me sonrió por respuesta.

-Siento mucho estropear vuestro plan, en serio suena maravilloso, pero Laura tiene mucho trabajo-dijo Sansón en el mismo tono serio de antes.

Sus formas no dejaban ni un resquicio para replicar. La actitud que Sansón siempre había mostrado, jovial y relajada, había quedado enterrada tras ver mi marca. Bueno lo importante del asunto es que parecía que había una explicación para la marca y que Sansón la conocía y estaba dispuesto a contármela. Lo malo del asunto es que no parecía muy buena, o sí, porque las reacciones de Sansón eran tan dispares que uno no sabía con cual quedarse. Lo que más me penaba de que fuera a descubrir el misterio de una vez era que depués no podría compartirlo con Gonzalo. Solo pensar en su nombre hizo que una mano gélida estrujara mi corazón, produciéndome un dolor insoportable.

A lo lejos, desde la inconsciencia oí como Sansón continuaba hablando, para justificar sus palabras.

-Tan solo faltan cuatro días para acabar la poción y la batalla en el infierno está a la vuelta de la esquina. Necesitamos cientos de pociones-señaló unas cajas marrones que estaban en una esquina y en las que en ningún momento anterior había reparado-y por desgracia para ella, y por suerte para nosotros, Laura es la única que puede elaborarlas-

Daniel se quedó un momento en silencio, mirando seria y fijamente las cajas antes de contestar con una sonrisa

-Bueno, no importa-elevó los hombros-me quedaré aquí y os ayudaré-contestó alegremente como si aquel fuera el mejor de los planes que se pudiera imaginar.

Aunque para Daniel paso totalmente inadvertido, yo pude percibir en Sansón como esa no era la respuesta que esperaba oír. Sansón quería estar a solas conmigo para hablar, ahora podía verlo.

Parece que cuanto más deseas que pase un día, este más largo es. Para las ocho de la tarde, hora en la que apareció Jano. Ya había rellenado más de un centenar de pequeñas botellitas de blanquecino cristal, que habíamos guardado dentro de las cajas de cartón que Sansón había señalado con anterioridad.

Las había de dos tipos

Las de lanzar:

-Color rosa. Creaban una especie de cortina de humo que no permitía que ningún tipo de visión la traspasara.

-Color azul. Servían para hacer explotar cosas, eran como una especie de bomba, pero de brujas. Cuanto más intenso sería el azul del preparado, más fuerte era el poder de destrucción de la poción. La intensidad de color y de acción se conseguía añadiendo más cantidad del ingrediente principal, con el defecto de que si te pasabas al añadirlo, el preparado perdía toda la fuerza.

Las de beber:

-Color amarillo (poco apetecibles al ojo). Al ingerirlas doblaban la fuerza de la persona durante un tiempo máximo de diez minutos. El tiempo de acción variaba dependiendo del poder del individuo. A más poder, menos tiempo de efecto.

-Color verde. Su ingesta otorgaba destreza sobrehumana y velocidad. Como la anterior, su duración máxima era de diez minutos y variaba en cada individuo dependiendo de su poder.

-Color morado. Al ingerirlas, te dotaban de una visón sobrenatural pudiendo ver a través de las paredes, e incluso de las

personas. Se desconocía el tiempo de actuación de este preparado e incluso era posible que en ciertas personas no surtiera efecto.

Empezamos también a hacer una poción de invisibilidad, pero esta requería de tres días de elaboración por lo que estaría hecha casi al mismo tiempo que la de la voluntad.

Yo que había pasado totalmente de la comida a sabiendas de que no seria capaz de probar ni un solo bocado, teniendo en cuenta que ni Sansón ni Daniel solían acordarse de cosas tan terrenales, vi acercarse a Jano y temí de ante mano lo que iba a decirme.

-Vamos, que te acompaño a la cafetería para que cenes y estés un rato con Sara-dijo con comprensión pensando que me estaba salvando de las garras de Sansón.

Yo no sabía que me apetecía menos, si comer o si estar con Sara, persona que pediría una explicación y a la que yo se la tendría que dar ya que se lo había ganado sobradamente.

Antes de marcharnos nos pusimos a recoger todo el embrollo que habíamos armado en la sala de pociones, fue una tarea tediosa que nos llevó alrededor de veinte minutos.

Al aparecernos en el almacén de la cafetería, lugar al cual solo habíamos ido Jano y yo, oímos como tras nosotros se rompían cristales.

-¡Mierda!-exclamó Sara, con el sobresalto de nuestra inesperada llegada se le habían caído los platos que llevaba en las manos, golpeando estos en el suelo para acabar rompiéndose en mil pedazos.

Me agaché para ayudarle a recoger los trozos del suelo.

-Bueno, ahora que estáis aquí-dijo Sara mirando a Jano-quisiera poder quedarme con Laura a solas-

Jano se dirigió a mí y yo le hice un leve asentimiento con la cabeza para indicarle mi conformidad, sabía que debía hablar con Sara aunque no quisiese.

-Por supuesto-le contestó Jano-no os molestaré más.

Se despidió con un gesto de la mano y desapareció en el aire, frente a nosotras, como tantas otras veces.

Fuimos directamente del almacén a la cocina, por petición mía ya que no quería salir a la zona del bar y que los clientes de siempre me preguntasen por lo que era de mi vida, esa noche no. Cenamos en silencio, pero no un silencio incómodo, si no un silencio reflexivo cómodo que solo es posible con una persona con la que tienes una relación especial. Me sentí muy agradecida de que Sara en ningún momento me preguntase nada acerca de mi llanto de la noche anterior. Al acabar de cenar y recoger todos los enseres Sara me preguntó

-¿Te apetece dar un paseo?-

Yo sabía que fuera a donde fuera e hiciese lo que hiciese, la horrible sensación de vacío que habitaba en mi interior me acompañaría. Por lo que si a ella le apetecía pasear, porque no iba a concedérselo.

-Sí-contesté de manera escueta.

Acepté incluso sabiendo el peligro que suponía salir a un lugar desprotegido.

Nuestro silencio cómodo, continuo en el paseo mientras bordeábamos el cementerio. No lo atravesamos porque a Sara, ese lugar no le traía muy buenos recuerdos. Mientras caminábamos por el parque la noche le ganaba la batalla al día como siempre. Algo que antes me hubiera parecido tan hermoso como la puesta del sol con esos rayos anaranjados que se colaban entre las copas de los árboles

dibujando miles de formas, esa dulce brisa primaveral que movía dulcemente las hojas emitiendo una conmovedora melodía, carecía de belleza. El mundo había perdido todo su color y hermosura.

-Cuéntame que paso ayer-pidió Sara en un tono tranquilo y en el que se notaba impregnada la duda, de que su pregunta fuera a ser contestada.

Yo suspiré sonoramente antes de embarcarme en la narración de los hechos de anoche.

-Le conté todo, incluso lo que sentía-bajé la mirada al suelo dolorida y me agarré el pecho con ambas manos antes de decir-se fue-

Sara se quedó callada, y yo le entendí perfectamente, es tan difícil dar aliento a un corazón herido. Hacía poco que yo me había encontrado en su situación.

-¿Le contaste los planes que tenéis?-preguntó con duda y esperanza.

Y yo me sentía como una estúpida, era tan ridículo lo que había hecho. ¿Cómo había podido pensar por un solo segundo que Gonzalo iba a darlo todo porque una chica le dijera que estaba enamorada de él? Me sentía avergonzada. Había caído directamente en la trampa.

-Sí, todo, con pelos y señales-contesté verazmente para aplacar un poco el inmenso sentimiento de culpa que tenía.

Sara sopló muy fuerte al procesar la respuesta.

-¿Crees que se lo contará a los Pecados?-preguntó finalmente, aunque por un momento pareció que iba a echarse para atrás.

La que sopló ahora fui yo.

-No lo sé-dije-pero ojalá lo supiera, es tan difícil saber lo que pasa por su cabeza-

-¿Y que vas a hacer?-dijo al fin.

-Gonzalo sabe que faltan cuatro días para acabar la poción y que vamos a hacer cuando esta, esté acabada, por lo que no me queda más remedio que contárselo a Jano y Sansón. Lo he pospuesto todo lo que he podido, pero de esta noche no puede pasar-concluí abatida porque sabía que había hecho muy mal cayendo en la trampa de Gonzalo y después había reaccionado peor en no ir corriendo a contárselo a Jano.

No tuve más tiempo para deprimirme, acabábamos de llegar a la mitad del parque, allí se encontraba una iglesia abandonada desde hacía años. Detrás de la iglesia y medio escondido había un círculo enorme de piedra en cuyo interior crecía en soledad un árbol enorme. El muro de piedra que rodeaba el lugar se encontraba cubierto de musgo casi en su totalidad y tenía una altura de más o menos un metro, por lo que desde la distancia se podía ver perfectamente la escena que se desarrollaba en su interior.

Pude percibir como dos hombres se abalanzaban sobre un tercero que se encontraba arrinconado contra el muro y de rodillas. El miedo me dejó paralizada, pero fue la injusticia lo que me obligó a actuar con frialdad y rapidez, al fin de cuentas me estaba entrenando para ello.

-Sara-llamé en tono bajo pero apremiante-escóndete-

Y sin pararme a recapacitar más, ni a trazar un plan, eché a correr en dirección a los atacantes. Me agaché para levantarme la pernera del pantalón y así poder extraer el cuchillo de su funda, pero pensé en la posibilidad de que fueran humanos, y si era así, no podía herirlos. Me concentré de manera que pudiera percibir si tenían algún tipo de poder, me encontraba ya tan cerca de ellos que pude ver como se retorcían sobre el hombre y le ¿sorbían la esencia?, me quedé estupefacta a la par que asqueada. Todos eran ángeles, podía sentirlo a la perfección desde la cercanía.

-¡Dejarle!-les grité cogiendo por la chaqueta al que tenía más

cerca y lanzándolo a unos metros de distancia.

El atacante que aún quedaba sobre la victima se volvió ipso facto y me observó con divertida incredulidad antes de gritar

-Lárgate niña o te mataremos a ti también-era un chico pelirrojo lleno de pecas y con unos ojos marrones sin escrúpulos.

Todavía sobre el hombre del suelo olisqueó el aire y me dijo

-Pero esto es maravilloso-se frotó una mano con la otra-eres una bruja, os creía extinguidas, ¿sabes cuantos favores me voy a ganar por entregarte?-dijo con un brillo de ambición en la mirada.

Se apareció frente a mí y yo no pensé, tan solo reaccioné ante el peligro, clavándole el cuchillo en el estómago. El ángel pelirrojo me contempló con estupefacción antes de caer al suelo con el cuchillo todavía hundido en su interior. Una vez allí, comenzó a difuminarse hasta desaparecer, dejando tras de sí el ruido sordo del cuchillo al caer al suelo.

Aparté la mirada de tan horripilante escena y al encontrar al otro le dije

-Lárgate-

El otro ángel negro se fue instantáneamente sin oponer ningún tipo de resistencia. Sin moverme del sitio me quedé contemplando el lugar donde había desaparecido el ángel al que le había clavado el cuchillo. ¿Le habría matado? Era algo difícil de digerir, pero debía de ir a atender al ángel al que estaban atacando.

Con pasos titubeantes me dirigí hasta él, que se cubría con ambas manos la cabeza como si el peligro todavía se encontrase allí. Estaba completamente desnudo. Me quité la chaqueta y agradecí al cielo por llevar una camiseta de manga larga debajo. Definitivamente a ese ángel le pasaba algo, ¿por qué si no, no había luchado ni se había desaparecido?, y por qué seguía tapándose ahora, ¿me tendría miedo a mí?

-¿Quién eres?-pregunté con voz suave, que no denotase peligro-¿te encuentras bien?-

Pero el ángel no dio muestra alguna de ir a contestarme, es más ni tan siquiera me miró.

-Ha sido increíble-decía Sara, más que nerviosa, histérica-no sé cómo te has atrevido, eres buena y rápida-le oí que decía admirada.

Sara se agachó junto al ángel del suelo y preguntó señalándole

-¿Está bien?, está desnudo-advirtió, su asombro iba en aumento-¿es humano?-preguntó muy bajo para que él no le oyera.

El ángel, que en ningún momento había hecho ni un solo movimiento, levantó la cabeza al oír hablar a Sara y la miró como si estuviera contemplando lo más hermoso y valioso del mundo. Sara le devolvió la mirada observándole embelesada. El ángel tenía un cabello fino y dorado, que casi refulgía y unos ojos azules tan intensos como los del océano revuelto. Mientras ambos se contemplaban respondí la pregunta de Sara

-No, no es humano. Es un ángel-

-¿Estas bien?-le preguntó Sara con una dulzura extrema.

A lo que el ángel contestó

-Ahora sí-y sonrió.

-Siento interrumpiros-dije-pero tenemos que irnos de aquí-terminé apremiante.

El camino de vuelta a casa, que fue a pie, ya que una cosa era que yo pudiera desaparecerme y otra muy distinta, que como los demás pudiera llevar pasajeros conmigo, no fue todo lo malo que se hubiera podido pensar teniendo en cuenta que íbamos con un tío desnudo. Tras varias preguntas, llegamos a la conclusión de que a

parte de carecer de atuendo, carecía de memoria. Tenía amnesia, si es que los ángeles podían tenerla, claro está. Una vez en casa, les dejé a los dos solos, ya que parecía que las intenciones del ángel con Sara no eran del tipo asesinas. Fui al cielo en busca de Jano, Daniel o Sansón, ya que ¿quién iba a conocer mejor los problemas de un ángel que otro? Al narrarles la historia en la biblioteca, después de echarme un rapapolvos por salir sin protección, quisieron ir los tres a ver que sucedía.

Yo por el contrario, lo único que deseaba era dejarme llevar por la calidez del sueño y su inconsciencia, ya que si no eres consciente no sufres, pero parecía que todo tenía que suceder ese puñetero día interminable.

-¡Pero si es Valentín!-exclamó Jano nada más llegar y verlo.

Este, estaba acurrucado detrás de Sara. Imaginé, por la pinta de perdido de él y el leve rubor de las mejillas de ella. Que había tenido que ayudarle a vestirse.

-¿Lo conoces?-le pregunté con asombro, tampoco pensaba yo que conocerían a todos los ángeles.

-Claro-respondió Sansón esta vez.

-Es uno de los ángeles nuevos a los que Jano está entrenando

-¿Y como es posible que no sepa quién es, ni que nos recuerde?-preguntó Daniel.

Aquella sí que era una buena pregunta, que perfectamente se me podría haber ocurrido a mí si no hubiera estado tan ansiosa de que todo el mundo se marchase.

-Le han administrado una poción para borrar la memoria. Como la amnesia, pero inducida mediante magia-explicó Jano.

-Exactamente-afirmó Sansón lo cual es bastante inusual, porque el principal ingrediente de esa poción es uno de los

extinguidos-se colocó a mi lado y agarrándome de los hombros me dijo-tenemos que hacer una poción para recuperar los recuerdos. Es muy difícil y si no recuerdo mal-miró al infinito mientras contaba con los dedos en bajo y murmuraba-hacen falta sesenta y tres días para elaborarla-

-Pero ¿y que vamos a hacer tanto tiempo con él en estas condiciones?-apuntó Jano-es un peligro, necesitará una niñera.

-No te preocupes, tenemos a Laura para ayudarnos con la magia y tengo miles de libros que hablan sobre los de nuestra especie, sobre las obligaciones y reglas de ser un ángel, intentaremos refrescarle la memoria o como poco obligarle a que siga permaneciendo sin ser descubierto por ningún humano-le tranquilizó Sansón-pero todo eso tendrá que esperar a después de rescatar a las Virtudes que es nuestro principal objetivo, por ahora tendrás que asignarle un protector y que no le quiten el ojo de encima.

-Por supuesto-contestó Jano que parecía tan seguro como siempre otra vez.

Y así me encontraba yo de nuevo, con más trabajo que hacer y si mal no recordaba nadie me había preguntado si quería hacerlo.

-Vale-dije yo mirando a Sansón-mañana empezamos con la poción, pero, ¿qué hacemos con él ahora?-pregunté.

Y un silencio abrumador cruzó la sala hasta que fue roto por la incómoda voz de Sara.

-Me da pena, parece un poco asustado con eso de que le estaban atacando y no sabe ni que, ni quién es-

Jano dio un paso al frente para acercarse a Valentín y este reaccionó rápidamente escondiéndose más detrás de Sara.

-Valla, parece que no se quiere separar de tu amiga, es un pillín el tío-comentó Sansón que resultaba ser el único que encontraba divertido el asunto, no parecía la misma persona que horas antes me

había hablado alarmado.

-No pasa nada, yo me quedaré aquí mientras ellas duermen- dijo Jano.

Media hora después de que hubiera acabado la improvisada reunión de la sala, me encontraba tumbada sobre la cama. Jano paseaba impaciente de un lado a otro de la casa, sus pasos retumbaban en mi cabeza. Y Sara, a la que no le había quedado más remedio que meterse a su cuarto con el ángel desmemoriado, se encontraba en la habitación de enfrente. De no haber tenido el corazón destrozado ahora mismo estaría muriéndome de la risa, sin embargo, por mis mejillas se resbalaban unas dolorosas lágrimas silenciosas que lo nublaban todo a su paso.

11-TODOS LO SABEN Y LAS PLANTAS EXTINGUIDAS

Miedo

de volver a los infiernos

miedo a que me tengas miedo

a tenerte que olvidar

Miedo

de quererte sin quererlo

de encontrarte de repente

de no verte nunca más

M Clan "Miedo"

Faltan cuatro días para acabar la poción de la voluntad

Faltaban pocos minutos para que el despertador sonase. Era otro día más de sufrimiento, en el que tendría que dibujar una falsa sonrisa para no hacer daño al resto de personas, pero ¿Qué pasaba conmigo?, ¿encontraría en algún momento la manera de aplacar tanto dolor? Cada respiración me dolía como si miles de alfileres invisibles se me clavaran directamente en el corazón, quitándome de esa manera las ganas de hacerlo de nuevo.

En la soledad de mi habitación sabía que si cerraba los ojos y me dejaba llevar, acabaría sin lugar a dudas junto a Gonzalo. Deseaba con todas mis fuerzas echarle en cara lo sucio que había

jugado, como me había mentido desde el principio. Deseaba decírselo gritando y apuntándole con una espada. Me corregí mentalmente. No era de muy buen gusto tener aquellos pensamientos, no para una persona que desease tener el alma pura.

Me encontraba acostada sobre la cama en tranquilidad, tranquilidad que se vio truncada al notar una presencia inesperada en la habitación. Abrí los ojos con rapidez y unos ojos azules mirándome a menos de un palmo hicieron que mi corazón tuviera la firme intención de salir presuroso por mi boca. El susto duró tan solo una fracción de segundo, al reconocer al dueño de los mismos. Era Asier. Me incorporé en la cama con una pregunta escrita en la cara, miré en dirección a la puerta y esta se encontraba entreabierta. ¿Cómo había podido entrar sin que yo me percatara de su presencia?, ¿qué clase de guerrera era?

-Que susto me has dado-exclamé-podrías haber llamado-

Cuando acabé de desahogarme por el susto recibido, le observé más detenidamente y mi cerebro no daba crédito a lo que mis ojos le estaban mostrando. El aspecto físico de Asier era lamentable. Llevaba la misma ropa con la que le había visto hacía ya dos días, esta estaba raída y andrajosa. Era la primera vez desde que le conocía, y eso venía a ser toda mi vida, que lo veía con barba, su cara normalmente inmaculada y bien cuidada presentaba un aspecto sucio y descuidado. Unas ojeras grises resaltaban sus hasta entonces preciosos ojos, pero, lo que más llamaba la atención de su persona era la mirada. Una mirada perdida, vacía, demente.

Alargué la mano para tocarle, para cerciorarme de que era real y no mi subconsciente intentando engañarme, hacerme pasar un mal trago.

-Asier-dije con alarma.

Pero este ni se inmutó si quiera.

-Asier-dije de nuevo agarrándole esta vez por los hombros y

zarandeándole.

Él levantó la cabeza y comenzó a balbucear, palabras sin sentido, indescifrables. Hasta que por fin paró y mirándome fijamente pidió

-¿Cuéntame qué fue lo que paso el otro día?-se echó las manos a la cabeza antes de mirarme de nuevo con un ruego en las facciones-me estoy volviendo loco, necesito una explicación-

Me paré a pensar por primera vez desde el ataque en nuestra casa, como podía haber sido para una persona que nada entiende de ángeles, ni negros ni blancos, y mucho menos de brujas. Cómo podía haber sido para una persona que presencia semejante masacre, delante de sus ojos, desconociendo la manera en la que habían llegado los atacantes y la manera en la que los habíamos matado y posteriormente la manera en la que la chica con la que vivía y a la que conocía desde que llevaba pañales, con unas palabras y unos movimientos de la mano hacía desaparecer cualquier rastro.

Tenía que haber resultado realmente atroz y demencial. No sé cómo no había llegado a pensar en ello con anterioridad. Pero ahora lo iba a solucionar, o como poco iba a intentarlo. Abrí los brazos frente a Asier ofreciéndoselos como amparo. Él los rechazó con un ligero movimiento de cabeza. No se fiaba al cien por cien de mí. Me lo tenía merecido.

-Verás, desde el día anterior a mi cumpleaños, me han sucedido muchas cosas en la vida, cosas que la han cambiado para siempre-

Empecé a narrarle la historia punto por punto, sin dejarme nada, ya que lo había descubierto, lo mejor que podía hacer por él, era explicárselo todo a la perfección para que dispusiera de todos los datos. A mi manera de ver las cosas, a más información, más posibilidades de sobrevivir.

Al llegar a la parte en la que le narraba el pequeño problemilla

del posible fin del mundo, la boca abierta de Asier llegaba prácticamente hasta el suelo.

-Esto tiene que ser una broma-dijo ligeramente alucinado.

Yo forcé una falsa sonrisa y le contesté

-lo siento, pero no-dije escueta y concisamente.

Asier se quedó pensativo rascándose la nuca. Parecía bastante más tranquilo y centrado cuando habló de nuevo.

-¿A sí que eres de los buenos no?-preguntó directamente.

-Sí-contesté.

-Vale, por lo que tengo el placer de asumir que a los tipos que os cargasteis el otro día, eran malos, de los ángeles negros esos-dijo gesticulando con la mano para darse a entender.

-Exactamente-dije-veo que lo has entendido muy rápidamente-

-¡Buf!-exclamó mientras soltaba el aire y se llevaba las manos al estómago de alivio-ni te imaginas el peso que acabas de quitarme de encima. Me alegra que no seas una psicópata-

La tanda de preguntas sin final comenzó a intensificarse llegados a este punto.

-¿Y Daniel y como se llama el otro?-preguntó mirándome de manera apremiante.

-Jano-dije.

-Eso-dijo señalándome con el dedo-¿Y Daniel y Jano, quienes son?-

Era una pregunta fácil de responder.

-Son algo así como mis mentores, como mis protectores-expliqué sintiéndome satisfecha ya que pensé que se lo había

explicado bien.

Hubo unos instantes en los que Asier se quedó callado, pensativo observando el suelo de mi habitación, al alzar la vista al frente vi como por sus ojos se cruzó un odio contenido.

-¿Y Gonzalo, que me dices de él?-expulsó la pregunta mientras me contemplaba de manera siniestra.

Esa pregunta era mucho más complicada de contestar, ni si quiera yo sabía que leches pasaba con Gonzalo. No sé que fue lo que notó Asier al hacerme esa pregunta ya que abriendo los ojos como platos aventuró:

-No es de los vuestros-dijo de manera acusadora.

Yo seguía sin saber qué contestar. Mientras observaba como los engranajes de la cabeza de Asier daban vueltas juntando todas las piezas unas con otras, hasta que ahogó una exclamación.

-Es uno de los otros, ¿verdad?-dijo mientras me acusaba con la mirada-por eso nunca está aquí ni en la cafetería con los demás-acabó de decir y se quedó de nuevo pensando-¿Saben los otros, tus protectores, lo que pasó aquí la otra noche?-preguntó.

Y yo le mire raro, porque o eran imaginaciones mías o Asier estaba osando amenazarme. Le observé con perplejidad.

-¿Pero que leches te pasa?-dije, la verdad es que no le reconocía con esa actitud, es como si un ser maligno y despiadado se hubiera introducido dentro de él.

-¿Qué que me pasa?-preguntó casi gritando, se desabrochó los botones del cuello de la camisa que llevaba y mientras la abría dijo con furia contenida-mira lo que me hizo tu amiguito-

Yo me quedé perpleja. Unos moratones enormes cubrían su cuello, al estar tan marcados, las formas de las dos manos eran perfectamente distinguibles. Me llevé la mano a la boca y le pedí

perdón con la mirada.

-La misma noche que nos atacaron, a última hora se presentó en mi cuarto y me amenazó para que no dijera nada-explicó muy enfadado.

-Los siento-me disculpé-no lo sabía-

-No te preocupes porque voy a devolvérsela ahora mismo. ¿Dónde están esos protectores tuyos?-dijo moviendo la cabeza para ver la puerta que se encontraba detrás de mí.

Reaccioné muy rápidamente, me desaparecí frente a Asier para salir de la habitación antes que él. Me dirigí a la cocina para buscar a Jano, sabía que tenía que contarles la verdad ese mismo día, pero quería ser yo quien lo hiciera. No encontré ni rastro de Jano, en lugar de eso me sorprendió una nota que decía:

Te he dejado dormir, ayer hablé con Sansón y dijo que hoy no teníais que hacerle nada a la poción. Cuando acabes de desayunar y asearte con tranquilidad te esperamos en la biblioteca.

Jano.

Justo en el instante en el que acabé de leerla asomaba la rubia cabellera de Asier por la puerta. Sin una palabra me desaparecí de nuevo, esta vez dirección al cielo.

Cuando llegué a la biblioteca la encontré totalmente desierta. Me alarmé bastante. Solo esperaba que no habrían bajado a mi casa a buscarme. Mientras corría por los pasillos desesperada, una persona me llamó desde un pasillo cercano

-¿Laura?-dijo la voz de Sansón.

-Sí, soy yo-contesté mientras me dirigía a su encuentro.

Una vez allí vi que Sansón se encontraba con Jano y con Daniel. Eché el aire que había estado conteniendo por la tensión. Gracias a Dios, la parte en la que yo sería la primera en confesarles que había contado nuestros planes secretos, directamente al enemigo, estaba resuelta. Ahora quedaba lo peor, que era contarlo todo. Reuniendo un poco del valor que todavía me quedaba les dije dirigiéndome a los tres

-Sabéis, necesito hablar con vosotros-hice una pausa-hay algo que tengo que contaros-

En menos de una fracción de segundo tenía tres pares de ojos clavados en mi persona y sus expresiones eran muy dispares. La expresión de Sansón estaba cargada de tensión y advertencia, la de Jano, era totalmente de pánico y la de Daniel sencillamente de incredulidad.

El primero en reponerse de mis palabras fue Sansón que de manera autoritaria se puso al mando y ordenó a todo el mundo lo que debía hacer.

-Jano, Daniel-les llamó-coger las cajas con los frascos de la sala de pociones y llevarlas hasta mi mesa, por favor-pidió esa vez en un tono más sosegado.

Si les había molestado que Sansón les hubiera mandado, no dieron muestra alguna de ese hecho. Se fueron obedientemente a realizar la labor que éste les había encomendado. Cuando se hubieron perdido de vista Sansón me dedicó una mirada cargada de reproche.

-Laura-me dijo de la manera en la que se habla a un niño pequeño inexperto al que ves que está metiendo la pata pero le tienes cariño-ahora no lo entiendes, pero no puedes contarles nada de la marca-explicó-¿es de eso de lo que quieres hablarnos, o tiene algo que ver con ello?-preguntó indagando.

-No-mentí y desgraciadamente para mi conciencia lo hice muy bien.

-Bueno, entonces en cuanto se vayan tú y yo-dijo señalándonos con el dedo índice, primero a mí y luego a él-tendremos una charla de vital importancia.

Mi expresión y mi lenguaje corporal no debían de delatar de ninguna manera la tensión que sentía en mi interior, ya que sin preguntar nada más me dio la espalda en busca de algún libro en las estanterías. En el momento en el que Sansón se apartó de mi campo visual, una imagen, de hecho, la imagen que menos esperaba ver de nuevo, me impactó con su presencia.

Gonzalo se encontraba en mitad del pasillo de la biblioteca detrás de Sansón. Su aspecto era el que debía de presentar una persona que ha estado dedicando las últimas horas, a luchar en una masacre. Sus ropas estaban totalmente raídas y llenas de sangre seca. Un corte muy profundo recorría su pómulo derecho, el poder de regeneración de su cuerpo era visible en esa circunstancia ya que se apreciaba perfectamente como iba disminuyendo poco a poco la herida, por lo que uno era capaz de llegar a la conclusión de que acababa de salir no hace mucho de una pelea. En su mano derecha se veía con claridad, como un guante de sangre se la cubría casi hasta la altura del codo, parecía como si le hubiera introducido la mano en el pecho a alguien. Me quedé paralizada, ¿quiénes habían sido sus víctimas y a que era a lo que venía? Aún en esas condiciones no pude evitar sentirme atraída hacia él.

Mientras le echaba un vistazo furtivo a Sansón quien misteriosamente se encontraba ajeno a tan terrible escena, vi como Gonzalo me hacía un gesto con la mano para que me acercase a él. Abrí mucho los ojos, tenía que ser una broma lo que estaba viendo, ¿cómo se atrevía a decirme que fuera, después de haberme engañado y usado seguramente para acceder al cielo? Le miré con odio. Odio que quedó aplacado por el pánico al ver que Gonzalo tras mi negativa invocaba un cuchillo, se colocaba en la espalda de

Sansón y lo alzaba de manera amenazante.

Moví las manos rápidamente para pedirle que parara y me acerqué a él. Este sin esperar a que llegara a su lado, se desapareció apareciendo ante mí y cogiéndome de la mano me llevó consigo a un rumbo desconocido para mí.

Lo que se dibujó ante nosotros fue la ya conocida habitación a la que Gonzalo me había llevado en varias ocasiones. La oscuridad en la que se hallaba inmersa la estancia me dejó totalmente clavada en el sitio. En la esquina opuesta a donde yo me encontraba se encendió la primera de las luces. Esta era una vela colocada en un candelabro sobre la repisa de un mueble esquinero. A ver allí de pies a Gonzalo dándome la espalda como si nada hubiera pasado, después de utilizarme, destrozarme el corazón y amenazarme con matar a un ser querido, la furia se apoderó de mí, y mi furia era de tanta intensidad, porque todo el amor y la pasión que sentía por él se mezclaron aumentando así la sensación.

Me agaché para coger el cuchillo de mi tobillo y lanzando un grito mientras lo llevaba en alto eché a correr en pos de Gonzalo. Este se dio la vuelta y permaneció impasible mientras veía como me acercaba a él. Cuando estuve a su lado, con una destreza increíble, agarró mi mano y me la retorció para que no pudiera atacarle. Pero a mí no me valía con eso, por lo que luché con dientes y uñas para soltarme y darle su merecido. Gonzalo se desapareció y yo lo hice tras de él dispuesta a luchar y demostrarle que no era una mujer débil. Pero de poco me valió mi valentía y mis entrenamientos ya que en menos de dos minutos me encontraba sentada y maniatada a una silla junto a la cama, de la que suponía era la habitación de Gonzalo. Pero poco podían hacer unas ataduras para acallar mis palabras.

-¿Pero que estás haciendo?-pregunté realmente furiosa-¿no te ha valido con engañarme y mentirme, que también quieres humillarme y hacerme sentir indefensa?-

Le miré directamente a los ojos con furia, mientras mi pecho se movía violentamente arriba y abajo, en un intento por demostrarle que no le tenía miedo. Volví a hablar, esta vez más concretamente a mentir.

-Sabes, todas y cada una de las palabras que te dije el otro día antes de que te marchases-cogí aire para gritar muy fuerte-eran mentira. No estoy enamorada de ti, te odio-esa última parte era verdad, en ese momento era lo único que sentía.

Pero para mi sorpresa e irritación Gonzalo se echó a reír frente a mí a carcajadas. Me molestó muchísimo y la temperatura de mi cuerpo subió rápidamente, habría deseado insultarle, gritarle, y causarle tanto dolor como él me había causado a mí, pero justo cuando iba a hablar, colocó una mordaza sobre mi boca, acallando así cualquier comentario.

-Laura-dijo con dulzura en la voz mientras me acariciaba con mano temblorosa el pómulo izquierdo-desde el primer momento en el que te conocí conseguiste que dejase de actuar de manera predecible hasta para mí. Me confundes-confesó-y eso, me hace sentir muy raro, ya que existo desde hace miles de años y jamás había tenido ese efecto sobre mí ningún ser, ni humano ni sobrenatural-

Se alejó caminando hasta el otro lado de la cama donde había una silla exactamente igual a la que me encontraba sentada y maniatada, la cogió y la colocó con soltura frente a la mía, sentándose de manera muy masculina.

-Solo quiero hablar contigo, explicártelo todo-movió la cabeza hacia los lados en forma de reproche-pero como siempre, tú me lo pones difícil, cuando estés dispuesta a escucharme, me avisas, pero desde ahora te advierto de que tenemos poco tiempo, así que decídete pronto-se levantó de la silla de forma resuelta y mientras se marchaba en dirección a una puerta que se encontraba frente a nosotros se giró para decirme-mientras te tranquilizas voy a limpiarme-

Lo que se encontraba tras la puerta de madera era un baño

enorme y precioso como todas las habitaciones que había visto que tenían relación con Gonzalo. Al acceder al interior dejo la puerta entreabierta por lo que pude ver con toda claridad de detalles el interior. Observe como se desabrochaba la camisa llena de sangre botón a botón y la tiraba a un lado, vi como encendía el grifo dorado de la descomunal bañera y como de ésta, mientras se llenaba, salía un ligero vapor, que aunque pueda parecer raro tenía un olor perfumado, me prohibí ver como se quitaba la parte inferior antes de introducirse en el agua caliente. Por lo que la confirmación de que se había introducido en la bañera me llegó de forma sonora.

Aparté la mirada el resto del baño de Gonzalo, porque me di cuenta de que si la música amansa a las fieras, a mí me amansaba Gonzalo. Toda la furia, el dolor y el rencor se habían consumido hasta convertirse en menos que las cenizas de lo que habían sido momentos antes.

Cuando solo habían transcurrido cinco minutos desde que se marchase, Gonzalo reapareció por la puerta. Vestía un pantalón vaquero y una camisa, esta vez de color blanca. Su cuerpo desprendía el mismo olor que antes había salido del agua de la bañera. Tenía el pelo ligeramente mojado, lo que le confería más oscuridad si cabe. No podía resistirme a él, era mi ruina. Bajé la cabeza de manera inconsciente en el momento en el que sentí la rendición de mi cuerpo, Gonzalo me había ganado la batalla, iba a escuchar lo que fuera que tenía que decirme.

Noté su persona frente a mí, parada, aguardando algún tipo de señal por mi parte que le indicase lo que había decidido. A pesar de ir a ceder a su petición, para no ponérselo tan fácil tarde un par de minutos en levantar la cabeza, tiempo, que Gonzalo esperó pacientemente. Una vez la hube levantado, Gonzalo alargó las manos hacia mi boca para quitarme la mordaza, no sin antes advertirme

-Si no me dejas hablar, te tendré la boca tapada hasta que acabe-me dedicó una mirada desafiante antes de retirar de una vez la mordaza.

Intenté transmitirle mi enfado con una mirada todo lo que me fue posible, antes de dejarle claras un par de cosas.

-Escucharé en silencio lo que me tengas que decir, con una condición-y de haber tenido las manos disponibles, en ese momento habría levantado un dedo para darle énfasis a mi declaración-que es que respondas a la siguiente pregunta-Gonzalo me miró con una cara realmente aterrorizada, podía asegurar sin temor a equivocarme que era la vez que más vulnerable le había visto-¿de quién era la sangre que tenías encima hace unos minutos?-

La cara de tensión de Gonzalo desapareció con un suspiro para dejar paso a una enorme y deslumbrante sonrisa. Maldije para mis adentros, había hecho la pregunta que menos le importaba responder, por lo tanto, había hecho la pregunta equivocada.

-Eso-preguntó con un gesto de la mano quitándole importancia-nada, un par de ángeles que me molestaban y he tenido que acabar con ellos-dijo con asombrosa tranquilidad, como si fuera lo más normal del mundo-

Al observar la reacción que su respuesta había tenido sobre mí, que me encontraba con la boca abierta y los ojos desorbitados, rápidamente añadió

-Pero no te preocupes, todos eran malos, ángeles negros-dijo suprimiendo esta vez la naturalidad en la forma de decirlo-además, no he disfrutado haciéndolo-se defendió poniendo cara de niño bueno.

Con lo que no pude evitar reírme a carcajadas. En el preciso instante en el que paré de reír Gonzalo comenzó a hablar, esta vez de manera muy seria.

-Hace un par de meses, en el infierno, más concretamente en los altos mandos infernales, hubo mucho revuelo, al anunciar Patricia que había percibido poder mágico en la tierra-explicaba Gonzalo mirando a un punto en el infinito mientras parecía estar reviviendo lo que narraba-hicimos una reunión para decretar el procedimiento a

seguir, mero trámite, ya que en última instancia la decisión recae sobre Víctor, pero le gusta tener contento a todo el mundo-explicó-en dicha reunión, se decidió enviar a buscarte a un guardián muy ducho, a un guardián encargado de la protección de los Pecados, Cristian-aclaró para que le entendiera-estuvo recabando información, de manera que tú no pudieras advertirlo, para que no descubrieras su naturaleza-tras unos días en los que se dedicó a sonsacar a Sara, a vigilarte, a descubrir quién eras, una noche Víctor me llamó ante él para mandarme la misión de vigilarte de cerca, quería que le ofreciera mi visión sobre si eras peligrosa o no y que le ayudara a decidir lo que hacer contigo. Me molestó muchísimo que me encomendara a una misión de principiantes, después de todo lo que yo había hecho por él, pero aún así, como siempre no me quedaba más remedio que obedecer-

Llegados a ese punto, Gonzalo se calló ipso facto y esta vez sí que me miró a mí, con una intensidad desbordante, que me dejó completamente petrificada.

-La primera vez que te vi, fue como si el mundo entero se parase, como si todos los siglos de vida que tengo, tan sólo habrían servido para que llegase ese momento, todo lo que había conocido y sentido, palidecía y perdía sentido con tu persona. Pusiste mi mundo y mi interior patas arriba. Existía una fuerza inquebrantable que me empujaba en tu dirección. No podía aguantarlo, era tan doloroso, insoportable, desde la muerte de mi hijo jamás había tenido un sentimiento tan intenso, por eso me marché rápido e inesperadamente-

Dejó de hablar y me observó, quizás lo hizo para darme la oportunidad de preguntar algo, si así lo quería, pero yo me encontraba perpleja, sin saber si realmente me estaba diciendo lo que yo creía estar escuchando. Tras la breve pausa retomó la historia como si nada.

-Después de cenar con vosotros, estuve vagando por el infierno sin rumbo, en un pésimo intento por aclararme las ideas, por

saber que es lo que me había sucedido, pero no conseguía borrarte de mis pensamientos, era demencial, por lo que tomé la decisión de ir a hablar con Víctor para comunicarle, que desconocía si eras una amenaza o no, que necesitaba más tiempo para saberlo, tras oír aquello él me encomendó la misión personal de vigilarte,-sonrió de manera maligna-me sentí muy satisfecho ya que había logrado mi propósito, la pregunta siguiente era, ¿sería esa decisión realmente lo mejor para mí?-

Gonzalo se movió con suavidad hacia delante, rodeó mi cintura con sus brazos, posteriormente la silla, hasta acceder al respaldo. Con la misma destreza con la que solía realizar todos sus movimientos soltó la cuerda con la que me tenía retenidas las manos, aunque siguió hablando sin darle importancia a la acción que acababa de realizar.

-Por lo que al día siguiente me encontré en la tesitura de decidir qué iba a hacer contigo. Tras la primera mañana que pasé en la cafetería, como seguía sin saber que era lo que pasaba, que clase de fuerza me empujaba hacia ti, dejé pasar los días, pensando que la atracción se volvería más suave y me dejaría pensar con claridad.-sonrió y movió la cabeza al decir aquello, ese movimiento parecía dar a entender que había sido un iluso al pensar aquello-Pero una noche después de volver de la misión personal de vigilarte, fui llamado a una reunión, en ella se nos comunicaba que en el plazo de dos días, te serían entregados tus poderes, que Patricia iba a realizar un ritual en el que te desangraría, tomaría tu sangre y así tus poderes le serían otorgados a ella, la alegría por la noticia rozaba casi la demencia, con los poderes de las brujas blancas Silvestre en nuestra posesión, teníamos la victoria de la ancestral batalla entre los ángeles negros y los ángeles blancos en nuestro bolsillo. Yo, en vez de alegrarme porque todo fuera a acabarse de una puñetera vez, sentí más pánico del que jamás había experimentado en la vida, y créeme cuando te digo que me he encontrado en miles de situaciones macabras-explicó con convicción-estuve toda la noche pensando en lo que hacer después, a la mañana siguiente fui al bar y no te encontré, me sentí

alarmado hasta que escuché que ese día trabajarías por la tarde, cuando llegó la hora de tu turno, me aparecí en el callejón de atrás y acudí a tu encuentro, a medida que pasaban las horas, que el día avanzaba y llegaba a su fin, tomé la decisión de contarte todo-movió las manos, como si solo con recordar su ocurrencia se diera cuenta de la insensatez que era-el problema residía en como contártelo si jamás me atrevía a hablarte, me ponía tenso en tu presencia, a sí que cuando aceptaste que te acompañase a tu casa, pensé que eras bastante insensata-

-¡Oye!-repliqué ofendida-me tendiste una encerrona, ¿qué te iba a decir?-pregunté colocándome las manos a los lados de la cintura.

-Déjame acabar-pidió-que no estoy metiéndome contigo-

-Vale, vale-dije mientras le hacia un gesto para que prosiguiera.

-Mientras paseábamos intentaste entablar conversación y me pusiste tan nervioso cuando te vi preocupada, sentí la extraña sensación de que tu dolor me dolía, nos sentamos en el banco y juro que por un momento, cuando alargué la mano para tocarte, no fui yo quien lo hizo, fue una fuerza que brotaba de mi interior, tu no recuerdas lo que sucedió al juntar nuestras manos, pero un chorro de luz cegadora surgió de nuestra unión y recorrió nuestros brazos, tras el impacto por el extraño suceso, descubrí que te habías desmallado y te llevé a tu casa. Todavía en tu cuarto pensé que lo que había sucedido era un castigo porque alguien tan poco puro como yo osara tocar algo tan hermoso-

No entendía lo que me estaba diciendo, ¿estaba insinuando acaso que sentía algo por mí? Gonzalo me acarició la cara y me sonrió con la mirada.

-A sí que supe que tenía que dejarte, que no podía verte más, el problema era que tu presencia se había gravado a fuego en mi interior y me acompañaba allí donde fuera e hiciese lo que hiciese. La

noche en la que te iban a matar dude tanto de lo que debía hacer que casi llego tarde-

-¿Por qué salvaste a Sara?-pregunté al acordarme de pronto.

-Porque vi un dolor desgarrador en tu mirada cuando pensaste que iban a matarla y no podía verte sufrir. Esa noche descansé tranquilo porque de momento había logrado que no te matasen. Pero seguía sin ser suficiente, no dejé de darle vueltas a todo, quería volver a verte, ser parte de tu vida, pero aunque tú todavía no lo supieras, éramos enemigos, a sí que ideé el pacto y fui a buscarte para ofrecértelo. Esa noche cuando me aparecí en tu cuarto descubrí la imperfección de mi plan al ver que estabas a punto de gritar al sentir mi presencia, corrí a taparte la boca y de nuevo supe que había cometido un error, en nuestra cercanía sentía como tu corazón palpitaba fuertemente, tan solo había logrado asustarte-

En ese momento le interrumpí, ya que parecía que Gonzalo me estaba confesando sus sentimientos, deseaba pagarle con la misma moneda.

-No me latía rápido por el miedo, si no por tu presencia-cerré los ojos y le dije-como ahora-

Agarré la mano de Gonzalo con nerviosismo y la coloqué sobre mi pecho. Gonzalo entrecerró los ojos con pasión al posar la mano sobre él, bajo lentamente la cabeza hasta posar sus labios sobre mi frente.

-Acariciarte es el mayor de los placeres-me susurró al oído.

-Estar contigo es el mayor de los placeres-contraataqué yo con una sonrisa.

-La noche en la que aun sabiendo de mi pasado acudiste a mi lado, supe a ciencia cierta que debía contarte toda la verdad. El resto de los días después de ese momento fueron sencillamente maravillosos, como estar en el cielo, cuando estoy a tu lado, me siento

como una persona normal, olvido el horror y el sufrimiento, olvido las atrocidades que he cometido a lo largo de los años. Eres parte de mí, la mejor parte de mí-concluyó en un susurro junto a mí oído.

Al acabar de hablar, comenzó a deslizar a lo largo de mi mejilla sus labios, una y otra vez, consiguiendo que mi corazón palpitara alocadamente, debido a el deseo y la pasión, un hormigueo de placer recorrió todo mi cuerpo y mi estómago se contrajo. En cierto momento sentí como los labios de Gonzalo seguían un descenso milimétrico a un lugar más abajo, yendo despacio y suavemente hasta la comisura de mis labios. Mi corazón, literalmente se paró en ese instante y experimenté la sensación más maravillosa que jamás había conocido cuando los dulces y carnosos labios de Gonzalo se posaron sobre los míos. Era un contacto suave y caliente que consiguió deshacerme por dentro e hizo que me dejara llevar por mis sentimientos. Tras unos minutos del dulce beso cargado de amor, Gonzalo se apartó para observarme, y lo que yo vi en su mirada fue, una mirada cargada de pasión y deseo que me maravilló. Llevada por el torrente de emociones, alargué la mano para acariciar el cuello de Gonzalo, para transmitirle mi amor, sin pensármelo dos veces, tire de él atrayéndolo hacia mí, y le besé. Al hacerlo, noté como Gonzalo sonreía bajo mis labios. Tras unos instantes se separó unos pocos centímetros y volvió a hablar de nuevo.

-El otro día en la cafetería, después del encuentro con Sara, cuando decidiste hacerme participe de tu batalla y me dijiste que los ángeles del cielo, habían tomado la decisión de que si en el plazo de un mes no encontrabais y rescatabais a las Virtudes procederían con el fin del mundo. Vi totalmente clara mi misión-Gonzalo se irguió en su silla, dándole énfasis a sus palabras-debía ir a por las Virtudes y rescatarlas, el alcanzar esa convicción no me costó nada ya que el mundo no podía acabar, quizás antes-explicó mirando al infinito mientras parecía hacer memoria-no me hubiera importado ver como todo acababa, nada tenía sentido para mí, tan solo vivía por inercia ya que poseía la cruz de la inmortalidad, es más seguramente habría sido un alivio, pero no ahora-su semblante se volvió duro-porque si el

mundo acabase, tú acabarías con él y eso es algo que jamás permitiré-juró-el problema vino cuando me contaste que teníais un plan para bajar al infierno y rescatar a las Virtudes, en ese momento el mundo se me vino encima, las cosas se estaban complicando, si asaltabais el cielo, Víctor, no me dejaría quedarme de brazos cruzados, me dominaría para que os masacrara sin piedad, y solo el pensamiento de poder hacerte daño es peor que cualquier tortura-al explicar eso se puso las palmas de las manos abiertas sobre los oídos, como si aquello le calmase los malos pensamientos-tenía que impedir que atacaseis a toda costa, te pregunté cuanto tiempo quedaba para que acabaras la poción y me dijiste que cinco días, era un tiempo efímero, las cosas cada vez se ponían peor, no sabía qué hacer. Pero no habías terminado ahí con tu exposición, dijiste que habías encontrado una poción para que no pudieran dominarme y en ese momento palpé la felicidad con la mano, como tantas otras veces que estaba en tu presencia-me deslumbro con una espectacular sonrisa logrando que mi corazón se acelerara y me nublara los sentidos-al ver mi alegría reconociste que el principal ingrediente estaba extinguido, que era uno de los tres extinguidos, añadiste, aquello despertó un recuerdo olvidado, guardado en algún lugar de mi cerebro, tenía un presentimiento, pero necesitaba más datos y por eso te pregunté por el nombre. Tenía que investigar como fuera, esa era la única solución-

Gonzalo me miró de manera profunda e intensa cogiéndome las manos con firmeza pero con suavidad, era la única persona que me había tocado así en la vida y era una sensación indescriptible, disfruté de su contacto, de su calor, de su olor.

-Lo más duro de todo fue cuando me confesaste tus sentimientos-me levantó la barbilla, que yo había bajado azorada al tener que recordar ese momento, para que le mirase directamente-inundaste mi ser de una felicidad tan enorme, que a punto estuve de confesarte todo en ese momento, pero supe que eso sería mucho peor, tenía que esperar, pero era tan difícil dejarte allí sin explicación y sabiendo que me correspondías. Pero ahora puedo explicarte porque

me fui, me fui porque no podía decirte que durante todos los días que hemos pasado juntos, has estado, por el día en el cielo y por la noche en el infierno, no podía desvelarte que conoces el camino. Que hemos estado entrenando en el castillo donde viven los Pecados y que en las mazmorras que se encuentran bajo la fortaleza están las encerradas las Virtudes-

Cuando acabó de contar aquello, le observé boquiabierta sin saber que responder, aunque una duda, algo que no acababa de cuadrar se pasó por mi mente y tuve que preguntárselo.

-Pero, ¿Por qué me lo cuentas ahora, si sigo sin tener manera de librarte de la dominación?-pregunté.

Gonzalo puso una cara irresistible, entre pícara y entusiasmada.

-Hay que dejar la mejor noticia siempre para el final-me dijo mientras me acariciaba y se acercaba lentamente a mi oído para acabar diciéndome-preciosa mía-

Gonzalo colocó sus manos alrededor de mi cintura y me atrajo hacia su cuerpo con firmeza, sabía que iba a desaparecerse para llevarme hasta otro lugar, pero yo me sentía completamente segura a su lado, por lo que posé la cara sobre su pecho y cerrando los ojos disfruté de su cercanía.

Al llegar a nuestro destino, tras unos segundos tuve que abrir los ojos y separarme de su abrazo, lo hice a regañadientes, aunque al fijarme en el lugar al que me había llevado, mi atención se posó totalmente sobre él. Miré a mi alrededor y me quedé totalmente maravillada, ese sitio parecía un paraíso. Nos encontrábamos al borde de un lago de agua cristalina, en uno de los laterales, una cascada de incalculable belleza caía insaciable, siendo lo único que rompía el silencio de aquel maravilloso lugar. A su alrededor, una cincuentena de sauces llorones lo rodeaban íntegramente, dejando tan solo un espacio de un metro de hierva y hermosas flores, entre el lago y los sauces. La totalidad de las ramas de estos llegaban hasta el suelo,

formando de esta manera una especie de cortina natural que escondía ese paraíso del resto del mundo. En el aire flotaba un delicioso y embriagador aroma floral. Sobre la superficie del lago, los rallos del sol se reflejaban, haciendo parecer que esta, estaba cubierta por miles de brillantes cristales. No pude evitar agacharme para tocar el agua, su contacto fue sorprendente ya que esta, se encontraba templada, este hecho, lo único que conseguía si cabe era hacerla más atractiva.

Encontrándome de cuclillas con la mano dentro del lago, levanté la vista y mirando a Gonzalo le dije

-Es el lugar más hermoso que he visto en la vida-confesé.

Gonzalo rio con suavidad y antes de hablar me miró con dulzura.

-Tú eres lo más hermoso que he visto en mi vida-replicó.

Desvié la mirada muy avergonzada y sumamente nerviosa. Gonzalo pareció encontrar divertido mi pudor y noté una sonrisa en su voz cuando volvió a hablar.

-El recuerdo que se despertó en mi mente el otro día fue, que hace cientos de años, Víctor, me encomendó la misión de acabar con tres especies de plantas que os resultaban de vital importancia a las brujas para realizar hechizos, al no poder privar a sus brujas de esos ingredientes, y para concederles así una enorme ventaja, las cultivamos en este lago-Gonzalo abrió los brazos en un intento por abarcar cuanto nos rodeaba-

-¿Quieres decir que en este lugar se encuentra la violeta dorada?-pregunté con entusiasmo, casi podía palpar la felicidad con la punta de los dedos.

-Sí-contestó Gonzalo con una enorme sonrisa-en la profundidad del lago se encuentra el Notrac gris. Tras la catarata, en una cueva prácticamente escondida, se halla la Recedrata y para mi más profunda alegría, la flor que puebla toda la extensión de hierva

es,-realizó una pausa significativa y cargada de pasión-la violeta dorada-

Miré a mi alrededor, hacia la extensión de hierba. Entrecerrando un poco los ojos, era más fácil ver unas diminutas flores, doradas que crecían por todos los lados, formando pequeños círculos. Las observé y me parecieron más hermosas si cabe, ya que eran la solución a nuestros problemas materializada. Sin pensar ni por un segundo en si debía hacerlo, di media vuelta y salté a los brazos de Gonzalo, tan inesperada le resultó mi reacción que cuando mi cuerpo golpeó contra el suyo ambos nos precipitamos contra el suelo. Una vez estuvimos los dos en él, Gonzalo, con un increíble y preciso movimiento se colocó sobre mí. Durante unos instantes me miró fijamente a los ojos, unos ojos que decían cuanto sentían por mí, unos ojos que consiguieron que todo mi interior se moviera produciéndome una sensación de nerviosismo, felicidad y deseo. Con suavidad y lentitud sentí como la cara de Gonzalo se acercaba a la mía, segundos después sentí su respiración sobre mi boca, sentí su calor, su olor, su presencia invadiéndome por completo, justo antes de que sus carnosos y dulces labios se posaran sobre los míos. Un escalofrío recorrió mi columna, erizando el bello de mi cuerpo. Y aunque el beso había comenzado de manera delicada, fue ganando intensidad a medida que avanzaba y sin darnos cuenta, rodábamos por la hierva, hasta que acabamos cayendo al lago.

Al sentir el contacto del agua nos pusimos de pie, y nos miramos mientras la pasión que habitaba en nuestros cuerpos perdía intensidad debido a la húmeda interrupción, era mejor no averiguar la manera en la que hubiésemos acabado de habernos dejado llevar por nuestros impulsos.

Me quité las zapatillas, me había empapado completamente y de manera traviesa le lancé agua a Gonzalo con el pie descalzo. El gesto que de nuevo le pilló desprevenido, pero tras el impacto inicial le hizo mucha gracia. Yo al ver que se abalanzaba sobre mí eché a nadar hacia el centro del lago, un esfuerzo inútil ya que Gonzalo tardó

milésimas de segundo en darme caza y agarrándome de la pierna tiró hacia atrás de mí. Giró mi cuerpo hasta que nos quedamos frente a frente. Los dos estábamos empapados, a Gonzalo le caía agua del pelo, agua que le recorría toda la cara hasta acabar cayendo por la barbilla. Tenía la camisa blanca tan mojada que casi era transparente, se le había pegado al cuerpo y eran apreciables todos y cada uno de sus músculos, era un espectáculo digno de admirar. Reí, era una situación muy graciosa, la de que hubiésemos acabado en el lago.

Gonzalo retiró mi mojado pelo hacia atrás y me acarició dulcemente la cara, fue descendiendo por el cuello lentamente, para continuar bajando hasta la cintura, todo esto sin apartar la mirada de la mía ni un solo momento. En mi interior hervía la pasión, deseaba que Gonzalo acariciase cada centímetro de mi cuerpo, él pareció notarlo en mi mirada y volvió a besarme, esta vez de manera más intensa, mientras nuestros cuerpos disfrutaban de su extrema cercanía.

Toda la hermosura y la magia del momento que estábamos viviendo, se rompió en un solo instante. A nuestra espalda surgió de la nada un grito de rabia. Nos giramos en esa dirección, para descubrir a Patricia hecha un basilisco mientras nos observaba. Gonzalo me tapó con su cuerpo en un desmesurado intento de protección.

-¡Bruja furcia!-exclamó Patricia con odio-te voy a matar con mis propias manos, ya no me interesan tus insignificantes poderes. Ese hombre es mío-dijo señalando a Gonzalo, al que noté expulsar un suspiro-lo quiero para mí y tú has osado mancillarlo con tus sucias manos. Me vengaré por esto, lo juro-finalizó escupiendo en el suelo, de manera que quedara clara que su amenaza quedaba sellada, aunque a mi parecer lo único que consiguió fue hacerla asquerosa.

Después de decir aquello se marchó corriendo. Cuando se perdió de vista tras los sauces llorones, Gonzalo se dio la vuelta para decirme

-No puedo hacerle nada, es humana-se excusó.

-Lo entiendo-respondí colocándole la palma de mi mano sobre su pómulo-parece que está enamorada de ti-

Gonzalo expulsó aire fuertemente.

-Una idea me hacía, debemos de irnos de aquí, va a ir directamente a contárselo a Víctor-aclaró.

-Me parece que ya todos lo saben, imagino que habrás caído en la cuenta de que Sansón habrá notado mi ausencia-dije y me reí por lo cómico que sonaba-estarán hechos una furia, además Asier-el recuerdo de lo que Gonzalo le había hecho, de las marcas de su cuello cayó sobre mí como una losa, con los ojos anegados de lágrimas le pregunté-¿Por qué le hiciste daño a Asier?-

Gonzalo que había observado con temor mi repentino cambio de estado anímico, con lo que parecía un arrepentimiento sincero me contestó

-Solo le amenacé agarrándolo por el cuello, no tenía ninguna intención de dañarle-levantó mi barbilla para que le mirara-no sabía que hacer para que no lo contase, pero ahora me doy cuenta de que no hice lo correcto, por nada del mundo quiero hacerte ningún daño-

Y yo sabía que sus palabras estaban llenas de sinceridad.

-Vale-dije sobreponiéndome-debemos ir a acabar la poción para que no puedan dominarte-

Y fundiéndonos en un abrazo nos desaparecimos en dirección al pilar del cementerio. Lo que nos esperaba allí era pan comido en comparación con lo que vendría después. Había que contarle todo a Jano, Daniel y Sansón, iba a ser un milagro que todos saliésemos con vida de esta.

12-DIRECTOS AL MATADERO

Mientras viajaba en brazos de Gonzalo camino del pilar del cementerio, un abrumador sentimiento de pánico se introdujo en mi ser, ahora que se suponía que podríamos estar juntos, que nadie ni nada podría separarnos, ¿por qué sentía que aquello no iba a resultar tan fácil? Que algo peor que lo que habíamos tenido que superar nos acechaba a la vuelta de la esquina preparado para abalanzarse sobre nosotros en el momento más inesperado.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron para ponerse alerta. Con el tiempo que había transcurrido desde que Patricia nos descubriera en el lago, Víctor y por consiguiente todos los ángeles negros, si este así lo deseaba, sabían que Gonzalo era un traidor. Podía imaginar la furia asesina que sentiría Víctor en este momento, al descubrir lo de Gonzalo. Y eso me hacía estremecerme por dentro.

Ningún lugar era ya seguro para nosotros, si antes existía el peligro de que vinieran a matarnos, ahora sabíamos a ciencia cierta, que esperaban cualquier minúscula distracción para masacrarnos.

Debía de darme prisa en acabar la poción para que no pudieran dominar a Gonzalo y teníamos que ir sin falta a contárselo a Jano y Sansón. Debíamos trazar un plan.

Nos aparecimos en la planta superior del pilar, justo en el lugar perfecto, ya que era allí donde tenía la poción inacabada y todo lo que necesitaba para concluirla. Eché un vistazo a Gonzalo y como tantas otras veces no pude evitar sonreír. ¿Cómo era posible que con solo mirarle sintiera que todas las cosas marchaban bien?, que todo era perfecto, que todo estaba donde debía estar.

-¿Sabes que estaría bien?-le pregunté.

Y él, para mi sorpresa contesto de la manera que menos me hubiera imaginado jamás.

-¿Besar cada centímetro de tu piel una y otra vez?-preguntó con pasión en la mirada.

Tuve que mover la cabeza y luchar contra los sentimientos que habían producido en mí las palabras de Gonzalo para contestarle

-Que hicieras aparecer algo de ropa seca, ¿es eso posible?-pregunté con concentración.

Él fingió una cara a partes iguales entre decepcionada y ofendida, pero respondió con chulería:

-Por favor, claro que puedo-dijo.

Minutos después nos cruzamos por las escaleras de caracol, cuando yo subía de cambiarme la ropa en la planta baja, y Gonzalo bajaba en esa dirección para cambiarse también.

Saqué la poción de un armario, encendí el fuego, coloqué un pequeño caldero sobre él y la vertí en su interior. Una vez realizadas esas acciones me dirigí a buscar las dos cosas que me hacían falta, una pesa y el libro en el que explicaban como realizar la poción.

Transcurrieron unos diez minutos hasta que la poción acabó de hacerse por completo. Gonzalo me observaba con interés de pie con los brazos cruzados y las palmas de las manos abiertas, se encontraba en una postura defensiva, dispuesto en milésimas de segundo a hacer aparecer un arma para defendernos de posibles atacantes. Me aclaré la garganta antes de dar la confirmación en voz alta de lo que ambos estábamos esperando.

-La poción esta lista-anuncié y miré con miedo a Gonzalo.

Esto era la prueba de fuego, si la poción fallaba, nada podríamos hacer. Vertí la cantidad indicada en un pequeño bote de cristal, un bote de cristal como los que había estado llenando de pociones en la biblioteca.

Gonzalo sostenía con su mano derecha el bote de cristal con la poción dentro. Nos observamos con intensidad varios segundos antes de que con un movimiento que mis ojos de humana no pudieron seguir, se bebiera el líquido.

Los momentos posteriores fueron muy tensos, si estábamos esperando una reacción, esta no se produjo. La decepción y desesperación en nuestras caras era visible, mis ojos estaban empezando a calentarse y humedecerse. Para mi sorpresa Gonzalo gritó de manera desgarradora y se dejó caer de rodillas al suelo. El pánico me bloqueó completamente y solo fui capaz de ver inmóvil como una vez en el suelo se arrancaba la camiseta que llevaba. Su pecho se movía violentamente hacia arriba y hacia abajo, hasta que todos sus músculos se tensaron y se desplomó quedándose inerte en el suelo. Cuando le vi tendido como si de un objeto se tratase, ahí sí que fui capaz de reaccionar, me agaché a su lado y le di la vuelta para poder ver en que estado se encontraba.

Lo primero y lo que más me llamó la atención no fue que estuviese inconsciente, fue que el intrincado dibujo que tenía sobre el pecho, la marca de la dominación había desaparecido, por el lugar donde había estado momentos antes, supuraba una especie de sangre negruzca que se iba evaporando al contacto con el aire. Mientras estuvo en proceso de desaparición el extraño líquido, Gonzalo permaneció inconsciente, por eso resultó tan angustioso. Era descorazonador verlo tendido en el suelo con la cabeza sobre mis piernas y los ojos completamente vueltos hacia atrás, en blanco.

No dejé de acariciarle con cariño la cara ni un instante y cuando por fin se despertó me habló.

-Me siento diferente-dijo con voz débil todavía.

Yo coloqué la cara sobre su cabeza y me sentí inmensamente feliz de que hubiese funcionado.

-Tu marca ha desaparecido-le indiqué.

Con sus ágiles movimientos recuperados, se incorporó y miró el lugar donde debiera de haber estado la marca. Apartó la mirada del lugar dirigiéndola directamente hasta mí. Me miró con profundidad, cariño y agradecimiento. De un paso se acercó hasta mí y me envolvió en un abrazo haciéndome flotar de alegría.

-Gracias-me susurró al oído.

-Ha sido todo un placer para mí ayudarte, créeme-le contesté yo sonriendo.

Por la cara que puso, me imaginé lo que venía a continuación, iba a decirme que debíamos irnos ya, que no teníamos tiempo para estar juntos, que había una batalla en la que teníamos que luchar para ser libres realmente. Lo sabía, pero aun así me molestaba.

-Antes de que nos vayamos a donde esos ángeles blancos tuyos a que traten de matarme-dijo componiendo un semblante serio-hay un par de cosas que quiero decirte.

-Cuando Víctor se alzó con el poder, después de que Lucifer fuera derrotado, me tomó como su mano derecha, creo que pensaba que era la única persona en la que podía confiar-explicó-aunque tan solo lo creía porque yo carecía de voluntad. El caso es que al alzarse con el poder, estaba tan preocupado y paranoico porque no se lo arrebatasen que recorrimos cada lugar, cada recoveco del infierno para demostrar a todo el que lo habitaba, que él era el soberano y que no tenía rival. Aunque pueda sonar extraño se encontraba en una situación paradójica, ya que pese a haber conseguido lo que siempre había soñado, el trono del infierno, era realmente infeliz porque, el solo pensamiento de que se lo intentasen arrebatar le consumía por dentro. Las ocho espadas que viste en el sótano de la fortaleza, fueron un regalo que les otorgó Lucifer a los Pecados por ser sus ángeles favoritos, parte de su séquito. Originariamente eran siete, aunque en un momento dado, Víctor las hizo fundir para quitarles a cada una un poco, y así poder forjar otra espada y otro cuchillo para mí, de esa manera quería demostrar que era su segundo y que estaba

arropado por más ángeles que el mismísimo Lucifer y que podía hacer cuanto le viniese en gana. Tuvo que fundir las espadas para poder hacer otra con los mismos poderes que las originales, porque antes-recalcó la palabra antes haciendo un signo de comillas con los dedos-Víctor no tenía el poder suficiente. Ahora, simplemente su poder es incalculable-dijo poniendo cara de horror.

Tragué saliva y sentí miedo, era una locura enfrentarse a Víctor, incluso Gonzalo le tenía respeto, es más, pensaba que no era rival, aunque no quisiera exteriorizarlo. Gonzalo siguió hablando.

-Para terminar ya la historia de las espadas, tuve que verter mi sangre en el molde donde se forjó mi espada, para que esta obedeciera mis órdenes. La mía es la que porta las piedras negras-sonrió, parecía que le tenía cierto cariño a la espada. Pero bueno, me he desviado del tema, eso no era lo que te quería decir-se puso serio de nuevo y se sentó un poco más al borde de la mesa acercándose a mí de esa manera-tras varios siglos de viajar por los lugares más recónditos del infierno, Víctor pareció quedarse satisfecho e ir relajándose, no había ángel oscuro o demonio que osara enfrentarse a él, porque todos habían comprendido ya, que él, era el más fuerte. Decidió entonces que podíamos volver al castillo, y que allí pondría su sede e impartiría las órdenes. El castillo consta de diez alturas, más una planta en la parte superior, que era donde antiguamente se aposentaba Lucifer y que estaba destinada enteramente a su uso. Al llegar allí Víctor decidió que debía ocupar ese lugar. Hizo falta mucho tiempo, poder y magia para poder entrar en esa planta, pese a que lo único que nos lo impedía aparentemente, era una sencilla puerta de madera con un minúsculo pomo y encima carecía de cerradura. Una vez que se consiguió abrir, Víctor estaba eufórico, no cabía en si de gozo. Al adentrarnos en el interior, tan solo él y yo, vimos que la planta, a la par que inmensa era diáfana, no existía ningún tipo de separación. Carecía de cama, baño, no había ni si quiera un armario. Solo las paredes completamente plagadas de libros, cadáveres con mutilaciones y disecados, órganos y toda clase de extraños seres en botes llenos de líquido, era una visión espeluznante incluso para unos

seres tan curtidos en el horror como nosotros. Pero lo peor, el descubrimiento que Víctor andaba buscando desde su alzamiento, aquello que podría arrebatarle el trono y suponer nuestro hundimiento se encontraba en el centro de la estancia sobre un altar, en forma de libro. Como aún desconocíamos su contenido Víctor se acercó curioso a leerlo. Al acercarnos y poder observarlo más detenidamente, pudimos apreciar que el libro estaba hecho de piel humana y escrito con sangre. Allí plasmados en sus páginas se encontraban todos y cada uno de los secretos del infierno, secretos que solo la criatura más longeva y poderosa que lo había habitado podía conocer, mapas de todos los lugares, planos del castillo con sus entradas secretas, salidas, calabozos especiales a los que ni tan si quiera habíamos accedido, ni sabíamos de su existencia. Pero lo peor, aquello que costaría nuestra ruina de saberse, se encontraba en la última página. En ella había una poción para destruir a los ángeles negros y demonios, a los inmortales, los únicos a los que no podía destruir la poción era a los siete pecados-

Dejé escapar de manera totalmente involuntaria un grito de sorpresa. Sin darnos cuenta habíamos ido acercándonos y Gonzalo narraba su historia en un tono totalmente confidencial.

-Y la poción, a pesar de ser laboriosa y necesitar un plazo largo de tiempo para ser elaborada, lo único que la hacía diferente era la necesidad de tener esencia vital del ángel al que se quería destruir-

El recuerdo de lo sucedido en el parque la noche que rescaté de las garras de esos ángeles a Valentín, como uno que encontraba sobre él y parecía estar sorbiéndole, me asalto con mucha potencia. Entendí a lo que se refería Gonzalo.

-Por supuesto obtener la esencia de un ángel poderoso es prácticamente imposible, primero hay que reducirlo e inmovilizarlo y mantenerlo así el tiempo suficiente para extraérsela mediante magia y como es un proceso doloroso y vejatorio en esas circunstancias es dificilísimo contener a alguien con mucho poder-Gonzalo realizó un parón en su historia-los recuerdos de ese día todavía me atormentan,

la reacción de Víctor fue, indescriptible. Ese hallazgo acabó de destruir por completo, lo poco de bondad que podía quedar en su interior, le condujo directamente a la locura. Esos tiempos, son los más oscuros que se han vivido en el infierno, cielo y tierra, de los ángeles que se encontraban en el castillo, tan solo los inmortales fueron los que no conocieron su final de las manos de un iracundo Víctor. Cada vez que intentaba destruir el libro y erraba en su intento, descargaba su frustración realizando horripilantes matanzas, miles de personas han fallecido en sus manos. Todo fue terrible, hasta que un buen día se dio por fin cuenta de que por ninguno de los medios iba a lograr destruir el libro. Así que se me ocurrió la idea de que si no podía destruirlo, ni dejarlo en ningún lugar, porque ningún lugar era lo suficientemente seguro, la única solución posible era que lo llevara siempre consigo. Le gusto mucho la idea y le añadió un detalle que hizo que mi planteamiento fuera posible, mandó a la bruja que por aquel entonces vivía, que lo encogiera y con alivio descubrimos que aquello el libro si lo permitía. En la actualidad no es de mayor tamaño que un discreto colgante-concluyó Gonzalo.

-Vale, a ver si lo he entendido, ¿estás diciéndome, que aquello que puede hacer tambalear vuestra existencia cuelga del cuello de Víctor?-pregunté perpleja.

-Sí, eso es exactamente lo que estoy diciéndote-respondió Gonzalo con una sonrisa.

-Es increíble, jamás lo hubiera pensado-comenté boquiabierta.

-Hay algo más que quiero decirte antes de que nos vayamos, es algo que tienes que hacer por mí, tienes que prometerme que me harás una cosa muy simple que te voy a pedir, porque si no, no accederé a luchar con vosotros-amenazó mientras me cogía por los hombros con seguridad.

Le observé unos instantes, intentando descifrar sus intenciones, pero era una tarea realmente inútil, Gonzalo era como un libro cerrado para mí.

-Eso depende de lo que me pidas-respondí, había muchas cosas que no podía permitir y una de ellas era que me dijera que me quedara en casa de brazos cruzados mientras él se iba con los demás a luchar.

-Si significo realmente algo para ti, esto tendrás que hacerlo-dijo y se trataba de un chantaje emocional en toda regla.

Frente a mí, Gonzalo colocó la palma de su mano derecha hacia arriba e hizo aparecer envuelto en las ya acostumbradas luces negras un pequeño bote de oro colgado de una cadena del mismo material. Me miró con intensidad, de una manera tan profunda como jamás lo había hecho mientras me decía

-En el interior de este bote se haya mi esencia, quiero que te lo quedes y mi petición es que bajo ningún concepto dejes que te pueda hacer daño, quiero que me mates antes de permitir que te infrinja ningún daño. Esto tienes que hacerlo por mí, pensar que en algún momento Víctor pueda encontrar la manera de dominarme de nuevo y pueda obligarme a hacerte daño es un tormento con el que no puedo vivir-se colocó las manos sobre la cabeza mientras temblaba de manera muy violenta y perceptible-te amo y ya no es que quiera, es que necesito que prometas que vas a hacer eso por mí, si no, jamás podré sentirme en paz-

Yo no sabía cómo encajar semejante petición, podía entender su postura, pero no podía desde mi punto de vista aceptarlo, pero ¿Qué otra opción tenía? Hacerle sufrir al hombre que amaba o matarlo, ninguna de las dos opciones me gustaba, pero tenía que escoger una.

-Te lo prometo-le dije con enfado, un enfado que pudo apreciarse en todas y cada una de mis palabras, era algo que debía meditar en la intimidad y sin presión.

Gonzalo se levantó de su asiento y colocándose detrás de mí me apartó el pelo a un lado para ponerme el colgante alrededor del cuello. Apenas cinco minutos después nos encontrábamos viajando

en busca de mis ángeles. El encuentro, contarles todo iba a ser un trabajo muy duro.

Al primer lugar al que acudimos fue a la cafetería, Gonzalo me había dicho, que con la furia de Víctor por la traición ningún lugar sería seguro y que lo primero que este iba a hacer era dañar a todas las personas cercanas a nosotros. Al llegar a la cafetería esta estaba cerrada, aquel hecho cayó sobre mí como una losa, ¿cómo iba a poder perdonarme que mientras yo me estaba dando besitos con el hombre al que amaba, le hubiesen hecho daño a Sara o a Asier?

-No te preocupes, no huele a muerte ni a ángeles negros, esto debe de tener otra explicación-me tranquilizó y de hecho lo hizo muy bien.

-¿Y donde puede estar?-pregunté-tenemos que buscar también a Asier-añadí agarrándole del antebrazo.

Una sombra de molestia se cruzó por sus ojos al mentarle el nombre de Asier, aunque rápidamente contestó

-Por supuesto, el sitio al que por lógica deberíamos acudir es a tu casa, quizás se encuentren allí-dijo con convicción.

Apoyé la cabeza sobre el pecho de Gonzalo y me dejé guiar hasta mi casa, para ser más exactos hasta mi habitación. Lo más normal hubiera sido que esta se encontrase vacía ya que su dueña, o sea, yo, hasta ese preciso instante no estaba allí, por lo que la escena que se desarrollaba en su interior me pillo totalmente por sorpresa.

Sara se encontraba en el centro de la habitación con las manos a los lados de la boca, de manera que aumentaban el sonido, mientras gritaba una y otra vez.

-¡Laura!, ¡Laura!-su llamada sonaba angustiada.

Me acerque hasta ella y le coloqué la mano sobre la espalda.

-Sara, ¿estas bien?-le pregunté con suavidad.

Ella gritó al sentir mi mano y se dio la vuelta de manera apresurada.

-Laura-me abrazó-estas bien-

-Claro que estoy bien, ¿por qué está la cafetería cerrada, ha pasado algo?-pregunte con preocupación.

-Aquí hay algo que no cuadra-dijo moviendo las manos para explicarse, al desviar la mirada de mí, descubrió en la puerta a Gonzalo y abriendo los ojos como platos añadió-vaya, ahora ya veo lo que pasa. La has cagado chica, tienes a los tres ángeles buscándote desesperados, me han metido tal miedo en el cuerpo que he cerrado para buscarte-

Me di la vuelta para dedicarle una mirada nerviosa a Gonzalo, mi desaparición había tenido consecuencias.

-¿Sabes donde están?-le pregunté a Sara.

-Han ido al cementerio a buscarte y me han dicho que después venían aquí, que siguiera intentando localizarte. Me han dado un teléfono móvil para que les avise si te encontraba a ti, o, alguna pista acerca de tu paradero-dijo mientras me tendía un aparato negro y grande totalmente desfasado-es una mierda el teléfono-añadió-pensaba que al ser ángeles manejarían todo el dinero que quisieran-

-El mal es mucho más rentable, te lo puedo asegurar-dijo Gonzalo-las posibilidades de ganar dinero crecen cuando careces de escrúpulos-

Sara le miraba boquiabierta, casi como si no pudiera creerse que fuera real y que encima le estuviera hablando.

-Voy a llamarles-dije a nadie en particular-tenemos que hablar urgentemente con ellos-añadí.

-¿Para que?-preguntó Sara con curiosidad-no iras a decirles lo

de Gonzalo, porque he querido imaginarme que vuestra aparición quiere decir que estáis juntos-

-Sí-le respondí yo con simplicidad-para eso quiero hablar con ellos.

-Le van a linchar-dijo moviendo la cabeza mientras miraba al suelo.

Del fondo de la sala llegó una risa ahogada, justo desde la posición que se encontraba Gonzalo, la risa era debida al comentario de Sara.

Sin más dilación me dispuse a llamar, di al botón de rellamada. Mi corazón comenzó a latir aceleradamente debido al nerviosismo. Solo hicieron falta dos tonos para que descolgaran.

-¿Ha aparecido?-fue todo lo que preguntó ansioso Jano al otro lado de la línea.

Me armé de valor para contestar

-Hola, no soy Sara, y más que aparecer he vuelto-expliqué en un intento por quitarle hierro al asunto, lo cual como era de esperar, no sirvió para nada más, que para que Jano, sonase más enfadado la siguiente vez que hablo.

-¿Estas bien?, ¿dónde has estado? No podía sentirte, preguntó de manera atropellada-sabes que-dijo-da igual, no te muevas, que ya sé donde estas-

El sonido de que habían colgado me llegó en forma de pitido, casi a la vez que dos puntos de luz blanca se materializaban en mi cuarto. Daniel venía solo, pero Jano traía a Sansón consigo. Jano me observó con preocupación y con la acusación de haberle hecho pasar un mal rato pintada en la cara. Desvié la mirada, verle mal por mi culpa me hacía sentirme una mala persona. El único que se acercó a

mí con paso apresurado fue Sansón.

-¿Estás bien chiquilla?-dijo poniéndome la mano con suavidad sobre el brazo-casi me da un infarto, y créeme que eso es físicamente imposible, cuando he visto que habías desaparecido otra vez estando conmigo-

Y yo prácticamente no le escuchaba, tan solo aguardaba el momento en el que uno de ellos se diese cuenta de la presencia de Gonzalo. El esperado momento no se dilató mucho en el tiempo, Daniel fue el primero en reparar en su presencia, y la reacción que tuvo, me dejó casi más perpleja a mí de lo que lo había estado él al ver a Gonzalo, casi pareció que se lo esperase. Lo que dio la voz de alarma para los demás, fue el que Daniel hiciera materializarse un cuchillo y corriese por la habitación blandiendo el arma, en dirección a una figura, que escondida en una sombra del cuarto hacía que su identidad pasara inadvertida. Todos permanecimos inmóviles, yo aguardando a lo que sucediese, sabía que Gonzalo iba a salir airoso del paso, y los demás, imagino que a la espera de saber cual, o quien era el peligro, si desconoces que o quien es tu enemigo difícilmente puedes enfrentarte a él. En el momento en el que Daniel llegó a la altura de Gonzalo, este se desapareció apareciendo con asombrosa rapidez y precisión tras Daniel y agarrándolo de los brazos lo tiro al suelo, este se golpeó contra el suelo emitiendo un ruido sordo, Gonzalo le colocó una rodilla sobre la espalda para inmovilizarlo. Jano emitió un sonido de incredulidad, ya que en la posición que se encontraban y al filtrase la luz del ocaso por la ventana de mi cuarto, pudo percatarse de la identidad de este. Alzando las dos manos, Jano, hizo aparecer dos espadas completamente plateadas, dos espadas de un enorme tamaño y que despedían una luz parecida a la de los ángeles blancos al desparecerse, casi parecían estar hechas de esencia angelical. Se desapreció para reaparecer frente a Gonzalo, este ya había soltado a Daniel y materializando un escudo de metal negro y aspecto pesado se defendía de los ataques mortales que ambos ángeles le lanzaban. Solo Jano conseguía muy de vez en cuando arremeter algún golpe contra Gonzalo y este con una maestría

admirable los repelía con el escudo.

Aparté la mirada de la lucha, tenía que pensar algo para hacer, los gritos que profería para que parasen quedaban amortiguados por los atronadores golpes de espada y sus desapariciones que aunque eran de escasos segundos, mientras duraban dejaban de tener contacto con la realidad. Eché un vistazo por la habitación y me encontré a Sara escondida tras Sansón, estaba boquiabierta observando la escena, parecía haber olvidado el miedo por lo impresionante que resultaba presenciar una pelea entre ángeles. La mirada de Sansón se encontró con la mía, este compuso una cara de reproche, como si quisiera decirme que las cosas no podían hacerse así, yo en respuesta le pedí perdón con la mirada. Sansón al entender mi petición, desvió la mirada y poniendo cara de determinación alzó ambas manos al frente con las palmas de estas extendidas, creando así una especie de campo de fuerza, brillante y con movimiento, casi como una pared luminiscente. Llevando las manos hacia delante empujó la cortina mágica, y la dirigió hasta donde se encontraban luchando los tres ángeles, de esta manera, Jano quedó en un lado y en el otro Gonzalo con Daniel bajo uno de sus pies inmóvil. Al ver el campo de fuerza que les separaba pararon la lucha de inmediato.

-Si intentáis atravesarlo, os amputara el miembro con el que lo hagáis-amenazó Sansón.

Como siempre este era una caja de sorpresas. La paz duró poco ya que Jano no parecía estar por la labor de parar, y en el momento en el que se percató que tras la barrera Gonzalo había hecho desaparecer su escudo, lanzó una espada hacia delante en la dirección exacta donde se encontraba el corazón de Gonzalo, y yo contuve el aliento.

Lo que sucedió a continuación sí que fue realmente sorprendente y dejaba muy claro que había que tomarse en serio las advertencias y la capacidad de Sansón. En el instante en el que la espada entró en contacto con el campo de fuerza, esta se desintegró por completó con un sonido semejante al de una bomba al estallar.

Tras ese hecho, el silencio y la inmovilidad se apoderaron de la sala. Di la espalda a la escena que se desarrollaba para observar a Sansón con ojos renovados, desde la admiración. Poseía unas cualidades impresionantes.

-¿Por qué defiendes a este ángel negro?-gritaba Jano con indignación-¡es un asesino!, la mano derecha del soberano del infierno-

-No te pongas tan dramático Jano, estoy impidiendo que destrocéis todo y acabéis matando por error a los seres mortales de la sala. Vuestra lucha es ridícula-le acusó-y lo más inteligente es saber que hace aquí ya que si no le hubieran enseñado el camino, si no le hubieran invitado, no podría estar-concluyó de manera inteligente Sansón.

Las palabras de este impactaron en Jano como una bofetada en la cara, compuso una mueca de dolor y decepción. Dedicó unos instantes a recuperarse para acabar preguntando

-¿Quién le ha traído?-dijo a nadie en particular aunque parecía obvio que la única persona que podía haberlo hecho era yo.

-Le he traído yo-admití dando un paso al frente y dirigiéndome hasta la posición de Jano.

Este al verme llegar bajo las armas, tanto la destrozada como la entera y con una mirada de incredulidad y completa decepción me observó.

-¿Por qué Laura, por qué le has traído?-alzando las manos para darle fuerza a sus palabras me preguntó-¿sabes quien es?-

-Sí-respondí con sinceridad-no me lo ha ocultado-

-¿Entonces explícame por qué metes al enemigo en el corazón de nuestro reino?, ¿por qué le otorgas esa ventaja?-parecía estar apunto de llorar, parecía que no podía aguantar el dolor, parecía sentirse traicionado por mí.

-No es lo que parece-le dije de manera apresurada, no quería que pensase que les había traicionado-está de nuestro lado, va a luchar con nosotros y contra nuestros enemigos-expliqué.

Jano se quedó de pie pensativo, Gonzalo, de manera sabia, se había quedado callado en segundo plano, no tenía ningún arma ni ningún escudo, de manera que dejaba entrever que no había venido dispuesto a luchar.

Debido al ambiente reflexivo que reinaba en la sala, Sansón había retirado el campo de fuerza que se alzaba entre los dos francos. Por la posición que ocupábamos Gonzalo, Jano y yo formábamos un triángulo en el que yo era el punto medio, por eso mi reacción fue tan rápida cuando Jano de manera traicionera materializó un cuchillo para atravesar el cuerpo de Gonzalo, dando un paso al frente me interpuse entre Gonzalo y el cuchillo de Jano. Jano me miró con ojos desorbitados al descubrir que me había colocado en medio para proteger a Gonzalo, y si cabe se sorprendió más al ver como Gonzalo se aparecía entre Jano y yo dándole la espalda a él, para evitar que algo me pasara. Antes de que el cuchillo se clavara en la espalda de Gonzalo que esperaba el impacto con los ojos apretados, Jano hizo que el cuchillo se esfumara y posteriormente se dejó caer al suelo con las manos sobre la cabeza.

13-EL RESCATE DE LAS VIRTUDES Y LA TRAICIÓN

Quizás ya había transcurrido una hora desde el impacto de la presencia de Gonzalo en nuestra casa. El ambiente en mi habitación estaba cargado de preocupación, miedo y duda. Unos sentimientos que se colaban en nuestros corazones y nos hacían sentir inquietud, a todos los allí presentes.

Gonzalo me miraba de forma intensa apoyado en una de las paredes, Jano se había sentado sobre la cama y sujetaba con las manos su cabeza, Daniel se encontraba sentado a su lado y no le quitaba la vista de encima a Gonzalo ni un segundo. Sansón que estaba en una silla a la derecha de mi cama, a ratos me miraba a mí y a ratos, a pesar de seguir mirándome a mí, pensaba en otras cosas, casi se podía apreciar como en su cabeza estaba probando planes. Sara se encontraba a mi lado, o sea, en la pared de enfrente de Gonzalo de pie, y ella, no disimulaba ni por un segundo que sus pensamientos estaban en otro lugar.

Lo único que consiguió sacarnos del trance en el que nos habíamos sumido por la indecisión, fue el sonido de la puerta de la entrada al abrirse y al cerrarse de manera posterior.

-Hola, ¿hay alguien?-preguntó la voz de Asier desde la entrada alargando las palabras.

Primero nos llegó el sonido de la puerta de la habitación de Sara al abrirse, parecía seguir en su intento de encontrar a alguien. Lo más lógico era que su siguiente destino fuera mi habitación, esperé en tensión a que se produjera el ruido que indicaba que la puerta se estaba abriendo.

Asier asomó la cabeza y posteriormente se fue internando en la habitación con lentitud y asombro. Levantó las cejas al ver a Jano y a Daniel sobre la cama, también cuando reparó en la presencia de

Sansón. Paso su mirada sobre mí, sin querer hacerme caso, tenía cara de culpabilidad y convicción, podía deducir a la perfección lo que le pasaba por la cabeza en ese momento, sentía que era la oportunidad perfecta para contarles todo a mis ángeles y no pensaba desaprovecharla, por otro lado, tenía un sentimiento contradictorio, la certeza de que después iba a arrepentirse, sabía que aquello iba a hacerme daño. Pero también podía ver, que en este momento le daba completamente igual.

-Veréis-dijo dando un paso al frente dirigiendo su mirada y sus palabras a los tres ángeles blancos.

Un leve carraspeo en el otro lado de la pared le distrajo e hizo que mirase en aquella dirección. Se pudo apreciar a la perfección como su mirada y su postura cambiaron en el preciso instante en el que descubrió a Gonzalo mirándole fijamente. Este le estaba dedicando una mirada de advertencia, de peligro, una mirada que explicaba claramente que no iba a andarse con tonterías.

-¿Pero que cojones pasa aquí?-preguntó apretando los ojos sin apartar la vista de Gonzalo-¿ya se lo has contado?-preguntó esta vez dirigiendo su mirada hasta mí.

-Más que contar han visto y para que te quedes más tranquilo, no les ha hecho ninguna gracia-dije con muy mal humor, pagando toda mi frustración con Asier.

Lo convertí sin querer en el blanco de mi furia.

-Vaya amigo que eres, que vienes aquí para intentar destrozarme y te lamentas al ver que no puedes-dije con maldad, solo por el mero hecho de hacerle daño.

Asier recibió mis palabras como un puñetazo en el estómago. Apretó la mandíbula y mirándome con odio abrió la boca para hablar. Se vio interrumpido por su hermana que se había levantado al vernos discutir y se había puesto entre nosotros. Sara estiró ambas manos, una en la dirección de Asier y otra en la mía.

-Callaros los dos, dejad de decir tonterías-advirtió con seguridad-dentro de unos minutos vais a arrepentiros de lo que digáis y no estoy dispuesta a aguantaros después-concluyó dejándonos a todos boquiabiertos.

-Sara tiene razón-ratificó Sansón-en vez de estar aquí luchando entre nosotros, deberíamos de estar trazando un plan, tenemos una misión que cumplir-recordó.

-No hay misión porque todavía no está acabada la poción-argumentó Jano.

-Ya, no nos hace falta la poción-recordé yo levantándome y reclamando la atención de Jano.

Este me miró con desagrado y me dijo:

-No pienso hacer nada con ese maldito asesino-señaló a Gonzalo con el dedo-¿te ha quedado claro?-preguntó.

-Y yo no pienso ir a ningún lado sin él-dije alzando la voz mientras me ponía en una postura de completa provocación.

-Tú no tienes ni idea de lo que dices-me gritó moviendo la cabeza con incredulidad a ambos lados-eres una cría, no tienes ni idea de nada, ¿crees que por qué te haya dicho que quiere luchar con nosotros va a hacerlo?, eres más inocente de lo que pensaba-concluyó con desprecio.

Recibí sus palabras con más dolor del que hubiera creído si me hubieran preguntado. Con vergüenza sentí como mis ojos se llenaban de aquel líquido transparente tan delator de vulnerabilidad y pena. Gonzalo se colocó delante de mí con una rapidez alarmante. Desde su espalda pude notar como temblaba de ira.

-Que no se te vuelva a ocurrir hablarle así a Laura-dijo en un tono sumamente amenazador, aunque yo, que le conocía, podía percibir como estaba controlando el fuerte sentimiento de rabia que sentía-estás acabando con mi paciencia Jano-advirtió.

Las palabras de Gonzalo fueron recibidas por la audiencia que contemplaba la escena con unos gritos ahogados de sorpresa.

-Tienes suerte de ser invencible-dijo Jano-porque si no, en este preciso instante, te mataría con mis propias manos ángel negro, vuelve al infierno del que has salido y no se te ocurra volver a acercarte a Laura-

Esta vez las caras de los presentes observaban a Jano con incredulidad. No tenía ni idea de, como, conseguir que Jano, que era la persona que parecía menos dispuesta, me escuchase. Me coloqué de nuevo en el centro de los dos y mirando con determinación a Jano le dije:

-Mira, quiero que me escuches, tan solo te pido eso-expliqué mientras gesticulaba con las manos-porque si no, vas a quedarte atrás, yo conozco el camino al infierno, el conjuro de localización-paré en seco de hablar por la impresión que me dio ver la cara de Jano al oír de mi boca que conocía el camino al infierno-y conozco perfectamente cual es la misión-miré hacia abajo armándome de valor y levantando hombros y cabeza dije con decisión-no tengo ningún tipo de problema de embarcarme en una misión suicida-amenacé esta vez.

Desconocía el motivo por el que a Jano le preocupaba mi integridad física, pero había decidido jugar la carta, solo deseaba que me funcionase esta vez, yo era el único enlace entre Gonzalo y los de mi bando. A sí que la ayuda que se me brindó en ese momento la recibí con mucho agradecimiento.

-Jano, entra en razón-intentó apaciguarle Sansón-no perdemos nada por escuchar lo que tienen que decir, además parece que ella ya ha tomado su decisión, por algo será-

Jano le cortó en seco

-Pero no eres capaz de ver que le ha engañado, ¿qué aparte de ser un asesino, es un mentiroso y un traidor?-expuso Jano.

-¿Eso es lo que más te preocupa?, ¿qué nos sea fiel?, pues para eso tengo una solución-anunció Sansón-a sí todos nos quedaremos más tranquilos.

Dicho esto, Sansón hizo aparecer un libro de grandes dimensiones, la tapa era de cuero marrón con bisagras de hierro negro, al aparecer por completo el libro, debido a su peso hizo que las manos de Sansón se movieran unos centímetros en dirección al suelo. Por mera curiosidad dediqué una mirada a Sara y a Asier que observaban la escena con ojos maravillados, en Asier sin embargo, también se podía apreciar como no le hacía ninguna gracia que aquello le llamase tanto la atención.

-¿De qué estás hablando?-pregunté con interés, y sabía que también hablaba en nombre de los demás presentes.

-Muy sencillo, Laura-respondió Sansón-hablo de que realices un conjuro para que Jano sea capaz de sentir lo que Gonzalo siente, que vea el mundo desde sus ojos, solo de esa manera se podrá convencer de que su palabra es verdadera-

El silencio cargado de sorpresa se extendió como la pólvora por la estancia. Casi todos los presentes miraban a Jano con curiosidad, esperando a ver cual iba a ser su reacción. Jano, primero recibió las palabras con impacto, después en su cara se pudo apreciar la transformación de la sorpresa al desagrado, para que posteriormente tras dedicarle varios segundos a reflexionar las posibilidades, su semblante se tornara lleno de interés. Por lo que tras observar la reacción de Jano, nos volvimos casi a la vez todos, como si fuéramos robots programados para hacerlo, para estudiar a Gonzalo. Este permanecía impasible, no se había sorprendido ni un ápice por la declaración de Sansón, se notaba que, o bien conocía el conjuro, o bien lo había experimentado en propia carne, para compartir sus sentimientos con otro.

-Te aseguro Laura que esto no es una buena idea-me dijo mirándome con intensidad, como si para él fuera la única persona

presente en la sala.

Y yo me quedé pensando, ¿por qué no le parecía prudente?, ¿acaso ocultaba algo?, ¿no me habría contado realmente la verdad?, o pensé de repente, ¿tendría miedo de que Jano descubriera sus sentimientos hacia mí, o los míos hacia él? La verdad es que nos encontrábamos en un callejón con una sola vía de escape por lo que le contesté:

-Creo que es la única manera-dije de forma intima, intentando alejar de mi mente el hecho de que cinco pares de ojos observaban todos y cada uno de nuestros movimientos y palabras.

Gonzalo expresó su consentimiento moviendo la cabeza de manera afirmativa sin emitir sonido alguno para acompañarlo. Me dirigí entonces hasta donde se encontraba Sansón con el libro marrón todavía entre las manos. Sansón abrió el libro y me dio unas indicaciones sobre como realizar el conjuro, lo leímos juntos de manera íntegra, nos llevó al menos diez minutos ver la mejor manera de realizar el proceso, ese tiempo, también lo dediqué a aprenderme las palabras que debía decir ya que me resultaba más fácil de esa manera. Cuando tenía todo el proceso claro, llamé a los implicados que aguardaban de manera paciente en lados opuestos de la habitación sin cruzar sus miradas ni por un instante.

-Necesito que os coloquéis uno a cada lado de mí-les dije desde el centro de la habitación.

Ellos de manera automática lo hicieron.

-Ahora necesito que uno de los dos haga aparecer un cuchillo, necesito que vuestras sangres entren en contacto-indiqué.

-Yo lo haré aparecer-dijo Jano-no me fío de ningún cuchillo que traiga él-continuó señalándole con el dedo.

Entonces caí en la cuenta de que los cuchillos que poseían ambos ángeles dañaban a los del otro bando.

-¿Sabéis que?-les dije-ni os molestéis, ya voy yo a la cocina a por uno-

Al volver de la cocina cuchillo en mano, los encontré en la misma posición. Esta vez si cabe, la situación era más incómoda ya que en ese momento sí que se observaban. Lo hacían además de una manera que habría hecho correr incluso a la persona más valiente, casi parecía que con la mirada eran capaces de ver el uno el interior del otro. Era una escena escalofriante. Me coloqué en medio de los dos rompiendo por completo su contacto visual, algo que noté que los demás habían agradecido.

-Extender el dedo índice de la mano derecha-les pedí e intenté que sonase como una petición, no como una orden, pero debido a la tensión mi voz sonó como la de un auténtico sargento.

Ellos sin prestar la más mínima atención a mis formas extendieron los dedos. Cogí aire antes de hundir la punta del cuchillo en el dedo que Jano me tendía, para posteriormente hacer lo mismo con el de Gonzalo, agarré los dedos de ambos entre mis manos y lentamente los fui acercando para juntarlos. En el mismo instante en que las gotas de sangre de ambos entraron en contacto, una luz cegadora seguida de un sonido como el de una descarga eléctrica surgió. Era un sonido que hacía sentir que aquellas dos gotas de sangre no estaban hechas para poder estar juntas, como si fuera imposible que se fusionaran. Pero pese a que todo hacía presagiar lo contrario, los dedos por fin se juntaron del todo y el atronador ruido cesó. Miré a Sansón en busca de la confirmación de que debía de proseguir con el hechizo o que debía por el contrario cesarlo. La señal llegó en forma de palabras

-Sigue Laura, acaba con esto de una vez-confirmó Sansón.

Y yo pronuncié las palabras que tenía memorizadas en mi cabeza.

Una vez comenzado el proceso, noté como la magia comenzaba a planear sobre nosotros y a fundirse en el ambiente.

Cuanto más usaba la magia, cuanto más desarrollaba mis poderes, más fuertes se hacían mis instintos, quizás suene extraño, pero había adquirido la capacidad de ver la magia, como si esta especie de corriente, que para el resto de las personas era invisible, se hubiera revelado tan solo para mí. La magia era hermosa, como un chorro de luz multicolor que refulgía deslumbrando y enamorando a todo el que tuviera la suerte de poder verlo. Por eso, por esa nueva capacidad supe que el conjuro estaba funcionando, incluso antes de que surtiera efecto.

Observaba embelesada la escena, con un deseo muy intenso de que todo saliese bien, de que Gonzalo estuviese siendo sincero de verdad y de que Jano fuese capaz de verlo. La corriente mágica salió como un corro de Gonzalo y se introdujo con violencia en Jano. Este recibió el invisible impacto de la magia que se introdujo por su estómago, colocándose las manos sobre el vientre.

Tras eso, presencié la escena más impactante que había visto en mi corta vida.

La cara de Jano, se desfiguró convirtiéndose en una máscara de horror. Levantó la cabeza al cielo y soltó un grito desgarrador, un grito que brotaba de lo más profundo de su interior, un grito interminable de desesperación.

-¿Qué pasa?-pregunté alarmada mirando a Gonzalo.

Él sin alterarse lo más mínimo y con la tranquilidad de habernos avisado pintada en la cara respondió:

-No puede soportar mis sentimientos, son demasiado fuertes para él-dijo sin levantar la voz y a pesar de eso se le escuchó perfectamente incluso con los gritos de Jano.

Sansón se acercó a mí tendiéndome el libro con nerviosismo, las manos le temblaban y no parecía capaz de poder apartar los ojos de Jano.

-Lee esto en alto, deshaz el hechizo-me indicó gritando y mirándome de manera desesperada.

Lo último que vi antes de internar mi mirada en el libro de hechizos, fue como de los ojos de Jano brotaban chorros de lágrimas y como, llevado por la angustia, se arañaba la cara llevándose trozos de carne, en un intento por aplacar el dolor.

No me resultó muy difícil deshacer el hechizo. Gonzalo se colocó a mi lado y posó su mano derecha sobre mi hombro, entendí que era su manera de apoyarme, de darme fuerzas para que me resultase más fácil de hacer.

El silencio que reinó en la habitación tras la descorazonadora escena fue un silencio hecho de pena y miedo. En la cara de todos se podía apreciar que el haber presenciado esa escena, les había dejado huella. No quedaba ni un ápice de niñez en ninguno de los tres seres humanos que allí estábamos.

Sansón frotaba la espalda de Jano, como quien intenta consolar a un niño pequeño. Jano observaba el infinito con la mirada vacía, con la mirada de alguien que acaba de atravesar un momento que posiblemente cambiará de manera irreversible su manera de ver la vida.

Lentamente, como un enfermo, Jano fue dirigiendo la vista hasta posarla sobre la de Gonzalo. De sus ojos aún brotaban lágrimas de puro dolor.

-¿Cómo puedes soportarlo?-preguntó con voz débil.

La respuesta que Gonzalo dio, no hizo si no dejarnos aún más sorprendidos a todos.

-Sencillamente, no puedo-dijo con sincera seriedad en el rostro.

Jano no había expresado estar conforme pero tampoco había demostrado objeción alguna. Entre todos, habíamos conseguido reunir una serie de materiales, una pizarra blanca con un rotulador negro, eso era un préstamo de Asier que misteriosamente tras la impactante escena se mostraba más colaborador, más sillas que había hecho aparecer Jano, que parecía haberse recuperado por completo y Gonzalo, había traído el misterioso cuaderno amarillo en el que tantas veces le había visto escribir.

La pizarra blanca la habíamos colocado en el centro de la habitación, en fila, mirando en esa dirección dispuestas de manera ordenada se encontraban las sillas, todos ocupamos una, todos menos Gonzalo que se puso al frente de la pizarra. Dándonos la espalda garabateó un dibujo, era un rectángulo colocado de pies, el rectángulo lo había dividido en siete partes, una vez acabado el dibujo, se dio la vuelta y dirigiéndose a nosotros explicó.

-La primera de las partes que he dibujado es la planta baja del castillo de los Pecados, este castillo se encuentra en el corazón del infierno. Hay otras siete plantas superiores, pero como en este momento no vienen al caso me saltaré. Está, dijo señalando lo que se suponía era la planta baja con el dedo, es a la única que se puede acceder desapareciéndose. Las tres siguientes plantas en descenso, en su integridad es donde se encuentra el armamento-reveló.

Y yo no pude hacer más que sorprenderme, si me había parecido descomunal el sótano que Gonzalo me había enseñado, si con eso casi tenían más armas que ángeles que había visto, eso multiplicado por tres, daba una suma en la que era mejor no pensar en el momento en el que nos encontrábamos, a punto de asaltar el castillo.

-A esas tres plantas conseguiremos acceder sin problemas, la dificultad llega cuando estemos en la cuarta planta, allí es donde comienzan las mazmorras. Lo que ahora os voy a contar, es algo que incluso Sansón desconoce. Como bien os podéis imaginar, hay gran cantidad de demonios-Gonzalo paró mientras los tres ángeles

asentían y le observaban curiosos-bien, pues el motivo de que no se vean demonios descontrolados pululando por el mundo, es porque Víctor, los tiene encerrados en las mazmorras mediante un conjuro para que no puedan escapar de allí. Los tiene a modo de protección, para que nadie ose, ni escaparse, ni adentrase a salvar a ninguno de los que allí encerrados se encuentran-explicó Gonzalo.

A Sansón se le veía encantado, ávido de información y conocimientos.

-Por eso no hay demonios-dijo Sansón que parecía que acababa de descubrir un gran misterio que llevaba preguntándose milenios.

-Esos demonios, están obligados mediante magia a no atacar a Víctor ni a un ángel negro, que es el encargado de encerrar a quien se le ordena. Evidentemente, ya que nosotros somos inmortales, no podemos perecer en el asalto, pero si lograran atraparnos, estaríamos condenados a una eternidad de torturas y sufrimiento. A ellos tampoco podemos matarlos, ya que casi la totalidad son inmortales, por lo que nuestra única posibilidad es pasar sin ser atrapados-

-Laura no puede ir-afirmó Jano con rotundidad.

Yo le observé y me sentí agradecida. Seguramente era una cobarde, pero no quería ir, me aterrorizaba, la posibilidad de sobrevivir a aquello era ínfima.

Gonzalo bajó la mirada y respondió

-Créeme Jano, que deseo tanto como tú que Laura no acuda a este suicidio, pero el lugar donde están encerradas las Virtudes, es la última planta, y allí tan solo pueden entrar las personas con poder mágico-explicó Gonzalo.

Aquello cayó sobre mí como una gran carga. Debía ir, el destino de todas las personas que amaba estaba en mis manos. Lo que más sentía, más incluso que mi propia muerte era ser tan

vulnerable, era que resultara tan difícil conseguir lo que nos libraría a todos del final de nuestras existencias.

Todos me observaban con pena en la cara, con impotencia, sabía que Sara y Asier se sentían agradecidos de no estar en mi situación, lo podía notar en sus miradas. Pero si esperaban de mí que les apaciguara con mis palabras, que les dijera que no me importaba arriesgarlo todo, que ese era mi destino y que estaba preparada para ello, estaban esperando en balde, porque si iba a hacer esto, era porque lo mismo me daba morir diez días antes que diez después.

-Nuestros problemas no acaban ahí, porque si bien he dicho que no podemos desaparecernos ni aparecernos ahí, hay un objeto con el que si se puede, un objeto que Víctor posee, un pequeño reloj de bolsillo dorado con diamantes, por lo que si él apareciese, estaríamos encerrados en las mazmorras del castillo sin posibilidad de escape, estaríamos a su merced y si bien no podría matarnos, podría hacernos un millón de cosas peores-acabó Gonzalo.

Sara me observaba como si ya estuviera muerta. Un sentimiento de consternación se había colado en todos los presentes obligándonos a pensar en otras cosas. Pero teníamos que enfrentarnos a esto. Ahora le tocaba a Jano hacerse cargo de la organización del ataque, habíamos puesto de hora de partida, las doce de la noche, la hora intermedia, el principio y el final y apenas quedaba una hora para que esta llegase.

Debíamos reunir el material, las pociones, los libros que creíamos necesarios, así como a los ángeles que nos acompañarían, ángeles que estaban a cargo de Jano. Gonzalo, sabía que debía de esperar en mi cuarto, ya que no pensaban enseñarle el camino al cielo, a sí que tan solo lo conocía de manera extraoficial.

Sansón y yo llegamos a mi cuarto, que era el lugar de encuentro, unos diez minutos antes de las doce, sobre la cama, se encontraban, Sara y Asier, que parecían estar viviendo una pesadilla, una pesadilla de la que no conseguían escapar a pesar de estar

deseándolo con todas sus fuerzas. Gonzalo se encontraba apoyado contra una de las paredes, envuelto en la penumbra. Si estaba nervioso o preocupado no daba muestra alguna de ello.

-Ahora vengo-le dije a Sansón justo antes de dirigirme con paso ávido hasta Gonzalo.

-Hola-le dije bajo y con cariño.

-Hola-me contestó el sonriendo.

Alargó la mano para tocarme y sin aviso previo me encontraba en el baño de mi casa.

Gonzalo me envolvió con sus brazos y me atrajo hacia sí, yo apoyé la cabeza en su cuerpo. Sentí como me invadía un profundo sentimiento de placer, como las mariposas de mi interior revivían nerviosas por estar cerca de su amado. Me deleité con el aroma de Gonzalo, con su cercana presencia. Sus dedos se entrelazaron en mi pelo acariciándolo con suavidad y conocimiento, con la otra mano que le quedaba libre levantó mi cabeza por la barbilla para que le mirase.

-Quiero decirte, para que sepas, que eres lo más maravilloso que he conocido jamás, que eres lo que ha hecho que toda la eternidad vivida tenga sentido y que eres la persona que ha conseguido inundar de calor mi corazón helado. No voy a permitir que nada te ocurra-juró-y si me pasa algo, por horrible que esto pueda llegar a ser, no me importará porque nadie podrá robarme lo feliz que he sido contigo-

Dicho esto sentí como la calidez de su persona se acercaba a mí. Como posaba sus dulces y suaves labios sobre los míos transportándome al paraíso, alejándome de toda batalla, de toda preocupación. Sentí como su lengua se abrazaba con la mía y me dejé inundar por la pasión hasta casi marearme.

Si hubiera deseado poder decirle algo, intentar despedirme, como él estaba haciendo, no me dio tiempo. Un murmullo de voces se

propagó por la casa entera con la misma rapidez que una mecha al consumirse, y sobre todas ellas una voz nos llegó con asombrosa claridad.

-¿Dónde esta Laura?-preguntó Jano.

Y Gonzalo y yo cesamos nuestro beso mientras nos desaparecíamos de nuevo a mi cuarto.

Recé para que cualquier rastro de pasión hubiera desparecido cuando me dirigí hasta Jano.

-Aquí estoy-le indiqué.

Él me observó unos momentos, preguntándose quizás el lugar de donde venía. Echó un rápido vistazo al reloj y yo le imité el gesto sin ser realmente consciente de ello. Apenas quedaban tres minutos para la hora fijada. Suspiré, sabía lo que venía ahora, debía de despedirme. Recorrí la habitación, que me pareció realmente inmensa, y me sentí muy lejos de Sara y de Asier. Al ver que me acercaba se levantaron. Sara no dio tiempo a que llegara, por el contrario, cuando me encontraba a escasos metros echó a correr hacia mí. Me abrazó con todas sus fuerzas, Asier, en silencio se unió a nuestro abrazo. Atrás había quedado ya, la discusión que había tenido lugar hacía escasas horas entre nosotros, en ese momento solo pesaba la amistad y el amor que nos habían unido durante años. No nos dijimos palabras de adiós, hecho que agradecí. Me volví entonces para despedirme de Sansón, él era una de las personas que no nos iba a acompañar en la batalla. Ya sin reminiscencias me estrechó entre sus brazos regordetes y sabios.

-Cuando vuelvas, que lo harás-aseguró-tendremos una conversación muy importante tú y yo-me susurró al oído de manera confidencial.

-Adiós, Sansón-le dije con lágrimas.

Y cerré los ojos para tranquilizarme a medida que me daba la

vuelta para enfrentarme a la realidad, y esa realidad era que nos encaminábamos a una batalla encarnizada, a una batalla llena de muerte y destrucción de la que tan solo los más afortunados saldrían. Al abrir los ojos, la imagen que se formó ante mí era tan increíble como bella. En el centro de la habitación, Jano y Gonzalo se encontraban el uno frente al otro, apenas un par de pasos los separaban, Gonzalo le tendía la mano a Jano. Este tenía tras de sí a un ejército de ángeles blancos dispuestos a luchar que se daban la mano unos a otros, la cadena de manos unidas para desaparecerse todos juntos a la vez al mismo lugar acababa en Daniel, que a su vez se la daba a Jano. Uno de los ángeles negros más poderosos, iba a enseñar el camino al infierno a más de un centenar de ángeles blancos. Avancé con decisión y me coloqué al lado de Gonzalo, yo no necesitaba guía en esta ocasión, conocía el lugar a donde íbamos. Cuando la mano de Jano se unió a la de Gonzalo, una inmensidad de luz blanca inundó cada recoveco de la habitación. Luego yo también desaparecí.

Fui la última en llegar a la sala de entrenamientos del que ahora sabía era el castillo de Víctor, el soberano del infierno. Todos los ángeles presentes, tanto los blancos como el negro habían adoptado una actitud de defensa. Si estábamos esperando que viniera una horda de demonios a masacrarnos, en el mismo instante en el que posáramos un pie en el territorio enemigo, eso jamás sucedió.

Gonzalo le hizo un gesto a Jano para que se acercase, este a pesar de poner mala cara se acercó a él sin objeciones. Naturalmente yo también lo hice por si acaso tenía que apaciguarlos.

-Vamos a bajar por allí-dijo señalando con el dedo el lugar por donde hacía ya bastantes días habíamos accedido al sótano de las armas-solo podremos materializar armamento en las tres primeras plantas subterráneas, una vez hayamos accedido a las mazmorras, eso se acabará, a sí que deberías decirles a tus hombres que materialicen ya todo lo que vayan a necesitar-

Jano asintió con la cabeza y antes de irse a hablar con los otros ángeles blancos pronunció las siguientes dos palabras:

-Te seguiremos-

Gonzalo agarró mi mano sin miramientos, sin importarle quien pudiera verlo.

-No te separes ni un momento de mí-ordenó con severidad.

-No te preocupes, no tengo ninguna intención de hacerlo, no quiero ser una heroína, tan solo deseo poder vivir para besarte mañana-le respondí sonriéndole.

Él me devolvió la sonrisa con calidez, justo antes de que volviera Jano a reunirse con nosotros.

-Por favor, no te separes de mí, no hagas nada que pueda exponerte a ningún peligro-dijo Jano y sonó tan desesperado que casi pareció un ruego.

-No lo dudes-le respondí con sencillez y sinceridad.

Vi, justo antes de que emprendiéramos el descenso a las mazmorras infernales, como Gonzalo observaba con inmensa curiosidad a Jano.

Cuando casi la mayoría de los que componíamos el escuadrón de ataque habíamos accedido al interior del sótano de las armas, comenzó el murmullo de voces, voces que no daban crédito al lugar que estaban viendo. Al pasar junto a la vitrina donde estaban guardadas las ocho espadas forjadas por el mismísimo Lucifer, observé en silencio como Gonzalo invocaba la suya. Cogió una funda de cuero negro y de gran tamaño que se colocó al hombro y en el que guardó de manera muy diestra la espada.

Los tres primeros pisos conseguimos atravesarlos sin ningún incidente, no nos cruzamos con ninguna criatura. A pesar de ello, se podía casi palpar como a medida que avanzábamos, el nerviosismo y

la tensión se extendían. Llegamos a una puerta de hierro negro con barrotes muy gruesos, que era lo que actuaba de separación entre la tercera y la cuarta planta. Tras la verja se podían ver los primeros peldaños que llevaban a las mazmorras. Esta estaba cerrada con un denso candado del mismo material. Para mi asombro, Gonzalo colocó la mano sobre el candado y cerró el puño sin que pareciera ejercer mucha presión, pero a pesar de eso, al retirar la mano, el candado había quedado reducido prácticamente a polvo. Le observé con admiración, había todavía muchas cosas que no conocía de él, muchos poderes por descubrir.

Al atravesar la verja, un olor a humedad y putrefacción nos golpeó con fuerza. Tuve que volver la cabeza y concentrarme para no devolver, la iluminación era escasa y reinaba un calor sofocante, era como una pesadilla hecha realidad estar en ese lugar.

Los muros de piedra envejecida, tenían marcas de luchas por casi todos los lados. Habría dado lo que fuera por salir corriendo de allí en ese mismo instante.

Por el interior de la planta había un pasillo y a ambos lados de este, unas verjas que permitían ver el interior, pero no escapar, y que se alzaban terribles hasta el techo. No había nadie en su interior, tan solo en el suelo y sobre enormes losas, trozos de tela que en algún momento debían de haber sido prendas de ropa. También pude distinguir para mi horror huesos, humanos en apariencia. Desde ese momento, decidí mirar al frente, sería más fácil para mí poder dormir si no veía aquello.

El siguiente tramo de escaleras que conducía a la quinta planta subterránea, no estaba cerrado con ninguna verja. Y en el momento en el que el primero de nosotros puso un pie en el segundo piso de mazmorras, fue cuando comenzó el horror.

Ya no había orden alguno, el caos reinó totalmente, el silencio estaba roto por los gritos de dolor de los que se encontraban en el camino de un arma, también roto por el ruido que emitían los metales

al chocar entre sí. Al internarme un poco más arrastrada por la marea de ángeles que corrían a enfrentarse con el peligro, pude ver a los seres a los que nos enfrentábamos y el pánico me paralizó.

Los demonios eran seres de desmesurado tamaño, casi el doble que el resto de ángeles que había visto, sus caras estaban completamente desfiguradas y no se asemejaban en nada al humano que habrían sido en su vida pasada, tenían la piel levantada en lugares del cuerpo y esto permitía ver los músculos de debajo e incluso pude distinguir algún hueso. Desprendían un hedor a cuerpo en descomposición, y eso no era nada en comparación con sus ojos, totalmente rojos como la sangre y con una expresión que te hacía sentir que estabas mirando a la más pura maldad a la cara.

Uno de ellos reparó en mi presencia y con una maligna sonrisa avanzó dando tumbos hacia mí, y en ese momento todos y cada uno de los entrenamientos a los que había acudido, así como todos los conjuros de protección y de ataque que me habían enseñado, no me sirvieron de nada, ni tan siquiera fui capaz de protegerme con las manos cuando el horripilante demonio se abalanzó sobre mí.

Todavía desde mi parálisis contemplé como dos espadas llegadas de diferentes lugares atravesaron al demonio en la cabeza y en el estómago, esto le hizo gritar y expulsar sangre sobre mi cara, hecho que me sirvió para darme cuenta de lo cerca que había estado. El demonio se retiró gritando molesto y echando humo por el lugar donde se le habían clavado las espadas.

Mis salvadores no eran otros que Jano y Gonzalo. Estreché la mano de Gonzalo y este me llevó hacia delante, Jano nos siguió de cerca cubriéndonos las espaldas. Por el camino hacia el siguiente tramo de escaleras el olor a sangre y sudor, el olor a metal fue impregnándose en el ambiente hasta que llegó un punto en el que dejó de ser soportable. Gonzalo y Jano iban lanzando estocadas y ayudando a los que veían en peligro y que teníamos cerca. Algunos ángeles habían conseguido encerrar a demonios en sus propios calabozos. El número de demonios que se encontraban luchando

había descendido considerablemente, pero a un precio muy alto, pasé por encima de bastantes cadáveres de ángeles que no habían tenido tiempo de alcanzar la inmortalidad, pero a pesar de ello habían tenido el valor suficiente de luchar por sus ideales.

Después de lo que me pareció una eternidad, alcanzamos el hueco de las escaleras que llevaba al último piso. La oscuridad total reinaba en ese lugar. Era imposible si quiera distinguir donde acababan las escaleras. Un frío glacial ascendía fuertemente. Me paré en seco justo cuando con nuestros pasos íbamos a pisar la primera de las sombras.

-No puedo-les dije-lo siento pero no puedo hacer esto-me senté en el húmedo peldaño de la escalera y me mecí a delante y atrás como si fuera una pura demente.

-Laura, puedes hacer esto y mucho más, yo confío en tu capacidad, eres una persona muy valiente, debes enfrentarte a tu miedo, esto es muy importante y has llegado muy lejos como para rendirte ahora. Si lo hicieras, todas las vidas que se han acabado serían vidas desperdiciadas, por no hablar del final que le espera a la raza humana-me dijo Jano.

-Laura, si pudiera ahorrarte esto lo haría más que gustoso-me dijo Gonzalo-, pero tan solo tú puedes salvarlo todo-me tendió una linterna que se sacó del bolsillo trasero de su pantalón-no pienso moverme de aquí por nada del mundo. Ten cuidado-

A pesar de que sus palabras eran de ánimo, notaba en sus miradas mal disimuladas, como ninguno de los dos quería que lo hiciese, como estaban luchando una batalla para convencerse de que era lo debido, que lo contrario, el no hacerlo tan solo era alargar pocos días un final fatal, como a pesar de sus sentimientos, el bien común estaba por encima del todo. Justo antes de que me decidiera a seguir a delante apareció Daniel corriendo, su respiración estaba entrecortada. No pronunció palabra alguna al reunirse con nosotros.

Cuando pude ver el último escalón, a mi espalda, los tres

ángeles me anunciaron que no podían ya pasar de esa zona. Me giré y les apunté con la linterna para ver a los tres en la misma escalera, se encontraban frenados contra una especie de fuerza transparente que yo había atravesado sin darme si quiera cuenta.

-Adiós-les dije y suspiré antes de darme la vuelta.

Avancé casi de puntillas, en silencio y auto convenciéndome de que no debía de tener miedo. En esa planta no había ninguna separación, algo que me sorprendió profundamente, las Virtudes no debían de estar encerradas en ninguna celda, ¿entonces, que era lo que les impedía escapar de allí?

Mi tardía pregunta, algo en lo que había debido de caer antes, quedó desvelada cuando un demonio me agarró del brazo con tanta fuerza que oí como sonaban los huesos de mi brazo izquierdo al partirse, proferí un grito de dolor. Desde la entrada llegaban apenas sin fuerza las desesperadas preguntas de los ángeles que me esperaban.

Mi desventaja con el demonio era desorbitada. Me tiró al suelo y sentí su aliento descompuesto sobre mí, intenté rodearlo e irme corriendo, pero una decena de figuras deformes de demonios me cortaron el paso, con frio y paralizante horror sentí como cerraban el círculo a mi alrededor, un hedor insoportable llenó mis pulmones y me dejé caer al suelo mientras me cubría el rostro con las manos, era imposible que saliera de semejante situación, era mi fin. Mi corazón latía de manera rápida e irregular, casi me sentí agradecida al caer en la cuenta de que era muy posible que muriese de un ataque al corazón. Lo prefería a morir de las manos de los demonios, de repente y sin ningún tipo de aviso previo, el círculo de demonios que me rodeaba desapareció, sin luces, ni ruido, ni nada.

Me quedé paralizada en el suelo, hasta que un demonio que debía de haber estado separado del grupo que se había esfumado, se abalanzó sobre mí. Rodé por el suelo y eché a correr hacia las escaleras, sentí como otras figuras se unían a mi escapada.

-¿Quién eres?-me preguntó alguien mientras corríamos.

-Corre-le grité yo por toda respuesta.

El demonio me siguió hasta las escaleras, frenó en seco al ver a los ángeles armados que aguardaban allí y puso sus ojos de maldad como platos al descubrir la presencia de Gonzalo. No quería enfrentarse a él. Se quedó parado a sabiendas de que al lado en el que se encontraba estaba a salvo, sabía que los otros no podían acceder.

La idea de empujarle hacia fuera se me pasó por la cabeza, una vez que lo hiciera ya no podría volver, pero ¿cómo iba a poder ser tan egoísta de dejarles el demonio a los que eran mis amigos?

-¡Empujarlo para que salga!-gritó Gonzalo-nosotros nos encargaremos de él-

-Sí, Laura hazlo-le secundó Jano.

Daniel sin embargo permaneció callado mientras observaba la escena como si no fuera con él.

El demonio que desgraciadamente tenía oídos y entendía lo que decíamos a la perfección comenzó una retirada imparable hacia tras. Yo armándome de valor y dejando el miedo y la repulsión a un lado comencé a darle empujones para intentar mandarlo a la entrada. De nada sirvieron mis esfuerzos ya que el demonio no se movió ni medio centímetro. Desesperada lo intenté de nuevo y esta vez sí que logré moverlo ya que tres ángeles vinieron en mi ayuda. El dolor de mi brazo rotó era insoportable y con cada empujón notaba como por dentro de la carne mis huesos se astillaban cada vez más, clavándoseme en la carne. Cuando conseguimos con nuestros desesperados empujones que el demonio traspasara la línea invisible, nuestro lado quedó en paz, sin embargo, al otro lado comenzó una carnicería, los tres ángeles luchaban de manera despiadada contra el demonio que sentía impotente como lograban reducirle. En el momento que constaté que no parecían estar en peligro inminente, di

media vuelta para retomar mi misión.

La escena que encontré resultaba realmente descorazonadora. Los ángeles que aguardaban allí temerosos, se encontraban literalmente en los huesos, tenían magulladuras por todos los lados. Uno, el que tenía más cerca y parecía ser el más valiente, era el que me había hablado mientras corríamos. Le faltaba un cacho de oreja, me estremecí al pensar que debía estar tan débil que ni su capacidad regeneradora surtía ya efecto. Me toqué el brazo malherido. Contaba a tres Virtudes.

-Sois cuatro afirmé, ¿dónde está el ángel que falta?-le pregunte al que parecía el más valiente, al que parecía encontrarse más entero que los demás.

No me respondió con palabras, tan solo alargó un dedo en silencio y señaló una esquina que se encontraba en penumbra.

Tomé aire y primero me dirigí a por la linterna que se me había escapado en plena huida. Me agaché a recogerla y una vez la tuve en la mano enfoqué su luz a la esquina que me había indicado el ángel.

En ella se encontraba acurrucado protegiéndose con las manos, lo que parecía un niño de poco más de diez años, sabía que era un ángel, podía percibirlo, también deduje que tendría miles de años, pero aún así, su aspecto aniñado impactaba. Lentamente me acerqué a él.

-Hola,-le dije del mismo modo que se le habla a un niño asustado-he venido a ayudarte, a devolverte al cielo, que es allí a donde perteneces. No tengas miedo-dije y le tendí la mano derecha, la otra la tenía prácticamente inservible.

El impactante ángel de aspecto infantil cogió mi mano y se levantó, me acompañó a la puerta sin rechistar. Los demás me siguieron también.

La batalla con el demonio que habíamos expulsado, había

cesado. Lo habían reducido y maniatado. En las caras de Gonzalo, de Jano y de Daniel, se podía apreciar la satisfacción de haber conseguido superar la misión.

Gonzalo se acercó a mí, señaló el brazo roto y puso muy mala cara. Las Virtudes ya ascendían las escaleras seguidas de Jano que me había guiñado un ojo con complicidad antes de alejarse. Antes de que Gonzalo llegase a donde mí, pude ver con el rabillo del ojo un destello de diamantes en la mano de Daniel. Gonzalo también se percató y freno en seco por la impresión. Lo que Daniel llevaba en la mano era un reloj de oro de bolsillo con diamantes incrustados. Daniel me agarró el brazo roto y pulsó el botón de la parte superior del reloj. Lo último que vi fue como Gonzalo se abalanzaba sobre nosotros desesperado mientras gritaba

-¡Traidor!-

DANIEL

14 de Abril del 2010

Blanco tiza, blanco roto, blanco hueso, blanco perla… Todo aquí es blanco. Odio el color blanco con todo mi ser, lo odio más incluso que al resto de los puñeteros ángeles que habitan el cielo. Desde hace más de cien años, no pasa ni un solo día de mi eternidad en el que no me arrepienta de la decisión que tomé en el intermedio el día de mi muerte.

Recuerdo a la perfección el etéreo espacio que es el intermedio. Me dejó marcado de por vida. Aquel es el lugar en el que rindes las cuentas de tu vida, solo, sin apoyo, con seres que van a impartir justicia, no van a tener en cuenta tu visión, ni tus pensamientos, tan solo los hechos que hayas cometido.

Cuando mi ángel guardián entregó las manos, una a cada ángel, la derecha al blanco, la izquierda al negro, no me sorprendí de su existencia. No es que nunca hubiese sentido su presencia, ni si quiera lo había imaginado, pero allí, supe que era real. No tardaron ni un minuto en indicarme que el lugar al que debía de acudir era el cielo.

Al segundo siguiente, me estaban explicando que tenía la opción de servir al bien supremo, que podía continuar mi eternidad como un ángel protector. Aquello en mi joven cerebro se tradujo como gloria y renombre, me imaginé a mí mismo llegando a lo más alto.

No tardé ni diez años en darme cuenta de que nada iba a ser como había imaginado. En el cielo te piden todo, esfuerzo, honra, sacrificio… por nada a cambio. Explican que ver la felicidad, que ayudar a las almas a hacerse puras e incluso a mantenerse en ese estado, es la recompensa. Pues bien, a mí me importaban una mierda el resto de las almas. Yo quería llegar a algún lado en el que pudiera,

de una vez por todas, disfrutar. Había malgastado mi vida terrenal siendo una buena persona, no iba de ninguna de las maneras a malgastar mi eternidad en dedicársela a los demás.

La primera oportunidad que tendría de ascender, de conseguir mejoras las cogería. Haría lo que tendría que hacer, cualquier cosa.

El problema de mi amargura, resultaba ser que nunca se presentaba semejante oportunidad, yo estaba dispuesto a pasar por encima de quien fuese, pero no hallaba nada con que hacerlo. Por la gran mayoría de los ángeles de la parte baja del cielo era sabido que incluso desde aquí se podía negociar con el infierno.

Todos los ángeles a los que habíamos interrogado, cuando se les había descubierto como conspiradores, daban la misma razón. Se habían vendido porque el infierno es un lugar maravilloso, sin reglas, coges lo que quieres cuando quieres. Haces lo que te apetece, no hay moralidades absurdas. No debes pasar tu existencia siendo un mártir.

El tedioso repiquetear de las campanas que indicaban el comienzo del entrenamiento, me atrajeron al presente, a la realidad. Me desaparecí para llegar a tiempo al adiestramiento, yo era el encargado de organizarlo y por tanto no podía faltar.

Lo más alto que había llegado en el cielo, era a alcanzar un lugar junto a Jano, un ser cargado de amargura cuyo único placer en el mundo residía en ayudar a otras criaturas. Era un gran guerrero, con mucho nombre, pero algo le había sucedido, algo, que le había hecho caer desde lo más alto. Me pregunté durante mucho tiempo el motivo, nunca lo descubrí a pesar de que hacía poco que había tenido lugar. Jano era muy ducho y dedicaba todo su tiempo a enseñarnos, pero su vida interior, era un gran misterio.

Cuando llegué al campo donde entrenábamos observé con desgana a la veintena de nuevos ángeles que me habían sido asignados. Cuando llegaban nuevos era insoportable, todos pecaban o bien de arrogancia o bien de bondad. Era realmente difícil decidir cual de las dos clases era la más asquerosa. Muchas veces me

preguntaba como serían los que llegaban al infierno, como funcionarían allí las cosas.

-Daniel-me llamó la profunda voz de Jano a mi derecha.

Le miré con sorpresa. Había captado un tono de voz inusual en él. ¿Quizás se trataba de pasión? Me pregunté asombrado ¿Qué le habría sucedido?

-¿Estas bien?-inquirí antes de que él pudiese añadir nada.

Al observarle directamente a los ojos descubrí muchas cosas. La primera era que algo le había revivido, la segunda, que se sentía feliz y apenado a partes iguales, y la tercera era que estaba tan descontrolado que le resultaba imposible esconder sus sentimientos.

-Te necesito-explicó, pero lo pidió como demandando un favor, no como un superior da una orden-hemos descubierto que hay una nueva bruja.

-Pero eso es imposible-contesté desconcertado.

-No, no lo es-aseguró Jano.

Y de repente se activó un mecanismo en mi cerebro, haciendo que emitiese una sonrisa de malvada satisfacción, reacción que tuve la suerte de que Jano no alcanzase a ver. Aquello sería lo que me abriría las puertas del infierno. Por fin podría ser feliz. Hoy era un día maravilloso.

14-VÍCTOR Y SUS PLANES

Cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo, cuando realmente mi cerebro consiguió procesar el acto de Daniel y la reacción de Gonzalo, intenté zafarme de Daniel. Me resultó imposible, me agarraba con fuerza. El dolor que me producía la presión que ejercía sobre mi brazo izquierdo roto, apenas me dejaba pensar. Me di cuenta al ver dibujarse ante mí una especie de cueva, que ya era demasiado tarde. Estaba sola, lejos de los seres que querían protegerme y habiendo descubierto lo frágil y vulnerable que era hacía una media hora escasa. La situación realmente no podía ser peor.

La cueva estaba pésimamente iluminada, tan solo el crepitar de dos antorchas encendidas y colgadas de la pared rompían la oscuridad. Daniel me dejo caer al suelo en el momento en el que acabamos de aparecernos. Con pasos rápidos y largos se alejó de mí, dejándome atrás como si fuera un objeto inservible. No me atreví a levantar la vista del suelo. Prefería no ver lo que me esperaba.

-Ya he traído a Laura, soberano-dijo Daniel, sus palabras me llegaron amplificadas debido al eco que producía la cueva.

-¿Has conseguido que Gonzalo pueda sentir a donde te dirigías?-preguntó una voz poderosa, una voz que supe de inmediato a quien pertenecía y decidí no pensar en ello.

-Sí soberano, justo como tú me indicaste-le contestó Daniel al propietario de la voz poderosa, se notaba de manera exagerada el miedo que sentía en cada silaba que pronunciaba.

Después de oír la conversación, incluso a pesar del dolor, mi cerebro actuó rápidamente. Me habían secuestrado para tenderle una trampa a Gonzalo. No podía permitirlo, tenía que escapar. De manera desesperada ordené a mi cuerpo que se desapareciera, para mi estupefacción funcionó, sentí como el estómago se me encogía y

como mi cuerpo comenzaba a temblar, ese era el paso previo. Justo en el momento en el que dibujaba en mi cara una sonrisa de salvación, unas manos que hicieron que mi cuerpo se estremeciera de pánico puro, impidieron que mi desaparición concluyese.

-No me hagas perder el tiempo Laura-advirtió la persona que había hecho fracasar mi huida.

Le miré, me vi obligada a hacerlo. Víctor, me observaba desde su superioridad, me estaba contemplando de la manera que miras a un ser inferior, a alguien que sabes de antemano que has vencido, a alguien insignificante. Temblé, Víctor era imponente, vestía un traje negro con una camisa del mismo color, era alto, casi tanto como Gonzalo, su pelo canoso le destacaba bastante en contraste con el color de su traje y sus rasgos, dejaban entender que tras esa fachada de hombre de mediana edad, había algo más, algo a lo que se debía temer. Su cuerpo emanaba una especie de esencia invisible, que hacía que te cambiases de acera de encontrártelo de frente por la calle. Desprendía la esencia del poder, del respeto, del miedo.

No es que no me lo hubiera imaginado ya, pero tras ese pequeño incidente, supe a ciencia cierta que nada iba a poder hacer por escaparme.

Víctor se dio la vuelta, dándome la espalda.

-Patricia-llamó-ven y cúrale a Laura el hombro-ordenó sin alterar lo más mínimo su controlado tono de voz.

Al oír el nombre de Patricia, persona en la que no había reparado, me incliné ligeramente a derecha e izquierda, para poder en esta segunda posición tras Víctor, distinguir a Patricia. Esta, dio un respingo y ahogó la rabia cuando Víctor le mandó curarme. Se le notaba, sin necesidad de ser muy observador, que prefería que Víctor le hubiera mandado romperse el brazo que curármelo a mí en su lugar. Patricia, obediente, apretó los dientes y se dirigió hasta donde yo me encontraba.

Al ponerse frente a mí, vocalizó con los labios de manera exagerada para que le entendiese, pero sin emitir ningún sonido para que Víctor no pudiera oírla, la palabra zorra. Casi, tan solo casi, me hace reír con su reacción infantil, y digo casi, porque en el momento en el que colocó su mano alrededor de mi brazo roto y lo estrujó, tuve que hacer acopio de todo mi orgullo y de todo mi autocontrol para no tirarme al suelo aullando de dolor y suplicándole que me soltase. Por el contrario, lo que hice fue apretar los dientes y cerrar fuertemente los ojos, pero aun así los chorros de lágrimas que caían imparables por mis mejillas, dejaban ver perfectamente el dolor que me estaba causando. Tenía que hacer algo, tenía que defenderme. Levanté una rodilla y se la hundí en el estómago con todas mis fuerzas. Cuando el golpe impactó en su estómago esta me soltó agarrándose con las manos la zona dolorida mientras gritaba. Yo había acabado en el suelo sin proponérmelo tras soltarme Patricia. Víctor se acercó a nosotras molesto, como si no tuviera tiempo para nuestras infantiles tonterías.

-Dejar de perder el tiempo-ordenó sin elevar el tono de voz.

Éramos tan insignificantes para él que ni si quiera se dignó a ponernos una cara desafiante, sabía que su palabra se iba a respetar. Así fue, como comenzó el proceso de mi curación. Daniel, hizo aparecer una serie de materiales que Patricia le fue pidiendo, resultaba que era el chico de los recados del infierno. Mientras Patricia me untaba una especie de ungüento dorado, que ya había visto, porque Jano me lo había administrado tiempo atrás sobre unos cortes que la propia Patricia me había proferido.

Un cosquilleo, el mismo que sientes cuando se te adormila una pierna, empezó a subirme desde la punta de los dedos para acabar muriendo en el hombro, tras el cosquilleo una profunda sensación de alivio se apoderó de mí, casi me sentía hasta agradecida. Miraba con un odio profundo a Daniel, no podía creer que nos hubiera vendido de esa manera.

-No sé cómo has sido capaz de hacernos esto, Daniel-le dije

con rabia-eres una rata-

Daniel me dirigió una mirada de total indiferencia, se le notaba de manera desmesurada que mi opinión le importaba bien poco.

No conseguía que nadie me prestase atención y yo necesitaba saber lo que estaba pasando para intentar de alguna manera resolverlo. Decidí, aun sabiendo que era un suicidio, arremeter contra Víctor. Este, se encontraba de espaldas a mí, estaba de pie mirando con paciencia y sin alterarse lo más mínimo a una de las antorchas que colgaban de la pared. Me armé de valor, había que hacerlo para dirigirse a ese ser en concreto, incluso a Patricia le asustaba, ya que tras curarme el brazo se había ocultado en un rincón de la cueva, y eso que era de dominio público el hecho de que Víctor la necesitaba, era su única bruja y también, la única que a su vez, podía concebir una nueva bruja.

-Hemos asaltado tu castillo Víctor-dije y noté como las miradas de Daniel y de Patricia se posaban sobre mí con asombro, sin embargo, el aludido ni se inmutó, por lo que continué tentando a la suerte-hemos accedido a las mazmorras y hemos sacado a las Virtudes-seguía sin darse la vuelta-¿y sabes lo que más te va a gustar de todo?, he liberado a Gonzalo de la magia que lo tenía dominado para ti-concluí con suma satisfacción y chulería.

Una convulsión recorrió la espalda de Víctor, una convulsión que hizo que mi cuerpo se estremeciera de pánico. Víctor se fue dando la vuelta lentamente, mientras un desagradable sonido que brotaba de su persona se fue haciendo más intenso. Al darse la vuelta completamente, descubrí que la convulsión y el escalofriante sonido, era su risa. Se reía realmente con ganas, pero sonaba oxidada, como sí, aunque pueda sonar extraño no supiera muy bien como hacerlo o como si estuviese desentrenado.

-Laura, Laura, Laura-dijo a la vez que movía la cabeza a ambos lados-hay tantas cosas que no sabes, hasta ahora, Gonzalo y tú habéis estado bailando al son que yo tocaba, habéis estado

haciendo todo lo que yo quería-expuso con convicción pronunciando de manera exagerada la palabra yo.

Me quedé boquiabierta, necesitaba saber lo que decía.

-¿Estás diciéndome que Gonzalo me ha utilizado y me ha mentido?-pregunté desesperada porque me respondiese.

-No, en este asunto él, es la víctima tanto como tú, pero para eso ha nacido, Laura-explicó mientras se daba la vuelta de nuevo.

-No-le grité extendiendo la mano-¿Qué es lo que quieres de mí?-pregunté-¿quieres saber el camino al cielo?, ¿es eso?, porque si es así no entiendo porque no te lo ha enseñado la rata de Daniel-dije mientras señalaba al aludido que se encontraba escondido detrás de una especie de columna de piedra natural.

Víctor dejó de darse la vuelta y cerró durante breves instantes los ojos.

-Todavía tardarán un poco en llegar-anunció al abrirlos-Laura-me miró como un padre observa a una hija a la que la vida no le ha mostrado todavía toda su maldad-eres tan inocente-confirmó como si realmente lo encontrara tierno-casi puedo imaginar lo que Gonzalo ha visto en ti. Realmente es una pena, pero no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas, y que la gente en la que crees que puedes confiar, todos y cada uno de ellos te ocultan un gran secreto, Jano, Sansón, es más, se podría decir que la persona que más sincera ha sido contigo es Gonzalo-alzó las manos a la vez que observaba el frente-voy a centrarme que me he dispersado ligeramente, no tengo ninguna intención de que me muestres el camino al cielo, ni tú, ni Daniel, ni nadie, puedo entrar en él y masacrar a cuantos ángeles quiera, en el mismo instante en el que me plazca-

Ahogué un grito de sorpresa tapándome la mano con la boca.

-Eso no es verdad-le acusé, me parecía algo imposible.

De nuevo rio debido a mi comentario.

-¿Quieres que ordene masacrar el cielo para demostrártelo Laura?-preguntó con regocijo mientras invocaba a unos ángeles negros que aparecieron de la nada, a su alrededor, envueltos en una potente luz negra.

-No-grité alarmada, no quería ser la causante de semejante desgracia-no lo entiendo-dije con la mirada perdida-¿Qué es lo que quieres entonces?, si el cielo no es tu objetivo, ya no tengo ni idea de que va esto-confesé.

-No puedo creerme que yo-dijo mientras se señalaba con el dedo a sí mismo-sea quien acabe teniendo que explicarte esto-el cielo está dividido en partes, a la inferior, que es la que tú conoces, tengo libre acceso ya que los ángeles blancos hacen cola para ganarse mis favores. Cuando se dan cuenta de lo mucho que se les pide y de lo poco que se les da, no tienen inconveniente alguno en servirme y así poder estar en mi lado, verás, los jefes de tu bando son bastante-gesticuló con la mano como si estuviera buscando el mejor calificativo para describirlos-egoístas e injustos. Por eso esa parte la tengo más que dominada, el problema es cuando te pones a trepar en el escalafón, esos ángeles están mejor tratados y más protegidos, jamás he conseguido tener la relación suficiente con ninguno de ellos, ni tener en mi posición algo que ninguno quisiera-dibujó una amplia sonrisa de maldad en su dura cara-pero eso acaba de cambiar, porque tú, pequeña, vas a ser lo que cambie con Jano-

-Lamento decepcionarte, pero Jano, jamás pondría en peligro algo tan importante, ni por mí, ni por nadie-le indiqué.

Y al caer en esa certeza me sentí empequeñecer, me sentí perdida, seguramente ese sería el día en el que conocería mi final, mi enemigo era descomunal en comparación conmigo.

-De nuevo Laura, pecas de ingenua, pero ese tema lo trataremos más adelante-explicó y sentí que daba por terminada nuestra conversación.

A sí que de nuevo reaccioné rápido y de manera desesperada.

-¿Por qué dices que hemos bailado al son que tus nos has marcado?-pregunté de manera exigente.

Víctor dirigió una mirada a todos los ángeles presentes en la sala, a Daniel y a los que había invocado posteriormente y con un gesto de la mano les ordenó que abandonaran la cueva. Tras su marcha, en el lugar, tan solo quedamos Víctor, Patricia y yo.

-Hace milenios, el día que conocí a Gonzalo, el día que vino del intermedio, sentí que era una persona importante, alguien con un poder descomunal dormitando en su interior, pero yo no tenía ni el don de poder verlo realmente, ni la preparación adecuada para hacerlo, por lo que tuve que acudir a una profesional. Por aquel entonces, vuestro linaje-nos señaló a Patricia y a mí-no había sufrido la división de la que ahora nos beneficiamos. Las brujas de la familia Silvestre servían al cielo y a los ángeles blancos, pero aun así, como eran tiempos muy difíciles y el cielo nunca ha sido conocido por regalar facilidades, por una cantidad considerable de dinero o favores, accedían de forma clandestina a prestarnos sus servicios-levantó la mirada al horizonte, casi como si de verdad se estuviera esforzando por rememorar tan lejanos momentos-recuerdo que la bruja que vivía por aquel entonces era una de las brujas que a lo largo de vuestra extensa historia han destacado por su enorme poder, más allá de las dotes que se os son otorgadas por vuestra sangre. Esa bruja confirmó con solo echarle un leve vistazo, todas mis sospechas, dijo que tenía ante mí a una de las dos partes que harían historia y que como tal, amenazó debía de actuar con mesura y responsabilidad-

Víctor dejó un poco a un lado la historia que me estaba contando para decirme prácticamente al oído, imagino que para que Patricia no pudiera oírlo, ya que era la única persona presente en la cueva aparte de nosotros, claro está de manera muy intensa

-Tú, todavía ni te imaginas quién eres, ni lo incalculable de tu valor niña, pero yo si lo sé y lo aprecio, y te puedo asegurar, que si he mantenido a Gonzalo atado a mí durante milenios, ha sido, casi en exclusiva para este momento y que voy a hacer todo lo que esté en mi

mano y lo que no, para conseguir mi objetivo-paro de hablar y cerró durante un par de segundos los ojos, parecía que de nuevo estaba calculando el tiempo que Gonzalo iba a tardar en llegar, había cogido carrerilla narrando la historia y se le veía deseoso de acabar de contármela-A los pocos días de que aparecieses, cuando deduje cuales eran tus orígenes, mande a Gonzalo a tu encuentro. Al verlo aparecer a las pocas horas, por el impacto que habías tenido sobre él, obtuve la gratificante confirmación de que nuevamente había acertado con mis impresiones, pero la confirmación real, la palpable fue la marca homóloga que compartís. Desde ese momento, he tenido que idear un sinfín de planes para que anduvieseis los pasos que os separaban. Hice una reunión con los ángeles blancos que están dispuestos a trabajar para mí, como ya habrás podido deducir, el ángel que más cerca de mi objetivo había llegado era Daniel, por lo que fue a él, al que le encargué la misión. Tuve que ingeniármelas, ya que Gonzalo estaba totalmente indeciso respecto a ti, para que Patricia intentase matarte y despojarte de tus poderes, para que Gonzalo se decidiese a ayudarte, que se posicionase a tu favor y así se ganase tu confianza-

Un ruido de sorpresa y molestia nos llegó claramente desde la posición de Patricia, el eco de la cueva había sido lo que más le había delatado. Cuando aparté la mirada de Víctor y la posé sobre ella, casi me dio hasta pena, se sentía herida y traicionada por las únicas personas que se supone se preocupaban por ella, que contaban con ella, y acababa de darse cuenta de que le habían utilizado como a una simple marioneta, solo el hecho de recordar el momento exacto en el que en el cementerio, me dijo casi con orgullo que había asesinado a mi abuela, hizo que prácticamente me alegrase de todo lo malo que podría pasarle. Víctor ni si quiera se molestó en dedicarle una mirada, él solo se preocupó por seguir narrando la historia, molestase a quien molestase.

-Solo podía celebrar lo bien que estaban saliendo las cosas, no veía el momento en el que por fin te dieses cuenta de que podías confiar en él, uno de los problemas llegó el día que te presentaste en

el castillo mientras manteníamos una reunión y pensaste que te estaba utilizando ya que viste unas fotografías de tus seres queridos y de tu casa, ahí me pillaste por sorpresa y tuve que salir del paso como pude, le conté a Gonzalo que esa noche iban a atacar tu casa, por supuesto tuve que mandar a unos ángeles débiles para que no pudieran dañarte, pero sí lo suficientemente fuertes, para que Gonzalo no sospechase, de esa manera me aseguré de que se ganaba nuevamente tu confianza-

-¿Cómo sabes que estuve ese día en el castillo?-pregunté sorprendida.

Víctor se puso rígido y se quedó paralizado.

-Nada pasa en mi reino sin que yo lo sepa-todas y cada una de las letras pronunciadas, consiguieron hacerme temblar de miedo, de respeto-¿Acaso crees que habéis estado correteando por el infierno de la manita sin que yo lo supiera en todo momento?-preguntó de manera retórica, no esperaba respuesta, era una afirmación-Pero el problema seguía siendo que debíais rescatar a las Virtudes, y él debía de ayudaros, tenías que conocerle tan bien y estar tan segura, ya no de él, si no de tus sentimientos, reconoceré que a medida que se iba pasando el tiempo y no actuabas, a medida que se acercaba el plazo, iba poniéndome más nervioso-los ojos se le iluminaron mientras recordaba algo-pero el esperado día llegó, supe que estabais preparando una poción para devolverle la voluntad ya que Gonzalo hizo preguntas, buscaba información acerca de la ubicación de las plantas extinguidas-

Le interrumpí, no pude evitarlo, lo hice incluso temiendo su reacción.

-Lo que no entiendo, es ¿Por qué nos permitiste que le devolviese la voluntad, que anulase el hechizo que hace tanto tiempo hiciste que pesara sobre él?-pregunté sin intuir si quiera la respuesta.

Víctor rio, y su risa era maléfica y temible.

-Sin duda eso fue lo que más me molestó permitiros, pero era la única manera de que él os ayudase, que sintiese que no era una amenaza para ti-explicó.

-¿Pero no entiendo por qué necesitabas que él nos ayudase?-pregunté con más curiosidad si cabe, seguía sin verle el sentido a todo esto.

-Muy fácil, tenías que rescatar a las Virtudes sin que os dieses cuenta de que yo os estaba ayudando, de que era lo que deseaba, y la única manera posible de que no os dieseis cuenta de las enormes facilidades que estabais teniendo era tener a una persona tan poderosa y con tanto conocimiento del lugar como él-finalizó mientras sonreía.

La pregunta que quedaba por formular era ya obligatoria, y juro que en ese momento temía la respuesta.

-¿Por qué has querido que rescatemos a las Virtudes?-dije con voz temblorosa.

Una amplia y demente sonrisa se dibujó en su tenebroso rostro.

-Porque lo que menos deseo es el fin del mundo, y menos ahora que tengo el poder para hacer cosas peores que eso, ahora que tengo la posibilidad de gobernarlo todo-dijo abriendo los brazos mientras los elevaba al aire, la locura y la sed de poder habían corrompido por completo su interior.

Tras semejante confesión, lo único que rompía el pesado silencio era la cruel risa de Víctor. Sentí una oleada de calor recorriendo mi cuerpo, una bandada de mariposas me alteraron el interior, levanté la cabeza, Gonzalo había llegado. Desconocía si Víctor tendría alguna manera para saber de la presencia de Gonzalo, pero debía de ser así ya que casi a la par de mi reacción llegó la de él, se tensó alerta y le buscó por la cueva con la mirada. Pasados unos segundos se relajó por completo y recupero de manera inmediata la

actitud desenfada que mostraba antes de la aparición de Gonzalo. Víctor se desapareció de manera inesperada, separándose de mí para reaparecer casi al instante en el centro de la lúgubre cueva.

-Oh, mi amado discípulo, me llena de alegría tenerte de nuevo ante mí-mientras pronunciaba ese falso discurso, cuyo único objetivo era cachondearse abiertamente de Gonzalo, alzó ambas manos y extendió los brazos dándole la bienvenida de manera física también.

Gonzalo salió de una de las sombras de la cueva, con paso firme, se le notaba en la cara que no se empequeñecía ante Víctor, que venía totalmente dispuesto a enfrentarse a él.

-Debido a todos los siglos que hemos pasado juntos, a tus admirables servicios, voy a concederte la oportunidad de regresar a mi lado-concedió mientras sonreía.

-Lo único por lo que he estado a tu lado y obedeciendo tus ordenes durante la eternidad de mi vida, ha sido porque me tenías dominado-le contestó Gonzalo con rabia-ahora ya no hay nada que puedas hacerme, además mi corazón y mi cuerpo pertenecen a otra persona, porque yo-dijo mientras se señalaba el pecho a sí mismo-se lo he entregado por voluntad propia, y contra eso, no hay nada que puedas hacer-se quitó el dedo de su pecho para poder usar el mismo para señalar a Víctor-ni si quiera tú tienes el poder para que deje de quererla-explicó en un tono bajo, calmado, amenazante.

Se podía ver como Gonzalo se sentía seguro de que saldríamos de esta, de que habíamos hecho las cosas bien y de que Víctor no podría estropearlo. Gonzalo, se desapareció de la esquina en la que estaba para reaparecer a mi lado.

-En cuanto llegue Jano, vete con él, no me esperes-me ordenó con tono suave y cariñoso, mientras me miraba fijamente a los ojos.

Gonzalo se fue de mi lado de manera tan rápida e imprevista

como había llegado. El precio que pagó por malgastar esos segundos previos a una lucha para darme instrucciones a mí, para intentar protegerme, fue muy alto. Víctor estaba preparado y antes de que Gonzalo reapareciera en el punto deseado Víctor le esperaba ya con los enormes brazos en alto. Al terminar de materializarse Gonzalo se encontró con una fuerza que lo golpeaba lanzándolo alrededor de diez metros hacia delante. Cayó al suelo dándose de bruces, tardó pocos segundos en ponerse de pie y recuperar las fuerzas. Cuando levanto la cabeza, su cara se había transformado en una desfigurada máscara de sangre. El fuerte impacto, había hecho que en la parte superior de la cabeza se le hiciera una enorme brecha de la que salía sangre a borbotones. Una persona con la capacidad de morir, habría fallecido instantáneamente con semejante impacto. Era realmente increíble que un hombre, por muy poderoso que fuera tuviese tanta fuerza, Víctor no dejaba de sorprenderme.

Lo sucedido posteriormente, de ninguna manera, ni de haber estado advertida con anterioridad, hubiese estado preparada para verlo. El lugar en el que estábamos se cubrió de magia, de una magia gris, densa y maligna, apenas parecía magia, pero yo sabía que lo era. Víctor y Gonzalo se habían colocado el uno frente al otro con varios metros de distancia entre ellos. La magia maligna que sobrevolaba el ambiente, se condensó, para comenzar a arremolinarse sobre sus cabezas. Como si fuera un pequeño huracán imparable, destructor. Pude ver la transformación de Víctor en primera persona, de hecho, no pude apartar los ojos de semejante visión ni un solo segundo. Víctor levantó la cabeza para mirar al huracán que se removía sobre su cabeza, y echando su cuerpo hacia atrás abrió los brazos para recibir el impacto de la magia al penetrar en su interior, como una flecha.

Tuve que resistirme entonces para no salir huyendo despavorida y pude ver que Patricia sentía el mismo deseo que yo. Las piernas, brazos e incluso el torso de Víctor, se hincharon a la vez que rompía la ropa que llevaba, hasta alcanzar un volumen de gigante, alrededor del volumen que podrían llegar a tener diez

personas adultas. Todas y cada una de las venas de su cuerpo estaban marcadas y eran de un grosor aproximado al tamaño de mi brazo. Su cabeza, había crecido casi en la misma proporción que el resto de su cuerpo, pero su rostro, no recordaba en nada al que había sido hacía poco, se había convertido en un monstruo.

Gonzalo no parecía apenas impactado por la visión por lo que de manera rápida deduje no sería la primera vez que le veía en esas condiciones. Incluso la espada que portaba en las manos, la que estaba hecha de las espadas forjadas por el mismísimo Lucifer, resultaba ridícula, como un simple mondadientes, pero ni eso, ni esa brutal desventaja consiguió amedrentar a Gonzalo que se lanzó espada en alto a por Víctor. En mitad de la carrera suicida, se desapareció y tarde un rato en volver a distinguirlo trepando por la espalda de Víctor. Gonzalo clavaba la espada continuamente mientras seguía su ascenso y Víctor, de manera torpe retorcía los brazos para intentar atraparle. Pequeños ríos de sangre caían por la enorme espalda de Víctor. Deseaba hacer algo, ¿pero el qué?

La visión de una deslumbrante luz blanca, hizo que todo se detuviese momentáneamente. Víctor dejó de intentar librase de Gonzalo y sonrió ampliamente al ver aparecer a Jano. Parecía que nuevamente había conseguido su propósito. Con la aparición de Jano, Gonzalo también había detenido su ataque contra Víctor y desde su posición tan alejada, tuvo que gritar para que se le oyese.

-¡Llévatela!, ¡aléjala de aquí!-le gritaba de manera desesperada a Jano.

Cuando vi que con la mirada este me había localizado y se disponía a desaparecerse para llevarme lejos de allí, para que dejásemos a Gonzalo solo, para que de nuevo cayera en las manos de Víctor. Tuve que reaccionar rápido para hacerlo más pronto que Jano. Me desaparecí colocándome detrás de Víctor para que no pudiera verme. Por eso tuve tan buena la percepción de los hechos siguientes.

En consecuencia, de la distracción que había acarreado la llegada de Jano, y la escasa intención que Víctor tenía de que Jano y yo escapásemos. Ambos factores sumados, le dieron la fuerza necesaria para ganar la batalla. Estiró el brazo hacia atrás colocándolo en un ángulo imposible, sus huesos al crujir resonaron por toda la cueva, con un sonido que te embargaba y te hacía que te dieran ganas de tirarte al suelo y retorcerte de dolor. La enorme mano de Víctor, alcanzó lo que llevaba tiempo intentando, consiguió encerrar a Gonzalo en el interior de su mano, y una vez lo tuvo dentro, lo lanzó con una fuerza descomunal hasta la pared contraria de la cueva. Tan rápido fue el movimiento que Gonzalo no tuvo tiempo de hacer nada, tan solo de impactar contra la rocosa pared como si de un muñeco se tratase. El fuerte impacto lo recibió de lleno con la espalda y esta sonó de manera desorbitada al partirse en dos, posteriormente Gonzalo caía ingrávido hacia el suelo, para quedarse bocabajo inerte. Víctor le contempló sin ningún atisbo de compasión en su mirada.

Yo no podía quitarle los ojos de encima, tirado en el suelo parecía vulnerable, como un humano más, en esa posición no recordaba en nada al gran guerrero, diestro y fuerte que era. Una temible voz de ultratumba, que en nada podía compararse a otra voz que hubiese oído con anterioridad, que hizo que todos los presentes nos encogiésemos de terror retumbó por la cueva.

-Ahora Patricia-ordenó Víctor-dale la poción-su voz se fue volviendo más parecida a lo que era antes de la transformación ya que a medida que hablaba, iba decreciendo para volver a su antiguo ser.

Patricia corrió a donde Gonzalo, lanzándose al suelo junto a él. Distinguí como sacaba de su bolsillo delantero del pantalón un pequeño bote de poción justo antes de que me desapareciera para impedir que se lo administrara.

Algo con una enorme fuerza me impidió desaparecerme justo en el instante preciso en el que ya lo había conseguido. Era Víctor, que me apretaba con fuerza junto a su costado sin prestarme realmente atención. Miraba con sumo interés el trabajo que estaba

realizando Patricia para asegurarse de que lo hacía correctamente.

-¡No!-grité revolviéndome en los brazos de Víctor mientras estiraba la mano para intentar impedir a Patricia que le diera la poción a Gonzalo-¡Jano, ayúdale!-le rogué de manera desesperada.

Pero de nada sirvieron mis esfuerzos, Jano que ni por un segundo había tenido la menor intención de ayudar a Gonzalo, intento aprovechar la distracción que nos estaba acarreando la escena para acercarse a Víctor e intentar liberarme. Evidentemente, de nada le sirvió, ya que cuando estuvo a una distancia aceptable, de un solo manotazo, como el que puede dar un gigante a una pequeña e insignificante mosca, le lanzó con fuerza, no pude ver a donde le había llevado el golpe, porque en lo único en lo que podía centrar mi atención era en que Patricia había vaciado por completo el contenido grisáceo brillante del frasco de la poción.

-¡No!-grité de nuevo-¿Qué le has hecho?-pregunté girándome para poder mirar a los horripilantes ojos de Víctor-¡cabrón!-le insulté mientras le arañaba con las uñas para causarle daño, quería hacerle pagar por todo lo que estaba haciendo.

Víctor me miró como quien observa a alguien diminuto que está molestándole, en su expresión se podía notar como estaba deseando aplastarme para que dejase de incordiarle de una vez, pero si creía en lo que antes había estado contándome, le resultaba necesaria, por lo que mientras siguiese necesitándome, no iba a causarme ningún daño. Dejé de hablar e intenté calmarme, necesitaba descubrir lo que le habían hecho a Gonzalo, asegurarme de que estaba bien.

-¿Qué le habéis dado?-pregunté de manera serena y razonable.

-Veo niña, que estás aprendiendo-me concedió Víctor con sorna-Como muy bien sabes por nuestra anterior conversación, necesitaba que Gonzalo sintiera todo el dolor y todo el odio que albergaba en su interior para que fuese fuerte, a sí que la única

manera de que sintiendo eso, estuviera a mi lado era controlar su voluntad, también como bien sabes, necesitaba que os conocierais, que supiese y sintiese lo importante que eres para él. Pero ahora, llegados a este punto, y teniendo anulado el conjuro que domina su voluntad, la única manera de conservarlo a mi lado es haciendo que te olvide-dijo con una enorme sonrisa en su demoníaca boca-le he borrado los recuerdos-explicó mientras saboreaba cada palabra pronunciada como si fuera un dulce manjar-ya no existes para él.

Esas palabras penetraron en mi interior como lanzas de fuego destinadas a destrozar cada resquicio de mi ser.

-Ahora de nuevo es mío, está a mi lado y no sabrá nada más que lo que yo quiera contarle, ahora ya es un gran guerrero con una fuerza inigualable, no necesita saber nada más. Pero pequeña y frágil Laura, para que veas lo realmente razonable que soy, ahora mismo o en cualquier momento puedes unirte a nosotros, serás bien recibida, vivirás como una auténtica reina, se te entrenará, se te enseñará todo de la brujería. Y lo más importante de todo, tendrás una vida al lado de él-dijo mientras señalaba a Gonzalo-podréis ser felices juntos, bajo mi mando y protección-

Víctor estaba realmente exultante, todo le había salido a la perfección, incluso sabía que yo debía de luchar con todas mis fuerzas, con todas las imperfecciones humanas que me gritaban que me dejase llevar, que eligiera el camino fácil, que no merecía la pena lo contrario, que, ¿qué había hecho el resto de la humanidad por mí, para que yo decidiera ayudarles?

-No le escuches Laura, está intentando engañarte, la vida que él te propone, ni es tan fácil, ni tan bonita, o, ¿estás dispuesta a matar a otras personas, inocentes, que tan solo estén interponiéndose en los planes de Víctor?, ¿estás dispuesta a hacer daño a Sara, o a Asier?, ¿a no poder volver a verlos nunca?, ¿a perder tu humanidad?, el mundo al que perteneces puede que sea más difícil, menos atractivo y más doloroso, pero es mucho más digno y te aseguro que durante el resto de los días de tu vida, podrás seguir mirándote al espejo sin ver

a un monstruo-me expuso Jano, que parecía convencido de que iba a escoger estar al lado de Víctor.

-¿Qué eliges entonces?-me preguntó Víctor de manera ansiosa, se le veía que estaba deseando obtener de mí, una respuesta.

Pero yo no sabía que hacer, que elegir, no quería perder a Gonzalo por nada del mundo, pero tampoco quería ser una asesina, y tampoco estaba dispuesta a perder a Sara ni a Asier. La decisión no podía ser más difícil. Víctor me observaba con alegre curiosidad, quizás estaba sorprendido de que estuviera sopesando su oferta.

-Te doy tiempo para pensarlo, si en algún momento quieres aceptarla, sabrás como encontrarme-me susurró al oído con felicidad-pero ahora no tengo tiempo-explicó esta vez en un tono alto para que los presentes pudieran escucharle-necesito que Jano, venga aquí. Vamos angelito, ven aquí y cámbiate por ella-le exigió mientras le hacía un gesto con la mano para que se acercase.

-¿Qué quieres de mí?-le preguntó Jano.

Y Víctor a mi espalda rio.

-Pero que contento estoy hoy-anunció Víctor riéndose así de todos nosotros-venga, que aunque seas de los buenos, hizo unas comillas al aire, no puedes pensar en serio que creo que seas tan ingenuo, quiero, como bien te imaginas dos cosas, la primera es tu esencia angelical para poder subir más alto en el cielo y la segunda es saber dónde esta Claudia-reveló.

Si en el último mes, no habían dejado de sorprenderme cosas, esto ya era la guinda del pastel, ¿para que quería Víctor a mi madre? Y lo más importante, ¿por qué iba a saber Jano donde estaba? No sabía que decir primero, sí, si era verdad que sabía donde estaba mi madre, o que no se le ocurriese decírselo. La primera pregunta quedó despejada cuando Jano me miró fijamente con la vergüenza pintada en la cara.

-No te cambies por mí-le ordené de manera cortante, había conseguido cabrearme de verdad, si sobrevivía a esta iba a tener que darme muchas explicaciones-¡vete!-le grité.

Pero Jano ni se movió.

-Pobre Laura, todo el mundo se ha dedicado a mentirte y tú, lo descubres en las peores situaciones-explicó Víctor con un fingido tono de pena-Jano no se va a ir-aseguró con convicción-sino que por el contrario, va a venir hasta aquí gustoso para que yo te libere y perdone la vida, y lo va a hacer por una maravillosa razón. Anda Jano, cuéntale a Laura quien es su padre-dijo cediéndole la palabra con una reverencia.

-¿Sabes quien es mi padre?, ¿durante todo este tiempo has sabido quien es mi padre y no me lo has dicho?-le acusé con incredulidad y dolor, casi no podía ni mirarle.

Víctor rio a carcajadas, carcajadas que retumbaron por toda la cueva, estaba disfrutando de la situación sobremanera.

-Oh Laura, es peor que todo eso, ¿nuca te has preguntado porque eres tan diferente?, pues la respuesta es muy simple, es porque Jano es tu padre-dijo dándole énfasis a cada palabra pronunciada para que aunque resultara casi imposible, sonasen peor.

Fue como si el universo entero se parase.

-¿Es eso verdad Jano?-pregunté, pero ya no escuchaba, porque obtuve la respuesta por su mirada mucho antes de que me llegara en forma de palabras.

Tuve que concentrarme y respirar fuertemente, un terrible monstruo se estaba apoderando de mi interior, el demente monstruo del dolor. Me embargó un calor tan insoportable que solo logré aplacar levemente expulsando fuertes ríos de lágrimas, una sensación de odio me recorrió por cada recoveco de mi ser haciendo que expulsara un grito de dolor, mientras mi pecho se movía violentamente hacia arriba

y hacia abajo. Tuve que colocarme las manos sobre el cuello porque la terrible angustia que sentía me impedía continuar respirando.

Apenas noté como Jano se aparecía a mi lado y como acto seguido Víctor me lanzaba lejos de ellos cumpliendo su palabra de soltarme, haciendo que casi me diera de bruces contra el suelo. Ni miré lo que le esperaba a Jano, ni me importó en ese momento, solo tuve el egoísmo de preocuparme por mi horrible dolor en el corazón.

Menos mal que apareció él, y me devolvió de nuevo a la realidad en la que hay que anteponer los propios sentimientos a los de los seres que amamos. Sansón llegó como caído del cielo, con una cara de rabia que jamás había visto en sus facciones, en su mano izquierda portaba una de las pociones que había hecho para el asalto a la fortaleza. Su llegada distrajo a Víctor, quién con ambas manos colocadas sobre la cabeza de Jano se encontraba sorbiéndole la esencia. Víctor miró fijamente a Sansón y mientras se relamía le dijo:

-Este tiene que ser mi día de suerte-soltó a Jano quién cayó desfallecido a sus pies.

Le miré con miedo pintado en mis facciones a Sansón, se estaba sacrificando para ¿Qué?, para que salvara a Jano y a Gonzalo, o para que me salvara yo, o porque tenía la noble y estúpida intención de que nos salvásemos todos. Había cometido un acto suicida ya que las dos únicas personas con fuerza suficiente, para lograr distraer si quiera a Víctor yacían inconscientes en el suelo.

Sansón clavó su penetrante mirada en la mía y abriendo los ojos señaló la espada de Gonzalo que se encontraba oculta en la penumbra de un ángulo muerto junto a la pared. Deduje que estaba indicándome que la cogiese y la usase, por lo que corrí los metros que me separaban de ella para no llamar la atención de Víctor desapareciéndome y haciendo que intentara retenerme. Rodé por el suelo y me hice un corte en la mano al agarrarla con rapidez y sin cuidado, todo ello debido a la tensión y a las prisas, el corte me dolió igual que si me lo hubiera producido con el filo de una hoja de papel.

Al encontrarse mi mano con la empuñadura noté una especie de fuerza parecida a la de la corriente, penetrando dentro de mí, fue casi como si la espada me reconociese, como si en ese momento hubiera pasado a ser un apéndice de mí. La empuñé con las dos manos a la vez y levantándola en alto, recorrí en silencio, de manera sigilosa el camino para ponerme justo detrás de Víctor. El corazón y la respiración me trabajaban a un ritmo vertiginoso debido al temor de ser descubierta y posteriormente descuartizada por osar enarbolar un arma contra el rey del infierno. Mi miedo que era mucho y sumamente justificado se vio incrementado al ver que Víctor estaba ya casi encima de Sansón colocándole como a Jano las manos sobre la cabeza. No pensé, tan solo actué y me dejé llevar por el instinto de que bajase el arma con todas mis fuerzas en el centro de la espalda de Víctor, quien con el metal hundido en su interior se retorció hacia atrás en un ángulo recto y comenzó a echar humo por la boca, junto con una especie de líquido negruzco denso que poco tenía que ver con la sangre.

La mano de Sansón se enroscó alrededor de mi muñeca y tiró de mí hasta donde se encontraba Jano tirado, con una fuerza desmesurada, teniendo en cuenta la pequeñez de su tamaño. Yo no podía apartar los ojos de Víctor, bien por el espectáculo que estaba produciendo, bien porque finalmente consiguiese librarse de la potente arma que lo atravesaba. El corazón me dio un vuelco en el instante justo en el que Víctor, haciendo un esfuerzo claramente sobrehumano, se arrancó la espada lanzándola a un lado. Pero mi horror siguió en aumento al ver con el rabillo del ojo como Sansón se bebía el contenido de la poción que concedía el poder de desaparecerse y comprender que no tenía intención alguna de sacar a Gonzalo de allí.

-¡No!-le grité zafándome de su mano con un fuerte e inesperado tirón.

-Es tarde para él-me dijo mirándome de manera dura-ahora no podemos hacer nada-

Le miré con odio, por mucho que él dijese no pensaba dejar a

Gonzalo allí, aunque me costara muy caro. Le ordené a mi cuerpo que fuera junto a Gonzalo, pero Sansón se adelantó a mí y agarrándome el brazo fuertemente, impidió mi desaparición, a la vez que me llevaba, junto a Jano, lejos de Víctor, lejos de la cueva, y lo peor de todo, lejos de Gonzalo.

15-INCLUSO EL CIELO TIENE COSAS QUE OCULTAR

Cuando crezcas,

descubrirás que

ya defendiste mentiras,

te engañaste a ti mismo

o sufriste por tonterías.

si eres un buen guerrero,

no te culparás por ello

pero tampoco dejarás

que tus errores se repitan.

Paulo Coelho

Como era de esperar, el escenario que a continuación se dibujó frente a nosotros, aún en contra de mi voluntad, fue la biblioteca. Sansón, nos agarraba a Jano y a mí, a cada uno con una mano.

Pese a todos los esfuerzos que estaba haciendo por liberarme, la mano izquierda de Sansón, no me concedía tregua alguna, es más, ni si quiera conseguía llamar su atención. Pero yo necesitaba irme de allí, lo necesitaba desesperadamente, tenía que volver donde Gonzalo. ¿Qué iba a hacer sin él?, ¿cómo iba a poder permitir que estuviera de nuevo a merced de Víctor?

-Sansón, tu no lo entiendes, pero tienes que dejarme ir a por

él-le rogué de manera desesperada.

Sansón, se limitó a volver su mirada en mi dirección, sin muchas ganas, parecía que no podía apartar la vista de Jano. Cuando por fin la posó sobre mí, aparte de parecer molesto, un profundo sentimiento de miedo, se asomaba por sus pupilas.

-La que todavía no lo entiendes, eres tú, pero eso va a cambiar pronto-hizo un gesto hacia una silla de al lado de su escritorio-siéntate allí y espera mientras veo como se encuentra-se paró en seco y dedicó unos segundos a buscar la palabra más adecuada-tu padre.

Esa palabra, dirigida hacia mí, resultaba tan extraña como el sonido de una palabra inexistente, inventada y el hecho de llamar así a Jano, me hacía sentir dolida y traicionada.

-Ese que tienes en tu mano, no es nada mío-dije con veneno e ira-tengo veinte años y no ha aparecido en mi vida hasta que no ha necesitado nada de mí-concluí visiblemente resentida.

-No tienes ni idea de lo que dices, hay muchas cosas que todavía no conoces y que yo gustosamente me ocuparé de aclararte en cuanto sepa que Jano se encuentra bien-explicó en un tono inusualmente calmado para lo subida de tono que estaba resultando la conversación.

O puede que tan solo estuviera resultándome subida de tono a mí por todos los sentimientos que borboteaban en mi interior.

El tiempo pasaba y yo seguía sin poder ir junto a Gonzalo. Noté una oleada de calor subirme por la espalda, a la vez que mi furia aumentaba a pasos agigantados, era poco lo que me faltaba para que mis sentimientos se apoderaran de mi razón.

-O me sueltas o tendré que utilizar la fuerza contra ti-amenacé y por desgracia lo decía muy en serio.

-Mira Laura, no sabes, es más, ni si quiera te llegas a imaginar la clase de poderes que poseo, quédate ahí tranquila-dijo señalando

de nuevo la silla, se notaba que el también estaba a punto de perder la paciencia-o me veré obligado a enseñártelos-amenazó esta vez, muy enfadado y molesto por la postura que yo había adquirido.

Sin pensármelo, me abalancé sobre Sansón, puede que para liberar toda la rabia, puede que para conseguir escaparme o puede que lo hiciera simplemente porque la situación, hacía horas que me había superado. Al ver mi reacción, Sansón, no pareció, ni sorprendido, ni molesto, tan solo se limitó a interponer en mi camino, un campo de fuerza semejante al que había colocado entre Gonzalo y Jano. Me paré ipso facto. Después de ver como una descomunal espada, se había desintegrado sin dejar rastro en contacto con el campo de fuerza, no me quedaba ninguna gana de descubrir el sonido que produciría al amputarme una o varias extremidades.

Ver al otro lado del campo de fuerza era muy difícil y lo poco que se podía apreciar, llegaba distorsionado y como con una especie de saltos. Pero no cabía duda de que Sansón me observaba desafiante al otro lado, estaba esperando a ver cual sería mi siguiente movimiento. Pero, por desgracia para él, nada podría hacer al respecto, de lo que a continuación me proponía. Con una sonrisa de triunfo y de satisfacción obligué a mi cuerpo a que se desapareciera y creía que esta vez sí había dado con la solución a mis problemas.

Lo que consiguió desilusionarme, antes que cualquier prueba y antes incluso de las palabras que lo explicaban, fue la malévola sonrisa que se dibujó en la cara de Sansón al descubrir mis intenciones.

Elevé mi vuelo al desaparecerme y choqué de manera misteriosa contra el techo de la biblioteca, rebotando y cayendo con fuerza contra el suelo. Solo logré evitar el golpe desapareciéndome de nuevo en plena caída y materializándome frente a Sansón con la cara de quien sabe que ha perdido la batalla. Me di cuenta de que era la única de las dos partes que pensaba que había tenido la más mínima oportunidad de ganar en algún momento.

Sansón apartó su mirada con tensión de mí para posarla sobre Jano. Colocó ambas manos sobre el cuello de este y cerró los ojos. La lectura que obtuvo al realizar el proceso debió de ser positiva ya que al abrirlos de nuevo, estos estaban llenos de tranquilidad y esperanza. Mirándome fijamente me dijo:

-Se encuentra en buenas condiciones-dejó de hablar y soltó un suspiro al ver mi cara de rechazo frente a sus palabras-puede que ahora te dé igual, incluso puede que ahora pienses que después va a seguir dándote igual, pero cuando sea después y veas que te importa, porque se lo ha ganado, quiero que sepas que se encuentra bien y que se va a recuperar-

Sin añadir ni un comentario más, y sin dedicarme la más mínima atención, me dio la espalda y se encaminó en dirección a las filas de estanterías del interior de la biblioteca. Una vez se hubo separado un par de metros de Jano, este se elevó en el aire, a pesar de estar inerte y recorrió volando los pasos que había dado Sansón, por lo que deduje, que este era el causante de aquel extraño fenómeno. Me dejé caer al suelo cuando los vi perderse, unas lágrimas de incomprensión, de impotencia y de dolor, recorrían mis mejillas de forma silenciosa. Eran muchas, las cosas que me habían ocurrido ese día y todas muy dolorosas, pero de todas, la que más dolía era la perdida de Gonzalo. Casi sin haberlo tenido, le había perdido de nuevo y esta vez, las cosas eran mucho más difíciles, todos sabían que una relación nos unía, todos lo sabían, menos él, recordé de pronto con un pinchazo atravesándome el corazón. Sin aviso previó una fuerza invisible e ineludible, tiró de mí de manera intensa, solo la habilidad adquirida en los entrenamientos, hizo que diera una voltereta desesperada en el suelo y posteriormente me incorporase, oponiéndome así a ser arrastrada por el suelo. Contra mi voluntad y a toda prisa seguí la misma línea invisible que momentos antes, habían trazado Sansón y Jano.

Cuando apenas había transcurrido un minuto, tras un giro a la izquierda, me colé por una puerta disimulada en la pared, en la que no

había reparado jamás. Al acceder al interior, descubrí, que esta albergaba una especie de enorme sala de altos techos, diáfana. A ambos lados de la habitación, que era el nombre correcto para describir la estancia a pesar de que la primera impresión me había parecido un salón debido a su gran tamaño, filas de literas de dos alturas la recorrían de arriba abajo, dejando tan solo un pequeño pasillo entre las de la derecha y las de la izquierda. Tras las literas, lo que en un lugar normal hubiera sido una pared, en la biblioteca de Sansón, era un armario empotrado de color marrón oscuro.

Devolví mi atención a los dos ángeles, Sansón había tumbado a Jano en una litera. Esta era la más cercana a la puerta e imagino que por precaución le había depositado en la cama inferior. Le arropó con dulzura, con amor, casi de manera paternal. Nunca me había parado a pensar en la clase de relación que les unía, pero a tenor de lo presenciado, debía de ser muy estrecha.

Sansón se dio la vuelta, tras parecer satisfecho de haber dejado a Jano en un lugar seguro. Me miró, cogió aire fuertemente llenando los pulmones a tope.

-Este lugar-dijo señalando con un gesto de la mano hacia el fondo de la habitación-era donde dormían los ángeles recién convertidos mientras estaban en el periodo de aprendizaje, donde conocían un atisbo de la sabiduría angelical-salió de la sala sin molestarse en mirar si lo seguía, deduje que aún debía de estar atada a él.

Le seguí en silencio por los desiertos pasillos de la biblioteca. Costaba creer que un sitio tan tranquilo y tan desierto, en el que jamás había visto a nadie ajeno a nuestro diminuto círculo, el que gracias a la pequeña traición de Daniel, se había visto reducido a tres personas.

Llegamos a la mesa de la entrada de Sansón. Este se sentó en su silla habitual y me indicó con un movimiento que me sentase delante de él. Lo hice, porque era plenamente consciente de que si no, tendría alguna manera para obligarme a ello, estaba empezando a

darme cuenta de algo en lo que quizás debería de haber reparado antes, Sansón era un ángel único y poderoso, sumamente poderoso. Mis ojos estaban inundados de lágrimas y se desbordaban continuamente, mientras me sentaba en silencio y con resignación.

-Hay dos cosas muy importantes de las que te debo hablar-dijo Sansón mientras me observaba con pena, como quien observa a un corazón herido-una es algo que me incumbe a mí y otra, tan sólo parte de la historia de tu familia que creo que tienes derecho a saber y de la que intuyo que si no te la cuento yo, nadie lo hará. A demás-añadió tras un periodo corto de reflexión-las partes implicadas, jamás ven los hechos iguales que los que no lo están-

Se quedó mirándome, al parecer a la espera de que le indicara cual de las dos cosas prefería conocer primero. Yo por supuesto, poniéndole mala cara le contesté

-Mira Sansón, en este momento, como tú comprenderás, saber algo de mi familia, la cual ha estado engañándome desde siempre, pues no me interesa la verdad, y sin ánimo de ofenderte, me importa un pimiento lo que tú me tengas que contar, necesito ir a buscar a Gonzalo. Saber que esta bien-

Sansón, por su parte, ni se ofendió, ni si quiera se inmutó por mi desalmado e hiriente comentario.

-Como te veo muy dolida con tu familia, de eso es de lo primero que te hablaré para que te des cuenta de que las cosas, normalmente, no son lo que parecen y que cuando se conocen todos los datos de algo, es cuando realmente se puede juzgarlo. La verdad es que la historia del amor de tus padres es algo dura y difícil. Tu madre siempre ha sido una bruja, y digamos que no estaba muy convencida de querer serlo. Ella tenía mucho más poder del que se os es otorgado por linaje y tu padre era uno de los grandes ángeles guardianes de los más altos mandos angelicales. Tu padre es un guerrero venido a menos, alguien que lo perdió todo por amor-aguardo en silencio a que yo mostrase alguna reacción, tras varios

segundos en los que yo ni si quiera moví una ceja prosiguió-en la primera reunión que tuvo lugar entre los ángeles que mandan en el cielo y tu madre y tu abuela, a la que acudió tu padre, se quedó completamente prendado de ella, no podía quitársela de la cabeza. Desde ese día, hizo todo lo posible por volver a verla, cuando se dio cuenta de que verla de nuevo no era suficiente, hizo todo lo posible para pasar más tiempo a su lado. Los que vivíamos por aquel entonces eran tiempos difíciles, tiempos en los que las Virtudes estaban comenzando a desaparecer. Este hecho le sirvió a tu padre para conseguir coronarse como el ángel guardián de las dos brujas que vivían en ese momento, tu abuela y tu madre-

Si tenía alguna esperanza de que aquella preciosa historia me conmoviera lo más mínimo, estaba muy equivocado, seguía sin entender porque Jano jamás se había preocupado por mí y porque mi madre se había dedicado a mentirme toda mi vida.

-Pero a pesar del gran y profundo amor que tu padre sentía por tu madre, ella nunca le correspondió-reveló Sansón y eso sí que me sorprendió y comencé a escuchar la historia con más atención-Jano, venía cada noche, cuando dejaba a tu madre a contarme los horribles sentimientos contradictorios que le embargaban. Por un lado se sentía feliz por poder estar junto a ella y por el otro tremendamente desafortunado al saber que a pesar de tenerla, jamás sería suya-

-¿Pero como acabaron juntos entonces?-pregunté-porque es evidente que si yo he nacido, algo tuvieron que hacer ellos, ¿mi madre se dio cuenta un buen día que estaba completamente enamorada de él?, o ¿qué fue lo que pasó?-

-Tu madre, durante toda su vida ha sido bastante infeliz, tenía más poderes de los que podía controlar, discutía mucho con tu abuela y tenía la costumbre de saltarse todas las normas ganándose así muchos problemas y muchos enemigos, incluso se llegó a pensar que iba a volverse una bruja negra, de las que no desean usar sus poderes para ayudar a los demás, sino que tan solo los usan en su propio beneficio. Ella nunca se dio cuenta de que estaba enamorada

de tu padre Laura, porque jamás lo estuvo, lo único que los unió fue el hecho de que en todos y cada uno de los momentos malos de tu madre, él estuvo apoyándole y dándole su amor sin juzgarle-

-¿Y por ese motivo empezaron su relación?-pregunté esta vez si con curiosidad.

Sansón me miró sonriendo, al darse cuenta de que empezaba a dar importancia a lo que me estaba contando.

-Lamento desilusionarte, pero ellos no fueron pareja ni por un segundo. Una noche que tu madre, había discutido fuertemente con tu abuela, porque al día siguiente debíamos de asaltar la guarida que por aquel entonces tenían las brujas contrarias de vuestro linaje, tu madre le había dejado muy claro que no tenía ninguna intención de acompañarla y que era injusto que le obligase a dar su vida por defender a los demás, que era una mala madre, a lo que tu abuela le contestó que poco tenía que ver aquello con lo que ella quisiese, que era una obligación ineludible. Tras ello, Claudia corrió, como tantas otras veces, a buscar consuelo en Jano, la única persona que aún conociendo su egoísmo seguía escuchándola y apoyándola-Sansón paró y me miró como sopesando sus palabras-y esa noche, fue la primera y única vez que tus padres se acostaron-finalizó Sansón.

-Ya, pero eso no explica porque se fue mi madre y porque Jano jamás ha contactado conmigo-le dije para que me lo aclarase.

-Al día siguiente, el día del asalto, tu madre se presentó como si no hubiera habido discusión alguna y como si jamás se hubiera opuesto a luchar en nuestro bando-miré a Sansón boquiabierta mientras me lo contaba-desconozco lo que tu padre le dijo para convencerla, jamás me lo ha contado, tan solo años después de lo sucedido, conseguí arrancarle con esfuerzo la confesión de que se habían acostado juntos. Pero algo cambió todo en esa lucha, tu madre, tuvo una muestra de su fuerte e inusual poder y vino a mí para encontrar respuestas, para que le aclarase lo sucedido-Sansón se incorporó en la silla para acercarse un poco más a mí y juntó las

manos antes de volver a hablar-Claudia tuvo una visión esa noche, ella tiene el enorme y poco común poder, de ver acontecimientos pasados, presentes y futuros, el inconveniente es que no es capaz de dominarlos y eso le carcomía y le hacía sentirse vulnerable. Esa noche vio tu marca-explicó mientras señalaba mi brazo-y cuando le conté lo que significaba huyó sin dejar rastro ni explicación, aun cuando sabía que podía que la visión no hablase de ella. Y por eso Laura es por lo que te pido que no juzgues a Jano, ya que como todos nosotros, no sabía dónde estaba tu madre y mucho menos que estaba embarazada-

Un sentimiento de tristeza y de culpabilidad embargó mi ser. Me sentía mal por los actos cometidos por mi madre, a pesar de no tener culpa alguna. Tras esos sentimientos llegó el inevitable calor del miedo, acompañado de los martilleos del corazón tras los oídos, ¿qué significarían las marcas para que mi madre dejara todo y a todos atrás? Levanté la mirada con el pánico y la angustia brillando en ellos, para dirigirlos a Sansón.

-Hay una pregunta inevitable que debo hacerte y que sé que tú me responderás, debo saberla a pesar del miedo que me recorre, pero antes hay una cosa que debo saber para poder sentirme con todos los datos. ¿Por qué no me dijo Jano que era mi padre cuando me vio?-pregunté con mucha intensidad.

Dio la sensación de que mi pregunta le había parecido muy apropiada. Sansón miró a un espacio indefinido tras de mí y gesticulando con la mano dio a entender que no sabía cómo explicarlo.

-Verás, para que puedas entender como se sintió tu padre, primero debes saber lo que ocurrió en su vida cuando ella, la luz de su vida desapareció. Los primeros días tras la partida de tu madre, Jano pareció negarlo, no podía aceptar que ella realmente hubiese huido, que la hubiese perdido. Tras esa primera etapa, llegó una que duró casi un mes en el que simplemente se dedicó a sentarse en la silla que tu ahora ocupas y se limitó a estar allí, con la cabeza hundida

entre las manos-la cara de Sansón se teñía de tristeza, una tristeza cada vez más profunda a medida que avanzaba la historia-a partir de ahí, empezó a perderlo todo, los ángeles dejaron de contar con él, como bien te he explicado antes, Jano era uno de los guardianes, por no decir el que más apreciado y valorado estaba. Pero todo eso acabó un buen día en el que dejó de poder ascender en el cielo, un día en el que se dio cuenta de que solo podía acceder a la planta más baja del cielo-Sansón colocó la mirada sobre mí de repente y con rabia-yo he presenciado su caída, su depresión, su manera de perderse, de apenas moverse y hacer las cosas sin vida, he podido apreciar en primera persona como ya nada tenía sentido para él-casi gritó señalando hacia atrás, en la dirección exacta donde se encontraba Jano-

-Pero no lo perdió todo, tú estabas a su lado. ¿Por qué lo estabas Sansón?-pregunté con una mezcla de agradecimiento y curiosidad.

Sansón sonrió, casi de manera avergonzada.

-Pensaba que ya te habías dado cuenta de porque, sé que eres muy observadora Laura-dijo y se quedó esperando a mi respuesta.

Por lo que yo me quedé pensando en la manera en la que le trataba a Jano, en la manera en la que me trataba a mí, que sabía que era su hija, en la cantidad de veces que le había visto mirándole, como me había sorprendido el brillo especial que se formaba en sus ojos. Y de pronto lo comprendí todo, todas las piezas encajaron e hicieron que mi boca se abriera de par en par por la sorpresa.

-Estás enamorado de él. Le quieres-añadí señalándole con asombro.

Sansón frente a mí sonrió, esta vez con cariño dirigido hacia mí y con un leve asentimiento de cabeza a modo de confirmación, siguió explicándome el motivo por el que Jano no me había dicho que era su hija.

-Quiero que entiendas lo hundido que se encontraba y lo delicado de su estado mental, para que seas consciente realmente de lo duro que le fue enfrentarse a ello. Hace más de un mes, el día en el que localizamos un atisbo de magia en la tierra, un atisbo de magia que no pertenecía a Patricia, pensamos que tu madre había decidido usar de nuevo sus poderes. Ese día, al pensar que ella podía otra vez entrar en la vida de Jano para de nuevo destrozársela, baje a la tierra-Sansón dibujó en su cara una mueca de sorpresa y afecto-pero en vez de a ella, te encontré a ti y para mí-dijo señalándose con el dedo índice-quedó claro con solo una mirada a tus ojos, que eras la hija de Jano. Tardé unas horas en hablar con él, no sabía cómo abordar el tema, cómo explicarle de tu existencia, cómo decirle que te habían separado de él-bajó la cabeza avergonzado-a sí que decidí no decirle nada, que lo viera por sí mismo-

Reí al imaginarme mentalmente la situación, aunque mi reacción más tenía que ver con el nivel de tensión sentimental acumulada.

-Eso sigue sin explicar porque no me lo dijo-dije explicando la obviedad.

-En el momento que te vio, removiste todo su pasado, todos sus sentimientos, todo aquello en lo que intentaba no pensar y todo aquello que le hacía daño. Pero lo que debes saber es que cuando volvió de verte, lo único que me dijo fue “no me puedo creer que sea tan afortunado, que yo haya ayudado a crear algo tan hermoso como ella”-unos gordos lagrimones recorrían mis mejillas escuchando las palabras que Jano había pronunciado refiriéndose a mí-por otra parte, todo el amor y la añoranza que sentía hacia tu madre, casi al instante se convirtió en odio y rencor-añadió por último Sansón.

Fueron varios los minutos que permanecimos Sansón y yo, el uno frente al otro, haciéndonos compañía pero sin cruzar ni miradas ni palabras. Eran tantos los sentimientos de mi interior, rencor, odio, culpa, pena, amor, miedo, que no estaba segura de realmente estar experimentando alguno en su totalidad. No podía pensar, no se me

ocurría como mi vida iba a continuar fluyendo después de esto, ¿cómo iba a lograr ayudar a Gonzalo?, la respuesta a esa pregunta, aun sin estar definida, solo dejaba una respuesta clara, necesitaba a Sansón, no podía escapar de los poderes que el destino me había otorgado. No podía simplemente huir y dejar todo atrás, a pesar de que era lo único que en ese momento me apetecía.

-Cuando estés preparada para escuchar la otra parte de lo que tengo que contarte, la parte que os incumbe a ti y a Gonzalo, házmelo saber-dijo de manera suave y en ningún momento la impaciencia se asomó en sus palabras.

No me molestó que Sansón rompiera el silencio. Había llegado a la conclusión de que jamás podría avanzar si no conocía todas las reglas, y ¿Qué pude haber más importante que saber lo que uno es realmente?

-Estoy preparada-le anuncié con seguridad.

-Vale entonces, esta historia, para que puedas comprenderla, se remonta milenios atrás. Cuando el creador terminó su obra, antes incluso de crear a los humanos, creo cinco ángeles con diferentes dones, para que terminaran de construir el cielo-

-¿Las Virtudes?-pregunté interrumpiéndole-son siete no cinco-y ni si quiera a mí me quedó muy claro si era una afirmación o una pregunta.

-Las Virtudes fueron creadas después, tras crear a los humanos y ver que estos se dejaban guiar por los Pecados, fue una protección que el creador le brindó a la raza humana para mantenerse pura-hizo un alto por si yo tenía alguna duda más, y tras la pausa en la que yo no pregunté nada más, me hizo un gesto dándome a entender que iba a seguir narrando la historia-los ángeles de los que yo te hablo, son anteriores, son los primeros ángeles, los que gobiernan, los que más poder y capacidades tienen y lo más importante, son los ángeles a los que todos siguen y obedecen porque son los que dictan la ley. Bien-Sansón bajo la cabeza avergonzado-yo

soy uno de los cinco ángeles-dijo como quien reconoce una gran vergüenza, dejándome de esa manera estupefacta, y me surgió una pregunta ridícula ¿de ahora en adelante debía arrodillarme a sus pies?

-No me lo puedo creer, ¿qué se supone que haces aquí, en la parte más baja del cielo cuando se supone que deberías estar en todo lo alto, gobernando?-internamente me preguntaba si en algún momento descubriría realmente la capacidad real de Sansón.

-Me fui, renegué de ellos, porque no estaba de acuerdo con su filosofía ni con su manera de Gobernar, con su manera de usar el gran poder que se les había otorgado. Y desde el día que me fui, hace miles y miles de años, se me busca, tengo a toda la guardia de los primeros ángeles detrás de mí, mi cabeza tiene un precio muy, muy alto. En el infierno ansían tenerme, pero en el cielo, se me ansía aún más, ya que soy una amenaza que podría destrozar lo que durante milenios han estado construyendo. Porque conozco un secreto, un secreto que desvela la maldad de estos ángeles. Por eso tuve que huir y fortificar esta biblioteca, puede que en apariencia resulte normal, sin nada que destacar, pero nada, y repito nada que yo no quiera puede atravesarla-

-Tengo dos preguntas muy importantes-dije apresuradamente, la conversación se estaba volviendo muy interesante. ¿Qué descubriste, Sansón?-pregunté con una curiosidad incipiente-y debo por otra parte antes de que me lo expliques rectificar lo que has dicho de que aquí solo entra quien tú quieres, Gonzalo ha entrado-confesé temiendo su reacción-no es que yo lo haya querido, que le haya invitado, simplemente sucedió-me justifiqué, tenía la sensación de que debía confesárselo.

La reacción de Sansón, no resultó ser para nada la esperada, dibujó en su cara, hasta entonces tensa y apesadumbrada una amplia y sincera sonrisa, no parecía sorprenderle para nada, pero pensé que no debía de saber que él había entrado ya que tuvo que preguntarme quién poseía la marca homóloga. A pesar de las dudas me mantuve

en silencio para poder escuchar su respuesta.

-Dentro de unos minutos lo vas a descubrir todo y te darás cuenta de que es de una lógica aplastante que él pueda entrar donde tú puedas hacerlo a pesar de carecer de invitación-dijo simplemente aunque de manera animada.

-De acuerdo, esperaré para saberlo-dije poniendo mala cara, pero dime que fue lo que descubriste-rogué.

-Cada uno de los primeros ángeles, escogimos una de las tareas que creíamos necesarias para instaurar un orden. Yo, como bien te imaginarás dedique mi tiempo y esfuerzos en la enseñanza del conocimiento y por otra parte en cultivarme yo. Casi la totalidad de los libros de esta biblioteca-dijo haciendo un gesto con las manos en un intento por abarcarlo todo-está escrito por ángeles, de estos, casi el noventa por ciento está escrito por mí. Los otros autores han sido mis alumnos y mis aprendices. La mayor parte de los primeros milenios de mi vida, los pasé obsesionado con el creador, con la idea de que ya que había construido este edificio que posteriormente utilicé para mi misión, debía de haber dejado una especie de instrucciones-explicó Sansón nervioso, como si solo la idea de compartir esa obsesión le avergonzase-una noche de primeros de año en la que me encontraba dormitando en mi escritorio, sentí una especie de intuición, algo que me había sido otorgado, no algo que yo poseyera en mi interior. Sin pararme a pensarlo si quiera, me levanté y emprendí una marcha indefinida, me descubrí a mí mismo, tras varios minutos de intrincados paseos entre las estanterías, que por aquel entonces no eran muchas, parándome frente a un trozo de pared. Por una fina línea de la parte de debajo de la pared, brotaba una luz esplendorosa, mucho más intensa y brillante que la angelical, una luz imposible de definir. Cuando logré apartar los ojos de esa mágica luz, di un leve golpe a la pared con los nudillos, como si estuviera llamando a una puerta, la pared, al contacto con mi mano se hizo a un lado para mostrarme su interior-la tensión debido a la narración de Sansón estaba alcanzando límites muy altos, sin darme cuenta de cómo había llegado a hacerlo,

me encontraba sentada en el borde de la silla casi a punto de caerme-este albergaba un libro completamente hecho de oro del que brotaba la luz sobrecogedora y que al parecer se encontraba a la espera de mí-

-¿Qué ponía en el libro Sansón?-pregunte cegada por la curiosidad-¿era del creador?-esa pregunta la realicé casi con miedo, como si fuera algo que no se debiese preguntar.

-No pude apartarme de ese lugar, al verlo tan de cerca, al pensar que podía ser algo tan valioso, algo con lo que había soñado encontrar tanto tiempo. Con manos temblorosas lo cogí y en ese momento la luz se apagó, dejando tan solo al libro de oro. Me senté en el suelo y comencé a leer, pocas cosas ponía en él, cosas que tuve que descifrar, ya que el idioma en el que estaba escrito era diferente al que usábamos. En él explicaba que nos había creado para que pudiéramos ayudar a la raza humana, que éramos su manera de llegar hasta ellos. En el libro se hablaba del intermedio, lugar del que habíamos tardado tanto tiempo en descubrir su existencia, hablaba de la espada-dijo señalándome y riéndose como si fuera una vieja broma entre amigos-y también hablaba de la manera en que uno de los dos bandos, el bien o el mal, no especificaba cual, encontraría su final definitivo sin que el otro lo hallase también, en el libro explicaba que un alma de gran calidad, un alma pura, fuerte, un alma con poder, el alma elegida, así era como la llamaba, se dividiría para formar dos almas iguales, las almas gemelas. Decía que sabríamos como descubrirlas porque ella es un ángel, el un demonio, la primera vez que se reencuentren, quedaran marcados dejando la mitad de su esencia en el cuerpo del otro y una vez esto ocurra, tendrán el poder suficiente para eliminar a una fuerza, la del bien o la del mal-

El silencio se hizo en la biblioteca. Puede que incluso, tras oír la explicación, mi corazón dejase de latir. El pánico, la incredulidad y posteriormente la tensión se apoderaron de mí. No podía ser cierto, yo tan solo era una persona más, sin nada en especial. Durante los primeros veinte años de mi vida, me había levantado para ir al colegio,

al trabajo, ajena a la lucha que tantos quebraderos de cabeza me estaba ocasionando. En mi desesperación, recordé a Gonzalo, su sonrisa, su maravillosa compañía y entonces, supe a ciencia cierta que, aun de poder, no cambiaría el último mes de mi vida por nada.

Se oyó a nuestras espaldas un ruido sordo, el sonido de un objeto al golpear con el suelo. Posteriormente llegó Jano con el rostro desencajado y casi rogando a Sansón cuando habló.

-Dime que no es ella-pidió dejándose caer de rodillas y juntando las manos frente a su cara como si estuviese rezando.

Fue una escena dura de presenciar que consiguió ablandar mi corazón. Justo en el momento en el que casi había olvidado sus mentiras, o su omisión de la verdad y me disponía a alargar la mano para reconfortarle, Sansón lo agarró por los hombros incorporándole a la vez que le acariciaba, para acabar sentándolo en una silla junto a mí.

-Pecaré de ingenua pero yo no lo veo tan horrible, seguro que cuando se enteren intentarán aprovecharse-dije intentando quitarle peso al asunto.

Las miradas de ambos ángeles se posaron en el otro de manera intensa y con complicidad, como si tuvieran la capacidad de saber lo que el otro pensaba, de tan estrecha que era su amistad. Pero para mí esa mirada, a pesar de no permitirme leer sus mentes, fue totalmente esclarecedora. Había algo que desconocía o que estaba pasando totalmente por alto. Y ese algo era malo, muy malo.

-Verás-comenzó a explicar Sansón mientras suspiraba de manera apresurada, se removió incomodo en la silla y puso la típica cara de cuando tienes que explicar algo, pero ese algo es muy complicado-como es lógico, cada parte del libro que descifraba iba reuniéndome con mis iguales para contárselo. Todo les pareció fascinante y se mostraban muy agradecidos de que el ser que nos había creado, nos entregara unas aclaraciones y pautas a seguir-el rostro de Sansón se ensombreció de repente-hasta el día en el que

les comuniqué la parte de las almas gemelas, para ser exactos, la parte en la que se decía que ellos serían los encargados de otorgar la victoria a uno de los dos bandos. Ese día surgió entre los cinco, un abismo de desacuerdo insalvable. Solo otro ángel que se llama Pablo y yo, estuvimos de acuerdo en que el mejor procedimiento a seguir, sería estar atentos e intentar descubrir quienes eran esas almas gemelas y una vez hecho eso, enseñarlas y educarlas para que decidieran salvar al bien, esa sería nuestra misión más importante. Queríamos mostrarles a esas almas gemelas, que el bien era mucho mejor apuesta que el mal-en este punto de la historia, Sansón gesticulaba fuertemente debido a la pasión que le producía su relato-pero los otros tres no estuvieron de acuerdo. Para ellos esa posibilidad de que el mal triunfase sobre el bien, la incertidumbre de saber que podrían arrebatarles el poder, de manera irreversible, les parecía inconcebible. Expusieron que debíamos impedir la aparición de las almas gemelas, que el creador había sido un irresponsable y que éramos nosotros los que debíamos actuar, arreglar sus errores. Hablaron de que ya que no podíamos impedir de manera absoluta que hubiese demonios, nuestro deber entonces sería encargarnos de los de nuestro bando, de que no quedasen ángeles femeninos-Sansón mal disimuló un gesto de horror, se había metido demasiado en la narración de la historia y dejó de hablar de repente y me observó con vergüenza-dijeron que debíamos reunir a todas las mujeres ángeles, con la disculpa de mantener una reunión en exclusiva con ellas y encerrarlas, llevarlas a un lugar del que no pudieran escapar y al que nadie pudiese acceder a salvarlas-

Una exclamación de asombro se escapó por mi boca. Coloqué la mano derecha sobre ella, simplemente no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿Cómo podían actuar de aquella manera, los ángeles que habían sido creados para difundir la bondad y los buenos valores en el ser humano, aquellos que se suponía eran la esperanza de la salvación de nuestras almas?

-¿Lo han hecho verdad Sansón?, por eso no he visto ni una sola mujer en el cielo-afirmé más que pregunté de manera

horrorizada.

-Todavía queda más historia que contar pequeña, como ya te habrás imaginado,

Pablo y yo nos opusimos totalmente, estábamos dispuestos a luchar contra ellos, a contarles lo que se proponían hacer al resto de ángeles. Yo les acusé, y de manera muy acertada, de que el poder y la soberanía les había corrompido, que habían llegado a pensar que eran los dueños y que todos los demás estaban en el cielo para servirles y cumplir sus caprichos de ángeles, que habían llegado a creerse dioses. Como es normal esto, les hizo montar en cólera, la posibilidad de ser delatados. Entre los cinco surgió una lucha infernal. Lugares del cielo quedaron inhabilitados en ese proceso. Los cinco estábamos en igualdad de condiciones. Habíamos sido creados con la misma cantidad de fuerza y de poder, por lo que lo único que decantaba la balanza a su favor, era que ellos ganaban en número. Al poco de comenzar a luchar, descubrimos que en nuestra creación, no cabía la posibilidad de enfrentarnos entre nosotros ya que en la lucha, para todos se desvanecieron algunas de nuestras habilidades, yo por ejemplo-dijo mientras se señalaba el pecho-perdí la capacidad de desaparecerme. Pablo y yo decidimos que escapar era nuestra única opción, el todavía disponía de la habilidad de la desaparición y le indiqué que nos llevara a los dos a la biblioteca, pero en plena huida le atraparon, por lo que yo fui el único que llegó al destino elegido-

La culpabilidad ensombreció el rostro de Sansón, alargué la mano para consolarle, no quería verlo así.

-No te sientas mal, tú en ningún caso tienes la culpa-le dije para que se sintiese mejor.

-Tú no lo entiendes-me dijo apartando mi mano de su hombro-puede que yo no tenga la culpa, pero todos los días desde que ocurrió me siento la peor persona del mundo, un ser inservible del que nada es capaz, ya que conozco el horrible destino de miles de almas y nada puedo hacer para salvarlas-le miré con cara extrañada ante tal

afirmación, y con un gesto le pregunté, el motivo por el que decía aquello-cuando nos revelamos, encerraron a Pablo y un nuevo orden se instauró en el cielo, por supuesto fueron muy discretos, de Pablo, dijeron que estaba realizando una misión especial, y de mí, que había perdido la cabeza con tanta información y que ya no iba a poder dar formación académica, que ya no era un campo imprescindible para ser un nuevo ángel y por último, dijeron que todas las mujeres ángeles, habían sido llamadas por su mayor sensibilidad a la de los varones, para que les ayudasen a las almas que habían decidido acceder al cielo a afrontar su nueva existencia. De esta manera, tan simple, ataron todos los cabos sueltos, de una manera brillante he de admitir. Pero su locura había alcanzado límites insospechados una vez que probaron el sabor de la mentira y la traición, que descubrieron que debido a su posición podían hacer cuanto querían y que el resto no les cuestionaría, hicieron lo que más les debe avergonzar, cometieron un delito tan horrible que las almas de los primeros ángeles ya no son puras, sino que son tan negras y corruptas como las de los demonios, asesinaron a todas las mujeres ángeles que no habían adquirido la capacidad de la inmortalidad y encerraron en un lugar que hoy en día sigo desconociendo a las demás para que la palabra del creador no pueda cumplirse, pero no acaba ahí ya que a cada mujer que muere y decide convertirse en ángel la secuestran para llevarla con las demás, tienen a varios de sus guardias de élite confinados a la salida del intermedio para que estas ángeles no puedan en ningún caso llegar al cielo, deben hacer esto, porque en el intermedio, que es un lugar sagrado dictado todavía por las ordenes del creador, desconocen lo que los primeros ángeles están haciendo con las mujeres-

Me eché las manos a la cabeza, en que clase de mundo vivíamos sí ni si quiera los que se suponía que eran buenos, lo eran. Si cabe, eran más monstruosos que los propios ángeles negros y que el propio Víctor ya que estos, por lo menos no ocultaban su maldad bajo un aspecto de bondad. Sentí un dolor inexplicable por las almas cautivas, por la muerte de las mujeres inocentes debido a que quien tenía el poder y debía tomar la decisión correcta, optó por proteger su

espalda a pesar de todos los demás. Con este ejemplo quedaba claro que cualquiera se podía corromper.

-¿Quiénes son esos guardias de élite?-pregunté con fuerza y seguridad-necesito que me cuentes todo porque vamos a encontrarlas y a salvarlas-aseguré con convicción.

-Antes te he dicho que en nuestra huida capturaron a Pablo y que lo encerraron-comenzó a explicar sin más dilación-bien, pues el tenerle, tiene una compensación incalculable. Para esta parte también consiguieron montar una historia perfecta. Contaron a sus siervos que al haberse visto tan reducidos en número, a los ángeles más diestros, a los ángeles que les mostraran total fidelidad y confidencialidad, les acogerían en su seno y les bendecirían con más poder del que les era imaginable-Sansón me miró con pena e intensidad-como tú comprendes, desde ese día, para la mayoría de ángeles, ese es el gran objetivo de su vida, piensan que están intentando servir al bien supremo y para cuando llegan a enterarse de lo que pasa, tienen el cerebro tan lavado que ya les resulta digna la causa que defienden. A esos ángeles de élite se les llama los bendecidos. Son ángeles, con una fuerza y devoción extraordinaria y son máquinas de matar, sumamente peligrosos y sin escrúpulos. A diario son entrenados por los mejores y duramente en todas las artes imaginables. Son perfectos rastreadores, unos asesinos rápidos y letales, jamás, en la existencia de este nuevo rango ha habido una sola traición-Sansón señaló a la silla en la que se hallaba sentado Jano-él puede confirmártelo, antes de que dejase de poder ascender en el cielo era uno de sus entrenadores-

Giré la cabeza con sorpresa para distinguir un leve asentimiento en la cabeza de Jano. Este, simplemente parecía la viva imagen de alguien a quien las circunstancias le han superado mucho tiempo antes.

-¿Eres un bendecido Jano?-pregunté temiendo la respuesta, con un temblor audible en mis palabras.

-No-respondió inmediatamente-hasta que Sansón no me contó la verdad, desconocía los entramados malignos y ocultos de los bendecidos.

-Me he perdido del meollo de la cuestión, que es que los bendecidos son tan poderosos, porque una vez los han admitido en el cuerpo, les otorgan una pequeña cantidad de la esencia de Pablo, lo que lo inunda de un dolor desgarrador y lo va consumiendo poco a poco-

De nuevo me eché las manos a la cabeza, los primeros ángeles no tenían respeto por nada, daba igual cuanto y a quien le hiciesen daño con tal de conseguir sus objetivos.

-¿Cómo has conseguido que no te capturen durante tanto tiempo?-pregunté a Sansón y este rio con amargura.

-Encerrándome en vida-dijo abriendo las manos a la biblioteca-cavando mi propia tumba y enterrándome en ella. Me mantengo con vida porque la cobardía y la prudencia son mis mayores consejeras-

-Pero, tú has estado en la tierra conmigo, en el infierno, ¿cómo es posible que no te hayan descubierto? Y lo más importante, ¿por qué lo has hecho?

-El cómo es muy fácil de explicar, ¿recuerdas el día que me viste bebiendo de una botella en la sala de pociones?-preguntó Sansón.

Sonreí, llevaba tiempo queriendo descubrir el motivo de ese hecho.

-Lo recuerdo claramente-contesté.

-Pues lo que estaba tomando es una potente poción para ocultar el poder a ojos de los demás, para ocultar la magia y la esencia tras un velo invisible e impenetrable. Y el porqué Laura, todavía ni yo mismo lo conozco, no sé si es por la relación que te une con Jano, por tu propia persona que me cautivo casi

instantáneamente o porque al final me he cansado de esto, de ser un parásito inservible que lo único que hace es lamentarse del pasado y no tiene el valor suficiente de enfrentarse a las cosas que le corroen. Sea como sea, desde este momento, juro que haré todo lo que este en mi mano e incluso lo que se escape de ella para mantenerte con vida y que consigamos limpiar de maldad este lugar-Sansón me tendió su mano para consagrar la promesa que acababa de hacerme.

Yo sin pensármelo si quiera le estreché la mía, ahora estábamos juntos en esto.

-¡No!-exclamó Jano al ver lo que habíamos hecho y le dirigió una mirada de completo odio a Sansón-¿Cómo has podido?-le preguntó-no voy a permitir que ella de la vida por esto, no es su lucha.

-Estás muy equivocado Jano-le contestó Sansón con firmeza-esta lucha es precisamente de ella, de ella y de Gonzalo y no hay nada que tú,-dijo señalándole-ni yo podamos hacer para impedirlo. La única manera de ayudarla es estar a su lado y entregarle todo nuestro apoyo, amor y conocimiento-finalizó Sansón.

-No lo entiendes-replicó casi rogando Jano-no puedo perderla, no quiero verla morir, ¡es mi hija!-gritó de manera descorazonadora poniéndose rojo de rabia.

Sansón corrió a consolar a Jano, que de manera sorprendente no rechazó su gesto y yo me levanté de la silla y comencé a dar vueltas alrededor de la mesa. Este mundo, al que se supone pertenecía, no dejaba de complicarse una y otra vez.

Nuestras reflexiones personales y silenciosas, se prolongaron más de media hora. La acción se vio rota por las palabras de Sansón.

-He de comunicaros, para que os hagáis a la idea los dos, que nuestro principal objetivo es encontrar a tu madre, Laura-

Aquella cuestión atrajo nuestra curiosidad, pero no resultó realmente una sorpresa. Si Víctor la buscaba, estaba claro que era

una pieza importante. Después de veinte años a su lado, podía asegurar que no sabía quién era, pero en ese momento, no tenía ni tiempo ni ganas de saberlo por lo que me abstendría de preguntarle a Sansón.

-Haremos lo que tengamos que hacer-le dije a modo de respuesta-pero ahora, hay asuntos anteriores y más importantes que reclaman mi atención. A sí que si eres tan amable, levanta la orden que impide que me desaparezca-le ordené de manera sutil, pero quedando claro que no aceptaría un no por respuesta.

-¿Adónde vas?-me preguntó Jano con preocupación.

Y por primera vez desde que había descubierto que era mi padre le miré directamente a los ojos para decirle:

-Volveré-

JANO

13 de Abril del 2010

Sin duda la noche era la peor parte del día, al menos para mí. No había sido siempre así, sino que se acabó convirtiendo en este infierno. No de manera paulatina, si no de golpe, de forma inesperada y dolorosa, de la misma manera rápida y fatal en la que un verdugo corta la cabeza de su víctima.

Este cambio en mi vida sucedió el día que perdí todo lo que amaba, el día que ella desapareció. Claudia. La mención de su solo nombre en mi cabeza desataba infinidad de sentimientos, dejaba al descubierto el dolor que habitaba en lo más profundo de mi ser.

Intentaba con todas mis fuerzas, y siendo yo un guerrero no había que menospreciar el alcance de estas, no pensar en ella, en su cara, en su sonrisa, en su inteligente mirada. Pero siempre me resultaba imposible, pese a que llevaba veinte años sin verla, casi el mismo tiempo que había pasado a su lado. Aún siendo consciente de que ese lapso de tiempo en el que había estado en mi vida era una nimiedad, como un suspiro que se alarga más de lo habitual en la boca. Esto lo sabía de manera racional, cuando me sentaba a pensarlo fríamente. Pero el resto del tiempo ese razonamiento carecía de sentido, porque ella, había tocado partes de mi alma, de mi corazón, si es que ese músculo realmente me funcionaba; Que jamás en toda la eternidad que llevaba siendo un ángel, y esto resultaba ser más tiempo del que podía recordar, nada ni nadie había si quiera rozado.

Y eso que por muchos de los seres que estaban a mi cargo, y sobre todo por Sansón, daría la vida, o al menos sufriría el resto de la eternidad, si de esa manera se mantuviesen a salvo. Ya que la vida era algo que no podía entregar a nadie.

Aquellas cosas fueron lo único en lo que pude pensar durante el trayecto que separaba el campo de entrenamiento de la biblioteca. Una vez hube llegado, contemplé el majestuoso edificio blanco y dorado, pureza y sabiduría. Sentía que aquel era mi hogar, lo llevaba dentro del corazón.

No tenía muy claro el motivo por el cual Sansón me abrió las puertas de su vida, de sus secretos, de su lucha, pero sabía que siempre permaneceríamos juntos. El y yo. Éramos un todo. Más que hermanos, más que amigos. Seres afines que se completaban.

Ascendí los tres peldaños que elevaban el edificio del suelo y extendí la mano para empujar las puertas doradas. No hizo falta que llegase a completar tal acción ya que la puerta de la derecha se abrió antes de recibir mi impulso. No me sorprendí si quiera, sabía que aquel edificio tenía más vida que muchas de las personas que había conocido en la tierra. Infinidad de veces me preguntaba si no era el propio Sansón el alma del edificio.

Caminé en silencio por el pasillo de la entrada. “Pierna derecha, pierna izquierda, continuar hacia delante, no dejarse arrastrar por la inmortalidad” esa frase llevaba repitiéndome Sansón desde el mismo día en que Claudia desapareció. Una vez hube recorrido la distancia que separaba la entrada de la robusta mesa de madera maciza, que hacía de separación para el acceso a la biblioteca, descubrí que Sansón, no estaba para recibirme. Hecho que me sorprendió, a pesar de que no o le di mayor importancia, pronto regresaría, él siempre lo hacía.

Al principio de nuestra relación, una vez hubimos superado todas las pruebas que nos habíamos puesto interiormente para aceptar nuestra amistad como algo inquebrantable, Sansón compartió su gran secreto conmigo. Durante cientos de años tuve miedo por su integridad, porque le capturasen, pero Sansón siempre hallaba la manera de escabullirse. Si debía de ser sincero, daba la casualidad de que más de una vez, él había resultado ser, el que me había salvado a mí.

Recorrí los serpenteantes pasillos de estanterías inundadas de libros sin ser realmente consciente de lo que hacía, de manera mecánica describí el intrincado recorrido que llevaba hasta las habitaciones. De nuevo, la puerta cedió ante mi presencia. En silencio, traspase el umbral de la habitación y me senté en la parte de abajo de la primera litera. Me dispuse a hacer lo mismo que hacía cada noche, ver pasar las horas hasta que daba comienzo un nuevo entrenamiento. Había perdido lo peor que podía perder un hombre, un motivo por el que vivir.

Al no tener un reloj cercano, era imposible determinar la hora a la que llegó Sansón, por lo tanto, igual de imposible era precisar el tiempo que había transcurrido en esa especie de *stand by* vital.

Una luz azul, blanca y dorada, apareció frente a mí, justo en el punto exacto en el que tenía colocada la visión. Aquello me alarmó y me levanté rápidamente colocándome de manera defensiva. Tardé exactamente las mismas milésimas de segundo que el visitante en hacerse visible. Era Sansón.

Pero aquello era imposible, el no podía desaparecerse. “Una poción” me respondí de manera instantánea sin necesidad de preguntarlo. Pero algo de tamaño casi descomunal había tenido que suceder para que, este, tomase una poción para desaparecerse. Como ya no quedaban brujas en el mundo, nuestras provisiones solo iban en declive, no se podían malgastar a la ligera.

Cuando por fin pude ver con nitidez los rasgos de la cara de Sansón, casi tuve miedo de preguntarle. Este, se sentó a mi lado en silencio. Nosotros los ángeles, no sentíamos cansancio, o era realmente difícil que lo experimentásemos, por lo que Sansón se había sentado porque estaba completamente descolocado. Levantó la vista del suelo y la colocó fijamente sobre la mía. Su faz era una máscara de consternación.

-Sansón-le dije más a modo de pregunta que de simple llamada.

No pude evitar proferir cierto temblor en el tono de mi voz. Frente a mí, un irreconocible Sansón abrió los labios para hablar. Aunque las palabras se hicieron esperar varios segundos.

-Hay una bruja-dijo en un tono apenas audible.

“Claudia”, pensé en su nombre de manera automática. No me permití ni un segundo de petrificación. Con el poder que albergaba en mi interior, visualicé la marca dejada por la desaparición de Sansón y acudí sin meditación alguna al lugar, del que él venía.

Había mucha oscuridad, la luz estaba apagada, lo único que me permitió ver en esas condiciones tan desfavorables fue mi visión especial de ángel. El escenario que se formó ante mí, parecía el almacén de algún tipo de tienda. Había muchas estanterías metálicas, estas cubrían casi una tercera parte del lugar. Estaban repletas de bebidas, agua, refrescos, alcohol… Otra de ellas, tenían por el contrario multitud de revistas y periódicos. El centro del almacén estaba despejado, aunque en él, resultaba clara la huella aún fresca de trozos diminutos de cartón y cinta adhesiva. No me costó mucho esfuerzo localizar el origen de aquellos restos. Al lado de una puerta, había una pila de cajas vacías y dobladas de manera perfecta para ocupar menos espacio.

Notaba el corazón desbocado, los latidos de este martilleaban con fuerza en mis oídos, sentía cientos de pellizcos en mi estómago. Otra puerta en la que ni había tenido tiempo de reparar, se abrió de manera repentina, la luz no se hizo esperar. Intenté esconderme, pero eso era realmente imposible en el espacio en el que me encontraba por lo que de manera instintiva me aparecí al otro lado de la puerta por la que habían entrado.

Sin lugar a dudas aquello era una cafetería, constaté sin mucho esfuerzo al aparecer al otro lado. Me sentí una especie de pésimo espía vigilando en la oscuridad sin dar la cara, observando por una puerta entreabierta.

Noté una punzada de decepción al ver que eran un par de muchachas, tenía que haber sabido desde el principio que Claudia jamás cambiaría de idea y volvería a tomar sus poderes. ¿Pero quién era la buja? Y lo más increíble, ¿cómo si quiera era posible que existiese?

De las dos, a la primera que pude ver la cara, fue a la de pelo rubio. Esta era una chica muy mona, pero absolutamente normal, no había nada mágico en su interior, lo podía percibir incluso desde la distancia. Estaban hablando, pero no prestaba atención a lo que se decían. Estaba totalmente concentrado en lograr percibir si era verdad que había magia en la otra muchacha, la de pelo moreno. Entorné los ojos, ese tono de pelo, me evocaba antiguos recuerdos. Mientras intentaba con todas mis fuerzas recordar, la muchacha se giró quedando frente a mí.

Jamás una sola imagen me había impactado tanto. Su persona me golpeó cambiado todo lo que había sentido y pensado hasta ese momento. El amor y la nostalgia que sentía por Claudia, se tornó odio y rencor de manera absoluta e instantánea.

Obligándome a apartar los ojos de aquella joven, me escondí tras la puerta y me desaparecí.

Llegué a la biblioteca en cuestión de segundos, aunque podía haber aparecido en cualquier lugar, no era para nada consciente de mis actos. Aparecí otra vez en la habitación que había estado justo antes de irme. Pero no había ni rastro de Sansón.

Me desaparecí y aparecí al menos cuatro veces, en diferentes lugares de la biblioteca antes de encontrarle. Se hallaba sentado al frente de su mesa esperando mi llegada paciente. Le miré directamente a la cara pero no pude proferir palabra alguna. Hundí la cabeza entre mis manos. Tenía demasiado que procesar.

Podía imaginar la postura de Sansón. Esté, se encontraría sentado muy erguido en su silla. Con la cara de la bondad pintada y las manos sobre la mesa. Lo único de su persona que podría delatar

su nerviosismo, era el constante repiquetear de un dedo sobre la mesa. Casi parecía como si estuviera entonando una canción. ¿estaría contento? Levanté la mirada para descubrirlo.

No me había equivocado en nada. Se encontraba tal y como había supuesto. Cuando nuestras miradas se tropezaron, Sansón me sonrió de manera socarrona. La ira hirvió en mi interior fuertemente.

-No es conmigo con quien debes pagar tu enfado-dijo antes de que pudiese descargar mi furia sobre él.

En la mayoría de los casos, me hacía sentir bien que Sansón fuera tan inteligente y perceptivo. Cuando se trataba de mí, aquello no hacía más que enfurecerme un grado más si cabe.

-¿Cómo lo has sabido?-le pregunté intentando tranquilizarme.

-¿El qué?-respondió Sansón-¿Qué había una bruja?, o ¿Qué esta era tu hija?-preguntó con tono burlón.

Con este último comentario, fui plenamente consciente de que se comportaba de esa manera conmigo porque estaba dolido. Puede que en ese momento incluso me odiase. Pero a pesar de eso estaba ahí, con y para mí.

-Hace cientos de años que las brujas Silvestre hechizaron este aparato para detectar la nueva magia en el mundo-Sansón sacó una especie de colgante de debajo de su túnica, aunque apenas llegué a distinguir su contorno-Lo otro, no me ha hecho falta más que observarla un segundo. Hay mucho de ti en ella.-explicó esta vez en tono seco.

-¿Por qué no me lo has dicho?-le pregunté confuso.

-Estás de broma, ¿verdad?-preguntó sonriendo-de no ser este mi único lugar seguro me hubiese ido muy lejos antes de tener que contártelo-concluyó riendo casi a carcajadas.

Aquel ataque le duró tan solo un minuto. Luego, tras eso

contempló mi rostro con seriedad y me dijo de manera dura:

-Eso deberías preguntárselo a otra persona-

Por supuesto que yo sabía que a Sansón no le gustaba Claudia. No intentaba ocultarlo, era algo que siempre había expresado. Incluso al poco tiempo de tener que enseñarle el arte de la brujería. Varios minutos de silencio se colaron entre nosotros. Silencio que yo rompí. Tenía tantas dudas e interrogaciones.

-¿Por qué lo hemos sabido ahora y no antes?-pregunté a Sansón.

En la cara de este, tan solo quedaba una leve unión entre sus cejas que recordaba el enfado que había padecido.

-Había algo que estaba impidiendo que su magia aflorase.-Explicó con sencillez-Aún no tiene sus poderes. El detector tan solo indica un leve halo de magia. Pero algo ha cambiado y ha revelado su condición. Por lo que si no me equivoco, al igual que sus predecesoras, obtendrá sus poderes en su próximo cumpleaños. Sea cuando sea eso.-puntualizó.

-Tenemos que evitarlo-casi le supliqué a Sansón, solo el hecho de pensar que algo la pudiera poner en peligro, hacía que me consumiera por dentro.

Era tan extraña esa nueva sensación y a la vez la sentía tan profunda y tan lógica.

-¡Estás de broma!-exclamó con una risa seca-pero ¿Qué te pasa?, la necesitamos, el mundo se está yendo al garete-me recordó alarmado.

-Encontraremos otra manera, y si no me da igual-le dije retándole.

Sansón me observó furibundo. Aunque yo sabía que quería calmarse. No le gustaba estar alterado, siempre decía que dejándose

llevar por los sentimientos era imposible pensar con claridad, hallar soluciones o prosperar si quiera. Cerró los ojos y respiró dos veces seguidas para encontrar la calma.

-Sé que no puedo entender tu pesar, el miedo que te da que le pueda suceder algo. Pero debes comprender esto, si el mundo acaba, ella muere. Si el infierno toma el control absoluto, ella jamás accederá al cielo-concluyó Sansón ahora en un tono tranquilo aunque absoluto.

Aquella verdad cayó sobre mí, de la misma manera que lo hubiese hecho una tonelada de hierro. La única diferencia fue, que eso me dolió mil veces más de lo que podía haber hecho cualquier daño físico.

-A demás, debes pensar también que si a nosotros nos ha llegado la alerta, también lo habrá hecho en el infierno. Como comprenderás, al igual que para nosotros es importante la magia, lo es para ellos-explicó Sansón sin impregnar ni gota de su opinión personal, era imposible deducir si quería el bienestar de mi hija o no.

-Daré muerte a todo el que se atreva a hacerle daño-dije con el tono más férreo que había utilizado en la vida, sentía como las venas de mi cuerpo se hinchaban repletas de furia.

Sansón me observó durante unos segundos asombrado. No podía decir si lo hacía porque le extrañaba verme así, o si por el contrario lo que le parecía increíble era que experimentase amor incondicional por alguien que no conocía. Ni yo podía explicar como era posible.

-Lo mejor que podemos hacer para ayudarle, es descubrir quién es. Conocer su entorno, sus virtudes, debilidades y fallos. Por su puesto tendremos que protegerla-añadió Sansón para apaciguarme.

-Claro-acepté moviendo la cabeza de manera afirmativa.

Parecía que Sansón estaba tragándose la molestia que sentía

para poder ayudar a mi hija. Siempre estaba en deuda con él. Me daba más de lo que yo le daba, e incluso más de lo que me merecía.

-Por supuesto no tengo ni que decirte que nadie tiene que saber que ella es tu hija-puntualizó con una sonrisa-da la casualidad de que esto no es normal. Hasta este momento hubiese dicho que incluso era imposible, pero no seré yo quien rete al supremo-dijo abriendo las manos formando una disculpa-de conocerse la verdad de la chica, tendríamos problemas muy serios. Estoy convencido de que esto es un milagro. Una oportunidad para arreglar las cosas.-finalizó con ojos soñadores.

Medité sus palabras, estaba seguro de que ella era un milagro.

-Por cierto-añadió Sansón-necesitaremos ayuda, ¿conoces a algún ángel en el que puedas confiar?

GONZALO

18 de Abril del 2010

“Todo se va a acabar pronto” pensé por tercera vez esa noche mientras cerraba los ojos para no desesperarme. Sabía que el número de veces al día en el que tenía que recurrir a esa penosa herramienta superaba la centena.

¿A quién quería engañar?, la duplicaba tan solo a las dos horas de haberme levantado. Pero ahora si tenía un motivo real por el que repetírmelo. Pronto acabaría todo.

El mundo estaba a punto de irse al garete y estaba seguro de que con la batalla ganada por el mal, todo lo que conocíamos hasta ese momento cambiaría radicalmente. Víctor me dejaría en paz y puede que si tenía más que buena suerte, muriera, de alguna mágica manera.

A eso se resumían mis sueños, a conseguir la libertad de la desaparición eterna. Quería dejar de sentir de una vez por todas. Ansiaba la muerte, más de lo que había deseado nada en la vida, más si quiera que la libertad.

Abrí los ojos con fuerzas renovadas y contemplé con asco al ángel que estrangulaba con las manos. Este se encontraba con las rodillas flexionadas y levantadas un palmo del suelo. Sabía que debía de soltarlo, no le calculaba más de quinientos años, y por la manera en la que los ojos comenzaban a salírsele de las órbitas mientras sangre le brotaba por la nariz, estaba seguro de que todavía no había alcanzado la inmortalidad.

Lo lancé brutamente lejos de mí. El ángel se estrelló con fuerza contra una de las muchas columnas de la sala de entrenamiento. Ni si

quiera recordaba su nombre.

Aunque el ser al que acababa de liberar, tuviese las manos y el alma manchadas, corrompidas por los cientos de vidas que seguro había arrebatado, no quería ser yo el que terminase con él.

Mucha sangre, masacre y matanza pesaba sobre mi alma, pero sobre todo, sobre mi conciencia. Estaba harto de matar.

Lancé a los presentes una mirada cargada de aversión. Odiaba todo, pero lo que más odiaba era el hecho de que a pesar de los miles de años que llevaba en el mundo, era incapaz de no sentir. De que las cosas resbalasen sobre mi persona en vez de penetrar al interior, igual que hacía el resto de los inmortales. Todos ellos acababan por volverse antes o después témpanos de hielo.

-Se acabó el entrenamiento-dije mientras con un gesto de la mano les indicaba a todos que se fueran.

Una vez dicho aquello recogí de una de las columnas la camiseta. Me la puse a la vez que traspasaba la enorme puerta de cristal que daba acceso al jardín.

Aquello era lo único hermoso del infierno. Ese era el único lugar en el que me sentía fuera de la represión y del control absoluto. Imaginaba que aquel emplazamiento estaba libre de maldad. Tan solo albergaba belleza.

En ninguna de las partes que conocía, que venían a ser el infierno y la tierra, había encontrado una sola cosa que mereciese, que la vida no se acabase. No quedaba nada salvable. Nada que despertase si quiera la más mínima misericordia.

Sumido en mis funestos pensamientos alcancé sin darme cuenta la zona del parterre en el que mi persona era visible desde el balcón de la habitación de Patricia, me tensé de manera visible. No podía soportar a aquella bruja. Su costumbre de vigilarme desde el balcón, la manera en la que se asomaba a este escasa de ropa, hacía

que un escalofrío de repugnancia me recorriese el cuerpo por completo.

Al principio de la existencia de Patricia, como todas las demás brujas de su linaje, se podía intuir la inocencia en el fondo de su ser. Tras varios años bajo los cimientos de infierno, bajo las órdenes de Víctor y con la referencia de la baja moralidad de su ascendencia. Era incluso palpable como su alma se iba corroyendo hasta tan solo quedar lo más oscuro de ella, como todas acababan por echarse a perder y se regían por la moralidad existente en el infierno.

Por eso sabía a ciencia cierta que de ser educadas bajo otros conceptos, que de conocer el amor y la seguridad, todas aquellas brujas hubieran sido diferentes.

Y era por ese motivo que trataba a Patricia todavía con paciencia e incluso estima, porque consideraba que era una víctima de las circunstancias. Que realmente nunca había tenido opción alguna de elegir quién quería ser. Siempre había estado abocada a ser una persona mala, caprichosa y manipuladora.

Pero a veces aquello me resultaba imposible de realizar, sobre todo cuando notaba que se contoneaba a mi lado para provocarme. Eso era insoportable. Nadie había despertado tales instintos en mí y mucho menos lo iba a hacer esa niña malcriada.

Caminé varios minutos más por los sinuosos senderos de tierra del jardín. Levanté la vista y observé la belleza de aquel mágico oasis. Respiré profundamente el aroma primaveral y me embriague con su fragancia.

Oí unos pasos acercándose con avidez hacia mi posición. Mantuve los ojos cerrados, pero tensé mis músculos alerta. Había que estar preparado para cualquier cosa.

Una mano se posó sobre mi hombro. La agarré con fuerza y

destreza tumbando a mi visitante en el suelo. Cuando lo hube tirado le coloqué la bota sobre el cuello y tiré del brazo hacia arriba. Tan solo me hacía falta un leve tirón para arrancárselo del cuerpo.

-Señor-dijo el ángel de manera entrecortada, casi no podía emitir sonidos-el soberano quiere verle-concluyo haciendo un visible esfuerzo.

Le reconocí como uno de los ángeles encargados de la protección personal de Víctor. Levante la suela de la bota de su cuello. El ángel se incorporó hasta quedar arrodillado ante mí a modo de reverencia.

-El soberano le espera en la sala de reuniones-dijo el ángel de nuevo.

Maldije por dentro. Nunca resultaba nada bueno de que fuese llamado por Víctor. Siempre me encomendaba una misión en la que debía de matar.

Mientras me desaparecía al vestíbulo pensé en como conseguiría librarme de la misión esta vez.

El problema, pensé con rapidez, era que si me había llamado a mí en persona, lo que le inquietaba, lo hacía de manera muy profunda. Se estaba tomando un interés especial en conseguir el resultado que quería. Aquellas actuaciones por parte de Víctor siempre eran dignas de temer.

Una vez me hallé en el vestíbulo me dirigí al lugar donde se encontraban las escaleras que daban acceso a los diferentes pisos. Era una puerta semiescondida en la pared del fondo.

La puerta carecía de pomo y tenía el mismo dibujo que las paredes de su alrededor, estaba completamente mimetizada con su entrono. Imposible de advertir de no conocer su existencia, la empuje y accedí al rellano que hacía de separación entre los tramos de escalera que conducían a las plantas superiores e inferiores.

Me encaminé con paso firme y furia hacia la cuarta planta, lugar en el cual se encontraba la sala de reuniones.

No hacía falta ser ni muy inteligente ni muy observador para darse cuenta de que el ambiente de esa planta estaba orientado a impresionar e intimidar a todo aquel que tuviera la obligación de acudir allí.

El recibidor era un dilatado y oscuro pasillo, tan solo alumbrado por candelabros esparcidos a lo largo de ambas paredes con un intervalo de al menos tres metros entre ellos. El estrecho suelo estaba cubierto por una alfombra roja y marrón que dejaba tan solo un espacio de suelo descubierto de dos centímetros a cada uno de los lados. Paredes y techos estaban vestidos con laminas de madera muy oscura. El efecto que conseguía aquel cúmulo de elementos era el de hacerte sentir completamente vigilado, encerrado y a merced del anfitrión.

Al fondo del pasillo se encontraba una amplia puerta de metal con motivos labrados, de ángeles negros acabando con sus homólogos, aunque tan solo se podía advertir su presencia cuando se llevaban bastantes metros de pasillo recorridos. La puerta, se encontraba elevada por cuatro escalones.

Respiré profundamente antes de acceder al interior de la sala, Víctor sabía ya de mi presencia, pero necesitaba tranquilizarme y alejar el odio lo más que pudiera de mí, para poder así tomar las mejores decisiones. Debía recordarme a mí mismo que tenía que obedecer al monstruo que se encontraba allí esperándome. Al ser que poseía por completo el dominio de mi voluntad.

Tiré hacia atrás de ambas puertas para adentrarme en la sala. Esta se hallaba dividida en diferentes alturas. La más baja estaba destinada a los seres con los que Víctor deseaba reunirse. La parte más elevada era la que estaba destinada al soberano.

En el centro de la parte alta se alzaba un sitial. Tras de él, una pared de cristal dejaba completamente a la vista un gigantesco

habitáculo repleto de elementos de tortura. Desde máquinas antiguas dedicadas a ese arte hasta las más exquisitas modernidades, entre ellos destacaban los más increíbles artilugios para hacerte suplicar por una muerte rápida.

Todo estaba perfectamente calculado para que sintieses el temor suficiente para no osar contradecir al soberano. Un grupo de ángeles encapuchados aguardaban a la espera de que se les entregase a nuevas personas para poder torturar en nombre de su señor. Como método intimidatorio, lucían unas capas blancas llenas de manchas de sangre y vísceras, trofeos de los que habían acabado entre sus manos.

Para mí, aquella visón tan solo resultaba repugnante. Y me dejaba todavía más claro la necesidad de Víctor por demostrar continuamente su enorme superioridad.

Dirigí otra vez mi atención al centro de la sala, donde el soberano se hallaba sentado con ambos brazos apoyados sobre los lados del sitial de oro. La pierna derecha la tenía colocada sobre la izquierda.

En cuanto hube entrado en la sala, Víctor se puso de pie y abrió los brazos para recibirme.

-Hijo mío-expuso a modo de saludo mientras lucía una amplia sonrisa.

Aquel gesto, aquella sonrisa en desuso y toda la parafernalia que rodeaban al saludo que me estaba dedicando, estaba perfectamente calculado para que las personas que nos acompañaban supieran que nosotros éramos uno y nada ni nadie podría resquebrajarnos.

-Señor-le conteste recorriendo el espacio que me separaba de él.

Por mucho que le detestase, por mucho que supiera que Víctor

era dueño de mi esclavitud, debía seguir su juego por siempre, para salvaguardar mi voluntad, el poco de libertad que poseía sobre mí mismo.

Ascendí las escaleras hasta el sitial y me arrodillé bajo su persona. Víctor no tardó ni un segundo en desestimar mi último gesto y tiró de mi hombro para que me elevase. Una vez estuve a su altura, Víctor, me dio un beso en la mejilla a modo de bendición.

Se sentó en su sitial y me indicó con un gesto mudo que me colocase a su derecha. Le obedecí al instante. Me erguí firme, abrí las piernas y coloqué ambas manos enlazadas frente a mi cuerpo. A la altura justa para que no me costase una milésima de segundo si quiera sacar las armas.

Como no me había fijado en las personas que nos acompañaban al entrar en la sala. Un error de principiante, pero que me había sucedido por encontrarme cegado por la ira. No podía intuir el tono que podría estar llevando la reunión.

En el momento en el que levanté la vista descubrí que eran muy pocos y del círculo cercano al soberano. Estaban Patricia y su protector personal Cristian, como era de costumbre un par de consejeros de Víctor y varios de sus guardas, entre ellos el que había ido a buscarme.

Al descubrir semejante escena, en la que sabía de sobra que Víctor no tenía que actuar, le lancé una mirada rápida y escrutadora. No se había comportado de esa manera de cara a ellos, lo había hecho para mí.

“Mierda” me lamenté de forma interior, lo que iba a mandarme, sabía de antemano que no iba a ser de mí agrado. Me obligué a mirar para delante de nuevo y a comportarme de forma calmada.

-Como íbamos hablando cuando mi hijo ha llegado-comenzó a explicar Víctor en un tono duro-entiendo que la bruja esté controlada por vosotros, pero yo necesito la mayor garantía posible que tengo-

explicó-necesito conocer la opinión de Gonzalo-concluyó mientras me señalaba con un dedo sin prestarme más atención.

Muchas cosas no entendía de la conversación, pero lo que más me extrañaba y descolocaba era la palabra bruja. Que quería decir Víctor, que acaso no estaban todas las brujas muertas, que podía que mi maravillosa ilusión de que todo acabase de una vez, se me escapase como agua entre los dedos. No podía permitir aquello.

Apreté los dientes hasta llegar a hacerme daño. Y aguardé a escuchar todo lo que tenían que decir. Aunque la cosa era muy simple. Se le localizaba y se le mataba. Final de la cuestión. La intención de mi existencia era no matar por matar, tan solo por necesidad, en defensa propia. Y aquella bruja era un obstáculo para mí final. Estaba perfectamente justificado.

-Soberano-indicó Patricia con tono de disculpa-le aseguro que esa chica es completamente inofensiva. No habrá ningún problema para matarla y quedarme con sus poderes.-explicó.

Víctor se limitó a desviar la vista de Patricia a modo de respuesta y clavó su penetrante mirada en mí.

-Hijo, tienes que entrar en contacto con esa bruja, Cristian te facilitará el acercamiento, y decirme la opinión que tienes sobre ella. Si es peligrosa o no-concluyó.

-Sí señor-le contesté con seguridad y convicción.

Era la primera vez que aceptaba una misión suya gustoso, convencido de que quería lo mismo que él.

-Y Gonzalo-me dijo en tono bajo, la conversación con los demás había terminado-es prioridad mantener con vida a la bruja.-aclaró.

Joder, pensé ¿acaso podía leer mis pensamientos? Como era posible que de alguna manera acabase siempre estropeando mis planes. La furia no tardó en abrirse paso de nuevo a mi interior.

Aparecimos en el centro de un callejón no muy oscuro y ligeramente apartado, sin mediar palabra nos dirigimos al interior de una cafetería. Cristian y yo nos mantuvimos distantes, ese gesto fue muy inteligente por su parte. Me reí internamente cuando deduje que aquel tacto demostrado seguramente era debido al tiempo que, este, había pasado junto a Patricia. Simplemente había aprendido a sobrevivir.

Por una fracción de segundo un pensamiento se cruzó por mi mente, observé la espalda de Cristian con curiosidad y estupefacción. Ese ángel estaba enamorado de Patricia, no permanecía a su lado tan solo por el motivo de que aquella era su obligación, lo hacía con gusto y disfrutándolo. No se me ocurría ningún motivo por el cual Cristian se interesaba en ella, Patricia era una bruja con cientos de años menos que él. ¿Cómo era eso posible? ¿Qué podían tener en común? O ¿qué era lo que veía en ella que no veía en el resto del mundo?

Despejé mis ideas sacudiendo ligeramente la cabeza y me centré en lo que estaba haciendo en ese momento. Todo y todos los demás me daban igual. Mi persona experimentaba un cabreo monumental, me sentía completamente indignado por tener que vigilar a una niña, ¿cuándo se supone que me había convertido en una jodida institutriz? Yo, que en un momento no tan lejano de mi existencia había acabado con casi la mitad de la población del infierno y había encerrado a los que no podía matar.

Volví a la realidad cuando Cristian se sentó en uno de los sofás esquineros del fondo de la cafetería, imité su gesto, pero en lugar de colocarme a su lado me senté frente a él, de espadas a la entrada. Ya tenía bastante con esta situación, como para también tener que estar fingiendo desde el momento en el que entrasen por la puerta.

Con lo simple y rápido que serían las cosas si le mataba según llegasen. Durante más de un minuto estuve saboreando aquella posibilidad, sopesé lo que podría ocurrirme, pero no imaginé nada que

Víctor pudiese hacerme peor de lo que ya me había hecho.

Había bastantes personas con nosotros, pero no me costaría nada deshacerme de ellas. Conté veinte sin incluirnos, lo cual no me llevaría más de un minuto. Podría arrancarles la cabeza, o simplemente sacaría mis cuchillos y los hundiría en sus pechos. Sí, aquello me costaría mucho menos tiempo realizarlo. Pero debía de deshacerme de Cristian primero.

Paré en seco de pensar aquellas cosas completamente avergonzado de mí mismo, yo no era así. Pero simplemente matar se había vuelto algo sumamente fácil desde que me habían obligado a hacerlo a diario durante cientos de años. Solo quería que acabase todo. Descubrí que necesitaba tranquilizarme. Respiré hondo y cerré los ojos. Pero los pensamientos negativos continuaban invadiéndome.

Escasos segundos después de proponerme mantener la calma, de mi boca se escapó una risotada seca, seguía sin poder creerme lo que Patricia y Cristian habían dicho cuando habían venido a la sala de entrenamiento a buscarme, aun a pesar de estar en la cafetería aguardándola. Habían explicado que Cristian había conseguido una cita doble con la bruja, que llevaba un tiempo saliendo con su mejor amiga a modo de tapadera. Todavía podía ver la cara de Cristian mientras me lo decía, se sentía el hombre más inteligente del mundo, brillante. La cara de Patricia demostraba todo lo contrario, más que de acuerdo con la situación, parecía estar totalmente en contra. En su cara se podía apreciar el tamaño de su disgusto.

Pasaban más de diez minutos de la hora que habíamos quedado cuando una chica rubia se acercó a donde nosotros. Primero le dio dos besos a Cristian antes de interesarse por mi presencia, parecía que Cristian había hecho un buen trabajo, ya que tanto él como la chica, daban la sensación de estar completamente enamorados. Había comenzado el juego de la cita doble. Debía meterme en mi papel.

-Este es Gonzalo-le dijo a la chica antes de girar la mano hacia mí para señalarme-y ella es Sara-concluyó con una sonrisa en la voz.

Antes de que pudiese reaccionar la rubia me dio dos besos, uno en cada mejilla. Permanecí petrificado ante tal osadía, jamás nadie se había acercado tanto a mí y mucho menos se le había ocurrido internarse en mi espacio vital. Todos me temían desde hacía más tiempo del que podía recordar.

Sin que hubiera decidido aún como reaccionar en semejante situación, otra mujer de pelo largo y negro apareció junto a nosotros.

-Hola-escuché que decía con una voz que emanaba vergüenza y delicadeza a partes iguales.

Aquello me parecía un sueño, simplemente no creía que fuera posible que me encontrase sumido en una situación tan humana. Si yo lo único que quería era morir. Que me dejasen en paz.

Pero a pesar de mis deseos observé en silencio como la chica ofrecía la mano a Cristian educadamente. Este gesto me resultó mucho más adecuado que los dos besos que la rubia se había atrevido a darnos.

Discurrieron unos segundos antes de que Cristian reaccionase, y por tanto no puede evitar mirarle para saciar la curiosidad que se habría paso en mi interior. Cristian lucía una cara completamente extrañada, con alguna pincelada de lo que yo represente como desconfianza, por su gesto supuse que estaba dilucidando si la bruja se había percatado del mal que habitaba en nuestro interior.

-Soy Cristian-le dijo a la morena mientras le estrechaba la mano-tú debes de ser Laura-observó de manera ingenua a pesar de que él y yo sabíamos que conocía más cosas de su vida que la propia Laura.

-Si, eso es-contestó con voz temblorosa y asombrosamente baja, tanto, que dudé que si de no ser nosotros seres sobrenaturales

hubiéramos podido escucharle.

-Este es Gonzalo-le explicó a Laura.

Laura se giró despacio, y observé sin poder apartar la vista ni un segundo de su persona, como una larga y esbelta espalda desaparecía, para dejar paso a una hermosa muchacha de alrededor de veinte años que me examinaba con unos penetrantes ojos marrones cargados de vida. Me quedé completamente paralizado por su dulzura. Ni si quiera parecía posible que su existencia fuese verdadera.

En el instante en que nuestras miradas se cruzaron experimente la sensación más extraordinaria de mi existencia, mayor incluso que cuando fallecí y se me devolvió a la vida para ser un servidor del infierno.

Aquella experiencia no fue nada en comparación con lo que me sucedió en ese momento. Era como si una fuerza desconocida e ineludible me empujase contra ella, como si esa fuerza me estuviera indicando que a partir de ahora necesitaría a esa chica para seguir viviendo. Aún a pesar de que esa sensación era imperiosa, otro hecho me desconcertó todavía de una manera más intensa. Ese hecho fue un punto de calor y luz que comenzó a brotar en lo más interno de mi ser.

En ese momento, aquel punto de luz era diminuto, pero supe nada más advertirlo, que había curado la parte de mi alma en la que había aparecido. Era como si su mirada o cercanía hiciese que se me perdonasen todos los pecados que hubiera cometido, como si se me concediese una segunda oportunidad, como si de repente reparase en la cuenta de que desde el principio de mi existencia tenía una misión y ahora fuera el momento de comenzarla.

Algo que desconocía se había desatado en mi interior con su presencia, era algo que jamás había sido consciente de poseer, pero que una vez descubierto, sentía claramente y sin margen de error que era mío. Innato.

Sabía que de un segundo a esta parte todo lo que conocía y creía ser o querer, había cambiado con el conocimiento de su existencia. Era como si hubiese encontrado lo que andaba buscando desde siempre sin ni si quiera saber. ¿Sería aquello la causa de mi vacío y de mis escasas ganas de sobrevivir?

-Laura-oí que decía su voz mientras me tendía la mano.

Y escuchar de nuevo el sonido de su voz hizo que me estremeciese, no sabía si sentirme completamente aterrado o inmensamente feliz. Por lo que desconcertado me senté en el sofá sin atreverme a coger su mano, ni porque aquello fuese un mero gesto de cortesía. Si con su cercanía había logrado aquel impacto en mí, no quería imaginar lo que podría sucederme si hubiese contacto entre nosotros.

Al cabo de unos segundos noté junto a mí, como el sofá se hundía levemente. Se había sentado a mi lado. Cerré los ojos por una fracción de segundo para combatir contra la parte de mi persona que me gritaba fuertemente que observase a la chica, que no le perdiese ni un segundo de vista.

Aquella batalla interior fue algo penoso e inútil, ya que menos de un minuto tardé en dirigir la vista hacia donde ella estaba. Eso sí, fue de manera disimulada. Contemplé su cara con el deseo ferviente de descubrir que ocurría dentro de su cabeza, quien y como era.

Sentí como la comisura de mi boca se tensaba hacia arriba al descubrir que era si cabe la persona más expresiva que había tenido el placer de conocer. Deducir en su cara era tan fácil como leer las palabras en un libro. Se sentía indignada, molesta y por los leves vistazos que dedicaba a la puerta diría que estaba preparada para salir corriendo de allí.

Giré la cara rápidamente al notar que Laura giraba la suya como para observarme. Solo logré que no se diese cuenta de que le observaba porque tenía una destreza increíblemente superior en movimientos. Comprendí que podría pillarle el gusto a esa

superioridad en concreto. Laura había logrado que me sintiese contento de ser un ángel. Sentí su mirada fulminándome, era como si quisiera patearme el culo. Tuve que contenerme para no partirme de risa en semejante situación.

-Sara-oí que le gritaba a su amiga.

Le miré fijamente intentando determinar que era lo que le estaba disgustando y descubrí que deseaba hacer desaparecer el motivo de su dolor. ¿Pero que narices me estaba pasando? Estaba comenzando a preocuparme. No podía ser nada bueno.

Desvié la mirada de nuestra posición, intentando ordenar las ideas, intentando descubrir que era lo que me estaba sucediendo. Oía sus voces a la perfección, pero mi cerebro se limitaba a descartarlas, tan solo me relajé levemente obligándome a regresar a la realidad cuando las dos chicas pasaron delante de nosotros.

-¿Qué opinas?-me preguntó Cristian en un tono que ninguno de los mortales que nos acompañaban eran capaces de escuchar.

El corazón me dio un vuelco y me sentí como si me hubieran descubierto haciendo algo muy malo. Escruté la mirada de Cristian para cerciorarme de que no se había dado cuenta de lo que mi interior había experimentado. Y no parecía haberlo hecho, simplemente era la pregunta que un soldado le haría a su superior en una misión de espionaje secreta.

-Es completamente inofensiva-declaré de manera contundente, no admitía replicas y dejaba claro que no quería conocer su opinión.

En el momento en el que hube pronunciado aquellas palabras un atisbo de duda se alojó en mi cabeza. ¿No sería lo que me estaba sucediendo el resultado de un conjuro de la bruja? Por unos instantes lo creí posible, pero lo descarté nada más recordar que todavía no tenía poderes, es más, desconocía su propia naturaleza. Todavía no sabía que era una bruja. Estaba completamente ajena a los ángeles, y a la batalla que cielo e infierno llevaban disputando desde el albor de

los tiempos.

Estaba cometiendo unos fallos imperdonables, me estaba dejando arrastrar por mis sentimientos, estaba dando un veredicto acerca de Laura por lo que mi interior me dictaba. Asustado por desconocer el motivo por el que las chicas se habían ido agucé el oído hasta captar el sonido de sus voces.

-Esto lo has hecho por mí, porque no soy capaz de ligar con nadie. Pero esta vez te has pasado-escuché que decía la voz de Laura.

Y el tono dolido de su voz se clavó como una espina en mi corazón. ¿Cómo podía pensar que no era capaz de atraer a un hombre? Aquello era ridículo. Era absolutamente preciosa. Escuché el resto de la conversación entre las dos chicas, sumido en miles de dudas.

El resto de la velada transcurrió inmersa en una nube de irrealidad. El paseo hasta el centro comercial, la cena y el cine. Recuerdo haberme encontrado con la mirada de Laura al menos en una ocasión, una discusión con Cristian acerca de mi extraño comportamiento. Pero todo bañado en un aire de ilusión. Estaba allí, pero mi mente y pensamientos estaban a miles de kilómetros.

Una vez hubo finalizado la película que estábamos viendo no pude evitar desaparecerme inmediatamente de allí. La cercanía al cuerpo de Laura había sido una tortura mayor que estar hambriento al lado de un pedazo jugoso de comida al que sabes que no puedes llegar.

Aparecí en la cálida protección de mi dormitorio. Me apoyé contra una de las paredes. Eché la cabeza hacia a delante y me apreté el estómago con fuerza, como si fuera a romperme de no hacerlo. Una respiración acelerada me invadió. Tomaba bocanadas de aire casi como si las necesitase para seguir viviendo. ¿Qué me estaba sucediendo?

Había transcurrido cerca de media hora cuando mi respiración se volvió mucho más relajada. El mundo se parecía mucho más al mundo que conocía, o al menos yo tenía la fuerza para así pensarlo. Estaba comenzando a asimilar todo lo que había sentido y a pesar de eso no era capaz de saber con claridad lo que me había sucedido ni lo que haría a partir de ahora. Solo tenía una cosa clara. Quería volver a ver a Laura. ¿A quién quería engañar? Necesitaba volver a verla.

En el mismo instante en el que dejé que el deseo de verle se impregnase en mi persona, supe que podría encontrarla. Sin pararme a pensarlo con un vuelco en el estómago me desaparecí en su búsqueda.

Me hallaba en el interior de una habitación, esta se encontraba completamente sumida en la penumbra. La única ventana de la habitación tenía la persiana cerrada. Busqué a Laura con la mirada, pero de antemano sabía que estaba en la estancia porque notaba su presencia. No tardé ni un segundo en localizarla.

Estaba tumbada sobre la cama, esta se hallaba en el centro de la habitación, y se encontraba profundamente dormida. Lo notaba en su respiración, en los lentos latidos de su corazón. Con sigilo y nerviosismo me acerqué a ella.

Una vez estuve al borde de su cama me agaché para poder estar más cerca de ella si cabe. Nada me parecía suficiente. Dormida, joven y delicada, me pareció más hermosa que antes, a pesar de que lo hubiese jurado imposible. Agradecí nuevamente ser un ángel ya que era debido a eso que podía estar en su habitación observándola sin necesidad de una luz ni de autorización. Junto a ella, supe claramente lo que quería hacer.

Encaré el pasillo de la quinta planta con energía, lo recorrí prácticamente en su totalidad, justo hasta cuando llegué a la última habitación. La puerta esta abierta. Traspasé el umbral como el que está traspasando el de su propia casa. Me acerqué hasta la mesa y observé a Víctor directamente a los ojos.

-Necesito más tiempo para tomar una decisión sobre la bruja-le dije sin que mi voz denotase sentimiento alguno-a partir de ahora me encargaré de su seguimiento personal, si usted esta de acuerdo, señor-añadí para que de esa manera no tuviese ningún problema para lograrlo.

Víctor sé echó hacia delante en su silla de cuero negra y colocó ambas manos sobre la mesa antes de responder:

-Me alegra ver que acatas con tanta profesionalidad y esmero las tareas que te encargo-comentó con una sonrisa de seguridad-eres libre de hacer lo que consideres oportuno hijo mío-

16-EL FIN DEL PLAZO

La chimenea crepitaba en la esquina izquierda de la grande y hermosa habitación de Gonzalo. No había tardado ni un segundo en encontrarle en el momento en el que Sansón revocó la orden que me impedía desaparecerme de la biblioteca.

En el tiempo que había durado la conversación con Sansón, había temido que hubieran realizado algún conjuro que me impidiese localizar a Gonzalo. Una vez más me asombré al caer en la cuenta de que quizás, aunque quisiesen no pudieran hacerlo, no podían evitar que le localizase. Me sentí muy agradecida por ello.

El ambiente en la habitación estaba cargado, impregnado del olor de diferentes tipos de ungüentos y pociones. No tardé mucho en descubrir su ubicación, se encontraban sobre la mesilla. Con la vista, recorrí aun un poco más la habitación, hasta casi verla en su totalidad. Gonzalo permanecía todavía inconsciente, sobre la cama. Al verlo una oleada de felicidad, nerviosismo y pasión se apoderó de todos mis sentidos y mi estómago se encogió fuertemente, ese era el hombre de mis sueños y por el cual, me pasaría el tiempo que hiciera falta luchando contra el que se interpusiera en mi camino, lo sabía con tanta certeza como sabía que necesitaba respirar para seguir viviendo. Estaba arropado hasta medio cuerpo y su torso se encontraba completamente desnudo y al descubierto. Tenía vendada la parte inferior del tronco y sobre la parte superior que quedaba al descubierto, en varios lugares, se apreciaban parches de gasas. Pude ver como la venda que le cubría buena parte del cuerpo comenzaba a teñirse de rojo. Tenía heridas abiertas, heridas que no había conseguido curar a pesar de su capacidad de sanación. El daño que habían infligido sobre su persona era de una gravedad desorbitada.

Su cara, que horas antes había sido un amasijo de trozos de carne descolocados y piel, lentamente había comenzado a

componerse.

El suave subir y bajar de su pecho al realizar el tremendo esfuerzo de respirar, fue lo único que consiguió que no entrase en estado de pánico en ese preciso momento. Sin pararme a pensar dos veces en lo que hacía eché a correr internándome en la habitación, para poder acudir a su encuentro. Una vez estuve al lado de su cama, me quedé dubitativa contemplándole desde la altura. En un momento dado de mi indecisión, el dulce a roma de su cuerpo, el que tantas veces había tenido el placer de oler y anhelar, me llegó con fuerza consiguiendo que la balanza instantáneamente se volcara del lado del sí.

Me arrodillé casi de manera mecánica y coloqué mi cabeza sobre su pecho, mientras con las manos lo agarraba fuertemente de los hombros atrayéndolo hacia mí, a la inútil protección de mis brazos. Si en algún momento había soñado con una reacción por parte de Gonzalo, algún tipo de reconocimiento, este jamás se produjo, tan solo la escena fue interrumpida por la inesperada entrada de una luz procedente de la apertura de la puerta del baño. Rápidamente me giré y adquirí una postura totalmente defensiva, si hubiera tenido uñas y dientes afilados, aquel, habría sido el momento exacto de sacarlos.

La larga melena de rizos de Patricia apareció tras la puerta. Todavía llevaba la misma ropa que en la cueva, y al igual que yo estaba cubierta de sangre y de mugre. No hubo asombro por su parte al verme, era casi como si me hubiera estado esperando, como si hubiera estado esperando impaciente porque el encuentro se produjese. Patricia adquirió una postura de combate, aunque si se me permitiera opinar, dudaba de que fuera muy ducha en la parte física. Noté como mis labios se tensaban en una sonrisa maliciosa.

-Dentro de poco borrarás esa sonrisa de tu repugnante cara-me dijo con dureza y soberbia en la voz-no te preocupes que yo me encargaré personalmente de ello-

-No digas ridiculeces-le repliqué-nadie te apoya, Víctor jamás

te dejará que te enfrentes a mí, ya has oído lo que ha dicho en la cueva-expliqué mientras le señalaba-estás sola-

Mis palabras mal intencionadas e hirientes, realizaron a la perfección el trabajo para el cual habían sido diseñadas. La cara de Patricia se contrajo en una mueca de rabia, hacia tiempo que todo esto había traspasado sus límites. Su cara era como una sentencia, un juramento firme de nuestra enemistad. Si bien nuestro odio mutuo estaba grabado en nuestro código genético y era traspasado de generación en generación al igual que nuestra magia, nosotras dos, habíamos conseguido traspasar incluso aquel desmesurado umbral.

Sin ningún gesto previo que me indicase que algo iba a ocurrir observé como Patricia se abalanzaba sobre mí, a pesar de que eran muchos los metros que nos separaban. Durante su carrera, Patricia, metió la mano en un bolsillo de su pantalón. Mi reacción fue instantánea e instintiva, me agaché y desenfunde el cuchillo que Gonzalo me había regalado en uno de nuestros secretos encuentros. Pero ya era demasiado tarde, el objeto por el cual Patricia había apostado, reposaba ahora sobre su mano. Este era una pequeña botella de cristal con una poción de color blanquecino en su interior. Patricia abrió la mano y movió el brazo hacia adelante para dar impulso a su lanzamiento. Me tiré al suelo e intenté rodar para apartarme de la trayectoria de la poción, pero de nada valieron mis esfuerzos, tan solo para retrasar unos segundos algo inevitable. El bote impactó de lleno en mi pierna, y mi cuerpo, al contacto del líquido helado, se quedó paralizado por completo. Tan solo las funciones como respirar, oír y ver, siguieron funcionando con normalidad. Estaba totalmente a su merced.

Patricia se colocó a mi lado y se agachó para que pudiese oírle, pero sobre todo para que viera su cara de satisfacción y para poder restregarme su victoria.

-Puede que yo te haya subestimado-explicó-pero quiero que tengas claro que todavía no te haces una idea del poder que tengo y de lo que soy capaz-advirtió y Patricia creía cada palabra que estaba

diciendo-en cuanto a lo de que estoy sola-

Giró la cabeza ya que estaba de espaldas a la puerta y con un grito ordenó a alguien que entrase. Al oír el golpe de la puerta al cerrarse nuevamente, Patricia me agarró del pelo y tiró de él levantándome para que pudiese ver en el umbral a Cristian con los brazos cruzados sobre el pecho y en la mirada escrito que apoyaba a Patricia, aun por encima de su propia vida. Pero aquello, no fue ni con mucho lo que más me asustó e impactó, sino que fue el ser que se alzaba tremendo tras él. Este era un demonio de descomunal tamaño y escasas deformidades, era el demonio al que más parecido había podido sacar a un ser humano, su cuerpo apenas destilaba el nauseabundo olor de los otros que había visto y por su actitud y aspecto, se podía decir sin temor a equivocarse, que su inteligencia era escasa. Sabía de sobra que Patricia le estaba controlando. Se estaba formando su propio equipo y teniendo en cuenta que eran pocas las horas que habían pasado desde que descubriera que nadie la consideraba, estaba realizando un trabajo exquisito, trate de no pensar en lo que sería capaz con más tiempo.

Cuando se hubo cerciorado de que me había quedado claro que no estaba sola, sino que muy bien acompañada, me soltó el pelo dejando que cayese al suelo. El sonido que se obtuvo al golpear mi cráneo contra la irregular baldosa, consiguió revolverme el estómago. Como había quedado bocabajo y parecía ser que Patricia no quería que estuviera en esa postura, muy amablemente me dio una patada en las costillas y me empujó con el pie hasta que me hube quedado bocarriba. Observé con terror petrificado como se agachaba a mi encuentro y ni si quiera pude cerrar los ojos para protegerme.

-No te vas a acercar a Gonzalo zorra, se acabaron vuestros encuentros y escapadas, es mío y no me lo vas a arrebatar-dijo besándose los dedos, de manera que daba énfasis a sus palabras-y en cuanto a ti-dijo y me señaló-encontraré la manera de matarte y salir impune-sonrió de manera demente y maligna mientras se levantaba-y ahora lárgate de aquí y no vuelvas nunca-concluyó dándome una

patada en la boca.

Recé para que fuese cierto que pudiera desaparecerme en el estado en el que me encontraba y pensé en la calidez y seguridad de mi dormitorio, no podía ir a la biblioteca y dejar que me vieran en esas condiciones.

Una vez decidí el lugar al que quería ir, todo lo demás se desdibujó.

Aun a pesar de no poder ver un reloj, sabía que eran muchas las horas que llevaba tumbada en el suelo de mi habitación, con la humillación pintada en la cara. En vez de usar ese tiempo para trazar un plan que me permitiese vengarme y conseguir acabar con Patricia de una vez por todas, lo usé enteramente para derrumbarme y auto compadecerme. En la soledad y penumbra de mi habitación, me sorprendí saboreando una combinación de hierro y sal debido a que la sangre que brotaba de mi boca se juntaba con las lágrimas que salían de mis ojos. Me sentía tan pequeña e indefensa. Ahora ya no iba a ser tan fácil ir a por Gonzalo, conseguir salvarle y estar con él. Todo se había vuelto extremadamente complicado.

18 de Junio de 2010

Ese era el día en el que el plazo para salvar a las Virtudes expiraba. Para alguien que no conociese la historia de cerca, podía decir que el resultado conseguido era sumamente satisfactorio. En un solo mes de plazo habíamos buscado, localizado y rescatado a las Virtudes, que era nuestro mayor objetivo. Pero tan solo Sansón, Jano, Víctor, Patricia y yo sabíamos, que aquello era la punta del iceberg y que todo lo que quedaba bajo la superficie, era lo que en realidad importaba. Gonzalo muy a mi pesar, ni si quiera sabía quien era.

Me encontraba en el centro de la entrada de la biblioteca. Sansón daba vueltas alrededor de mí, sin poder evitar hacerlo y sin ser realmente consciente de estar haciéndolo. Era de las veces que más nervioso y perdido lo había visto. Jano, por su parte, se encontraba de pie dándome la espalda contemplando la dorada puerta de la biblioteca, como si esta fuera a revelarle un grandioso misterio de un momento a otro.

Cinco minutos antes de que llegase la hora de la reunión, Sansón se paró frente a mí y agarrándome por los hombros con fuerza y ternura me dijo casi en un susurro:

-No dejes por nada del mundo que tus sentimientos se adueñen de ti-me zarandeó levemente-te juro que hallaremos la manera de arreglar esto, de salvar a todo el mundo-dijo con los ojos brillando debido a que creía sinceramente en sus nobles ideales.

No pude evitar sonreírle.

-Sé que ahora no es el momento de actuar, lo único que consigue pararme es la certeza de que posteriormente me podré vengar-expliqué con convicción.

-Te lo aseguro, ambos lo haremos-dijo Sansón, poniendo así el punto final a nuestra conversación.

Y Jano, al cual llevaba un tiempo evitando ya que mis sentimientos hacia él, eran muy diferentes y contradictorios, se acercó a mí tendiéndome la mano para que afrontáramos juntos esa prueba de fuego, ya que en el momento en el que cruzásemos la puerta principal de la biblioteca y descendiésemos en silencio la pequeña escalinata, ninguno de los dos sabíamos a ciencia cierta si los ángeles principales sabían realmente quien era yo.

Tan solo había pasado un mes desde que tuviese lugar la primera reunión. Cuando llegamos al enorme circulo de ángeles reunidos, sus miradas y su actitud hacia mí, fueron completamente diferentes. Los que antes me observaban con pena, superioridad o

indiferencia, ahora me miraban con ojos renovados, como si de verdad me mereciese un boto de confianza, como si no todo estuviese perdido. Pero ni si quiera podía sentirme molesta con ellos, porque tenían razón en haberse sentido así, en haberme juzgado de esa manera. Y debía darles de nuevo la razón al verme de manera diferente ahora, porque yo ya no era esa persona, mi mentalidad, actitud y forma de ver la vida habían cambiado drásticamente. Los ideales de felicidad, la bondad en el mundo y la esperanza en la pureza de los seres humanos, sabía ahora, que eran cosas totalmente ilusorias, además, ¿en quién se podía confiar sí ni los ángeles más puros, los creados especialmente para ser el ejemplo a seguir, eran dignos de ese honor?

En un momento dado en el que me encontraba totalmente inmersa en mis pensamientos reflexivos, la temblorosa y tímida mano de Jano se colocó sobre mi antebrazo, sacándome así de manera inevitable de mi ensimismamiento. Automáticamente le miré a los ojos y pude ver en ellos la más sincera y profunda preocupación, casi se podía ver como estaba deseando sacarme inmediatamente de allí a un lugar muy lejano, a un lugar donde nada ni nadie pudiese hacerme daño. Pero los dos sabíamos que aquel deseo era imposible, ya que ni yo, ni las circunstancias íbamos a permitírselo.

-Siéntate allí-dijo señalando a un hueco vacío de la fila más cercana del enorme banco circular-, por favor,-añadió de manera educada al darse cuenta de que había sido demasiado brusco por la tensión.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza, totalmente libre de emociones y sentimientos. No me sentía cómoda con él, me sentía totalmente rabiosa, aun a pesar de saber cuan tamaña era la injusticia que estaba cometiendo al sentirme así.

Cuando Jano se posicionó en el centro, miles de luces azules y diminutas comenzaron a formarse, entonces reinó el silencio.

El ser poderoso sin rostro definido apareció justo enfrente de

Jano, inclinó la cabeza en forma de saludo y se posicionó delante de él, dándole la espalda. El ángel sin rostro, elevó los brazos al aire y los abrió intentando llegar así a todos los presentes.

-Las noticias que traigo conmigo, a diferencia que la primera vez que nos vimos, tienen un carácter de alegría y agradecimiento. Los ángeles principales, están muy satisfechos ya que no se equivocaron depositando sobre ti-dijo señalándome-la última de las brujas de la familia Silvestre, su confianza y apoyo. La misión que te fue encomendada, localizar y rescatar a las Virtudes, la has cumplido con acierto y antes de plazo-hizo una pausa, tiempo que el resto de ángeles dedicaron para soltar murmullos de aprobación y alegría-traigo sin embargo otra misión para ti, Laura Silvestre, los ángeles principales reclaman la obligación que acompaña a tus poderes, obligación que implica servir y ayudar a los ángeles blancos y a la humanidad-

Mi furia en ese momento iba creciendo a una velocidad imparable, muchos y variados comentarios mordaces e hirientes sobre lo que podía decir a los malvados ángeles principales, se congregaron en mi cabeza. Noté la tensa mirada de Jano posada sobre mí, intentando descubrir el más mínimo indicio que le dijese que estaba a punto de sacar el cuchillo de mi pierna y amenazar con usarlo delante de todos aquellos ángeles, ángeles que quizás aún siguieran siendo puros y bondadosos. Pero sin embargo, actué de la manera más aguda, madura y profesional, tragué saliva de manera disimulada y con ese insignificante gesto, las palabras de mis pensamientos volvieron de nuevo a mi interior. Frente a mí, distinguí perfectamente como Jano se relajaba.

-¿Cuál es la misión que me encomiendan los ángeles principales?-pregunté de manera dulce, como si fuera algo de lo que realmente me sintiera orgullosa.

Mi actuación, me salió a la perfección, y quizá, el conseguir ser tan falsa de manera tan perfecta y poco aparente, era una de las cosas que más debiesen preocuparme.

-Han sido muchos los milenios en los que nuestro único objetivo ha sido el de defendernos de los continuos ataques de los ángeles negros y demonios, pues bien-anunció mientras juntaba las manos frente a su pecho-los ángeles principales han decidido que ese tiempo ya acabó. Ellos desean que comiences a dar caza a los Pecados, para poder así encerrarlos y apartarlos de los humanos-un murmullo de sorpresa recorrió a los presentes, estaban totalmente sorprendidos del cambio de actitud de los seres a los que seguían, pero las palabras del ángel anunciador, no habían concluido ahí-como entienden que esta misión es si cabe más complicada y arriesgada que la anterior, a tu disposición, se ha asignado a un grupo de ángeles bendecidos-aquellas palabras consiguieron que un escalofrío me recorriese por dentro.

El ángel anunciador, se dio la vuelta de manera rápida y silenciosa para quedar frente a frente con Jano a escasos centímetros de distancia.

-Los ángeles principales, también tienen un comunicado para ti-estas palabras se las dijo en un tono más bajo y personal-quieren compensarte por el enorme trabajo realizado en la formación de Laura, devolviéndote tu anterior puesto como entrenador de los bendecidos y estatus-el ángel anunciador tampoco esperó para escuchar la respuesta de Jano, simplemente Jano debía de aceptar, no tenía otra opción, ahí las cosas funcionaban de esa manera, que poco distaba aquel lugar del mismísimo infierno.

-Queda fijada otra reunión para que seamos informados de cómo evoluciona la misión dentro de seis meses exactos, de nuevo, mismo lugar, misma hora-sin más dilación, el ángel anunciador desapareció ante nosotros envuelto en miles de diminutas luces azules.

Agradecimientos

En primer lugar a mi hijo Lander, por enseñarme lo que es el esfuerzo, la dedicación y el amor incondicional. La mitad de mi corazón es tuyo.

A mi madre Raquel, por la pasión por la lectura. Por apoyarme en los momentos más decisivos de mi vida, sin ti nunca hubiese llegado a ser quien soy hoy en día. Y sobre todo por ser la otra mitad en la crianza de Lander, nunca podré compensarte.

A Juanmi, por llevar ahí toda la vida y ser el abuelo de Lander.

A mi abuela Blanca, por enseñarme lo que es la más pura y sincera bondad, leerme aquellos maravillosos cuentos por la noche y darme a la comba mientras aprendía la tabla de multiplicar.

A mi abuelo Modesto, porque a pesar de ser un tipo duro, en verano cuando no nos veíamos reconocía echarme de menos. La madurez te ha sentado estupendamente.

A mi tía Judith, por enseñarme la alegría y sentido del humor. Entre nosotras siempre hubo algo muy especial, mágico, nada que me atreva a expresar con palabras. Gracias por darme la oportunidad de disfrutarte, a pesar de que el tiempo me supo a poco. Siempre te querré.

A mi tío Rubén, por escucharme y enseñarme a escuchar, pero sobre todo por no haberme dejado sentirme sola jamás. Las batallas entre tú y Lander, son grandiosas.

Y a Alain, la última persona en llegar a mi vida y sin duda la más importante. Por demostrarme sin saberlo que los príncipes azules de los cuentos existen, tú eres la prueba de ello. Porque con tu sola presencia consigues que el mundo parezca más hermoso y brillante, por hacerme sonreír cada día, por consolarme cuando estoy triste, por

darme tanto cariño como necesito, por hacerme sentir única. Por enseñarle a leer a Lander, verle jugar en el colegio y tener las mismas ideas sobre él que yo. Por querer caminar a mi lado en el sendero de la vida. Y gracias por leer todo cuanto escribo y decirme las cosas que no te gustan a pesar de que tardo un rato, o dos, en encajarlo. La otra mitad de mi corazón te pertenece. No pienso dejarte escapar.

A Irene, porque sin su ayuda jamás hubiera seguido escribiendo el libro, por leerlo y darme su más sincera opinión.

A Montse, por leerme, preguntarme e interesarse. Siempre era una alegría recibir un mensaje tuyo hablando de que te gustaba.

A Gloria por una portada sencillamente maravillosa.